

*Camilla Läckberg*

A photograph of a large, multi-story house with a gabled roof, partially covered in snow. A person in dark winter clothing is walking away from the house on a snow-covered path. The scene is set in a winter landscape with bare trees and a large evergreen tree in the foreground.

La  
PRINCESA  
de  
HIELO

*Misterios y secretos familiares  
en una emocionante novela de suspense*



En un pueblo que esconde muchos secretos es peligroso saber la verdad. Se llamaba Alexandra, era joven, rica y guapa, y nadie en el pueblo se puede explicar su muerte. Por pura casualidad, Erica, amiga de la infancia y autora de biografías, se ve involucrada en el caso. Había regresado a su pueblo natal para hacerse cargo de la casa que

acababa de heredar de sus padres, recientemente fallecidos en un accidente, y para trabajar en su próximo libro.

Cuando la familia de Alex le pide que escriba un recordatorio para el funeral, Erica, todavía conmovida por la repentina muerte de su amiga, comienza a investigar la vida de la víctima.

Con la ayuda del

comisario Patrik, otro viejo conocido que pronto se convertirá en algo más que un amigo, descubre un oscuro secreto, largamente guardado. Alguien conoció a Alex desde su infancia y le preparó un helado lecho mortuario.

Camilla Läckberg dibuja finamente el retrato de la sociedad cerrada de una pequeña ciudad, en la que todos lo saben todo de todo el mundo, pero

en la cual las apariencias  
son fundamentales.



Camilla Läckberg

# **La princesa de hielo**

**Fjällbacka – 1**

**ePub r1.5**

**Titivillus 22.04.15**

Título original: *Isprinsessan*

Camilla Läckberg, 2002

Traducción: Carmen Montes Cano

Editor digital: Titivillus

Corrección de erratas: Carlos.

(r1.0 y r1.1), karpanta (r1.2), syd

(r1.4) y Gargonpe (r1.5)

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de [epublibre.org](http://epublibre.org). Sus editores no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello ni tampoco la mencionada página. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante textos como éste





*Para Ville*

# 1

*La casa estaba desierta y vacía. El frío penetraba por todos los rincones. En la bañera se había formado una fina membrana de hielo. Y ella había empezado a adquirir un ligero tono azulado.*

*Pensó que, así tumbada, como estaba, parecía una princesa. Una princesa de hielo.*

*El suelo sobre el que se*

*sentaba estaba helado, pero el frío no lo preocupaba. Extendió el brazo y la tocó.*

*La sangre de sus muñecas llevaba ya tiempo coagulada.*

*El amor que por ella sentía jamás había sido tan intenso. Le acarició el brazo como si acariciase el alma que había abandonado aquel cuerpo.*

*No se volvió a mirar cuando se marchó. Aquello no era un adiós. Era un hasta la vista.*



Eilert Berg no era un hombre feliz. Su respiración fatigada le surgía de la boca en forma de pequeñas nubes blancas; pero no era la salud algo que él contase entre sus principales problemas.

Svea era tan hermosa de joven y a él le costó tanto resistir hasta la noche de bodas. Se comportaba dulce, amable y algo tímida. Su verdadera naturaleza se desveló después de un

período demasiado breve de deseo juvenil. Con pie firme, lo había mantenido bajo su yugo durante cerca de cincuenta años. Pero Eilert tenía un secreto. Por primera vez en su vida veía la posibilidad de disfrutar de cierta libertad, en el otoño de su edad; y no tenía la menor intención de desaprovecharla.

Durante toda su vida había trabajado duro en el mar y sus ingresos nunca bastaron más que para

mantener a Svea y a los hijos. Desde que se jubiló, sólo contaban con su escasa pensión para vivir. Sin dinero no había posibilidad de empezar una nueva vida en otro lugar, él solo. Aquella oportunidad se le había ofrecido como un regalo del cielo y era además tan simple que resultaba ridículo. Pero si alguien estaba dispuesto a pagar una suma desproporcionada por pocas horas de trabajo a la semana, no era su problema.

Él no pensaba protestar. El montón de billetes que guardaba en la caja de madera tras el contenedor de los residuos orgánicos había ido creciendo en tan sólo un año hasta convertirse en un imponente fajo y pronto tendría lo suficiente como para retirarse a regiones más cálidas.

Se detuvo para recuperar el aliento en el último tramo de la escarpada pendiente y se masajeó las manos doloridas por el reuma.



España o tal vez Grecia, conseguirían aplacar el frío que, se diría, se generaba en su interior. Eilert contaba con que aún le quedaban diez años, como mínimo, hasta que llegase el momento de estirar la pata y tenía el firme propósito de sacarles el mejor partido. ¡Qué carajo iba él a pasarlos con la parienta, ni hablar!

El paseo diario que daba por la mañana, bien temprano, había constituido el único momento de paz y

tranquilidad del que disfrutaba, además de proporcionarle el ejercicio que tanto necesitaba. Siempre seguía el mismo recorrido y quienes conocían sus costumbres solían asomarse a la puerta para charlar con él un rato. Le agradaba en particular pararse a hablar con la muchacha de la casa que había al final de la pendiente, junto a la escuela de Håkebackenskolan. Sólo estaba allí los fines de

semana, siempre sola, pero le gustaba hablar sin prisas de todo lo habido y por haber. Y también le interesaba a la señorita Alexandra el pasado de Fjällbacka, asunto sobre el que Eilert departía con gusto. Y era muy hermosa. De eso entendía él aún, pese a que ya era viejo. Cierto que había corrido algún que otro rumor sobre ella, pero si uno se prestaba a atender las habladurías de las mujeres no le quedaba tiempo para

otra cosa.

Hacia un año aproximadamente que ella le había preguntado si no le vendría bien echarle un ojo a la casa de vez en cuando, ya que pasaba por allí los viernes por la mañana. Era una casa vieja, ni la caldera ni las tuberías eran muy de fiar y ella no quería llegar los fines de semana y encontrarse la casa helada. Le dejaría la llave, de modo que él no tuviese más que entrar y cerciorarse de que

todo estaba en orden. Y, puesto que se habían producido algunos robos en la zona, también debía comprobar posibles daños en puertas y ventanas.

La tarea no parecía demasiado ardua y, una vez al mes, encontraba en el buzón de la muchacha un sobre a su nombre con una suma de dinero colosal a sus ojos. Por si fuera poco, pensaba que era muy agradable sentirse útil, pues le costaba permanecer

ocioso después de haber estado trabajando toda la vida.

La verja estaba ladeada y emitía un chirrido de protesta cada vez que empujaba para abrirla y entrar en el jardín. No habían retirado la nieve y pensó si debía pedirle a alguno de sus chicos que le ayudase a hacerlo, pues aquello no era cosa de mujeres.

Rebuscó hasta dar con la llave, poniendo mucho

cuidado en que no se le cayese el llavero en la espesa nieve: si se veía obligado a ponerse de rodillas, no sería capaz de volver a levantarse. La escalinata que precedía a la puerta de la casa estaba cubierta de hielo y muy resbaladiza, por lo que debía hacer uso de la barandilla. Eilert estaba a punto de introducir la llave en la cerradura cuando vio que la puerta estaba entornada. La abrió del todo,

desconcertado, y entró en el vestíbulo.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

¿Habría llegado la joven más temprano aquel día? Nadie respondió. Al ver su propio aliento blanquecino surgir de su boca, tomó conciencia del frío que reinaba dentro. Y quedó perplejo. Había algo que fallaba en todo aquello y no creía que se tratase simplemente de la caldera.

Revisó las habitaciones.



No parecían haber tocado nada. La casa estaba tan ordenada como siempre. El vídeo y el televisor seguían en su lugar. Tras haber recorrido toda la planta baja, Eilert subió la escalera que conducía al primer piso. Era una escalera muy empinada que lo obligaba a sujetarse bien a la barandilla. Una vez arriba, se asomó en primer lugar al dormitorio. La decoración tenía un toque femenino aunque sobrio y estaba tan ordenado como el

resto de la casa. La cama estaba hecha y, a los pies, había una maleta de la que no parecían haber sacado nada. De repente, se sintió un tanto estúpido. Seguro que ella había llegado antes y, al ver que la caldera estaba estropeada, saldría para buscar quien se la reparase. Pese a todo, ni él mismo confiaba en que ésa fuese la explicación. Algo no encajaba. Lo sentía en sus articulaciones igual que, a veces, sentía que se

avecinaaba una tormenta. Prosiguió cauteloso su recorrido por la casa. La siguiente habitación era una gran buhardilla con vigas de madera en el techo. A ambos lados de la chimenea había dos sofás, uno frente al otro y, a excepción de los periódicos que aparecían esparcidos sobre la mesa de centro, todo estaba en su sitio. Volvió a la planta baja. Tanto la cocina como la sala de estar presentaban el aspecto de siempre. La única

habitación que le quedaba por mirar era el cuarto de baño. Algo lo hizo dudar antes de abrir la puerta. Seguían reinando la calma y el silencio. Vaciló un instante aún, pero comprendió que estaba comportándose de un modo ridículo y abrió la puerta con gesto decidido.

Segundos después, corría hacia la calle a tanta velocidad como le permitía su edad. En el último momento, recordó que la

escalinata estaba resbaladiza y se aferró a la barandilla para no precipitarse de cabeza por los peldaños. Fue dando saltos por la nieve del jardín y lanzó una maldición al ver que la verja se le resistía. Ya en la acera se detuvo indeciso. Unos metros más abajo vio que, por la acera y a buen paso, se acercaba una figura en la que no tardó en reconocer a Erica, la hija de Tore. Enseguida le pidió a gritos que se detuviese.

Estaba cansada. Cansada a reventar. Erica Falck apagó el ordenador y fue a la cocina para ponerse más café. La apremiaban desde todos los frentes. La editorial quería un primer borrador del libro para agosto y apenas si acababa de empezar. Se había propuesto que el libro acerca de Selma Lagerlöf, su quinta biografía sobre escritoras suecas, fuese el mejor de los que había escrito, pero había

perdido por completo el deseo de escribir. Hacía más de un mes que sus padres habían muerto, aún así el dolor seguía tan vivo como el día en que recibió la noticia. Y lo de hacer limpieza en la casa paterna tampoco había resultado tarea tan fácil como esperaba. Todo le traía algún recuerdo. Cada cajón que vaciaba le llevaba horas, pues, con cada objeto, le sobrevenían imágenes de una vida que a ratos se le

antojaba muy próxima y, a ratos, extremadamente remota. Pero invertiría el tiempo necesario en embalar todo aquello, ni más ni menos. Por el momento, había alquilado el apartamento de Estocolmo y calculó que bien podría sentarse a escribir en su casa de la infancia, en Fjällbacka, pues estaba en Sälvik, algo apartada, y el entorno era tranquilo y apacible.

Erica se sentó en el porche a contemplar el



archipiélago. Aquellas vistas siempre la dejaban sin aliento. Cada estación llegaba acompañada de un espectacular escenario y aquel día, en concreto, traía un sol cegador que arrojaba cascadas de destellos sobre la gruesa capa de hielo que recubría el mar. A su padre le habría encantado un día así.

El llanto se le ahogó en la garganta y el aire de la casa le resultó de pronto sofocante y difícil de

respirar. De modo que decidió dar un paseo. El termómetro indicaba quince grados bajo cero, por lo que se abrigó con varias capas de ropa. Pese a todo, sintió frío al salir, pero sabía que no tardaría en entrar en calor tan pronto como empezase a caminar a buen paso.

La tranquilidad que reinaba en la calle era una liberación. Nadie más circulaba fuera. El único ruido que oía era el de su propia respiración, lo que

suponía un fuerte contraste con los meses de verano. Entonces, la vida bullía en el pueblo. Erica prefería mantenerse apartada de Fjällbacka los veranos. Aunque era consciente de que la supervivencia del pueblo dependía del turismo, no lograba librarse de la sensación de que, cada estío, los invadiese una ingente plaga de langostas. Un monstruo de mil cabezas que, poco a poco, año tras año, absorbía el viejo pueblo

pesquero al comprar las casas junto a la playa, convirtiendo así el lugar en una ciudad fantasma los nueve meses restantes.

La pesca había sido durante siglos el medio de sustento de Fjällbacka. El árido entorno y la constante lucha por la supervivencia, que dependía de que el arenque abundase más o menos, había hecho de sus habitantes personas ariscas y fuertes. Desde que se convirtió en un paraje

pintoresco y empezó a atraer a turistas de repletas billeteras, al mismo tiempo que la pesca comenzó a perder importancia como fuente de ingresos, Erica había empezado a observar que los habitantes del lugar andaban cada año más abatidos y cabizbajos. Los jóvenes emigraban y los mayores soñaban con tiempos ya idos. Ella era, de hecho, una de los muchos que optaron por marcharse.

Apremió el paso aún

más y giró a la izquierda, hacia la ladera que desembocaba en la escuela de Håkebackenskolan. Cuando ya se acercaba a la cima, oyó que Eilert Berg le decía a grandes voces algo que ella no entendió. El hombre manoteaba al tiempo que bajaba a su encuentro.

—¡Está muerta!

Eilert jadeaba entrecortadamente y su pecho emitía un desagradable pitido.

—Tranquilízate, Eilert.

Dime ¿qué ha pasado?

—Está muerta, ahí dentro.

Eilert señalaba la gran casa de madera pintada de azul claro que había en la cima de la ladera sin apartar de ella su mirada acuciante.

A Erica le llevó un instante tomar conciencia de lo que le decía pero, cuando por fin registró sus palabras, abrió de un empujón la tozuda verja y se abrió paso a grandes zancadas hasta la puerta de la casa. El hombre

la había dejado abierta y ella cruzó el umbral cautelosa, preguntándose qué visión la aguardaría. Por alguna razón, no se le ocurrió preguntar.

Eilert la seguía expectante y, sin pronunciar palabra, señaló la puerta del baño. Erica se tomó su tiempo, sin premura, se dio la vuelta y miró a Eilert con gesto inquisitivo. El hombre estaba pálido y, con un hilo de voz, le dijo:

—Ahí dentro.



Hacía mucho que Erica no ponía un pie en aquella casa, pero la conocía bien y sabía perfectamente dónde estaba el baño. Se estremeció de frío, pese a que llevaba ropa de abrigo. La puerta del baño fue abriéndose despacio; y ella entró.

No sabía exactamente qué esperaba encontrar, dada la deficiente información proporcionada por Eilert, pero nada la había preparado para el espectáculo de la

sangre. El cuarto de baño estaba alicatado en blanco, de ahí que el efecto de la sangre que había tanto dentro como alrededor de la bañera resultase aún más llamativo. Por un segundo, pensó que el contraste era hermoso, hasta que interiorizó el hecho de que quien yacía en la bañera era un ser humano de verdad.

Pese a lo antinatural de los tonos blancos y de la lividez que se apreciaba en el cuerpo, Erica la reconoció

en el acto. Era Alexandra Wijkner, cuyo apellido de soltera era Carlgren, hija de los propietarios de la casa en la que ahora se encontraba. Habían sido muy buenas amigas durante su niñez, que ya se le antojaba muy remota. Ahora, la mujer de la bañera le parecía una extraña.

Los ojos del cadáver estaban cerrados, sin duda obra de un gesto compasivo, pero los labios presentaban un vivo tono azulado. Una

delgada capa de hielo flotaba en la bañera ocultando el cuerpo por completo. El brazo derecho colgaba laxo y veteado sobre el borde de la bañera y los dedos se hundían en el charco de sangre coagulada que manchaba el suelo. Junto al brazo, también sobre el borde de la bañera, había una hoja de afeitar. Del otro brazo sólo se veía la parte superior del codo, pues el antebrazo yacía invisible bajo la capa de

hielo. También las rodillas sobresalían de la helada superficie. El largo cabello rubio de Alex flotaba esparcido como un abanico sobre el cabecero de la bañera, pero aparecía quebradizo y congelado por el rigor.

Erica se quedó mirándola largo rato. Tiritaba tanto por el frío como por la soledad que ilustraba el macabro cuadro viviente. Muy despacio, fue reculando hasta salir de la

habitación.

Después todo sucedió como en un paisaje brumoso. Llamó al médico de guardia desde su móvil y esperó junto con Eilert hasta que el doctor llegó con la ambulancia. Reconoció los indicios de la misma conmoción que sufrió al recibir la noticia de la muerte de sus padres y se sirvió una generosa copa de coñac tan pronto como llegó

a casa. Tal vez no fuese lo que el médico le había prescrito, pero le ayudaba a controlar el temblor de sus manos.

Ver a Alex la había hecho retrotraerse a su niñez.

Hacía más de veinticinco años que habían sido amigas, pero, pese a que un sinfín de personas había pasado por su vida desde entonces, aún conservaba el recuerdo de Alex en su corazón. No eran más que

unas niñas en aquella época. De mayores, llegaron a convertirse en extrañas la una para la otra. Aun así, a Erica le costaba reconciliarse con la idea de que Alex se hubiese suicidado, lo que, por otro lado, había de ser la interpretación ineludible de lo que acababa de ver. La Alexandra a la que ella recordaba era una de las personas más llenas de vida, más estables que había conocido. Una mujer



hermosa y segura de sí misma, con tanto carisma que hacía que la gente se volviese a su paso. Según los rumores que Erica había oído y conforme a lo que ella misma siempre había pensado, la vida había sido generosa con Alex. La joven dirigía una galería de arte en Gotemburgo, estaba casada con un hombre tan guapo como bien situado y vivía en Särö, en una casa que parecía una mansión. Aun así, era evidente que algo no

iba bien.

Sintió que necesitaba despejar su mente y marcó el número de su hermana.

—¿Estabas dormida?

—¿Bromeas? Adrian me ha tenido en pie desde las tres de la mañana y, cuando por fin se durmió, hacia la seis, Emma se despertó con ganas de jugar.

—¿No ha podido levantarse Lucas, para variar?

Un silencio helador al otro lado del hilo telefónico

la hizo morderse la lengua.

—Hoy tenía una reunión importante y debía estar descansado. Además, la situación en su trabajo es bastante delicada en estos momentos, la empresa se enfrenta a una fase crítica de su estrategia.

Anna había ido alzando el tono de voz, en el que Erica percibió cierto eco histérico. Lucas siempre tenía a mano una buena excusa y, al parecer, Anna acababa de citarlo

literalmente. Si no era una reunión importante, era que lo estresaban todas las decisiones cruciales que debía tomar o tenía los nervios desquiciados, pues la presión que, según el propio Lucas, implicaba ser un hombre de negocios tan exitoso era difícil de sobrellevar. De este modo, Anna era la única que se responsabilizaba de los niños. Con una niña de tres años bastante despabilada y un bebé de cuatro meses,

cuando la vio en el funeral de sus padres, Anna aparentaba diez años más de los treinta que en realidad tenía.

—*Honey, don't touch that.*

—En serio, ¿no crees que va siendo hora de que empieces a hablar sueco con Emma?

—Lucas piensa que debemos hablar inglés en casa. Dice que, de todos modos, nos habremos mudado a vivir a Londres

antes de que empiece el colegio.

Erica estaba tan harta de oír aquella frase: «Lucas piensa, Lucas dice, Lucas opina que...». A sus ojos, su cuñado era paradigma indiscutible de un cerdo de primera clase.

Anna lo conoció cuando trabajaba de *au pair* en Londres y quedó enseguida encandilada por el apabullante cortejo desplegado por el exitoso agente de bolsa Lucas

Maxwell que, por si fuera poco, era diez años mayor que ella. Anna abandonó sus planes de estudiar en la universidad y, en cambio, dedicó su vida a ser la esposa perfecta e ideal. Tan sólo había un problema, que Lucas era una de esas personas que jamás se sienten satisfechas y Anna, que desde niña había hecho siempre exactamente lo que le venía en gana, había terminado por eliminar del todo su personalidad a lo

largo de su convivencia con Lucas. Hasta que tuvieron hijos, Erica había conservado la esperanza de que su hermana recobrase el juicio, abandonase a Lucas y empezase a vivir su propia vida, pero cuando nació Emma y después Adrian, no tuvo más remedio que reconocer que, por desgracia, su cuñado había venido para quedarse.

—Propongo que dejemos el tema de Lucas y su concepto de educación



infantil. En fin, ¿qué han organizado mis sobrinos favoritos desde la última vez?

—¡Bah! Lo de siempre, ya sabes... A Emma le dio un ataque de locura ayer y, antes de que la descubriese, le dio tiempo de destrozar con las tijeras una buena cantidad de ropa, por valor de una pequeña fortuna; y Adrian lleva tres días que no deja de vomitar o de llorar a gritos.

—Me da la sensación de

que necesitas cambiar de aires. ¿Por qué no te vienes a pasar una semana con los niños? Además, me vendría bien algo de ayuda con unas cuantas cosas. Y pronto tendremos que ponernos a arreglar papeles y demás.

—Pues eso, precisamente, habíamos pensado hablar contigo del tema.

La voz de Anna empezó a temblar claramente, como siempre que tenía que abordar un tema espinoso.

Erica aguzó enseguida el oído. Aquel «nosotros» le traía un eco de mal presagio. Tan pronto como Lucas metía la nariz en un asunto, era, por lo general, para hacer algo que lo beneficiaba a él y perjudicaba a todos los demás implicados.

Erica esperó a que Anna continuase.

—Lucas y yo hemos pensado volver a Londres tan pronto como la filial en Suecia haya quedado bien

asentada y la verdad es que no habíamos pensado tener que preocuparnos del mantenimiento de una casa aquí. Y a ti tampoco te vendrá bien verte obligada a arrastrar el lastre de una gran casa de campo, quiero decir, puesto que no tienes familia y eso...

El silencio podía cortarse.

—¿Qué es lo que quieres decir?!

Erica se enredó un mechón de su rizado cabello

en el dedo índice, una costumbre que había adquirido de niña y a la que recurría siempre que se ponía nerviosa.

—Pues eso... Lucas opina que debemos vender la casa. No podremos conservarla y mantenerla. Además, nos gustaría comprar una casa en Kensington cuando volvamos a Londres y, aunque Lucas gana mucho dinero, el dinero de la venta nos vendría más que bien.

Quiero decir, las casas en la costa oeste y con tan buena situación se venden por varios millones. Los alemanes se vuelven locos en cuanto hay vistas al mar y olor a mar.

Anna siguió ofreciendo argumentos, pero Erica empezaba a estar harta y colgó el auricular muy despacio, en medio de una frase. Desde luego que aquello le había despejado la mente de todas, todas.

Ella siempre había sido

más una madre que una hermana mayor para Anna. Desde que eran niñas, la había cuidado y protegido. Anna había sido una auténtica niña salvaje, un vendaval que seguía sus impulsos sin pensar en las consecuencias. Erica había tenido que salvarla, en más ocasiones de las que era capaz de recordar, de situaciones a las que ella misma se había expuesto. Lucas había derribado aquella espontaneidad suya,

su alegría de vivir. Y aquello era, sobre todo, lo que Erica no podría perdonarle jamás.

A la mañana siguiente, el día anterior se le antojó un sueño. Había dormido profundamente y sin ensoñaciones que perturbasen su descanso y, pese a todo, se sentía como si apenas hubiese pegado ojo. Estaba tan cansada que le dolía todo el cuerpo. Le rugía el estómago



considerablemente, pero tras una rápida ojeada al frigorífico, comprendió que se imponía una visita al supermercado de Evas Livs si quería echarse algo a la boca.

El centro del pueblo estaba desierto y en la plaza de Ingrid Bergman no se veía ni rastro del comercio que bullía allí los veranos. Había buena visibilidad, sin niebla ni bruma, y se divisaba hasta el último golfo de la isla de Valön,

que se recortaba contra el horizonte y que, junto con la de Kråkholmen, formaba una angosta apertura hacia las últimas islas del archipiélago.

Llevaba ya recorrido un buen trecho de Gälärbacken cuando tuvo un encuentro. Un encuentro que, de buena gana, habría evitado, por lo que miró instintivamente en busca de alguna escapatoria.

—¡Buenos días!

Elna Persson gorjeó el saludo con una voz

descaradamente despabilada.

—¿Pero no es nuestra paisana escritora quien pasea bajo el sol matinal?

Erica lanzó para sí un lamento.

—Pues sí, pensaba darme una vuelta por el súper de Evas para comprar algo.

—¡Pobre criatura! Debes de estar destrozada después de tan terrible experiencia.

La papada de Elna temblaba de excitación y Erica pensó que parecía una

golondrina obesa. El abrigo de lana que llevaba era de color verdoso y la cubría entera, desde los hombros hasta los pies, convirtiéndola en una ingente masa amorfa. La mujer sujetaba firmemente el bolso entre sus manos y, sobre su cabeza, hacía equilibrio un sombrero demasiado pequeño en proporción al resto. Parecía de fieltro y también lucía una coloración indefinida, próxima al verde musgo. Tenía los ojos

pequeños y hundidos en una protectora capa de grasa. La mujer miraba a Erica expectante, como reclamando una respuesta a su apreciación.

—Sí, bueno, no puede decirse que fuese muy agradable.

Elna asintió comprensiva.

—Pues verás, es que me topé por casualidad con la señora Rosengren y me contó que, al pasar con el coche, te había visto a ti

junto a una ambulancia ante la casa de los Carlgren, y los dos comprendimos que tenía que haber sucedido algo terrible. Y después, por la tarde, cuando por casualidad llamé por teléfono al doctor Jacobsson para otro asunto, me habló del trágico suceso. Claro, como una confidencia, por supuesto. Los médicos están obligados por el secreto profesional y eso son cosas que hay que respetar.

Asintió puerilmente para

subrayar hasta qué punto respetaba el secreto profesional del doctor Jacobsson.

—Y tan joven como era. Desde luego que una se pregunta qué puede haber detrás de todo. Personalmente, siempre he pensado que la muchacha parecía un tanto sobreexcitada. Yo conozco a Birgit, su madre, desde hace muchos años y sé que es una mujer que tiene los nervios a flor de piel, y esas cosas, ya

se sabe, son hereditarias. Y creída también se volvió, me refiero a Birgit, cuando a Karl-Erik le dieron ese buen puesto de director en Gotemburgo. A partir de entonces, Fjällbacka dejó de ser lo bastante buena. No, ya sólo contaba la gran ciudad. Pero te digo una cosa, el dinero no le da la felicidad a nadie. Si la chiquilla hubiese tenido la oportunidad de crecer aquí en lugar de desarraigarla y llevarla a la capital, seguro que no habría



terminado así. Incluso me atrevería a creer que enviaron a la pobre criatura a una escuela suiza, y ya se sabe cómo son las cosas en esos sitios, son experiencias que marcan el alma para toda la vida. Antes de marcharse era la niña más alegre y desenvuelta que había por aquí. Vosotras jugabais de niñas, ¿no? Eso es, bueno, yo no tengo más remedio que pensar que...

Elna continuó su monólogo y Erica, que no

veía el fin del desastre, empezó a buscar febrilmente una excusa para zafarse de la conversación, que comenzaba a cobrar un tinte cada vez más desagradable. Y vio su oportunidad en el momento en que Elna hizo una pausa para recobrar el aliento.

—Ha sido un placer hablar contigo, pero, por desgracia, debo irme ya. Comprenderás que tengo muchas cosas que hacer.

Adoptó un gesto de

máximo patetismo y deseó con todas sus fuerzas haber logrado tentar a Elna para que se diese por vencida y siguiese su camino.

—¡Por supuesto, querida! ¿En qué estaré pensando? Todo esto debe de ser muy duro para ti, justo después de la tragedia que le sobrevino a tu propia familia. Te ruego que disculpes la falta de tacto de esta anciana.

A aquellas alturas, Elna se había conmovido a sí

misma hasta el punto de que casi se echa a llorar, por lo que Erica asintió benevolente y se apresuró a despedirse. Con un suspiro de alivio, prosiguió su paseo hasta el súper de Evas rogando no encontrarse con más señoras ávidas de información.

Pero no la acompañó la suerte. Varios habitantes de Fjällbacka, inmisericordes, la frieron a preguntas, de modo que la joven no se atrevió a respirar tranquila

hasta que no vio la fachada de su casa. Sin embargo, uno de los comentarios que había oído le hizo mella. Los padres de Alex habían llegado a Fjällbacka la noche anterior, ya tarde, y vivían en casa de la hermana de Birgit.

Erica dejó las bolsas de la compra sobre la mesa de la cocina y empezó a colocar su contenido. Pese a sus buenos propósitos, las bolsas no estaban tan llenas de alimentos sanos como ella

había planeado antes de entrar en la tienda. Pero ¿cuándo, si no en un día tan penoso como aquél, podría permitirse el lujo de comprarse unas golosinas? Muy a propósito, ya le rugía el estómago, de modo que colocó en un plato dos bollos de canela, como doce puntos rojos en la ficha de *El peso ideal*, que se sirvió acompañados de una taza de café.

Era muy agradable sentarse a mirar el familiar

paisaje que se extendía al otro lado de la ventana, pero aún no se había habituado a la tranquilidad de la casa. Ciertamente que había estado sola allí con anterioridad, pero no era lo mismo. Entonces había una presencia, la conciencia de que alguien podía entrar por la puerta en cualquier momento. Ahora, en cambio, era como si se hubiese esfumado el espíritu mismo de la casa.

Allí, junto a la ventana, estaba la pipa de su padre,

esperando que la cargasen. El aroma aún impregnaba la cocina, pero Erica tenía la sensación de que se atenuaba cada día.

Siempre le había encantado el olor a tabaco de pipa. Cuando era pequeña, solía sentarse en el regazo de su padre, con los ojos cerrados y la cabeza contra su pecho. El humo del tabaco se infiltraba en sus ropas y su olor fue, durante su niñez, símbolo de seguridad.



La relación de Erica con su madre había sido infinitamente más compleja. No era capaz de recordar un solo momento de su niñez y adolescencia en que su madre le hubiese dado una muestra de cariño, un abrazo, una palmadita, una palabra de consuelo. Elsy Falck era una mujer dura e intransigente que mantenía un orden impecable en el hogar pero que no se permitía a sí misma la menor alegría en la vida. Era

profundamente religiosa y, como tantos de los habitantes de los pueblos costeros de Bohuslän, había crecido en uno que seguía marcado por las enseñanzas del pastor Schartaus. Desde niña le había tocado aprender que la existencia era un sufrimiento sin fin y que recibiría su premio en la otra vida. Erica se preguntaba qué habría visto en Elsy su padre, hombre de carácter apacible y de excelente humor y en alguna

ocasión, en un arretrato de ira adolescente, había soltado la pregunta. Su padre no se enfadó. Simplemente, se sentó y le pasó el brazo por los hombros antes de hacerle ver que no debía juzgar tan duramente a su madre. Hay personas a las que les cuesta más que a otras mostrar sus sentimientos, le explicó acariciándole las mejillas, aún encendidas por la indignación. Pero ella no lo escuchó y siguió convencida

de que su padre había intentado encubrir lo que para Erica era una evidencia: su madre no la había querido jamás y ella debería arrastrar tal realidad el resto de su vida.

Tuvo el impulso de ir a visitar a los padres de Alexandra y decidió seguirlo. Era difícil perder a los padres, pero, pese a todo, así eran las leyes de la naturaleza. En cambio, perder a un hijo, debía de ser terrible. Además, Alexandra

y ella fueron en su día las mejores amigas. Ciertamente que hacía cerca de veinticinco años, pero gran parte de sus felices recuerdos de la infancia estaban íntimamente relacionados con Alex y su familia.

La casa parecía desierta. Los tíos de Alexandra vivían en la calle de Tallgatan, a medio camino entre el centro de Fjällbacka y el *camping* de Sälvik. Las

casas se alineaban en la cima de una colina y el manto de césped de los jardines en hilera descendía abrupto hasta la calle, por la parte que daba al mar. La puerta estaba en la parte trasera de la casa y Erica dudó un instante, antes de llamar al timbre. El sonido retumbó hasta desaparecer. No se oía nada en el interior de la casa y ya estaba a punto de darse media vuelta cuando la puerta empezó a abrirse poco a poco.

—¿Sí?

—Hola, soy Erica Falck.

Yo fui quien...

Dejó el resto de la frase en el aire. Se sentía ridícula por haberse presentado con tanta formalidad. Ulla Persson, la tía de Alex, la conocía perfectamente. Ella y su madre participaron activamente en la asociación parroquial durante muchos años y, algunos domingos, Ulla iba a su casa a tomar café.

La mujer se hizo a un

lado para que Erica entrase en el vestíbulo. No había en toda la casa una sola lámpara encendida. Claro que no anochecería hasta dentro de unas horas, pero ya empezaba a caer el ocaso y las sombras se alargaban proyectadas en las paredes. Desde la habitación que quedaba justo enfrente del vestíbulo se oían apagados sollozos. Erica se quitó los zapatos y el abrigo y se sorprendió intentando moverse sin hacer el menor



ruido y con delicadeza, pues el ambiente que reinaba en la casa no propiciaba otra cosa. Ulla entró en la cocina y le indicó a Erica que continuase hasta la sala de estar. Una vez dentro, cesó el llanto. En el sofá colocado ante un gran ventanal de vista panorámica, estaban sentados Birgit y Karl-Erik Carlgren, que se abrazaban con gesto desesperado. Los dos tenían el rostro ajado y bañado en llanto y Erica sintió que estaba

irrumpiendo en una esfera de absoluta privacidad. Un ámbito en el que tal vez no debiera entrometerse. Sin embargo, ya era demasiado tarde para lamentaciones.

Se sentó despacio en el sofá que había enfrente, con las manos cruzadas sobre las rodillas. Nadie había pronunciado una sola palabra desde que entró en la habitación.

—¿Qué aspecto tenía?

En un primer momento, Erica no oyó bien a Birgit,

que habló con la voz de una niña. Y no sabía qué responder.

—Sola —se oyó decir finalmente para arrepentirse enseguida—. No quería decir... —la frase quedó a medias y murió en el silencio reinante.

—¡Alex no se quitó la vida!

La voz de Birgit sonó de repente fuerte, decidida. Karl-Erik tomó la mano de su esposa asintiendo conforme. Probablemente,

advirtieron la expresión de escepticismo de Erica, pues Birgit insistió:

—¡Alex no se quitó la vida! La conozco mejor que nadie y sé que jamás recurriría al suicidio. Jamás habría tenido el valor necesario para hacer tal cosa. Tú también debes saberlo. ¡Tú también la conocías!

La mujer se erguía cada vez más, subrayando cada sílaba y Erica vio una chispa de esperanza en sus ojos.

Birgit cerraba y abría las manos convulsamente, una y otra vez, y miraba a Erica fijamente a los ojos, hasta que una de las dos tuvo que apartar la mirada. Fue Erica quien cedió primero y echó una ojeada a la habitación. Cualquiera cosa, con tal de no tener que ver el dolor en el rostro de la madre de Alexandra.

La habitación era acogedora, aunque de decoración algo recargada para el gusto de Erica. Las

cortinas, colgadas con un sistema complejo y adornadas con grandes volantes, estaban coordinadas con los cojines del sofá, confeccionados con el mismo estampado de grandes flores. Cada superficie aparecía cubierta de adornos y figurillas. Centros de madera artesanalmente tallada colocados sobre tapetes a punto de cruz compartían el espacio con perros de porcelana de ojos siempre

llorosos. Lo único que salvaba la habitación era el enorme ventanal que ofrecía una vista extraordinaria. Erica deseó poder congelar el instante y seguir mirando por la ventana en lugar de verse arrastrada al dolor de aquellas dos personas. Pese a todo, volvió de nuevo el rostro al matrimonio Carlgren.

—La verdad, Birgit, no sé qué decir. Alexandra y yo fuimos amigas hace veinticinco años. En

realidad, no sé cómo era. A veces no conocemos a la gente tan bien como creemos...

Erica oyó lo patético que aquello sonaba y dejó la frase inconclusa. Entonces, Karl-Erik tomó la palabra. Tras liberarse de la mano nerviosa de Birgit, se inclinó hacia delante, como si quisiera asegurarse de que Erica no se perdiese una sola de las palabras que pensaba decir.

—Sé que suena como si



nos negásemos a aceptar lo sucedido y es posible que, en estos momentos, no demos una imagen de sosiego, precisamente; pero sabemos que, aunque Alex hubiese pensado quitarse la vida, jamás lo habría hecho de ese modo. Tú misma recordarás que se ponía histérica de miedo cuando veía sangre. Si se hacía un corte, por pequeño que fuera, perdía los nervios hasta que no le ponían una tiritita. ¡Si hasta era capaz de

desmayarse con tan sólo ver la sangre! Por eso estoy completamente seguro de que más se habría atrevido a tomar somníferos, por ejemplo. No existe la menor jodida posibilidad de que Alex lograra cortarse a sí misma con una cuchilla de afeitar, primero en un brazo y luego en el otro. Y luego, mi mujer tiene razón, Alex era frágil, no era una persona valiente. Y, para quitarse la vida, es preciso tener cierto grado de

valentía, de la que ella carecía.

El hombre habló con convicción y, pese a que seguía persuadida de que aquello era la última esperanza de los dos desesperados, Erica no pudo por menos de dejarse afectar por la duda. Bien mirado, había algo anómalo ayer en aquel baño. No porque, bajo ninguna circunstancia, pueda resultar normal encontrar un cadáver, pero había algo en el ambiente de la habitación

que no acababa de encajar. Una presencia, una sombra. No sabía describirlo mejor. Seguía creyendo que Alexandra Wijkner se había visto abocada al suicidio, pero no podía negar que las insistentes observaciones de la pareja Carlgren habían suscitado sus dudas.

De repente, cayó en la cuenta de hasta qué punto Alex había llegado a parecerse de adulta a su madre. Birgit Carlgren era pequeña y esbelta, con el

cabello rubio de su hija aunque, en lugar de la abundante y larga melena de Alex, ella lo llevaba con un elegante corte con flequillo. Ahora iba totalmente vestida de luto y, pese a su dolor, parecía consciente del llamativo efecto que producía el contraste del negro con el rubio de sus cabellos. Algunos de sus movimientos desvelaban cierto grado de vanidad. Una mano que mesaba a conciencia el flequillo, el

movimiento al colocarse el cuello de la camisa, hasta dejarlo perfecto... Erica recordaba que su armario había sido una auténtica Meca para dos niñas de ocho años en edad de disfrazarse y su joyero era, sin duda, lo más parecido al reino de los cielos en aquella época.

A su lado, su esposo presentaba un aspecto bastante corriente. No porque careciese de atractivo, en absoluto, sino porque, simplemente, no

estaba a la altura. Era un hombre de rostro alargado con rasgos definidos y el nacimiento del pelo rezagado en la coronilla. También él vestía de negro, pero, a diferencia de su esposa, ese color le daba un aspecto más triste aún. Erica intuyó que había llegado el momento de marcharse mientras se preguntaba qué era lo que había pretendido conseguir con aquella visita.

Se levantó, pues. Y otro tanto hicieron los Carlgren.

Birgit miró acuciante a su marido, como exhortándolo a decir algo. Evidentemente, algo de lo que ya habían estado hablando antes de que llegase Erica.

—Nos gustaría que escribieras un panegírico sobre Alex. Para publicarlo en el diario *Bohuslänningen*. Algo sobre su vida, sus sueños..., y sobre su muerte. Un recordatorio de su vida y su persona. Significaría mucho para Birgit y para mí.

—Pero ¿no preferís que



lo publique el diario *Göteborgs Posten*? Después de todo, ella vivía en Gotemburgo. Y vosotros también.

—Fjällbacka siempre fue y será nuestro hogar. Y Alex pensaba lo mismo. Podrías empezar por entrevistarte con Henrik, su marido. Ya hemos hablado con él y dice que está dispuesto. Ni que decir tiene que te pagaremos el trabajo.

Era evidente que, con aquello, daban por concluida

la negociación. Y, sin haber llegado a aceptar el trabajo realmente, cuando la puerta se cerró a su espalda, Erica se encontró en la escalera con el teléfono y la dirección de Henrik Wijkner en la mano. Pese a que, sinceramente, no sintió el menor deseo de aceptar el encargo al oír la propuesta, en la mente de la escritora que llevaba dentro empezó a bullir una idea. La desechó, llena de remordimientos por haberla pensado siquiera,

pero resultó ser una idea pertinaz, que parecía dispuesta a no darle tregua. En efecto, tenía ante sí lo que tanto tiempo llevaba buscando, la base para su nuevo libro. El relato del trayecto recorrido por una persona hasta encontrar su destino. La explicación de lo que había llevado a una mujer joven, hermosa y a todas luces privilegiada hacia la opción de la muerte. Claro que no daría el nombre de Alex, por

supuesto, pero sí una historia basada en lo que pudiese averiguar sobre su camino hacia la muerte. Erica había publicado hasta el momento cuatro libros, todos ellos biografías de grandes escritoras suecas y aún no había tenido el valor de crear una narración propia. Pese a todo, sabía que, en su interior, había libros que esperaban que ella los plasmase sobre el papel. Y este cometido tal vez le diese las alas, la inspiración

que había estado esperando. El hecho de haber sido amiga de Alex en el pasado sería, desde luego, una ventaja.

Como persona, se retorció de aversión ante la idea, pero, como escritora, no cabía en sí de júbilo.

El pincel dejaba grandes trazos rojos sobre el lienzo. Llevaba pintando desde el alba y ahora, por primera vez, se apartó unos pasos

para contemplar su creación. Para un ojo profano, no eran más que amplios campos en rojo, naranja y amarillo distribuidos de forma irregular sobre el gran lienzo. Para él eran la humillación y la resignación recreadas en los colores de la pasión.

Siempre pintaba con los mismos tonos. El pasado gritaba y se burlaba de él desde el lienzo mientras él intentaba expresarse con creciente frenesí.

Después de transcurrida otra hora, consideró que se había ganado la primera cerveza de la mañana. Tomó la lata que tenía más a mano, sin prestar atención al hecho de que, la noche anterior, había echado en ella la ceniza, que se le quedó pegada a los labios; pero siguió bebiendo con avidez de la cerveza ya sin fuerza y arrojó al suelo la lata una vez que hubo apurado hasta la última gota.

La parte delantera de los

calzoncillos estaba amarilla, no se sabía si manchada de pintura o de orina seca. Probablemente, una combinación de ambas cosas. El cabello le caía grasiento sobre los hombros y tenía el pecho blancuzco y hundido. Anders Nilsson era la viva imagen de un despojo, pero el cuadro que descansaba sobre el caballete denotaba un talento en marcado contraste con la decadencia del artista.

Se hundió en el suelo y



se apoyó contra la pared que se alzaba frente a su obra. A su lado había una lata de cerveza sin empezar y experimentó una sensación de placer al oír el ruido refrescante que emitió al tirar de la anilla. Los colores le chillaban recordándole aquello que se había dedicado a intentar olvidar gran parte de su vida. ¿Por qué tenía que venir ella a destrozarlo todo ahora, precisamente? ¿Por qué no podía dejar las cosas como

estaban? Aquella cerda puta egoísta que sólo pensaba en sí misma... Fría y malvada como una jodida princesa. Pero él sabía bien lo que ocultaba bajo aquella superficie. Los dos estaban fundidos en el mismo molde. Se habían formado y forjado a través de años de tortura común y ahora, de pronto, ella creía que podía cambiar el orden de las cosas sin consultar.

—¡Joder!

Lanzó un rugido y arrojó

la lata, aún medio llena, contra el lienzo. Pero éste no se rompió, lo que lo indignó aún más, sino que se tambaleó un poco. Dejó la lata en el suelo mientras que el líquido chorreaba por la pintura y el rojo, el naranja y el amarillo empezaron a gotear y a mezclarse en nuevos tonos. Él observó el resultado con satisfacción.

Aún no se había recuperado de la resaca de la borrachera de la noche anterior y la cerveza empezó

a hacerle efecto enseguida, pese al alto grado de tolerancia al alcohol desarrollado durante tantos años de duro entrenamiento. Muy despacio, se deslizó hacia las familiares nebulosas del aroma a antiguos vómitos en los orificios de la nariz.

Ella tenía su propia llave del apartamento. En el vestíbulo, se limpió a conciencia los zapatos, pese

a que sabía que no merecía la pena en absoluto. La calle estaba más limpia. Dejó las bolsas de comida en el suelo y colgó el abrigo en una percha. No tenía sentido llamarlo, pues lo más seguro era que él ya estuviese fuera de combate a aquellas alturas.

La cocina estaba a la izquierda del vestíbulo y presentaba el mismo desorden lamentable de siempre. Había platos sucios de varias semanas

amontonados no sólo en el fregadero, sino en las sillas y en la mesa e incluso en el suelo. Colillas, latas de cerveza y botellas vacías por todas partes.

Abrió la puerta del frigorífico para colocar la comida: en aquella ocasión, clamaba al cielo, pues estaba completamente vacío. Una vez colocada la comida, volvió a estar lleno y ella se sentó un momento para recobrar fuerzas.

El apartamento era un

pequeño estudio, por lo que sólo constaba de una gran habitación que incluía dormitorio y sala de estar. Los pocos muebles que lo poblaban se los había procurado ella misma, pero tampoco constituían una gran contribución, por lo que era el caballete el que dominaba enorme ante las ventanas del habitáculo. En un rincón se veía el colchón desportillado. Nunca pudo permitirse comprarle una cama de verdad.

Al principio intentó ayudarle a mantener limpia la casa y a sí mismo. Limpiaba, ordenaba, le lavaba la ropa y, casi con la misma frecuencia, incluso lo duchaba a él. En aquel entonces, ella aún confiaba en que todo cambiase. Que todo desapareciese por sí solo. Pero de eso hacía ya muchos años. En algún punto del camino, sintió que no podía más. Y ahora se conformaba con procurar que al menos tuviese algo



que comer.

A menudo deseaba seguir teniendo la fuerza de antaño. El sentimiento de culpa se hacía demasiado pesado. Cuando se agachaba para limpiar sus vomitonas, sentía por un instante que estaba pagando parte de su culpa. Ahora seguía sintiéndose culpable, pero sin esperanza.

Se quedó observándolo arrumbado allí, en el rincón, contra la pared. Una ruina maloliente, pero con un

talento insólito oculto bajo la inmunda superficie. En infinidad de ocasiones se preguntó cómo habrían ido las cosas si su elección hubiese sido otra aquel día. Cada día, durante veinticinco años, se preguntaba cómo habría sido la vida si se hubiese conducido de otro modo. Veinticinco años son muchos años para pensar.

A veces lo dejaba tumbado en el suelo cuando se marchaba. Pero hoy no.

El frío entraba desde la calle y sentía el suelo helado bajo las medias, demasiado finas. De modo que le tomó el brazo, que colgaba flácido e inerte junto a su cuerpo, y empezó a tirar, pero él no reaccionó. Entonces lo arrastró hasta el colchón tirando de las dos muñecas. Intentó darle la vuelta para subirlo y, al tocar la flaccidez de su vientre, se estremeció. Después de tironear un rato, logró subir al colchón la mayor parte del

cuerpo y, a falta de manta, fue a buscar su chaqueta, que estaba colgada en el vestíbulo, y lo cubrió con ella. Agotada por el esfuerzo y jadeante, se sentó a descansar un rato. De no ser por la fuerza de sus brazos, entrenados a lo largo de muchos años de trabajo como limpiadora, jamás habría logrado subirlo, y menos a su edad. La preocupaba pensar en qué sucedería el día que tampoco físicamente tuviese fuerzas

para vérselas con él.

Le caía por el rostro un mechón de cabello grasiento que ella apartó cariñosa con el dedo índice. La vida no había resultado ser lo que ella esperaba, para ninguno de los dos, pero tenía el propósito de dedicar el resto de su existencia a preservar lo poco que quedaba.

La gente volvía la vista cuando se la cruzaban por la calle, pero no antes de que ella pudiese ver la expresión de compasión en sus rostros.

Anders era muy conocido en el pueblo y miembro permanente de la asociación local de alcohólicos anónimos. A veces él se paseaba con paso inseguro por el centro, borracho y desnortado, gritando improperios a cuantos encontraba a su paso. A él le tocaba el odio, a ella las simpatías de todos. En realidad, debería ser al contrario. Ella era la digna de desprecio, mientras que Anders merecía las

simpatías de la gente. La debilidad de ella le había dado forma a la vida de él. Pero había decidido dejar de ser débil para siempre.

Estuvo allí sentada durante varias horas, acariciándole la frente. De vez en cuando, él se movía en su inconsciencia, pero el roce de su mano lo calmaba. Al otro lado de la ventana, la vida continuaba como siempre; en cambio, en la habitación, el tiempo se había detenido.

El lunes amaneció con pocos grados sobre cero y grandes bancos de nubes. Erica siempre conducía con precaución y ahora aminoró la marcha un poco más aún, para asegurarse el margen de reacción en caso de derrapar. No se le daba muy bien conducir, pero prefería la soledad del coche a apretujarse con la gente en el bus E6-Expressen o en el tren.

Cuando giró a la derecha



y ya en la autovía, el piso mejoró, por lo que se atrevió a acelerar un poco. Iba a verse con Henrik Wijkner a las doce, pero había salido temprano de Fjällbacka y tenía tiempo de sobra para el viaje hasta Gotemburgo.

Por primera vez desde que vio a Alex en el helado cuarto de baño, pensó en la conversación mantenida con Anna. Aún le costaba imaginar que Anna estuviese dispuesta a llevar a cabo la venta de la casa. Después de

todo, había sido su hogar de la niñez y a sus padres les habría disgustado mucho la idea, si lo hubiesen sabido. Sin embargo, cuando Lucas intervenía, todo era posible y, puesto que conocía la falta de escrúpulos de su cuñado, el asunto la preocupaba. Lucas caía cada vez más bajo, pero aquello superaba cuanto había emprendido hasta entonces.

En fin, resolvió, no se preocuparía en serio por la casa hasta haberse

informado de cuál era su situación desde el punto de vista puramente jurídico. Antes de haber hablado con el abogado, se negaba a dejarse abatir por la última invención de Lucas. Y ahora quería concentrarse en la conversación que no tardaría en mantener con el marido de Alex.

Henrik Wijkner le pareció agradable por teléfono y, cuando oyó su nombre, ya sabía cuál era el motivo de su llamada. Claro

que podía visitarlo para hacer preguntas sobre Alexandra, puesto que el artículo panegírico parecía tan importante para sus padres.

Por más que le costase enfrentarse al dolor de una persona más, le resultaba emocionante pensar que iba a ver la casa de Alex. El encuentro con sus padres había sido desgarrador. Como escritora, prefería observar la realidad en la distancia. Estudiarla desde

arriba, segura y con perspectiva. Al mismo tiempo, aquella visita le ofrecía la oportunidad de ver en qué clase de persona se había convertido Alex con los años.

Erica y Alex habían sido inseparables desde los primeros años de la escuela. Erica se sentía muy orgullosa de haber sido elegida por Alex, que atraía como un imán a cuantos se le acercaban. Todo el mundo quería estar con Alex que,

por su parte, vivía inconsciente del alto grado de aceptación que inspiraba. Era reservada, pero de un modo que revelaba una seguridad en sí misma que, según Erica llegó a comprender en la edad adulta, debe de ser insólita en los niños. Y, al mismo tiempo, era abierta y generosa y, pese a ser reservada, no daba la impresión de ser tímida. Fue ella quien eligió a Erica como amiga. Erica nunca se

habría atrevido a acercarse a Alex por sí misma. Fueron inseparables hasta los últimos años, hasta que Alex se marchó a la ciudad y desapareció para siempre de su vida. Alex empezó a aislarse y Erica se pasaba sola horas enteras, llorando por su amistad encerrada en su habitación. Y un día, cuando llamó a la puerta de la casa de Alex, nadie respondió. Veinticinco años después, Erica recordaba con todo detalle el dolor que

sintió cuando comprendió que Alex se había marchado sin decirle una palabra y sin despedirse de ella. Seguía sin tener la menor idea de lo que había sucedido, pero, como suelen hacer los niños, se culpó a sí misma suponiendo que Alex se había cansado de ella.

A Erica le costó orientarse a través de Gotemburgo para dirigirse a Särö. Conocía bien la ciudad, puesto que había estudiado allí cuatro años,



pero en aquella época no tenía coche y en ese sentido Gotemburgo no era para ella más que una nebulosa en el mapa. Si hubiese podido conducir por los carriles para bicicletas, le habría resultado mucho más fácil orientarse. Gotemburgo era la pesadilla del conductor inseguro con sus innumerables calles de una sola dirección, rotondas llenas de coches y el estresante timbre de los tranvías que se acercaban

por todas partes. Además, a ella le daba la impresión de que todos los caminos conducían a Hisingen: si tomaba la salida equivocada, siempre acababa allí.

Las indicaciones que Henrik le había dado eran claras y encontró el camino a la primera, con lo que, en esta ocasión, consiguió mantenerse lejos de Hisingen.

La casa superaba todas sus expectativas. Una construcción enorme de

finales del siglo anterior, en color blanco, con vistas al mar y un pequeño cenador que sugería la promesa de cálidas noches estivales. El jardín, oculto bajo una gruesa capa de nieve, estaba bien diseñado y, sólo por sus dimensiones, exigía los cuidados de un experto jardinero.

Atravesó un sendero de sauces y cruzó un alto enrejado hasta llegar a la explanada de gravilla que se extendía ante la casa.

La escalinata de piedra conducía hasta una robusta puerta de roble. No había timbre, sino una aldaba maciza que golpeó con decisión. La puerta se abrió de inmediato. Ya imaginaba que le abriría una doncella con cofia y delantal almidonado pero quien la recibió fue un hombre que supuso debía de ser Henrik Wijkner. Era terriblemente guapo y Erica se alegró de haberse esforzado algo más de lo habitual en arreglarse

antes de salir de casa.

Entró en un vestíbulo enorme que, tras una rápida apreciación, debía de ser más grande que su apartamento de Estocolmo.

—Hola, soy Erica Falck.

—Hola, Henrik Wijkner.

Si no recuerdo mal, nos conocimos el verano pasado en una cafetería de la plaza de Ingrid Bergman.

—Sí, es cierto, en el Café Bryggan. Parece que hace siglos desde el verano, sobre todo con el tiempo que

tenemos ahora.

Henrik asintió educado mientras le ayudaba a quitarse el chaquetón y le indicaba con la mano el camino hacia el salón contiguo al vestíbulo. Con suma delicadeza, Erica se sentó en un sillón que, con su limitado conocimiento sobre antigüedades, sólo pudo calificar de muy antiguo y probablemente muy valioso, al tiempo que aceptó el café que le ofrecía Henrik. El joven empezó a

servirlo y, mientras intercambiaban unas frases sobre el tiempo tan desapacible que tenían que sufrir, ella lo estudió a hurtadillas y constató que no parecía especialmente desolado, aunque sabía que eso no tenía por qué ser así. Cada uno tenía su modo de expresar el dolor.

Henrik vestía algo informal, aunque llevaba unos chinos perfectamente planchados y una camisa de Ralph Laurent de color azul

claro. Tenía el cabello oscuro, casi negro y con un corte elegante sin llegar a parecer repeinado. Sus ojos castaños le daban un aspecto sureño. Ella prefería un tipo de hombre de físico algo más salvaje y, aun así, no podía sustraerse a la atracción que ejercía aquel hombre, que parecía salido de una revista de moda. Henrik y Alex debían de hacer una pareja estupenda.

—¡Es una maravilla de casa!



—Gracias. Yo soy la cuarta generación de Wijkner que la habita. Mi bisabuelo la mandó construir a principios de siglo y, desde entonces, ha pertenecido a la familia. Si estas paredes hablasen...

Abarcó con la mano la habitación y sonrió.

—Sí, debe ser maravilloso verse rodeado de tanta historia de la propia familia.

—Bueno, tiene ventajas e inconvenientes. También

conlleva una responsabilidad insoslayable. Seguir el camino del padre y todo lo demás.

El joven se echó a reír mientras Erica pensaba que no parecía especialmente abrumado por ninguna responsabilidad. Ella, por su parte, se sentía totalmente fuera de lugar en aquella elegante sala y luchaba en vano por encontrar la forma de sentarse cómodamente en aquel hermoso pero espartano sofá. Al fin,

terminó por acomodarse en el borde mismo, mientras daba sorbitos al café servido en diminutas tazas de moca. El meñique se le agitó, aunque ella supo contener el impulso. En efecto, las tazas parecían ideales para estirar el meñique, pero la joven sospechaba que daría una impresión más sarcástica que de saber estar. Luchó consigo misma un instante al ver la bandeja de pastas que había sobre la mesa y perdió la batalla en un duelo contra

una gruesa rebanada de bizcocho equivalente a unos diez puntos rojos en la ficha del peso.

—Alex adoraba esta casa.

Erica estaba pensando precisamente en cómo acercarse al auténtico motivo de su presencia allí y se sintió agradecida al comprobar que el propio Henrik sacaba a colación el tema de Alex.

—¿Cuánto tiempo vivisteis juntos aquí?

—Tanto como duró nuestro matrimonio, quince años. Nos conocimos cuando estudiábamos en París. Ella, historia del arte y yo intentaba adquirir conocimientos sobre la economía mundial, al menos los suficientes para administrar a duras penas el emporio familiar.

Erica dudaba mucho de que Henrik Wijkner hiciese nunca algo «a duras penas».

—Después de casarnos volvimos a Suecia y nos

instalamos en esta casa. Mis padres habían fallecido y la casa había estado muy descuidada los dos años que yo viví en el extranjero, pero Alex empezó a renovarla enseguida. Quería que todo estuviese perfecto. Cada detalle, el papel pintado, los muebles y las alfombras, son originales que han decorado la casa desde su construcción y restaurados según su aspecto primigenio o bien objetos que Alex compró. No sé a cuántos

anticuarios acudió para encontrar objetos de decoración de la época de mi bisabuelo. Utilizó para guiarse montones de fotografías antiguas y el resultado es excelente. Al mismo tiempo, trabajaba duro para poner en marcha su galería y lo cierto es que aún no comprendo cómo le llegaba el tiempo para hacerlo todo.

—¿Qué clase de persona era Alex?

Henrik se tomó unos

minutos para meditar su respuesta.

—Hermosa, tranquila, perfeccionista hasta la exasperación. Creo que, quienes no la conocían, podían calificarla de engreída. Pero eso era porque no dejaba que nadie entrase en su vida así como así. Alex era una persona por la que había que luchar.

Erica sabía perfectamente a qué se refería. El carácter reservado y el poderoso atractivo de



Alex hacían que, ya de niña, la tachasen de presumida las mismas chicas que, acto seguido, se peleaban por sentarse a su lado.

—¿A qué te refieres exactamente?

Quería oír en qué términos lo expresaba Henrik.

El viudo miró por la ventana y, por primera vez desde que entró en la casa de los Wijkner, creyó atisbar la presencia de un sentimiento bajo aquella fachada

encantadora.

—Ella siempre seguía su propio camino. No tomaba en consideración a los demás. No por maldad, no había maldad en Alex, sino por necesidad. Lo más importante para mi esposa era que no la hiriesen. Todo lo demás, todos los demás sentimientos, quedaban relegados a ese fin. El problema es que, si no dejas que nadie pase al otro lado del muro por miedo a que resulte un enemigo, también

terminas por dejar fuera a los amigos.

En este punto, guardó silencio, antes de clavar en ella la mirada.

—Alex habló de ti alguna vez.

Erica no pudo ocultar su asombro. Teniendo en cuenta el modo en que había terminado su amistad, ella siempre creyó que Alex se dio media vuelta y no volvió a pensar en ella nunca más.

—Recuerdo especialmente que decía que

tú eras la última amiga de verdad que había tenido jamás. «La última auténtica amistad», decía exactamente. Una manera un tanto extraña de expresarlo, en mi opinión, pero nunca mencionó nada más al respecto y, a aquellas alturas, yo ya sabía que de nada servía intentar sonsacarle. Por eso puedo contarte a ti cosas de Alex que jamás le contaría a nadie. Algo me dice que, pese a que habían pasado

tantos años, mi esposa seguía reservándote un lugar especial en su corazón.

—¿Tú la amabas?

—Por encima de todo.

Alexandra lo era todo en mi vida. Cuanto he hecho y cuanto he dicho giraba en torno a ella. Lo más irónico es que ella jamás se dio cuenta. Si me hubiese permitido atravesar su muro, hoy no estaría muerta. Tenía la respuesta ante sus propias narices, pero no se atrevió a buscarla. La cobardía y el

valor conformaban una mezcla extraña en la persona de mi esposa.

—Birgit y Karl-Erik no creen que se suicidó.

—Sí, lo sé. Y ellos ni se cuestionan que yo tampoco lo crea, pero, si he de ser sincero, lo cierto es que no sé lo que creo. Viví con ella durante más de quince años, pero jamás llegué a conocerla.

Su voz seguía siendo fría y objetiva y, por su tono, bien podría haber estado

comentando las inclemencias del tiempo, pero Erica empezaba a comprender que su primera impresión de Henrik no pudo haber sido más errónea. Su dolor era inmenso. Sólo que no estaba expuesto al público como en el caso de Birgit y Karl-Erik Carlgren. Tal vez gracias a sus propias experiencias, supo como por instinto que aquel hombre no sufría sólo el dolor por la muerte de su esposa, sino el de no haber

sabido aprovechar la oportunidad de hacer que ella lo amase como él la amaba. Y aquél era un sentimiento que ella conocía más que bien.

—¿A qué le tenía miedo?

—Yo me he preguntado lo mismo mil veces. La verdad es que no lo sé. Tan pronto como intentaba hablarlo con ella, cerraba la puerta. Nunca conseguí que me dejase entrar. Era como si tuviese un secreto que no



pudiese compartir con nadie.  
¿No suena extraño? El caso es que, como no sé cuál podía ser ese secreto, tampoco estoy en condiciones de saber si fue o no capaz de quitarse la vida.

—¿Qué tal llevaba su relación con sus padres y su hermana?

—Pues... ¿cómo te lo diría?

El hombre volvió a tomarse un instante de reflexión, antes de contestar.

—Tensa. Como si todos

se sacasen de sus casillas unos a otros. La única que, de vez en cuando, decía lo que pensaba, era Julia, su hermana pequeña; y te aseguro que es una persona bien rara. Yo siempre tenía la sensación de que las réplicas que se decían en voz alta ocultaban otro diálogo, muy distinto. No sé cómo explicártelo. Era como si hablasen en una clave que a mí no me habían facilitado.

—¿A qué te refieres cuando dices que Julia es

rara?

—Como ya sabrás, Julia nació cuando Birgit era algo mayor, cuarenta y muchos; y, además, no lo tenían planeado. Así que la pequeña fue como el polluelo del nido. Tampoco debió de ser muy fácil tener una hermana como Alex. Julia no era una niña bonita y, desde luego, no ha mejorado su atractivo con los años; en cambio Alex, ya sabes cómo era... Birgit y Karl-Erik siempre

estuvieron muy pendientes de Alex y, simplemente, se olvidaron de Julia. Y ella atajó el problema encerrándose en sí misma. Pero a mí me cae bien. Hay algo más bajo su aparente hosquedad. Y espero que alguien se tome la molestia de descubrirlo.

—¿Cuál ha sido su reacción al saber de la muerte de Alex? ¿Qué tipo de relación mantenían las dos hermanas?

—Tendrás que

preguntarles a Birgit o a Karl-Erik. Yo no he visto a Julia desde hace más de medio año. Estudia magisterio en Umeå y no le gusta salir de allí. Este año, ni siquiera estuvo en casa por Navidad. Pero Julia siempre idolatró a su hermana. Alex ya había empezado en el internado cuando Julia nació, así que no estaba mucho en casa, pero después, cuando nosotros íbamos allí, Julia andaba siempre pisándole

los talones, como un cachorro. Alex no le hacía mucho caso y la dejaba. A veces Julia la irritaba y ella le regañaba, pero por lo general la ignoraba, sin más.

Erica empezaba a notar que la conversación estaba tocando a su fin. En las pausas, se dio cuenta de que un silencio total reinaba en aquella casa que, en su esplendor, debía de resultar bastante solitaria para Henrik Wijkner.

Erica se levantó y le

tendió la mano que él estrechó entre las suyas reteniéndola unos segundos antes de soltarla y encaminarse hacia la puerta.

—Pensaba ir a la galería a echar una ojeada — comentó Erica.

—Sí, es una buena idea. Ella se sentía increíblemente orgullosa de su galería. La creó de la nada, junto con una amiga de sus años de universidad en París, Francine Bijoux, aunque ahora se apellida Sandberg.

También nos veíamos bastante fuera del trabajo, aunque cada vez menos, desde que ella y su marido tuvieron hijos. Seguro que Francine está en la galería, así que la llamaré y le explicaré quién eres; no me cabe duda de que te hablará de Alex encantada.

Henrik le abrió la puerta y Erica le agradeció su hospitalidad una vez más, le dio la espalda al esposo de Alex y se encaminó al coche.



En el preciso instante en que salió del coche, el cielo se precipitó en copiosa lluvia. La galería estaba en la calle de Chalmersgatan, paralela a Avenyn, pero tras haber pasado media hora dando vueltas, se resignó a aparcar en Heden. En realidad, no estaba tan lejos, pero la intensidad de la lluvia hizo que así se lo pareciese. Por si fuera poco, el aparcamiento costaba doce coronas la hora y Erica

se sentía cada vez más desanimada. Ni que decir tiene que tampoco llevaba paraguas y sabía que sus rizos no tardarían en adoptar el aspecto de una permanente casera.

Se apresuró a cruzar Avenyn y se detuvo justo a tiempo para dejar paso al tranvía número cuatro que apareció tronando en dirección a Mölndal. Dejó atrás el restaurante Valand, donde había pasado alguna que otra noche desenfrenada

durante sus años de estudiante y giró a la izquierda para tomar la calle de Chalmersgatan.

La Galleri Abstrakt estaba a mano izquierda y tenía grandes escaparates a la calle. Una campanilla tintineó cuando Erica entró para comprobar que el local era mucho más grande de lo que parecía desde fuera. Las paredes, el suelo y el techo estaban pintados de blanco, lo que ayudaba a centrar la atención en las obras de arte

que decoraban las paredes.

Al fondo del local había una mujer cuyo origen francés resultaba indiscutible. Simplemente, rezumaba elegancia por todas partes y conversaba con un cliente acerca de un cuadro sin dejar de gesticular con las manos.

—No tardaré en estar contigo. Entre tanto, date una vuelta por la exposición.

Su acento francés sonaba encantador.

Erica le tomó la palabra

y, con las manos cruzadas a la espalda, empezó a pasear por la sala y a admirar las obras de arte. Tal y como indicaba el nombre de la galería, todos los cuadros eran de estilo abstracto. Cubos, cuadrados, círculos y figuras extrañas. Erica ladeó la cabeza y entrecerró los ojos en un intento de detectar qué era lo que un experto en arte vería en aquellas figuras que escapaban por completo a su entendimiento. Pero no, no

seguía viendo más que cubos y cuadrados que, según ella, podría haber plasmado un niño de cinco años. De modo que no le quedó más alternativa que aceptar que aquello quedaba fuera de su alcance.

Se encontraba ante un enorme cuadro rojo cuyo lienzo aparecía dividido en diversas partes amarillas distribuidas de forma irregular cuando oyó a su espalda los pasos de Francine, en sonoro taconeo

sobre el tablero de ajedrez del suelo.

—¿No es maravilloso?

—Sí, bueno, claro, es bonito. Pero si he de ser sincera, no estoy muy familiarizada con el mundo artístico. A mí me parece que los girasoles de Van Gogh son bonitos, pero ahí, aproximadamente, terminan mis conocimientos.

Francine sonrió.

—Tú debes de ser Erica. Henri me llamó hace un rato para avisarme de que venías.

La mujer le tendió una mano delicada que Erica le estrechó no sin antes secarse la suya, aún mojada por la lluvia.

La mujer que tenía ante sí era menuda y delgada y hacía gala de una elegancia de la que las francesas parecen tener la patente. Con su metro setenta y cinco, sin zapatos, Erica se sentía a su lado como la mujer gigante.

Francine tenía el cabello negro y liso, peinado hacia atrás y recogido en un



trenzado en la nuca y vestía un traje de chaqueta entallado de color negro, probablemente en señal de luto por la muerte de su amiga y colega, pues más parecía mujer de vestir rojos intensos e incluso amarillos. El maquillaje era ligero y perfecto, aunque no lograba ocultar el revelador enrojecimiento de sus ojos. Erica, por su parte, esperaba que no se le hubiese corrido el rímel bajo la lluvia, aunque aquélla era, con total

seguridad, una vana  
esperanza.

—He pensado que  
podríamos sentarnos a  
charlar mientras tomamos un  
café. Esto está hoy muy  
tranquilo. Ven, podemos  
pasar allí detrás.

Francine se encaminó  
delante de Erica hacia una  
pequeña sala que había tras  
la zona de exposición y que  
estaba totalmente equipada  
con frigorífico, microondas  
y cafetera. Había en el  
centro una pequeña mesa

con tan sólo dos sillas. Erica se sentó en una de ellas y no tardó en tener ante sí una humeante taza de café. Su estómago empezaba a protestar ante la idea de otro café, pues ya había tomado varias tazas en casa de Henrik, pero sabía por la experiencia de las innumerables entrevistas en las que había ido consiguiendo el material para sus libros que, por alguna razón, la gente se prestaba mejor a la

conversación con una taza de café de por medio.

—Según me ha dicho Henrik, los padres de Alex te han pedido que escribas un artículo en memoria de su hija.

—Así es. Pero no la vi más que alguna que otra vez y de pasada en los últimos veinticinco años, de modo que estoy intentando averiguar algo más sobre el tipo de persona que era antes de ponerme a escribir.

—¿Eres periodista?

—No, escritora. De biografías. Esto lo hago sólo porque Birgit y Karl-Erik me lo han pedido. Además, fui yo quien la encontró, o casi y, de algún modo, siento la necesidad de escribir sobre ella, para poder crearme otra imagen de Alex, una imagen viva. Te parecerá extraño...

—No, en absoluto. Pienso que es estupendo que te tomes tantas molestias por darles el gusto a los padres de Alex; y por ella también,

claro.

Francine se inclinó sobre la mesa y posó su mano, perfectamente cuidada, sobre la de Erica.

Erica sintió el rubor extenderse por sus mejillas e intentó no pensar en el borrador del libro en el que había estado trabajando la mayor parte del día anterior. Francine retomó la conversación:

—Henri me pidió además que respondiese a tus preguntas con la mayor

sinceridad posible.

Francine hablaba un sueco perfecto, sus erres ligeramente guturales sonaban suaves y Erica notó que utilizaba la versión francesa del nombre de Henrik.

—Veamos, tú y Alex os conocisteis en París, ¿no es así?

—Sí, estudiamos juntas historia del arte. Y conectamos desde el primer día. Ella parecía perdida y yo me sentía perdida. El

resto, como se suele decir, es historia.

—¿Cuántos años hace de eso?

—Pues veamos, Henri y Alex celebraron su décimo quinto aniversario de boda el otoño pasado, así que hace..., diecisiete años, quince de los cuales trabajamos juntas en la galería.

En este punto, hizo una pausa que, para sorpresa de Erica, aprovechó para encender un cigarrillo. Por



alguna razón que se le ocultaba, no se había imaginado que Francine fuese fumadora. La mano le temblaba ligeramente mientras lo encendía y dio una profunda calada sin apartar la vista de Erica.

—¿No te preguntaste dónde estaría? Parece que llevaba ya una semana allí cuando la encontramos...

De repente, Erica cayó en la cuenta de que no se le había ocurrido hacerle la misma pregunta a Henrik.

—Ya sé que te sonará extraño, pero no, no me inquietó. Alex... —la mujer parecía dudar—, bueno, ella siempre hacía un poco lo que quería. Podía ser muy frustrante, pero supongo que con el tiempo llegué a acostumbrarme. No era la primera vez que desaparecía por un tiempo para luego presentarse otra vez aquí como si nada hubiera pasado. Además, ella me compensaba con creces cada vez que yo me tomaba una

baja maternal y ella se quedaba sola al frente de la galería. Y, ¿sabes?, a ratos tengo la sensación de que también esta vez será así; que, simplemente, aparecerá por la puerta, sin más. Sólo que en esta ocasión no podrá ser.

Un velo de lágrimas empañó su mirada.

—No —convino Erica, bajando discretamente la suya, para que Francine pudiese enjugarse los ojos —. ¿Y Henrik? ¿Cómo

reaccionó él cuando Alex desapareció sin avisar?

—Pues ya has hablado con él. Desde su punto de vista, Alex no podía hacer nada mal. Henri ha dedicado los últimos quince años de su vida a idolatrarla. Pobre Henri.

—¿Por qué «pobre»?

—Alex no lo amaba. Y él habría tenido que terminar aceptando esa realidad, tarde o temprano.

Apagó el primer cigarrillo y encendió otro.

—¿Os conoceríais muy bien, después de tantos años, verdad?

—No creo que nadie llegase a conocer a Alex. Aunque creo poder decir que yo la conocía mejor que Henri. Él siempre se negó a quitarse la venda de los ojos.

—Henrik me dio a entender durante nuestra conversación que él siempre tuvo la sensación, todos los años que duró su matrimonio, de que Alex le ocultaba algo. ¿Tú sabes si

hay algo de verdad en eso?  
Y, en ese caso, ¿qué podía ser?

—Vaya, demasiado clarividente tratándose de Henri. Tal vez lo haya subestimado. —Francine alzó una ceja perfecta—. A la primera pregunta, la respuesta es sí, yo también tenía la sensación de que Alex ocultaba algo; pero a la segunda debo responder no, lo siento, no tengo la menor idea de lo que podía ser. Pese a nuestra larga amistad,

siempre hubo un punto que Alex señalaba para indicar «hasta aquí, pero sin pasar de aquí». Yo supe aceptarlo, Henri, en cambio, no. Y eso lo habría destrozado tarde o temprano. Además, sé que no habría tardado mucho.

—¿Por qué?

Francine vaciló un instante.

—Al cadáver de Alex le practicarán la autopsia, ¿verdad?

Erica no esperaba semejante pregunta.

—Así es, es lo que suele hacerse en caso de suicidio. Pero ¿por qué me lo preguntas?

—Porque, en tal caso, lo que pensaba contarte saldrá a la luz de todos modos. Tendré la conciencia más tranquila.

Francine apagó el cigarrillo a conciencia. Erica contenía la respiración, ansiosa y tensa, pero la colega de Alex se tomó su tiempo en encenderse un tercer cigarrillo. Sus dedos



no presentaban la característica coloración amarillenta de los fumadores, de lo que Erica dedujo que no era habitual que fumase así, uno detrás de otro.

—Sabrás que Alex ha estado visitando Fjällbacka mucho más a menudo de lo normal durante los últimos seis meses o más.

—Desde luego, los rumores se difunden sin dificultad en los pueblos pequeños. Según las

habladurías, iba a Fjällbacka más o menos todos los fines de semana. Sola.

—Bueno, eso es una verdad a medias.

Francine volvió a dudar, lo que obligó a Erica a contener su impulso de inclinarse sobre la mesa, cogerla por los brazos y zarandearla para que soltase lo que sabía. Podía decirse sin reservas que Francine había despertado su curiosidad.

—El caso es que había

conocido a alguien en Fjällbacka. Un hombre. Claro que no era la primera vez que Alex tenía una aventura, pero, no sé por qué, yo tenía la sensación de que esto era distinto. Por primera vez desde que nos conocimos, parecía casi satisfecha. Además, yo sé que es imposible que se suicidase. Alguien la mató. No me cabe la menor duda.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Ni siquiera Henrik podía asegurarlo y,

de hecho, él cree que Alex podría haberse quitado la vida.

—Porque \_\_\_\_\_ estaba embarazada.

La respuesta dejó atónita a Erica.

—¿Lo sabe Henrik?

—No sabría decirte. En cualquier caso, el niño no era suyo. Ellos llevaban ya muchos años sin convivir en ese sentido. Y, en la época en que sí lo hacían, Alex siempre se negó a tener hijos con Henrik. Pese a que él se

lo rogaba con insistencia. No, el padre del niño debía ser ese nuevo hombre, quien quiera que sea.

—¿Nunca te contó quién era?

—No. Como ya habrás comprendido a estas alturas, Alex era bastante parca en sus confidencias. He de reconocer que me sorprendió mucho que me confesase lo del niño, pero ésa es una de las razones que me confirman la idea de que no se quitó la vida. Alex

rebosaba felicidad hasta el punto de que no pudo contenerse y guardar el secreto. Deseaba tener el niño y jamás habría hecho nada que lo perjudicase, mucho menos acabar con su vida. Era la primera vez que veía a Alexandra feliz, llena de ganas de vivir. Y sospecho que habría llegado a quererlo mucho —constató con tristeza—. ¿Sabes?, yo tenía la sensación de que pensaba acabar con su pasado, no sé en qué sentido

exactamente, ni de qué modo, pero me dio esa impresión, por los comentarios que hacía de vez en cuando.

En ese momento se abrió la puerta de la galería y oyeron que alguien se sacudía la nieve de los pies en la alfombra de la entrada. Francine se levantó.

—Será un cliente. Tengo que atenderlo. Espero haberte sido de ayuda.

—Sí, por supuesto. Y os estoy muy agradecida, pues

tanto tú como Henrik habéis sido muy sinceros. Me ha sido muy útil hablar con vosotros.

Francine le dijo al cliente que estaría con él enseguida y acompañó a Erica hasta la entrada. Se detuvieron ante un enorme lienzo azul con un cuadrado blanco en el centro y se despidieron con un apretón de manos.

—Por pura curiosidad..., ¿cuánto vale un cuadro como éste? ¿Cinco mil, diez



mil?

Francine sonrió  
condescendiente.

—Más bien cincuenta  
mil.

Erica lanzó un tenue  
silbido.

—Pues ya ves, objetos  
de arte y buenos vinos, ahí  
tienes dos campos del saber  
que son un misterio para mí.

—Sí, pero yo no soy  
capaz de redactar ni la lista  
de la compra. Cada uno  
tiene su especialidad, ¿no?

Ambas rieron de buena

gana mientras Erica se ajustaba el abrigo, todavía húmedo, antes de salir a la calle, donde aún llovía.

La lluvia había transformado la nieve en aguanieve, por lo que Erica conducía a menos velocidad de la permitida, para tener más margen de reacción. Tras haber perdido cerca de media hora intentando salir de Hisingen, adonde había ido a parar por error, se

acercaba ya a Uddevalla. El sordo rugido de su estómago le recordó que se había olvidado por completo de comer aquel día, de modo que abandonó la E-6 a la altura del centro comercial de Torp, al norte de Uddevalla, y entró con el coche en el *drive in* del MacDonalds. Devoró a toda prisa un *cheeseburger* sentada en el coche, en el aparcamiento, y no tardó en hallarse de nuevo al volante por la autopista. No dejaba

de pensar en las conversaciones mantenidas con Henrik y Francine. Lo que le habían contado la hacía pensar en Alex como una persona rodeada de altos muros defensivos.

Pero lo que más suscitaba su curiosidad era quién podría ser el padre del hijo de Alex. Francine no creía que fuese Henrik, pero nadie puede saber con certeza lo que sucede en el dormitorio de los demás y Erica seguía considerándolo

una posibilidad. De lo contrario, la cuestión era si el padre no sería el hombre con el que Alex se veía en Fjällbacka todos los fines de semana, según Francine, o si su antigua amiga mantenía una relación con alguien de Gotemburgo.

Erica se había llevado la impresión de que Alex vivía una especie de existencia paralela con las personas de su entorno. Hacía lo que quería, sin pensar en cómo afectaría a quien tenía a su

alrededor y, ante todo, a Henrik. Erica sospechaba que a Francine le costaba comprender cómo Henrik aceptaba el matrimonio en esas condiciones e incluso creía que Francine lo despreciaba por ello. Ella, en cambio, comprendía perfectamente el funcionamiento de esos mecanismos: llevaba muchos años observando la relación matrimonial de Anna y Lucas.

Lo que más la

atormentaba de la incapacidad de Anna para cambiar su situación era que no podía dejar de preguntarse si ella misma tenía alguna responsabilidad en la falta de autoestima que mostraba aquélla. Cuando Anna nació, Erica tenía cinco años y, desde el momento en que vio a su hermana pequeña, se decidió a protegerla de la realidad que ella misma había sufrido y que la tenía marcada con una herida invisible. Anna

no tendría que sentirse sola y rechazada a causa de la falta de cariño de su madre. Erica la compensaría abundantemente con los abrazos y las manifestaciones de cariño que Anna no iba a recibir de su madre. Ella se encargaría de atender a su hermana pequeña con celo maternal.

Anna se hacía querer. Totalmente despreocupada de los aspectos más penosos de la vida, vivía siempre al día, el momento presente.



Erica, que era muy madura y siempre andaba preocupada, quedaba fascinada ante la energía con la que Anna disfrutaba cada instante de su vida. Aceptaba con calma los desvelos de Erica, pero no solía tener paciencia para quedarse sentada en su regazo y dejarse acariciar demasiado tiempo. Se convirtió en una adolescente indómita que hacía exactamente lo que se le ocurría, una jovencita despreocupada y

egocéntrica. En momentos de lucidez, Erica solía admitir que había mimado y protegido a Anna en exceso. Pero lo que pretendía era compensarla por lo que ella jamás había recibido.

Anna resultó una presa fácil para Lucas, cuando se conocieron. La fascinaron las apariencias, pero no advirtió los sórdidos matices ocultos. Despacio, muy despacio, él fue destruyendo su alegría de vivir y su confianza en sí misma

aprovechándose de su vanidad. Y ahora, Anna se veía como una hermosa ave enjaulada en su residencia de Östermalm y no tenía fuerzas ni para reconocer su error. Todos los días, Erica deseaba que Anna, por sí misma, le tendiese la mano en busca de ayuda. Hasta que no llegase ese día, lo único que ella podía hacer era esperar y estar ahí. Claro que ella tampoco había tenido mucha suerte en su vida sentimental. De hecho,

tenía a su espalda toda una serie de relaciones malogradas y de promesas incumplidas. En la mayoría de los casos, era ella quien las había roto. Una especie de alarma sonaba en cuanto alcanzaba cierto estadio en una relación. La sensación de pánico era tan intensa que apenas si podía respirar y la abocaba siempre a recoger sus cosas y marcharse sin mirar atrás. Aun así, por paradójico que pudiera parecer, ella siempre había

añorado tener una familia, tener hijos; pero había cumplido ya los treinta y cinco y veía que los años se esfumaban a toda prisa.

¡Joder!, había conseguido mantener a raya el recuerdo de Lucas todo el día y ahora se le imponía sin saber cómo y era consciente de que no tenía más remedio que averiguar hasta qué punto se encontraba en una situación de desventaja. Pero estaba

demasiado cansada para ponerse a ello en ese momento, así que lo dejaría para el día siguiente. Sintió la necesidad urgente de relajarse el resto del día, sin dedicar un solo pensamiento a Lucas ni a Alexandra Wijkner.

De modo que eligió un número de marcación rápida en su móvil.

—Hola, soy Erica. ¿Vais a estar en casa esta tarde? Pensaba pasarme un momento.

Dan soltó una cálida carcajada.

—¿Que si estamos en casa? ¿No sabes qué pasa esta tarde?

El silencio que le devolvió el otro lado del hilo telefónico tenía un eco de compacta estupefacción. Erica reflexionó a fondo, pero no recordaba que hubiese nada especial aquella tarde. No era fiesta, ni el cumpleaños de nadie, Dan y Pernilla se habían casado en verano, así que no

podía ser su aniversario de bodas.

—Pues no, no tengo la menor idea. Ponme al corriente.

El auricular le trajo un hondo suspiro y Erica comprendió que el gran acontecimiento tenía que guardar necesariamente alguna relación con el deporte. Dan era un gran aficionado al deporte, lo que, como ya sabía Erica, era fuente de algún que otro roce entre él y Pernilla, su



mujer. Ella, en cambio, había encontrado su propio método para hacer pagar todas las noches que había tenido que pasar viendo cualquier absurdo programa deportivo en el televisor durante el tiempo que estuvieron juntos. Dan era un hincha fanático del Djurgården, por lo que Erica había decidido adoptar el papel de hincha entusiasta del AIK. En realidad, no le interesaba lo más mínimo el deporte en general y menos

aún el hockey, pero, precisamente por eso, parecía poder irritar a Dan más aún. Lo que realmente lo sacaba de sus casillas era que el AIK ganase el partido y que ella no se inmutase especialmente.

—¡Suecia juega contra Bielorrusia!

Dan intuyó que ella no sabía de qué hablaba y lanzó otro suspiro.

—Las olimpiadas, Erica, las olimpiadas... ¿Eres consciente de que estos días

se está celebrando un acontecimiento de tal magnitud?

—¡Ah! Te referías al partido. Pero bueno, claro que sigo los juegos. Yo creía que te referías a algo especial, *aparte* de eso.

Su tono fue tan exagerado que no quedó la menor duda de que no sabía nada del partido de aquella tarde y de que Dan literalmente se tiraba de los pelos ante tal blasfemia: el deporte no era, según él,

cosa de broma.

—Bien, entonces me paso a ver el partido contigo y así veré cómo Salming aplasta la resistencia rusa...

—¡¿Salming?! ¿Tienes idea de cuánto hace que dejó de jugar? Estás de broma, ¿verdad? Dime que sí.

—Sí, Dan, estoy de broma. Tan inútil no soy. En fin, que iré a ver jugar a Sundín, si eso te gusta más. Un chico para morirse de guapo, por cierto.

Dan suspiró por tercera

vez, en esta ocasión por el hecho de que alguien cometiese el delito de hablar de tal gigante del hockey en términos distintos a los puramente deportivos.

—Anda, sí, vente. Pero no quiero que se repita lo de la última vez, ¿eh? Ningún parloteo durante el partido, nada de comentarios sobre lo *sexy* que están los jugadores con las rodilleras y, sobre todo, nada de preguntar si sólo llevan protector o si se han puesto

los calzoncillos encima.

¿Estamos?

Erica rio con descaro y añadió en tono serio:

—Te lo juro por mi honor de *scout*, Dan.

Él masculó:

—¡Pero si tú nunca has sido *scout*!

—Precisamente.

Erica pulsó el botón con el símbolo de un pequeño teléfono rojo.

**D**an y Pernilla vivían en

una de las casas adosadas de Falkeliden, de construcción relativamente reciente. Las viviendas aparecían alineadas en largas hileras que seguían la pendiente de la colina de Rabekullen y eran tan parecidas entre sí que apenas si se distinguían unas de otras. Era un barrio muy solicitado por familias con hijos, ante todo por el hecho de que carecían por completo de vistas al mar, por lo que no habían subido de precio de la misma forma

desorbitada que las edificaciones próximas a la playa.

Hacia una tarde demasiado fría para ir a pie, pero el coche emitió una enérgica protesta cuando Erica intentó forzarlo a subir por la pendiente, que no habían cubierto con la suficiente cantidad de arena y estaba muy resbaladiza. Así, cuando por fin entró en la calle de Dan y Pernilla, respiró aliviada.

Llamó al timbre, cuyo



sonido originó enseguida un tumultuoso correteo de pequeños pies al otro lado de la puerta, que se abrió de golpe dejando ver a una niña enfundada en un larguísimo camisón. Era Lisen, la hija menor de Dan y Pernilla. Malin, la mediana, se encendió de rabia ante la injusticia de que hubiesen dejado que Lisen le abriese la puerta a Erica y la riña no cesó hasta que Pernilla hizo oír su voz decidida desde la cocina. Belinda, la mayor de

las tres hijas, tenía trece años y Erica la había visto al pasar por la plaza, junto al quiosco de perritos de Acke, rodeada de chicos barbilampiños en moto. Seguro que sus amigos tendrían que emplearse a fondo para controlarla.

Abrazó a las niñas por orden de edad y éstas se marcharon tan rápido como habían aparecido, dejando que Erica se quitase el abrigo tranquilamente.

Pernilla estaba en la

cocina, preparando la comida, con las mejillas sonrosadas y un delantal con la leyenda «besa al cocinero» escrita en mayúsculas. Parecía hallarse en medio de una fase crítica del guiso, pues no hizo más que un gesto distraído a modo de saludo antes de volver a sus cacerolas y sartenes que humeaban en apetitoso chisporroteo. Erica entró en la sala de estar, donde sabía que encontraría a Dan, hundido en el sofá,

con los pies apoyados sobre la mesa de cristal y el mando a distancia firmemente anclado a la mano derecha.

—¡Hola! Ya veo que el fresco de la casa está sentado haciendo el vago mientras que la mujer suda trabajando en la cocina.

—¡Hola! Sí, ya sabes, con tan sólo indicar dónde tiene que estar el armario y dirigir el hogar con mano firme, puede uno tener a raya a casi cualquier mujer.

Su cálida sonrisa

contradecía sus palabras y Erica no sabía quién mandaba en la casa de los Karlsson, pero sí que no era Dan, desde luego.

Le dio un abrazo apresurado antes de sentarse en el sofá negro de piel y puso también ella los pies sobre la mesa. Estuvieron un rato viendo las noticias del canal cuatro, en agradable silencio, mientras Erica se preguntaba, no por primera vez, si su vida con Dan habría sido así de haber

seguido con él.

Dan fue su primer gran amor y su primer novio. Estudiaron juntos toda la secundaria y fueron inseparables durante tres años. Pero sus aspiraciones eran muy distintas. Dan deseaba quedarse en Fjällbacka y ser pescador, como su padre y su abuelo antes que él. Erica, en cambio, no veía la hora de poder marcharse de aquel pueblo. Siempre tuvo la sensación de que allí se

ahogaba y de que su futuro estaba en otro lugar.

Intentaron mantener la relación a distancia un tiempo, Dan en Fjällbacka y ella en Gotemburgo, pero sus vidas tomaron caminos opuestos y, tras una dolorosa ruptura, lograron crear una relación de amistad que, casi quince años después, seguía siendo fuerte y entrañable.

Pernilla apareció en la vida de Dan como una bendición de calor y consuelo, cuando éste aún

intentaba acostumbrarse a la idea de que él y Erica no tenían futuro juntos. Pernilla estuvo a su lado cuando él más lo necesitaba y su manera de adorarlo llenó parte del vacío que había dejado Erica. Verlo con otra fue para ella una experiencia dolorosa, pero poco a poco comprendió que era inevitable y que era algo que debía suceder tarde o temprano. La vida siempre seguía.

Ahora, Dan y Pernilla



tenían tres hijas y Erica notaba que, con los años, habían aprendido a disfrutar de un cálido amor cotidiano, aunque había ocasiones en que creía detectar en Dan cierto desasosiego.

Para Dan y Erica tampoco fue fácil, al principio, seguir siendo amigos. Pernilla lo vigilaba celosa y miraba a Erica con suspicacia. De un modo lento pero eficaz, Erica logró convencerla de que no iba tras su marido y, aunque

nunca llegaron a ser buenas amigas, su relación era relajada y sincera, quizá también porque las niñas adoraban a Erica, que incluso era madrina de Lisen.

—¡La mesa está puesta!

Dan y Erica, que estaban medio tumbados, se levantaron y fueron a la cocina. Allí, sobre la mesa, había colocado Pernilla una humeante olla. Pero sólo había dos cubiertos, a lo que Dan alzó una ceja en gesto

inquisitivo.

—Yo ya he comido con las niñas. Comed vosotros mientras yo las meto en la cama.

Erica se sintió avergonzada al saber que Pernilla se había tomado tanta molestia por ella, pero Dan se encogió de hombros y empezó a servirse como si nada una gran porción de lo que resultó ser un succulento guiso de pescado.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo estás? Llevamos

varias semanas sin saber de ti.

Había más preocupación que reproche en su voz, pero Erica sintió un punto de remordimiento por haber llamado tan poco en las últimas semanas. Había tenido tanto que hacer...

—Sí, bueno, ahora empieza a mejorar la cosa. Pero parece que habrá discusión por la casa — respondió Erica.

—¿Cómo? —Dan levantó la vista del plato,

sorprendido—. Tanto Anna como tú adoráis esa casa. Y vosotras soléis ponerlos de acuerdo sin dificultad.

—Nosotras sí. Pero no olvides que Lucas también está implicado. Ya siente el olor del dinero y no puede perder la oportunidad. Por otro lado, él nunca ha tenido en cuenta la opinión de Anna, así que no veo por qué ahora iba a ser diferente.

—¡Joder! Si me lo cruzara una noche, se iba a enterar.

Subrayó sus intenciones dando un fuerte puñetazo contra la mesa de la cocina y a Erica no le cabía la menor duda de que podría darle a Lucas una buena paliza si quisiera. Dan siempre había sido de complexión musculosa y el duro trabajo en el pesquero había fortalecido su cuerpo más aún, aunque la ternura de sus ojos paliaba la impresión de hombre duro. Por lo que Erica sabía, jamás había levantado la mano contra

ningún ser vivo.

—No diré nada, por ahora. Aún no sé cuál es mi situación. Mañana llamaré a Marianne, una amiga mía que es abogada y ella me informará de qué posibilidades tengo de impedir la venta; pero esta noche prefiero no pensar en ello. Además, me he visto envuelta en asuntos muy serios los últimos días, lo que hace que las consideraciones sobre mis posesiones materiales se me

antojen un tanto insignificantes.

—Sí, ya me he enterado de lo que pasó. —Dan guardó silencio—. ¿Cómo fue la experiencia de encontrarse a alguien en semejantes circunstancias?

Erica meditó su respuesta.

—Triste y terrible al mismo tiempo. Espero no tener que vivir una experiencia así nunca más.

Le habló del artículo que estaba escribiendo y de sus



conversaciones con el marido y la colega de Alexandra. Dan escuchaba en silencio.

—Lo que no acabo de entender es por qué se aislaba precisamente de las personas más importantes en su vida. Tendrías que haber visto a su marido, la adoraba. Aunque, por otro lado, lo mismo suele ocurrirle a la mayoría de la gente. Sonríen y fingen estar felices, pero en realidad tienen todo tipo de

problemas y preocupaciones.

Dan la interrumpió bruscamente.

—Oye, que el partido empieza dentro de tres segundos y te aseguro que prefiero un partido de hockey a tus interpretaciones casi filosóficas.

—No te preocupes, que no voy a seguir. Además, me he traído un libro, por si el partido se pone aburrido.

Dan le lanzó una mirada amenazante, hasta que vio el guiño provocador de Erica.

Entraron en la sala de estar justo en el momento del primer saque neutral.

Marianne respondió a la primera señal de llamada.

—Hola, soy Erica.

—¡Hola! ¡Cuánto tiempo! ¡Qué bien que hayas llamado! ¡Cómo estás? He pensado mucho en ti últimamente...

Una vez más, se le vino a la mente lo poco que se había ocupado de sus

amigos en las últimas semanas. Sabía que estaban preocupados por ella, pero en el último mes, en concreto, no había tenido fuerzas ni para llamar a Anna. Y ella sabía que sus amigos la comprendían.

Marianne era una buena amiga de la época de la universidad. Estudiaron juntas literatura, pero, tras casi cuatro años, Marianne descubrió que su vocación no era la de bibliotecaria, cambió el rumbo para

estudiar derecho y ser abogada, muy buena, por cierto, según se vería después. De hecho, en la actualidad, era la más joven copropietaria de uno de los bufetes más importantes y afamados de Gotemburgo.

—Bueno, dadas las circunstancias, no estoy mal, gracias. Empezando a poner algo de orden en mi vida, pero aún tengo muchos cabos que atar.

Marianne nunca había sido partidaria de la charla

vana y, con su certera intuición, supo enseguida que tampoco era lo que Erica pretendía.

—En fin, dime, ¿qué puedo hacer por ti, Erica? Sé perfectamente que algo hay, así que no intentes convencerme de lo contrario.

—Sí, la verdad es que me da un poco de vergüenza: llevo bastante tiempo sin llamarte y, cuando por fin lo hago, es para pedirte un favor.

—¡Venga!, no digas tonterías. Dime, ¿en qué puedo ayudarte? ¿Algún problema con la herencia?

—Pues puede decirse que sí, así es.

Erica estaba sentada ante la mesa de la cocina, jugueteando con la carta que había recibido aquella mañana.

—Anna o, más bien, Lucas, quiere vender la casa de Fjällbacka.

—Pero ¿qué dices? —  
Marianne perdió

repentinamente su calma habitual—. ¿Quién coño se ha creído que es ese hombre? ¡Si vosotras adoráis esa casa!

Erica sintió que algo se quebraba en su interior y rompió a llorar enseguida. Marianne relajó su tono y le transmitió a Erica la sensación de que no estaba sola.

—Pero, querida, dime la verdad, ¿estás bien? ¿Quieres que vaya a tu casa? Puedo pasar la noche



contigo.

Erica se deshacía en llanto, pero, tras unos cuantos sollozos, se calmó hasta el punto de que empezaba a tener sentido enjugarse las lágrimas.

—Eres muy amable, pero estoy bien. Seguro. Demasiados problemas en poco tiempo, eso es todo. Revisar y clasificar las cosas de mis padres me ha destrozado, llevo retraso en la entrega del libro y la editorial no deja de

apremiarme, luego el problema de la casa y, para colmo, llego el viernes y me encuentro muerta a mi mejor amiga de la infancia.

La risa empezó a estallar en su interior como una columna de burbujas y, con los ojos aún llenos de lágrimas, rompió en una carcajada histérica que no logró dominar hasta después de transcurridos unos minutos.

—¿Te he oído mal o has dicho muerta?

—Por desgracia, me has oído perfectamente. Perdona, debe de sonarte horrible que me ría, pero es que no puedo más. Era mi mejor amiga de la infancia, Alexandra Wijkner, que se quitó la vida en la bañera de la casa de sus padres en Fjällbacka. Bueno, hasta es posible que la conozcas. Ella y su marido, Henrik Wijkner, se movían en los círculos más exquisitos de Gotemburgo, con el mismo tipo de gente con la que tú te

codeas ahora, ¿no?

Erica sonrió a sabiendas de que Marianne, al otro lado del hilo telefónico, hacía lo mismo. En su época de jóvenes estudiantes, Marianne vivía en el barrio de pescadores de Majoma y luchaba por los derechos de la clase trabajadora; las dos sabían que, con los años, se había visto obligada a adoptar otro tono en su discurso para acceder a los entornos a los que, necesariamente, se veía

abocada por su trabajo en el respetado bufete. Ahora vestía elegantes trajes con blusas de lazada que lucir en los cócteles de Örtgryte, pero Erica sabía que, en el caso de Marianne, no era más que una fina capa de barniz que servía para disimular su rebeldía.

—Henrik Wijkner..., sí, me suena. Creo que incluso tenemos conocidos comunes, pero nunca hemos coincidido. Hombre de negocios implacable, según

dicen. El típico capaz de despedir a cien personas antes del desayuno sin perder el apetito. Su mujer tenía una tienda, ¿no?

—Una galería. De arte abstracto.

Los términos en que Marianne había descrito a Henrik la desconcertaron. Erica siempre se había tenido por una persona con buen criterio para la gente y para ella Henrik no encajaba en la imagen de cruel hombre de negocios.

Dejó el tema de Alex y pasó a hablar de la verdadera razón de su llamada.

—He recibido una carta esta mañana. Del abogado de Lucas. Me convocan en ella a una reunión en Estocolmo, este viernes, para tratar la venta de la casa de mis padres y la verdad es que estoy en blanco en temas legales. ¿Cuáles son mis derechos, si es que los tengo? ¿Es cierto que Lucas puede hacer lo que pretende?

Sintió que el labio volvía a temblarle y respiró hondo para calmarse y no romper a llorar otra vez. Al otro lado de la ventana, el hielo volvía a relumbrar en la bahía tras los últimos días de deshielo seguidos de las temperaturas nocturnas, por debajo de los cero grados. Un gorrión se posó sobre el alféizar de la ventana y recordó que tenía que comprar una bola de sebo para los pájaros. El gorrión ladeó la cabeza, como intrigado, y picoteó



levemente la ventana. Tras cerciorarse de que no sacaría de ella nada comestible, desapareció alzando el vuelo.

—Como ya sabes, yo soy especialista en derecho fiscal y poco sé de derecho de familia, así que no puedo darte una respuesta inmediata. Pero haremos lo siguiente, le preguntaré a uno de los expertos del bufete y te llamaré mañana. Erica, recuerda que no estás sola. Te prometo que voy a

ayudarte.

Fue un alivio oír las tranquilizadoras palabras de Marianne y, cuando ya había colgado el auricular, la vida le parecía más halagüeña, pese a que no sabía nada que no supiese antes de llamar.

El desasosiego la abordó de repente. Se obligó a retomar el trabajo con la biografía, pero se le resistía. Le quedaba más de la mitad del libro y la editorial empezaba a mostrar su impaciencia, pues aún no

habían recibido el primer borrador. Tras haber llenado casi cuatro folios, leyó lo escrito, lo clasificó como basura y eliminó sin titubeos varias horas de trabajo. La biografía la aburría terriblemente y hacía ya tiempo que había perdido las ganas de trabajar. En cambio, se aplicó a terminar el artículo sobre Alexandra y lo metió en un sobre dirigido a la familia de Bohuslän. Después, sintió que era el momento ideal para llamar a

Dan y meter el dedo en la llaga, casi mortal, que su alma parecía haber recibido como consecuencia de la espectacular derrota de Suecia en el partido de la noche anterior.

El comisario Mellberg palmoteaba ufano su enorme estómago mientras sopesaba lo oportuno de dar una cabezada. Después de todo, no había casi nada que hacer y lo poco que había no le

parecía demasiado importante.

Decidió que sería estupendo dormitar un rato para digerir el copioso almuerzo con la debida tranquilidad, pero apenas si había cerrado los ojos cuando un resuelto golpeteo en la puerta le anunció que lo buscaba Annika Jansson, la secretaria de la comisaría.

—¿Qué coño pasa? ¿No ves que estoy ocupado?

En un intento de parecer ocupado, revolvió sin ton ni

son los papeles que tenía amontonados sobre el escritorio, pero lo único que consiguió fue volcar la taza de café que se derramó sobre los documentos, de modo que tomó para secarlo lo primero que encontró a mano: el faldón de la camisa, que rara vez veía el interior de la cinturilla del pantalón.

—¡Maldita sea! ¿Quién coño me manda ser jefe en este sitio? ¿No has aprendido a mostrarle algo

de respeto a tu superior llamando a la puerta antes de entrar?

La mujer no se molestó en señalar que, de hecho, había llamado a la puerta. Sabía como era, por su edad y su experiencia, aguardó sin más, tranquilamente, a que pasara lo peor.

—Supongo que tienes algo que preguntar — masculló Mellberg.

Annika respondió con voz mesurada.

—La unidad forense de

Gotemburgo ha estado buscándote. En concreto, el patólogo forense Tord Pedersen. Puedes localizarlo en este número.

Annika le tendió un papel con un número de teléfono cuidadosamente anotado.

—¿Ha dicho de qué se trata?

La curiosidad le cosquilleaba a la altura del diafragma. La unidad forense no llamaba todos los días a pueblos perdidos



como aquél. Quizá ahora, por una vez en la vida, hubiese ocasión y lugar para un trabajo policial brillante.

Ahuyentó abstraído a Annika al tiempo que se encajaba el auricular entre la papada y el hombro antes de ponerse a marcar ansioso el número anotado.

Annika retrocedió presurosa y salió del despacho cerrando la puerta enérgicamente. Después, se sentó ante su escritorio y maldijo, como en tantas

otras ocasiones, la resolución que envió a Mellberg a la pequeña comisaría de policía de Tanumshede. Según los rumores que circulaban en la comisaría, se había hecho odioso en Gotemburgo por maltratar a conciencia a un refugiado que retenían allí bajo arresto. Y, al parecer, no fue ése el único paso en falso de su carrera, aunque sí el más grave. Sus superiores se cansaron. La investigación interna no

demostró nada, pero todos temían que Mellberg organizase otro escándalo, de modo que lo trasladaron con efecto inmediato a un puesto de comisario en Tanumshede, todos y cada uno de cuyos doce mil habitantes, la mayor parte de ellos observantes de la ley, constituían un recordatorio constante de su humillación. Sus antiguos jefes de Gotemburgo contaban con que allí no podría causar ningún daño digno de

mención. Y dicha previsión había sido correcta hasta el momento. Por otro lado, su presencia tampoco era de ninguna utilidad.

Annika siempre había estado a gusto en su trabajo, pero eso terminó tan pronto como la comisaría quedó bajo las órdenes de Mellberg. El tipo no sólo era un maleducado, sino que además se veía a sí mismo como un don de los dioses para las mujeres y Annika era la que más

oportunidades tenía de sufrirlo. Sugerencias equívocas, pellizcos en el trasero y comentarios ambiguos no eran más que una mínima parte de lo que, en la actualidad, tenía que soportar en su puesto de trabajo. Sin embargo, el rasgo que más repulsivo le resultaba era el horrendo peinado que el hombre se había ingeniado para ocultar su calva. En efecto, se había dejado crecer el resto del pelo hasta alcanzar

longitudes que sus empleados sólo podían intuir, para después enrollarlo sobre la calva en una disposición que más parecía un nido de cuervos abandonado.

Annika se estremecía ante la sola recreación mental de su aspecto con el pelo suelto, pero tenía el firme convencimiento de que jamás se vería obligada a observarlo.

También ella se preguntaba qué querría la

unidad de medicina forense. Pero, en fin, ya lo sabría en su momento. La comisaría era tan pequeña que, en menos de una hora, toda la información de interés era del dominio público.

**B**ertil Mellberg se quedó oyendo las señales de llamada mientras observaba la retirada de Annika.

Terriblemente guapa la señora. Firme y bonita, aunque rellena donde

conviene estarlo. El cabello largo y rubio, el pecho alto y un generoso trasero. Una lástima que siempre llevara faldas largas y camisas anchas. Tal vez él debiera advertirle de lo adecuado de una vestimenta algo más ceñida. Como jefe que era, debía poder opinar sobre el vestuario del personal. Treinta y siete años tenía; eso lo sabía él porque lo había mirado en los datos del personal. Poco más de veinte años más joven que



él, es decir, precisamente lo que a él le gustaba. De las señoras mayores que se encargase otro. Él era lo bastante hombre para jóvenes talentos. Maduro, con experiencia, pretendiente vistoso, y ni el más avisado podía figurarse que había perdido algo de cabello con los años. Se tanteó la coronilla con cuidado. Sí, el pelo estaba donde tenía que estar.

—Aquí Tord Pedersen.

—Sí, hola. Soy el

comisario Bertil Mellberg, de la comisaría de Tanumshede. Me han dicho que querías hablar conmigo.

—Así es. Se trata del fallecimiento que me llegó de vuestro distrito. Una mujer llamada Alexandra Wijkner. Parecía un suicidio.

—Ajá.

La respuesta se hacía esperar. Mellberg estallaba de curiosidad.

—Pues le hice la autopsia ayer y no cabe la menor duda de que no puede

tratarse de un suicidio.  
Alguien la mató.

—¡Cojones!

En su excitación, Mellberg volvió a volcar la taza de café y las gotas que aún quedaban en el fondo se derramaron sobre el escritorio. Volvió a recurrir a la camisa, que recibió una nueva serie de manchas.

—¿Cómo lo sabéis?  
Quiero decir, ¿qué pruebas tenéis de que fue asesinato?

—Puedo enviaros por fax el informe de la autopsia

ahora mismo, pero no sé si os enteraréis de algo. Lo que sí puedo hacer es daros en síntesis los hallazgos más importantes. Espera un momento que me ponga las gafas —dijo Pedersen.

Mellberg lo oyó leer murmurando mientras él no se aguantaba la curiosidad por escuchar la información.

—Veamos, aquí lo tenemos. Mujer, treinta y cinco años, buen estado físico general. Pero eso ya lo sabéis. Lleva muerta una

semana, aproximadamente, y aun así el cuerpo está en muy buen estado. Sobre todo, gracias a la baja temperatura de la habitación en que se encontró el cuerpo. El hielo que rodeaba la parte inferior del cuerpo también contribuyó a conservarlo.

»Cortes definidos en las arterias de ambas muñecas, practicados con una cuchilla de afeitar que se encontraba en el lugar del hallazgo del cadáver. Y eso fue lo que me

hizo sospechar. Ambos cortes tienen exactamente la misma longitud y profundidad, lo que es bastante inusual; incluso me atrevería a decir que inexistente en casos de suicidio. Ya sabes, puesto que somos o diestros o zurdos, las heridas en la muñeca izquierda resultan mucho más precisas y profundas, en el caso de un diestro, que las que se hace en el brazo derecho, cuando se ve obligado a utilizar la

mano “mala”, por así decirlo. Examiné entonces los dedos de ambas manos y vi confirmada mi sospecha. La hoja de una cuchilla de afeitar es tan afilada que, al usarla, deja en la mayoría de los casos heridas sólo visibles al microscopio. Y Alexandra Wijkner no presentaba ninguna herida de este tipo. Lo que también es indicio de que fue otra persona la que le cortó las venas, probablemente con la intención de que pareciese

un suicidio.

Pedersen hizo aquí una pausa, antes de proseguir:

—Mi siguiente duda fue cómo puede nadie conseguir que una persona se preste a tal cosa sin oponer resistencia, duda que despejó el informe toxicológico: la víctima presentaba restos de un fuerte somnífero en sangre.

—Y eso, ¿qué demuestra? ¿Acaso no podría haberse tomado los somníferos ella misma?



—Por supuesto que podría haber sucedido así. Pero, por fortuna, la ciencia moderna ha puesto a disposición de la medicina forense una serie de herramientas y métodos indispensables. Una de esas herramientas es la posibilidad de calcular el tiempo exacto de descomposición de diversos fármacos y sustancias tóxicas. Realizamos la prueba con la sangre de la víctima varias veces, para

llegar otras tantas a la misma conclusión: es imposible que Alexandra Wijkner se cortase las venas a sí misma, puesto que para cuando el corazón se detuvo a causa de la abundante pérdida de sangre, ella debía de llevar ya bastante tiempo inconsciente. Por desgracia, no puedo facilitarte datos cronológicos exactos, que no nos ha llevado tan lejos la ciencia, por ahora, pero sí que no cabe la menor duda de que se trata de un

asesinato. Espero de verdad que seáis capaces de encargáros de esto. No creo que tengáis muchos asesinatos por esos andurriales, ¿no?

La voz de Pedersen ponía de manifiesto sus dudas, lo que Mellberg interpretó en el acto como una crítica personal.

—Sí, tienes razón, aquí en Tanumshede no tenemos gran experiencia en este tipo de casos. Por suerte, mi destino aquí es provisional;

mi plaza está en la policía de Gotemburgo y la larga experiencia que allí acumulé nos ayudará, de forma incuestionable, a hacernos cargo de una investigación de asesinato, aunque sea aquí. Además, será una oportunidad para los policías rurales, que podrán ver cómo se desarrolla el verdadero trabajo policial, de modo que no cuentes con que tardemos mucho en tener el caso resuelto. Recuerda lo que te digo.

Con aquella ostentosa exposición, Mellberg dio por supuesto que le había dejado bien claro al forense Pedersen que no se las estaba viendo con un pardillo. Los médicos siempre andaban dándose importancia. En cualquier caso, Pedersen había terminado su parte del trabajo y ahora le tocaba entrar en escena a un profesional.

—¡Ah, se me olvidaba!

—El forense había

enmudecido ante la soberbia de que hacía gala el policía, por lo que estuvo a punto de dejar en el tintero dos hallazgos que consideraba importantes—. Alexandra Wijkner estaba embarazada de tres meses y ya había tenido hijos con anterioridad. Ignoro si eso puede ser relevante para la investigación, pero siempre es mejor tener información de sobra, ¿no?

Mellberg respondió con un resoplido y, tras un par de

escuetas frases de despedida, dieron por concluida la conversación. Pedersen embargado por la duda de hasta qué punto era competente la persona que iba a perseguir al asesino y Mellberg con reavivado impulso vital y renovada energía. Ya se había efectuado un primer examen del baño inmediatamente después del hallazgo del cadáver; ahora, se ocuparía de que inspeccionasen al milímetro la casa de

Alexandra Wijkner.



*Calentó un mechón de su cabello entre sus manos. Los diminutos cristales de hielo se derritieron mojando las palmas. Fue lamiendo el agua, con deleite.*

*Apoyó la mejilla contra el borde de la bañera y sintió cómo el frío le mordía la piel. Era tan hermosa. Allí, flotando en la superficie del hielo.*

*Los lazos que los unían*

*aún seguían vivos. Nada había cambiado. Nada era diferente. Dos de la misma naturaleza.*

*Tan sólo con un mínimo esfuerzo podía darle la vuelta a su mano para unir las dos palmas. Trenzó sus dedos con los de ella. La sangre estaba reseca y coagulada y se adhirió en pequeños fragmentos a su piel.*

*El tiempo jamás había sido importante cuando él estaba a su lado. Años, días*

o semanas, todo se confundía en una mezcla en la que sólo importaba aquello: la palma de ella contra la suya. Por eso había sido tan dolorosa la traición. Ella había hecho que el tiempo recobrase su importancia. Y por eso la sangre jamás volvería a correr cálida por sus venas.

Antes de marcharse, volvió a colocar la mano en su posición original, con sumo cuidado.

No se volvió a mirar.



Erica no pudo identificar el sonido que acababa de despertarla de un sueño profundo y sin ensoñaciones. Cuando comprendió que era el timbre estentóreo del teléfono lo que había interrumpido su descanso, ya llevaba bastante rato sonando, por lo que saltó de la cama para descolgar cuanto antes.

—Erica Falck. —Su voz

sonó como un graznido, así que se aclaró sonoramente la garganta con la mano sobre el micrófono, para hacer desaparecer la afonía matutina.

—¡Vaya, perdona! ¿Te he despertado? De verdad que lo siento.

—No, qué va, estaba despierta. —La respuesta equivalía a un mensaje automático y la propia Erica oyó lo falsa que sonaba. Era del todo evidente que, simplemente, acababa de

despertarse.

—Bueno, de todos modos, disculpa. Soy Henrik Wijkner. Resulta que acaba de llamarme Birgit y me ha pedido que te llame. Al parecer, esta mañana recibió una llamada de un comisario particularmente impertinente de la comisaría de Tanumshede. Y poco más o menos que le ordenó, en términos poco considerados, que se presentase en la comisaría. Parece que también requieren mi

presencia. El sujeto no quiso decirle el motivo, pero tenemos nuestras sospechas. Birgit está muy alterada, puesto que ni Karl-Erik ni Julia están ahora en Fjällbacka, por diversas razones, y me preguntaba si no podrías hacerme el gran favor de acercarte a ver a Birgit. Su hermana y su cuñado están en el trabajo, de modo que ella está sola en casa. Yo tardaré un par de horas aún en llegar a Fjällbacka y no quisiera que

pasase tanto tiempo sola. Ya sé que es mucho pedir y que, en realidad, tú y yo no nos conocemos tanto, pero no tengo a nadie más a quien pedírselo.

—Por supuesto que iré a ver a Birgit. No hay problema. Lo que tarde en vestirme y estaré con ella dentro de un cuarto de hora.

—Estupendo, te lo agradeceré eternamente. De verdad. Birgit nunca ha sido una mujer muy equilibrada y me tranquiliza saber que



estará acompañada hasta que yo esté en Fjällbacka. La llamaré y le diré que no tardarás en llegar. Supongo que estaré allí hacia las doce. Entonces podremos hablar tranquilamente. Gracias, de verdad.

Aún con la arenilla del sueño en los ojos, Erica se apresuró a entrar en el cuarto de baño para darse un rápido lavado de cara. Se puso la misma ropa del día anterior y, tras peinarse a toda prisa y ponerse algo de rímel, en

menos de diez minutos se hallaba sentada al volante. En tan sólo cinco minutos más había llegado a Sälvik, a la calle de Tallgatan, de modo que llamó a la puerta al cuarto de hora exacto de haberse despedido de Henrik.

Birgit parecía haber perdido un par de kilos en los días transcurridos desde la última vez que Erica la vio y la ropa le quedaba demasiado ancha. En esta ocasión no fueron a sentarse

a la sala de estar, sino que Birgit la condujo directamente a la cocina.

—Gracias por venir. Estoy tan preocupada y sabía que no iba a soportar estar aquí sola dándole vueltas a la cabeza hasta que llegara Henrik.

—Me dijo que te había llamado la policía de Tanumshede.

—Sí, esta mañana, a las ocho, me llamó un tal comisario Mellberg y me dijo que yo, Karl-Erik y

Henrik teníamos que presentarnos en su despacho inmediatamente. Le expliqué que Karl-Erik había tenido que salir de viaje inesperado de negocios, pero que volvería mañana y le pregunté si no podíamos posponerlo para entonces. Eso no era aceptable, según sus propias palabras, así que se las arreglaría conmigo y con Henrik. Fue bastante impertinente y, desde luego, llamé a Henrik enseguida. Me dijo que vendría lo antes

posible. Supongo que estaba bastante nerviosa, por eso a Henrik se le ocurrió llamarte y preguntarte si podías quedarte conmigo un par de horas. Espero que no pienses que es un abuso. No creo que tengas ningún interés en verte más involucrada de lo que ya lo estás en nuestra tragedia, pero no sabía a quién acudir. Y hubo un tiempo en que tú entrabas y salías de nuestra casa como un miembro más de la familia, así que pensé que tal

vez...

—Venga, no pienses en eso ahora. Estoy encantada de poder ayudar. ¿No te dijo la policía para qué os quieren allí?

—No, ese hombre no quería decir una palabra sobre el asunto. Pero yo tengo mis sospechas. ¿No te dije que Alex no se había quitado la vida, no te lo dije?

Erica le tomó la mano a Birgit con gesto impulsivo.

—Por favor, Birgit, no te precipites en tus

conclusiones. Puede que tengas razón, pero es mejor no especular hasta que no lo sepamos con certeza.

Fueron dos horas muy largas las que pasaron en la cocina. La conversación se agotó en tan sólo unos minutos y lo único que quebraba el silencio era el tictac del reloj. Erica se dedicó a describir con el índice los círculos que decoraban la brillante superficie del hule que cubría la mesa. Birgit estaba

tan exquisitamente vestida y maquillada como en su encuentro anterior con Erica, pero había en ella una marca indefinible de cansancio y agotamiento, como una fotografía cuyos bordes se han desdibujado. El haber perdido peso no le sentaba bien, puesto que ya antes estaba en el límite de la escualidez, y le acentuaba aún más las arrugas en torno a los ojos y la boca. Con tanta fuerza se aferraba a la taza de café que tenía los



nudillos blancos. Si aquella interminable espera resultaba aburrida para Erica, para ella debía de estar siendo insoportable.

—No comprendo quién querría matar a Alexandra. No tenía enemigos ni adversarios. Simplemente, vivía una vida normal y corriente con Henrik. —Sus palabras sonaron como disparos tras el largo silencio.

—Aún no sabemos si eso fue lo que sucedió. De

nada sirve elucubrar antes de saber qué quiere la policía —insistió Erica, que interpretó la ausencia de respuesta como señal de muda conformidad.

Poco después de las doce entraba Henrik en el pequeño aparcamiento que había frente a la casa. Lo vieron a través de la ventana de la cocina y se levantaron agradecidas para ponerse los abrigos. Cuando el joven llamó a la puerta, las dos lo aguardaban listas para salir.

Birgit y Henrik se besaron en las mejillas, aunque sin tocarse, y después le tocó el turno a Erica. Como no estaba acostumbrada a esas formas, se puso nerviosa ante la idea de quedar en evidencia empezando por el lado equivocado. No obstante, logró atravesar el momento sin dificultad y aprovechó para disfrutar, durante un segundo, del masculino aroma de la loción para el afeitado que llevaba Henrik.

—Nos acompañas,  
¿verdad?

Erica ya iba camino de  
su coche.

—Pues no sé si...

—Te lo agradecería  
mucho.

Por encima de la cabeza  
de Birgit, Erica se encontró  
con la mirada de Henrik y,  
con un mudo suspiro, fue a  
acomodarse en el asiento  
trasero del BMW. Presentía  
que sería un día muy largo.

El viaje hasta  
Tanumshede no les llevó

más de veinte minutos. Fueron hablando de todo un poco, incluso de la despoblación de las zonas rurales. De cualquier cosa, salvo del motivo de la inminente visita a la comisaría.

En el asiento trasero, Erica se preguntaba qué hacía ella allí. ¿No tenía ya bastantes problemas como para no mezclarse en un asesinato, si es que ése era el caso? Aquello implicaba además que la idea de su

libro se venía abajo como un castillo de naipes. Ya había preparado un primer borrador y ahora, tal vez, tuviese que tirarlo todo a la papelera. En fin, al menos así no tendría otro remedio que centrarse en la biografía. Aunque, claro está, con las debidas modificaciones, podría valer igual. Tal vez incluso resultase mejor así. Quién sabe si la perspectiva del asesinato no sería más lograda aún.

De repente, tomó

conciencia de lo que estaba haciendo. Alex no era un personaje de ficción literaria al que podía traer y llevar a su antojo. Era una persona real que había sido amada por personas reales. Ella misma había sentido un gran afecto por Alex. Observó a Henrik en el espejo retrovisor. Parecía tan imperturbable como siempre, pese a que, dentro de unos minutos, iban a comunicarle que su esposa había sido asesinada. ¿No

decían que la mayoría de los asesinatos se cometían a manos de algún miembro del círculo familiar de la víctima? De nuevo se avergonzó de sus reflexiones. Se obligó, apelando a su fuerza de voluntad, a apartarse de esa línea de pensamiento cuando advirtió con alivio que por fin habían llegado. Lo único que quería era terminar cuanto antes para poder volver a ocuparse de sus problemas, tan triviales en



comparación con los que allí la habían llevado.

Los montones de papeles habían crecido hasta altitudes imponentes sobre el escritorio. Resultaba asombroso que un municipio tan pequeño como Tanumshede pudiese generar tantas denuncias. Cierto que la mayoría eran pequeñeces, pero cada una de las denuncias debía investigarse, de modo que

allí estaba él, inmerso en un trabajo administrativo digno de la burocracia de cualquier Estado del este. Y no habría llegado a tanto si Mellberg ayudase un poco, en lugar de pasarse los días sentado sobre su asqueroso culo. Ahora se veía en la necesidad de hacer también el trabajo del jefe. Patrik Hedström suspiró hastiado. Sin una pizca de humor negro, no habría sobrevivido tanto tiempo, pero últimamente había

empezado a preguntarse si aquello era, en verdad, lo que esperaba de la vida.

El gran acontecimiento del día iba a convertirse en una interrupción, sin duda bienvenida, de las rutinas diarias. Mellberg le había pedido que estuviese presente durante la conversación con la madre y el esposo de la mujer a la que habían hallado asesinada en Fjällbacka. Y claro que él era consciente de la tragedia y lo sentía por la familia de

la víctima, pero era tan insólito que sucediese nada interesante en su trabajo, que no podía por menos que sentir el cosquilleo de la expectación por todo el cuerpo.

En la Escuela Superior de Policía había hecho prácticas de interrogatorios, pero hasta la fecha sólo había podido poner a prueba sus habilidades en ese campo en casos de robo de bicicletas y de malos tratos. Patrik miró el reloj. Ya era

hora de dirigirse al despacho de Mellberg, donde iba a celebrarse la reunión, pues, desde un punto de vista técnico, aún no había motivo para un interrogatorio, aunque la convocatoria no era, por ello, menos importante. Él había oído decir que la madre de la víctima sostenía en todo momento que era imposible que su hija se hubiese suicidado. Y sentía curiosidad por saber qué había detrás de aquella

afirmación que, según habían visto, resultó ser correcta.

Tomó su bloc de notas, un lápiz y la taza de café y cruzó el pasillo. Puesto que tenía las manos ocupadas, tuvo que utilizar los codos y los pies para abrir la puerta, de modo que no la vio hasta que no hubo dejado sus cosas sobre la mesa y se dio la vuelta. Durante una fracción de segundo, se le paró el corazón. Se vio con diez años, tirándole de las

trenzas. Al segundo siguiente, tenía quince, e intentaba convencerla de que se subiese con él en la moto para dar una vuelta. Tenía veinte años cuando abandonó toda esperanza, al ver que ella se marchaba a vivir a Gotemburgo. Tras un rápido cálculo mental dedujo que hacía como seis años, cuando menos, que no la veía. Pero seguía siendo la misma. Alta y con curvas. El cabello en rizada melena que le llegaba por los hombros

en varios tonos de rubio que se mezclaban configurando un color cálido. Erica siempre había sido algo vanidosa desde niña, y constató que seguía concediéndole la misma importancia a los detalles de su aspecto. La sorpresa le iluminó el rostro al verlo, pero, puesto que Mellberg lo miraba acuciante para que se sentase, no le hizo más que un gesto a modo de saludo.

Todos los que componían el grupo allí



congregado parecían serenos. La madre de Alexandra Wijkner era delgada y menuda, demasiado enjoyada para su gusto con gruesas cadenas y alhajas de oro. El peinado era impecable e iba muy bien vestida, pero lucía unas enormes ojeras, claro indicio del cansancio y el sufrimiento de los últimos días. En su yerno, en cambio, no se apreciaba señal alguna de duelo. Patrik ojeó los documentos que

tenía con sus datos personales. Henrik Wijkner, empresario de éxito, natural de Gotemburgo, dueño de una considerable fortuna acumulada a lo largo de varias generaciones. Y se notaba. No sólo en la evidente y costosa calidad de su ropa, ni en el perfume propio de las lociones caras que flotaba en el ambiente, sino en algo más difícil de definir. Esa seguridad incuestionable que parecía tener en su derecho a ocupar

en el mundo un lugar prominente, consecuencia de no haber tenido que prescindir en su vida de ningún tipo de ventajas. Patrik sentía que, pese a que Henrik parecía tenso, creía tener controlada la situación.

Mellberg se pavoneaba tras su escritorio. A duras penas se había metido el faldón de la camisa en el pantalón, y las manchas de café salpicaban el abigarrado estampado. Mientras observaba a cada uno de los

convocados en estudiado silencio, se colocó bien el pelo que se había deslizado ligeramente y le quedaba un poco más largo por un lado. Patrik se esforzaba por no mirar de reojo a Erica y se concentró en una de las manchas de café de Mellberg.

—Bien. Estoy seguro de que se imaginan por qué los he hecho venir —hizo aquí una larga pausa para causar mayor efecto—. Soy el comisario Bertil Mellberg,

jefe de la comisaría de Tanumshede y éste es Patrik Hedström, que me ayudará en esta investigación.

Asintiendo, volvió el rostro hacia Patrik, que se había sentado fuera del círculo que, ante el escritorio de Mellberg, formaban las sillas de Erica, Henrik y Birgit.

—¿Ha dicho investigación? ¡Es decir, que fue asesinada!

Birgit se inclinó hacia delante y Henrik la rodeó

con el brazo en gesto protector.

—Así es, hemos podido constatar que su hija no se quitó la vida. Según el informe forense, podemos descartar el suicidio sin atisbo de duda. Comprenderán que no puedo entrar en los detalles de la investigación, pero el principal motivo por el que sabemos que no se suicidó es que, en el momento en que le cortaron las venas, ella estaba inconsciente. Y,

en efecto, encontramos una gran cantidad de somníferos en su sangre; de modo que, probablemente, una o varias personas la metieron primero en la bañera, abrieron el grifo y, después, le cortaron las venas con una hoja de afeitar, para que pareciese un suicidio.

Las cortinas del despacho estaban echadas para impedir que entrase la luz del sol. Y el ambiente era algo confuso, pues el desaliento se mezcló

enseguida con la alegría evidente de Birgit al oír que su hija no se había quitado la vida.

—¿Saben quién lo hizo?

Birgit sacó del bolso un pañuelo diminuto que se aplicó con cuidado a la comisura del ojo, para no malograr su maquillaje.

Mellberg cruzó las manos sobre su voluminoso estómago y clavó la mirada en los presentes.

Se aclaró la garganta para subrayar su autoridad.



—Eso es algo que quizá ustedes puedan decirme.

—¿Nosotros? —Henrik parecía sorprendido de verdad—. ¿Y cómo íbamos a saberlo nosotros? Esto debe de ser obra de un loco. Alexandra no tenía enemigos.

—Sí, eso es lo que tú dices.

Patrik siempre había mantenido una actitud de saludable escepticismo ante hombres que, como Henrik, habían nacido tocados con el

laurel del vencedor; que lo tenían todo sin necesidad de mover un dedo. Cierto que parecía tan simpático como agradable, pero, bajo aquella apariencia, Patrik intuía actitudes que apuntaban a una personalidad más compleja. Tras sus hermosos rasgos se entreveía la crueldad y Patrik se preguntaba cuál sería la explicación de la ausencia total de asombro en el rostro de Henrik cuando Mellberg reveló que Alex había sido

asesinada. Una cosa es sospecharlo y otra muy distinta oírlo como un hecho comprobado. Eso era algo que había aprendido durante los diez años que llevaba en la Policía.

—¿Somos sospechosos?

Birgit estaba tan atónita como si el comisario se hubiese transformado en una calabaza en sus propias narices.

—Las estadísticas de los casos de asesinato hablan muy claro. La mayor parte

de los criminales suelen encontrarse en el círculo familiar más próximo. No quiero decir con esto que, en este caso, también sea así. Pero comprenderéis que hemos de comprobarlo. Y os garantizo que lo removeremos todo. Dada mi larga experiencia en casos de asesinato —hizo aquí una nueva pausa—, esto estará resuelto en breve. Pero quisiera que dejarais una declaración escrita de lo que hicisteis durante los días

anteriores y posteriores al momento en que sospechamos que murió Alexandra.

—¿Y cuál es ese momento? —quiso saber Henrik—. Birgit fue la última que habló con ella, pero después ninguno de nosotros la llamó hasta el domingo. Así que también pudo suceder el sábado, ¿no? Bueno, yo la llamé el viernes por la noche, hacia las nueve y media, pero ella solía salir a dar un paseo por

la noche, antes de acostarse, así que me imagino que estaría fuera.

—El forense no puede precisar más que llevaba muerta aproximadamente una semana. Ni que decir tiene que comprobaremos la información que nos facilitéis con las horas de las llamadas, pero tenemos un dato que apunta a que murió antes de las nueve de la noche del viernes. Hacia las seis, es decir, casi inmediatamente después de

haber llegado a Fjällbacka, llamó a un tal Lars Thelander, porque no le funcionaba la caldera. El hombre no podía acudir a mirarla enseguida, pero le prometió que iría a las nueve de aquella misma noche, a más tardar. Según su testimonio, eran exactamente las nueve cuando llamó a su puerta y estuvo esperando un rato, pero, como no le abrió, se marchó a casa. Nuestra hipótesis de trabajo es, pues,

que murió en algún momento de la tarde, después de haber llegado a Fjällbacka, pues con el frío que hacía en la casa no parece verosímil que hubiese olvidado que el técnico de la caldera había quedado en ir a repararla.

El cabello del comisario empezaba a reemprender el descenso por uno de los lados y Patrik vio que Erica apenas si podía apartar la vista del espectáculo. Con toda probabilidad, estaría



conteniendo el impulso de levantarse y colocárselo ella misma: todos los empleados de la comisaría habían pasado ya por esa fase.

—¿A qué hora habló usted con ella?

La pregunta de Mellberg iba dirigida a Birgit.

—Pues no estoy segura —admitió — mientras intentaba recordar—.

Después de las siete, a eso de las siete y cuarto, siete y media, creo. No hablamos mucho rato, porque Alex me

dijo que tenía visita —al decir esto, Birgit palideció—. ¿Es posible que se tratara de...?

Mellberg asintió solemne.

—No es del todo imposible, señora Carlgren, no es del todo imposible. Pero en eso consiste nuestro trabajo, en averiguarlo y le aseguro que pondremos todos nuestros recursos al servicio de esta investigación. Sin embargo, una de las tareas más

importantes de nuestro trabajo consiste en eliminar sospechosos, de modo que les ruego que redacten el informe relativo a la tarde del viernes.

—¿Quiere que yo también deje un informe con mi coartada? —preguntó Erica.

—No creo que sea necesario. Pero sí que dejes una declaración de todo lo que hiciste mientras estuviste en la casa el día que la encontraste muerta.

Pueden dejarle sus declaraciones al agente Hedström.

Todos se volvieron a mirar a Patrik, que asintió sin pronunciar palabra, y empezaron a levantarse.

—Trágico suceso éste. En especial, por el bebé.

Todas las miradas se clavaron enseguida en Mellberg.

—¿El bebé? —Birgit miraba inquisitiva ya a Mellberg, ya a Henrik.

—Sí, según el forense,

estaba embarazada de tres meses. Pero eso no puede ser ninguna novedad.

Mellberg miró a Henrik con una sonrisa socarrona en los labios. Patrik sintió una vergüenza indecible ante la falta de tacto de su jefe.

El rostro de Henrik fue palideciendo hasta adquirir un tono marmóreo bajo la mirada expectante de Birgit. Erica se quedó de piedra.

—¿Ibais a tener un hijo?  
¿Por qué no dijisteis nada?  
¡Dios mío!

Birgit se aplicó el pañuelo a la boca y rompió a llorar sin contención y sin dedicar ya un solo pensamiento al rímel que discurría a torrentes por sus mejillas. Henrik volvió a pasarle el brazo por los hombros, pero, sin que Birgit se percatase, su mirada se cruzó con la de Patrik. Era evidente que Henrik no tenía la menor idea de que Alexandra estuviese embarazada. En cambio, y a juzgar por la

mirada desesperada de Erica, era igualmente evidente que ella sí lo sabía.

—Hablabremos de ello cuando lleguemos a casa, Birgit —dijo y, volviéndose a Patrik, añadió—: Me encargaré de que recibas nuestras declaraciones escritas sobre lo que hicimos el viernes por la tarde. Me imagino que querrás volver a hablar con nosotros de nuevo cuando las hayas leído, ¿no?

Patrik asintió y alzó las

cejas en gesto inquisitivo mirando a Erica.

—Henrik, ahora mismo voy. Sólo voy a saludar a Patrik, nos conocemos de hace ya tiempo.

Se quedó rezagada en el pasillo mientras Henrik llevaba a Birgit al coche.

—¡Vaya, mira que encontrarme contigo aquí! ¡Qué sorpresa! —exclamó Patrik, balanceándose nervioso sobre las plantas de los pies.

—Sí, si yo hubiera



reflexionado un instante, me habría acordado de que trabajabas aquí, claro.

Erica jugueteaba con el asa del bolso entre los dedos y lo miraba con la cabeza ligeramente inclinada a un lado. Todos los gestos de Erica, por pequeños que fuesen, le resultaban familiares.

—Hacía tanto tiempo... Siento no haber podido asistir al funeral. ¿Cómo os las habéis arreglado Anna y tú?

A pesar de su estatura, la vio pequeña de repente y Patrik tuvo que esforzarse para vencer la tentación de acariciarle la mejilla.

—Bueno, más o menos. Anna se fue a casa justo después del entierro, así que yo llevo aquí ya un par de semanas intentando hacer limpieza en ella. Pero no es fácil.

—Ya. Oí que fue una mujer de Fjällbacka quien había encontrado el cadáver, pero no me imaginé que

fueras tú. Debió de ser muy desagradable. Además, vosotras erais amigas de pequeñas.

—Sí. Tengo la sensación de que su imagen nunca se borrará de mi retina. Bueno, tengo que irme, me están esperando en el coche. Pero podríamos vernos en otro momento, ¿no? Yo voy a quedarme en Fjällbacka todavía algún tiempo.

Erica estaba ya alejándose por el pasillo.

—¿Qué te parece el

sábado por la noche, para cenar? ¿En mi casa, a las ocho? La dirección está en la guía.

—Estupendo. Nos vemos a las ocho, pues.

Cruzó la puerta reculando.

Tan pronto como ella hubo desaparecido de su vista, Patrik improvisó una especie de danza india en el pasillo, para regocijo de sus colegas. La alegría se enfrió algo, no obstante, cuando cayó en la cuenta de la

cantidad de trabajo que le exigiría dejar su casa presentable. Desde que Karin lo había abandonado, no se había sentido con ánimo de encargarse de las tareas domésticas.

Erica y él se conocían desde que nacieron. Sus madres respectivas habían sido muy buenas amigas desde la niñez y habían estado unidas como dos hermanas. Patrik y Erica jugaban mucho juntos y no era exagerado decir que

Erica había sido su primer gran amor. De hecho, él creía que había nacido ya enamorado de ella. Había algo obvio y natural en su modo de quererla y ella, por su parte, que no se había parado a pensar en ello siquiera, había dado por supuesta su incondicional admiración. Cuando Erica se trasladó a Gotemburgo, él comprendió que había llegado la hora de abandonar su sueño. Y claro que había estado enamorado de otras

desde entonces y cuando se casó con Karin, lo hizo convencido de que envejecerían juntos; pero Erica siempre había estado ahí, como una idea de su subconsciente. A veces, pasaba meses enteros sin pensar en ella; en cambio otras, le venía a la mente en varias ocasiones el mismo día.

El montón de papeles no se había reducido como por milagro mientras estuvo fuera de su despacho. Y con

un hondo suspiro, se sentó ante el escritorio y tomó el primero de todos. El trabajo era tan monótono, que le permitiría reflexionar sobre el menú del sábado. En cualquier caso, el postre no era ningún problema: a Erica le encantaba el helado.

**D**espertó con un regusto desagradable en la boca. Lo de ayer había sido, sin duda, una fiesta por todo lo alto. Los colegas se habían



presentado en su casa a primeras horas de la tarde y habían estado bebiendo hasta la madrugada. El vago recuerdo de que la policía los había visitado en algún momento de la tarde sobrevolaba su conciencia a la distancia justa. Intentó sentarse, pero la habitación daba vueltas a su alrededor y decidió quedarse tumbado un rato más.

Le escocía la mano derecha, que alzó hacia el techo de modo que quedase

dentro de su campo de visión. Tenía los nudillos llenos de arañazos y de sangre reseca. Claro, joder, ayer hubo una pelea y por eso vino la poli. El recuerdo iba completándose poco a poco. Los chicos habían empezado a hablar del suicidio y alguno de ellos empezó a decir un montón de basura sobre Alex, que era una sinvergüenza con dinero, una puta fina. A Anders se le cruzaron los cables. Y, a partir de ahí,

sólo recordaba la roja bruma de ira que le estalló dentro cuando se lio a puñetazos en plena borrachera. Claro que también él había dicho de ella alguna que otra cosa, cuando más despechado estuvo. Pero eso no era lo mismo. Los otros no la conocían. Sólo él tenía derecho a juzgar.

El teléfono empezó a sonar con su timbre estridente. Intentó ignorarlo, pero al final resolvió que sería menos doloroso

levantarse y responder que dejar que el sonido siguiera incrustándosele en el cerebro.

—Hola —balbució más que dijo.

—Hola, soy mamá. ¿Cómo estás?

—Como una mierda. — Se arrastró hasta quedar sentado con la espalda apoyada contra la pared—. ¿Qué hora es, coño?

—Son casi las cuatro de la tarde. ¿Te he despertado?

—Qué va. —Sentía

como si su cabeza tuviese unas dimensiones desproporcionadas y amenazase con caérsele entre las piernas.

—Fui a comprar al centro, hace un rato. Y todo el mundo hablaba de algo que quiero que sepas. ¿Me estás escuchando?

—Que sí joder, que te sigo.

—Pues parece que Alex no se suicidó. La asesinaron. Sólo quería que lo supieses.

Silencio.

—¿Anders? ¿Hola? ¿Me has oído?

—Sí, sí, claro. ¿Qué has dicho? Que a Alex..., ¿la asesinaron?

—Sí, eso es, al menos, lo que dicen en el pueblo. Dicen que a Birgit le dieron la noticia en la comisaría de Tanumshede.

—Joder. Bueno, mamá, que tengo cosas que hacer. Luego hablamos.

—¿Anders! ¿Anders?

Él ya había colgado.

Se duchó y se vistió

haciendo un esfuerzo ingente. Después de tomarse dos pastillas de Panodil, volvió a sentirse de nuevo como un ser humano. La botella de vodka lo miraba tentadora desde la cocina, pero se negó a sucumbir a su atracción. Ahora tenía que estar sobrio. Bueno, al menos, en términos relativos.

El teléfono volvió a sonar. Pero él no contestó, sino que fue a buscar una guía telefónica que tenía en

un armario del vestíbulo, donde no tardó en encontrar el número que buscaba. Mientras lo marcaba, le temblaban las manos y después oyó un número infinito de señales de llamada.

—Hola, soy Anders — saludó cuando por fin alguien levantó el auricular.

»No, coño, no cuelgues. Tenemos que hablar.

»Oye, que sepas que no tienes elección.

»Me paso por tu casa



dentro de un cuarto de hora.  
Así que procura estar ahí.

»Paso de quién esté contigo, ¿comprendes?

»No olvides quién tiene más que perder.

»Bueno, a la mierda, salgo ahora mismo. Nos vemos en quince minutos.

Anders colgó el auricular. Respiró hondo varias veces, se puso el chaquetón y salió. Ni siquiera se molestó en cerrar con llave. En el apartamento, el teléfono

sonaba a toda máquina.

Cuando llegó a su casa, Erica estaba agotada. Todos guardaron un tenso silencio durante el viaje de regreso. Comprendía que Henrik se enfrentaba a una difícil elección. ¿Debía contarle a Birgit que no era padre del hijo de Alex, o debía callar y confiar en que no saliese a relucir durante la investigación? Desde luego, no lo envidiaba y tampoco

sabía cómo habría reaccionado ella de encontrarse en la misma situación. La verdad no siempre era la mejor alternativa.

Ya había oscurecido y se alegró de que su padre hubiese mandado instalar en la fachada unos focos que se encendían automáticamente cuando alguien se acercaba por la noche. Siempre le había dado un miedo terrible la oscuridad. Cuando era pequeña, creía que se le

pasaría con la edad porque, ¿cómo iban a tener miedo a la oscuridad los mayores? Y ahora, allí estaba, treinta y cinco años y aún miraba debajo de la cama para asegurarse de que no hubiese nadie allí escondido. Patético.

Cuando hubo encendido todas las luces, se sirvió una gran copa de vino y se acurrucó en el sofá de mimbre del porche. La oscuridad era impenetrable y, aun así, se quedó un buen

rato mirándola fijamente, sin ver nada. Se sentía sola. ¡Eran tantas las personas que lamentaban la pérdida de Alex, tantas las personas que se veían afectadas por su muerte! A ella, por su parte, sólo le quedaba Anna. A veces se preguntaba si Anna la echaría de menos.

Alex y ella habían sido muy amigas de niñas. Cuando Alex empezó a apartarse para, finalmente, desaparecer por completo cuando se mudó, Erica sintió

que el mundo se hundía. Alex era lo único que había sentido como verdaderamente propio y, aparte de su padre, la única persona que se había preocupado por ella de verdad.

Erica dejó la copa de vino en la mesa con tanto brío que estuvo a punto de romperla. Se sentía demasiado inquieta como para quedarse sentada. Tenía que hacer algo. De nada servía fingir que la muerte

de Alex no la hubiese alterado tanto como lo había hecho. Lo que más desasosiego le producía era el hecho de que la imagen que la familia y los amigos le habían pintado de Alex difiriese tanto de la Alex que ella misma había conocido. Aunque era cierto que la gente cambiaba de la infancia a la edad adulta, existía, pese a todo, un núcleo invariable. Y la Alex que le habían descrito era una auténtica desconocida

para ella.

Se levantó y volvió a ponerse el abrigo. Tenía las llaves del coche en uno de los bolsillos y, en el último momento, tomó una linterna que se guardó en el otro.

La casa, que estaba al final de la pendiente, se veía abandonada a la luz violácea de la farola. Erica dejó el coche en el aparcamiento que había detrás de la escuela. No quería que nadie la viese entrar.

Los arbustos del jardín le



brindaron la cobertura necesaria mientras, a hurtadillas, se acercaba al porche. Miró debajo de la alfombra, con la esperanza de que Alex hubiese conservado aquella vieja costumbre y, en efecto, allí estaba la llave de la casa, escondida en el mismo lugar de hacía veinticinco años. La puerta chirrió ligeramente al abrirse, pero confió en que ninguno de los vecinos lo hubiese oído.

Fue terrible entrar en la

casa a oscuras. El miedo a la oscuridad le dificultaba la respiración y se obligó a respirar hondo varias veces para calmar sus nervios. De repente recordó aliviada la linterna y rezó una plegaria por que la batería estuviese cargada. Y lo estaba. El resplandor de la linterna la tranquilizó un poco.

Recorrió con ella la sala de estar de la planta baja. En realidad, ni ella misma sabía qué había ido a buscar allí. Esperaba que ningún vecino,

o alguien que pasara por allí, viese la luz y llamase a la policía.

Era una habitación muy hermosa y amplia, pero Erica se dio cuenta de que la decoración en tonos marrones y naranjas típica de los setenta, que ella tan bien recordaba de la niñez, había sido sustituida por otra más clara, de diseño nórdico, en muebles de roble y líneas rectas. Y comprendió que Alex había dejado su sello en ella. Todo

estaba en perfecto orden y el sofá sin una arruga y la mesa limpia, sin un periódico siquiera, le daban un aspecto de casa deshabitada. No vio nada allí que le pareciese digno de atención.

Recordó que la cocina estaba al otro lado de la sala de estar. Era grande y espaciosa y lo único que perturbaba el orden era la taza de café que había sucia en el fregadero. Volvió a cruzar la sala de estar en dirección a la escalera que

subía a la planta alta. Cuando subió el último peldaño, giró directamente a la derecha y entró en el gran dormitorio. Erica recordaba que había sido el dormitorio de los padres de Alex, pero ahora era evidente que había pasado a ser el de Alex y Henrik. También esta habitación estaba decorada con mucho estilo, aunque con un tono más exótico gracias a los tejidos en color chocolate y magenta y a las máscaras africanas que había

en las paredes. La habitación era espaciosa y de techo alto lo que, entre otras cosas, permitía que se luciese una araña imponente. Era evidente que Alexandra había sabido sustraerse a la tentación de decorar su casa de arriba abajo con detalles marinos, algo muy frecuente en los chalets de los veraneantes. Todo, desde las cortinas con estampado de conchas hasta los cuadros con nudos marineros, se vendía como rosquillas en

los pequeños comercios de Fjällbacka.

A diferencia de las demás habitaciones a las que se había asomado Erica, el dormitorio sí parecía haber sido utilizado. Había pequeños objetos personales aquí y allá. Sobre la mesilla de noche se veía un par de gafas y un libro de poemas de Gustaf Fröding. Había un par de calcetines en el suelo y varios jerséis sobre la colcha. Fue la primera vez que Erica sintió de verdad

que Alexandra había vivido en aquella casa.

Con todo el sigilo posible, empezó a mirar en cajones y armarios. Seguía sin saber qué buscaba y empezaba a sentirse como un merodeador mientras rebuscaba entre la atractiva ropa interior de seda que tenía su amiga. Y, justo cuando pensaba pasar al siguiente cajón, detectó algo que crujía al tocarlo.

De repente, se quedó helada, con la mano llena de



braguitas y sujetadores de encaje. Un sonido le llegó claramente de la planta baja, en medio del silencio que inundaba la casa. Una puerta que se abría y se cerraba despacio. Erica miró a su alrededor, presa del pánico. Sólo podía esconderse bajo la cama o en alguno de los armarios que cubrían una de las paredes del dormitorio. Por suerte, la puerta se abrió sin hacer ruido y ella se ocultó rápida entre la ropa antes de cerrarla. No tenía la

menor posibilidad de ver quién había entrado en la casa, pero sí oía los pasos que se acercaban cada vez más, cómo la persona en cuestión dudaba un instante ante la puerta del dormitorio para después entrar, por fin. De repente, cayó en la cuenta de que tenía algo en la mano. Sin darse cuenta, se había llevado consigo lo que había en el cajón. Con mucho cuidado, para que no volviese a crujir, se lo guardó en el bolsillo.

Apenas se atrevía a respirar. Empezó a sentir un cosquilleo en la nariz, que movió desesperada para remediar el problema y tuvo suerte, porque se le pasó.

La persona que estaba en el dormitorio empezó a recorrerlo como buscando algo. Sonaba como si él o ella estuviese haciendo exactamente lo mismo que Erica hasta hacía un momento, antes de verse interrumpida. Se oía cómo abrían los cajones y Erica

comprendió que pronto le tocaría el turno a los armarios. Un miedo pánico empezó a invadirla gradualmente, llenando su frente de diminutas gotas de sudor. ¿Qué podía hacer? La única salida que se le ocurría era la de apretujarse lo más posible detrás de la ropa. Había tenido suerte, pues se había metido en un armario lleno de abrigos, de modo que se arrebujó despacio entre ellos y los colocó de modo que la cubriesen. Y

esperaba que no se le viesen los tobillos apuntando por fuera de sus zapatones.

Al parecer, la persona en cuestión tardó un buen rato en revisar la cómoda. Erica respiraba el rancio olor a antipolillas y deseó con todo su corazón que el artilugio hubiese hecho bien su trabajo y que los insectos no estuviesen recorriendo su cuerpo en la oscuridad. Con la misma intensidad, deseaba también que no fuese el asesino de Alex el

que estaba en la habitación a tan sólo unos metros de donde ella se encontraba. Pero ¿qué otra persona podía tener motivos para entrar a hurtadillas en su casa?, se preguntaba Erica, sin pararse a pensar que ella misma tampoco tenía, precisamente, ninguna invitación por escrito para entrar allí.

De pronto se abrió la puerta del armario y Erica sintió una corriente de aire fresco sobre la piel desnuda

de los tobillos. Y contuvo la respiración.

El armario no parecía contener ningún secreto ni objetos preciosos, según quien estuviese buscando, y la puerta se cerró casi de inmediato. Otro tanto ocurrió con las demás puertas hasta que, un minuto después, oyó que los pasos se alejaban y bajaban por la escalera. No se atrevió a abrir el armario hasta mucho después de haber oído cerrarse la puerta de la casa.

¡Qué sensación la de poder respirar sin tener que ser consciente de cada movimiento!

La habitación estaba igual que cuando entró Erica. Quien quiera que hubiese sido el visitante, había puesto sumo cuidado en no dejar nada desordenado. Echó otra ojeada al armario en el que se había escondido. Mientras se apretujaba contra la pared del fondo, notó algo duro contra la pierna. Apartó la



ropa que había delante y vio que se trataba de un gran cuadro. Estaba de cara a la pared, de modo que lo sacó con cuidado y le dio la vuelta. Era un cuadro de una belleza extraordinaria. Incluso Erica veía que había sido pintado por un buen artista. El cuadro era un desnudo de Alexandra, que aparecía tumbada de costado con la cabeza apoyada en la mano. El artista había elegido sólo colores cálidos, lo que imprimía una gran

paz al rostro de Alexandra. Erica se preguntó por qué habrían escondido en un armario un cuadro tan hermoso. A juzgar por la pintura, Alexandra no habría tenido por qué avergonzarse de exhibirlo. Ella era, de hecho, tan hermosa como en el cuadro. Tampoco podía librarse de la sensación de que había en el retrato algo que le resultaba familiar. Algo que, claramente, ya había visto antes. Sabía que no había contemplado nunca

aquel cuadro precisamente, de modo que tenía que ser otra cosa. No había firma en la esquina inferior derecha y, cuando le dio la vuelta, lo único que se leía era una fecha, la de 1999, que debía de ser en la que se pintó. Con mucho miramiento, lo devolvió a su lugar en el fondo del armario y cerró la puerta.

Echó una última ojeada a su alrededor. Había algo que no era capaz de precisar, algo faltaba, pero, por más

que lo intentaba, era incapaz de caer en la cuenta de qué podía ser. En fin, ya se aclararía más tarde. Ahora no se atrevía a permanecer allí por más tiempo. Volvió a dejar la llave en su lugar y no se sintió del todo segura hasta que estuvo en el coche con el motor en marcha. Ya había tenido bastantes emociones aquella noche. Un buen coñac le tranquilizaría los ánimos y ahuyentaría parte de sus temores. ¿Cómo se le habría

ocurrido ir allí a olisquear? Ganas le daban de darse de tortas por su estupidez.

Ya en la entrada del garaje de su casa comprobó que no había estado fuera más de una hora. Se sorprendió. A ella le había parecido una eternidad.

Estocolmo mostraba su mejor cara. Pese a que se sentía como si un velo de melancolía se hubiese extendido sobre su frente.

En condiciones normales se habría alegrado al ver el sol relumbrando sobre Riddarfjärden mientras cruzaba el puente de Västerbron. Pero hoy no. La reunión era a las dos y, durante todo el trayecto desde Fjällbacka, había ido pensando, en vano, en una solución. Por desgracia, Marianne le había explicado su situación jurídica de forma bien clara. Si Anna y Lucas seguían insistiendo en vender, ella terminaría por

verse obligada a consentir. Su única alternativa era comprarles la mitad de la casa, según el precio de mercado y, con los precios que solían tener las casas en Fjällbacka, no podría pagarles ni una mínima parte. Ciertamente que, en caso de que se vendiese, ella no saldría mal parada. Su mitad de la casa le reportaría probablemente hasta un par de millones, pero el dinero no significaba nada para ella. No había dinero

suficiente en el mundo que compensase la pérdida de la casa. La idea de que algún palurdo capitalino, convencido de que su nueva gorra marinera lo convertía en auténtico habitante de la costa, derribase el hermoso porche de la parte delantera para hacerse una ventana con vista panorámica, la ponía enferma. Y nadie podía tacharla de exagerada, pues lo había visto muchas veces.

Giró hacia el despacho



del abogado, situado en la calle de Runebergsgatan, en la plaza de Östermalm. Era una fachada suntuosa, toda de mármol y cubierta de columnas. Comprobó su aspecto en el espejo del ascensor una última vez. La indumentaria la había elegido con esmero para no desentonar en aquel entorno. Era la primera vez que iba a aquel despacho, pero no le había costado adivinar a qué tipo de abogados se confiaba Lucas. Con un gesto de

fingida amabilidad, le había advertido que, por supuesto, ella podía ir acompañada de su propio abogado. Erica había preferido, no obstante, presentarse allí sola. Sencillamente, no podía permitirse pagar ningún abogado.

En realidad le habría gustado ver a Anna y a los niños un rato, antes de la reunión. Tal vez incluso tomarse un café en su casa. Pese a la amargura que le causaba la actitud de Anna,

ella estaba decidida a hacer cuanto estuviese en su mano para mantener viva su relación.

La postura de Anna no parecía coincidir con la suya y se había excusado aduciendo que resultaría demasiado estresante. Era mejor que se vieses directamente en el despacho del abogado. Y antes de que Erica tuviese tiempo de proponer que se vieses después, Anna se le había adelantado explicándole que

había quedado con una amiga justo después de la reunión. Pero Erica no creía que fuese casualidad. Era evidente que Anna quería evitarla. La cuestión era si se trataba de una decisión propia o si Lucas, sencillamente, le había prohibido verla mientras él estaba en el trabajo y no tenía posibilidad de vigilarla.

Todos habían llegado ya cuando entró en el despacho. La observaron con gesto

grave, en tanto que ella, con una falsa sonrisa, le estrechaba la mano a los dos abogados de Lucas, que no hizo más que un gesto de asentimiento a modo de saludo. Anna, por su parte, se dejó caer con un vago movimiento de la mano, a espaldas de Lucas. Tomaron asiento y comenzaron las negociaciones.

No les llevó demasiado. Los abogados le explicaron con aridez y objetividad lo que ella ya sabía. Que Anna

y Lucas tenían perfecto derecho a proponer la venta de la casa. Si Erica podía pagarles la mitad de su valor en el mercado, tenía también derecho a hacerlo. Si, por el contrario, no podía o no quería, la casa se pondría en venta tan pronto como tuviesen la valoración de un tasador independiente.

Erica miró a Anna con firmeza.

—¿De verdad que quieres hacerlo? ¿La casa no significa nada para ti?

Piensa en lo que papá y mamá habrían dicho si hubieran sabido que íbamos a venderla tan pronto como ellos desaparecieran. ¿De verdad que esto es lo que tú quieres hacer, Anna?

Acentuó el «tú» y, de reojo, vio cómo Lucas, irritado, fruncía el entrecejo.

Anna bajó la mirada y se sacudió unas motas de polvo invisibles de su elegante traje. Llevaba la rubia melena peinada hacia atrás y recogida en una cola de

caballo.

—¿Y qué íbamos a hacer nosotras con esa casa? Las casas viejas no dan más que un montón de trabajo y piensa en todo el dinero que podemos sacar. Estoy segura de que papá y mamá habrían apreciado que alguna de las dos lo entienda desde un punto de vista más práctico. Quiero decir, ¿cuándo vamos a usar esa casa? En todo caso, Lucas y yo compraríamos un chalet en el archipiélago de



Estocolmo, que nos queda más cerca y tú, ¿qué ibas a hacer tú allí sola?

Lucas le sonrió a Erica con ironía al tiempo que le daba a Anna una palmadita de fingido apoyo. Su hermana seguía sin atreverse a mirarla a los ojos.

Erica volvió a sorprenderse al ver el aspecto tan cansado que tenía su hermana menor. Estaba más delgada que de costumbre y el traje negro que vestía le quedaba ancho

de pecho y de cintura. Tenía ojeras y creyó adivinar un moretón bajo el maquillaje en el pómulos derecho. La ira y la impotencia de la situación la golpearon con toda su fuerza y miró a Lucas con encono. Él respondió tranquilo a su mirada. Había llegado directamente del trabajo y llevaba su uniforme habitual, traje gris grafito, camisa de un blanco reluciente y una corbata en brillante gris oscuro. Tenía

aspecto de elegante hombre de mundo. Erica estaba segura de que habría muchas mujeres que lo encontrarían atractivo. Ella, en cambio, le veía un rasgo de crueldad que se extendía sobre las facciones como un filtro. Tenía el rostro anguloso, los pómulos y las mandíbulas salientes, acentuados por el cabello, siempre peinado hacia atrás desde la amplia frente. No se ajustaba al modelo típico de inglés rubicundo, sino más bien al

del auténtico nórdico con el cabello muy rubio y los ojos de un azul frío. El labio superior era carnosos y perfilado como el de una mujer, lo que le confería una expresión de indolente decadencia. Erica se percató de que su mirada bajaba buscando su escote y se cruzó instintivamente la chaqueta. Él registró su movimiento y esto la irritó: no deseaba que Lucas notase que su presencia le afectaba de ningún modo.

Una vez que la reunión hubo concluido por fin, Erica se dio la vuelta y se marchó sin más, sin molestarse en despedirse educadamente. Por lo que a ella se refería, todo estaba dicho. El tasador se pondría en contacto con ella y, después, la casa se pondría en venta a la mayor brevedad posible. De nada habrían servido las palabras de súplica. Erica había perdido.

Le había realquilado su

apartamento de Vasastan a una simpática pareja de licenciados, de modo que no podía quedarse allí, pero, puesto que no le apetecía reemprender enseguida las cinco horas de viaje hasta Fjällbacka, aparcó el coche en el aparcamiento de la plaza de Stureplan y fue a sentarse un rato en los jardines de Humlegårdsparken.

Necesitaba ordenar sus ideas y la tranquilidad que reinaba en aquel hermoso parque le

ofrecía el entorno idóneo para la meditación.

La nieve debía de haber caído sobre la ciudad recientemente, pues aún se veía blanca sobre el césped. En Estocolmo bastaba con un día o dos para que la nieve se transformase en una fangosa masa gris. Se sentó en uno de los bancos del parque no sin antes haber colocado los guantes encima para proteger el trasero del frío. Las dolencias de vejiga no eran ninguna tontería y,

desde luego, lo último que necesitaba en aquellos momentos.

Mientras observaba el flujo incesante de personas que, apuradas, cruzaban ante ella el sendero que atravesaba el parque, dejó vagar su pensamiento. Era la hora del almuerzo. Casi había olvidado lo estresante que era el ambiente en Estocolmo. Todos corrían sin cesar como en pos de algo que nunca llegaban a alcanzar. De repente, sintió



añoranza de Fjällbacka. No se había dado cuenta de hasta qué punto se había acomodado, en pocas semanas, al sosiego de la pequeña ciudad. Cierto que había tenido mucho de lo que ocuparse, pero al mismo tiempo había encontrado allí una paz interior que jamás había experimentado en Estocolmo. Aquel que estaba solo en la capital se encontraba totalmente aislado. En Fjällbacka, en cambio, uno no estaba nunca

solo, para bien y para mal. La gente se preocupaba y se ocupaba de sus vecinos y de su prójimo. A veces se extralimitaban, a Erica no le gustaban las habladurías, pero ahora, mientras observaba allí sentada las prisas de la gran ciudad, comprendió que no podría volver a vivir aquello.

Como en tantas ocasiones anteriores, sobre todo últimamente, pensó en Alex. ¿Por qué habría ido su amiga a Fjällbacka todos los

fines de semana? ¿Con quién se veía allí? Y, además, la pregunta del millón: ¿quién era el padre del bebé que esperaba?

Erica recordó de pronto el papel que se había guardado en el bolsillo del chaquetón cuando se escondió en el armario. No se explicaba cómo había podido olvidarse de mirarlo al llegar a casa anteayer. Se metió la mano en el bolsillo derecho y sacó un folio de papel arrugado. Con los

dedos, ya congelados, pues no tenía puestos los guantes, lo desplegó y lo alisó despacio.

Era una copia de un artículo publicado en el diario Bohuslänningen. No tenía fecha, pero, por el tipo de letra y la fotografía en blanco y negro, supuso que no se trataba de una noticia reciente. A juzgar por la imagen, era de los años setenta y recordaba sin problemas tanto al hombre como la historia referida.

¿Por qué habría escondido Alex aquel artículo en el fondo de un cajón?

Erica se levantó y volvió a guardarse el artículo en el bolsillo. Aquí no estaban las respuestas. Había llegado la hora de volver a casa.

El funeral fue hermoso y solemne. La iglesia de Fjällbacka no llegó a llenarse en absoluto. La mayoría de la gente no conocía a Alexandra y

habían acudido sólo para satisfacer su curiosidad. La familia y los amigos ocupaban los primeros bancos. Aparte de los padres y de Henrik, Erica sólo conocía a Francine. Junto a ella, en el banco, había un hombre alto y rubio. Erica adivinó que sería su marido. Por lo demás, los amigos no eran tantos y cabían perfectamente en un par de bancos, lo que confirmó la imagen que Erica tenía de Alex: sus conocidos eran

incontables pero pocos los amigos de verdad. En los demás bancos de la iglesia no había más que algún que otro curioso.

Ella se había sentado arriba en el coro. Birgit, que la había visto a la entrada, le pidió que se sentara con ellos, pero declinó la invitación. Se habría sentido como una hipócrita entre la familia y los amigos. En realidad, Alex era una extraña para ella.

El banco de la iglesia era

muy incómodo y Erica cambiaba constantemente de postura. Anna y ella habían sido arrastradas a la iglesia sin miramientos todos los domingos. Para un niño era terriblemente aburrido aguantar sentado las largas homilías y salmos cuyas melodías eran imposibles de aprender. Para entretenerse, Erica imaginaba historias, cuentos de dragones y princesas que ella había inventado entre aquellos muros sin jamás ponerlos



sobre el papel. Durante la adolescencia, las visitas fueron mucho menos frecuentes a causa de las encendidas protestas de Erica, pero en las ocasiones en que, pese a todo, acudió al oficio dominical, sustituía los cuentos por relatos de tono más romántico. Así, por irónico que pudiese parecer, tal vez fuesen aquellas visitas a la iglesia las que, por suerte o por desgracia, habían decidido su elección posterior de

profesión.

Erica aún no había encontrado la fe y, para ella, una iglesia, no era más que un edificio hermoso envuelto en tradiciones. Los sermones de la infancia no habían sembrado en ella ningún deseo de refugiarse en la fe. A menudo versaban sobre el infierno y los pecados y carecían de la alegría de la fe divina que, en cambio, sentía como una realidad aunque no la hubiese vivido. Eran muchos

los cambios que se habían producido. Ahora, por ejemplo, era una mujer con sotana la que oficiaba la misa ante el altar y, en lugar de eterna maldición, hablaba de luz, de amor y de esperanza. Erica habría preferido que, durante su infancia, le hubiesen transmitido esa visión de Dios.

Desde su discreta posición en el coro, vio a una mujer joven sentada junto a Birgit en el primer

banco. Birgit se aferraba a su mano con gesto convulso y, de vez en cuando, apoyaba la cabeza sobre su hombro. A Erica le resultaba familiar su rostro y llegó a la conclusión de que la joven debía de ser Julia, la hermana menor de Alex. Estaba demasiado lejos como para que Erica pudiese ver sus facciones, pero sí notó que Julia se apartaba cuando Birgit la tocaba. De hecho, retiraba la mano cada vez que Birgit la tomaba

entre las suyas, pero su madre fingía que no se daba cuenta o, tal vez, no se daba realmente cuenta, dado el estado en que se encontraba.

El sol se filtraba por las coloridas vitrinas. Los bancos eran duros e incómodos y Erica sintió un incipiente dolor en la parte inferior de la espalda. Se alegró de que la ceremonia fuese relativamente corta. Una vez concluida, permaneció sentada observando desde arriba

cómo la gente abandonaba sin prisas el templo.

El sol brillaba con intensidad casi insoportable desde un cielo limpio de nubes. La gente caminaba en procesión por la pendiente que desembocaba en el camposanto, donde estaba la tumba, recién cavada, en la que depositarían el féretro de Alex.

Hasta el entierro de sus padres, no se había detenido a pensar cómo cavarían las tumbas en invierno, cuando

la helada ya había profundizado en la tierra. Ahora ya sabía que la calentaban para poder excavar. Calentaban una porción cuadrada lo suficientemente grande como para albergar tantos féretros como fuese necesario enterrar.

Camino del lugar elegido para dar sepultura a Alex, pasó junto a la lápida de sus padres. Erica era la última de la procesión y se detuvo un instante ante ella. Una

gruesa hilera de nieve se había acumulado en el borde y Erica la retiró suavemente. Miró una última vez la tumba antes de apresurarse a unirse al pequeño grupo que se había congregado a unos metros. Los curiosos se habían abstenido al menos de acercarse al lugar de la inhumación y no quedaban ya más que la familia y los amigos. Erica no estaba segura de si debía o no unirse a ellos. Pero en el último instante decidió que



deseaba acompañar a Alex hasta el lugar de su último descanso.

Henrik estaba en primer lugar, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. Cabizbajo. Los ojos fijos en el féretro que, poco a poco, iba quedando cubierto de flores. Rosas rojas, en su mayoría.

Erica se preguntaba si también él estaría mirando a su alrededor, pensando si el padre del niño se encontraría entre los que se arracimaban

en torno a la tumba.

Birgit dejó oír un largo y hondo suspiro de dolor cuando por fin colocaron el ataúd. Karl-Erik estaba sereno y sus ojos sin una lágrima. Concentraba toda su fortaleza en apoyar a Birgit, tanto física como psíquicamente. Julia estaba a unos pasos de distancia de ellos dos. Henrik tenía razón al describirla como el patito feo de la familia. A diferencia de su hermana llevaba el cabello, oscuro y

lacio, en distintos largos y sin un corte definido. Tenía las facciones rudas y unos ojos hundidos que miraban desde detrás de un flequillo excesivo. No llevaba maquillaje y tenía la piel visiblemente marcada por el abundante acné de la adolescencia. A su lado, Birgit parecía más menuda y frágil de lo habitual. Su hija menor la sobrepasaba en más de diez centímetros y era corpulenta y ancha, sin formas. Erica observaba con

fascinación la serie de sentimientos encontrados que, como torbellinos, hallaban expresión en el rostro de Julia. El dolor y la ira se sucedían con la rapidez del rayo. Ni una sola lágrima. Ella fue la única que no depositó una flor sobre el ataúd y, cuando la ceremonia hubo concluido, le dio la espalda al hoyo cavado en la tierra y empezó a caminar en dirección a la iglesia.

Erica se preguntaba qué

tipo de relación habrían tenido las dos hermanas. A Julia no debía de resultarle fácil que siempre la comparasen con Alex. Sacar siempre la paja más corta. La espalda de Julia invitaba al alejamiento mientras ella misma acrecentaba, a buen paso, la distancia entre sí misma y el resto del grupo. Tenía los hombros encogidos hasta las orejas, en un gesto de rechazo.

De pronto, Henrik apareció al lado de Erica.

—Vamos a celebrar una  
pequeña ceremonia  
conmemorativa. Nos  
gustaría mucho que  
participases.

—Pues... no sé, no estoy  
segura —dijo Erica.

—Bueno, podrías  
quedarte un rato al menos.

Ella seguía dudando.

—Bueno, vale. ¿Dónde  
será? ¿En casa de Ulla?

—No, estuvimos  
dándole vueltas y, al final,  
decidimos que lo mejor sería  
celebrarlo en casa de Birgit

y Karl-Erik. Pese a lo que ocurrió allí, yo sé que Alex adoraba esa casa. Y conservamos muchos buenos recuerdos de ella, así que dudo que podamos encontrar un lugar mejor para hacerlo. Aunque comprendo que a ti puede costarte ir allí. Me refiero a que tú no tienes ningún buen recuerdo de tu última visita.

Erica se ruborizó ante la idea de cuál había sido, en realidad, su última visita a aquella casa y bajó la

mirada.

—Bueno, no pasa nada.

Acudió allí en su propio coche y aparcó nuevamente detrás de la escuela de Håkebackenskolan. Al cruzar la puerta se dio cuenta de que la casa estaba llena de gente, por lo que se preguntó si no sería mejor marcharse. Pero perdió la oportunidad, pues cuando Henrik se le acercó para ayudarle a quitarse el



chaquetón, ya era demasiado tarde para cambiar de idea.

La gente se agolpaba en torno a la mesa, donde habían servido un bufé de pasteles salados. Erica tomó un gran trozo de pastel de gambas y se apartó enseguida, retirándose a una esquina de la sala en la que podría tanto comer como observar tranquilamente al resto de los invitados.

Dominaba la reunión un desenfado inusual para las circunstancias; latía en el

ambiente un tono exageradamente jovial y, al mirar a las personas que tenía a su alrededor, descubría en todas ellas una máscara de forzada conversación. La causa de la muerte de Alex estaba latente.

Erica paseó la mirada por la sala, de un rostro a otro. Birgit estaba sentada sobre el borde de un sofá, enjugándose las lágrimas con un pañuelo. Karl-Erik estaba en pie, detrás de ella,

con una mano aferrada a su hombro y la otra ocupada con un plato lleno de comida. Henrik se movía por la habitación con ademán profesional, yendo de un grupo a otro, estrechando manos, asintiendo cuando le daban el pésame, recordándoles a todos que después habría café y bizcocho. Era el anfitrión perfecto de pies a cabeza. Como si estuviese en un cóctel cualquiera, en lugar de en el funeral de su

esposa. Lo único que delataba el esfuerzo que aquello suponía para él era el largo suspiro y la ligera vacilación en la que, como para recuperar fuerzas, se detenía antes de pasar a saludar al grupo siguiente.

Sólo había una persona cuyo comportamiento desentonaba del cuadro: Julia. Se había sentado en el alféizar de la ventana del porche, con una pierna flexionada y la mirada perdida en el horizonte.

Cuantos se acercaban a ella con la intención de mostrarse amables y de participarle su pesar, no tardaban en marcharse de su lado sin haber conseguido nada. Julia despreciaba todos los intentos de acercamiento sin dejar de mirar la gran blancura de afuera.

Erica sintió que le rozaban levemente el brazo, dio un respingo involuntario y derramó un poco de café en el plato.

—Perdona, no era mi intención darte un susto.

Francine sonrió.

—No, no te preocupes. Es que estaba absorta pensando...

—En Julia —adivinó Francine al tiempo que señalaba con un gesto la figura de la ventana—. Ya me he dado cuenta de que la observabas.

—Sí, he de admitir que me interesa su persona. ¡Está tan aislada del resto de la familia! No termino de

aclararme, no sé si está triste por la muerte de Alex o si está indignada por alguna razón que no alcanzo a comprender.

—Yo creo que nadie entiende a Julia. Pero no creo que haya sido fácil para ella. El patito feo criado entre hermosos cisnes. Siempre rechazada e ignorada. Y no digo que hayan sido abiertamente malvados con ella en ningún momento; simplemente, era molesta. Por ejemplo, Alex

nunca la mencionó siquiera cuando vivíamos en Francia. Cuando yo me vine a vivir a Suecia, me sorprendió saber que tenía una hermana menor. Hablaba de ti más que de su hermana. Vuestra relación debió de ser muy especial.

—A decir verdad, no lo sé. Éramos niñas y, en aquel entonces, éramos hermanas de sangre, no pensábamos separarnos nunca y todo eso. Pero, si Alex no se hubiese marchado del pueblo,



supongo que habría ocurrido con nosotras como con el resto de las niñas que crecieron juntas hasta la adolescencia. Habríamos discutido por el mismo chico, nos habrían gustado estilos de ropa distintos, habríamos acabado en distintos círculos sociales y nos habríamos apartado la una de la otra por otras amistades más acordes con la fase en que nos encontráramos o queríamos encontrarnos en un momento

determinado. Pero, naturalmente, Alex ejerció bastante influencia en mi vida, incluso en mi vida adulta. Por ejemplo, nunca supe deshacerme de la sensación de decepción. Me pregunto quién de las dos hizo algo mal. Simplemente, ella empezó a apartarse cada vez más hasta que un día, de repente, ya no estaba. Cuando nos veíamos después, de mayores, era para mí como una desconocida. Por extraño

que parezca, ahora tengo la impresión de que estoy conociéndola otra vez.

Erica pensó en las páginas cada vez más numerosas del libro. Por ahora no contenían más que una serie de impresiones y descripciones mezcladas con sus ideas y reflexiones. Ni siquiera sabía cómo iba a conformar aquel material, sólo que tenía que hacerlo. Su instinto de escritora le decía que aquélla era su oportunidad de crear algo

auténtico, aunque no tenía la menor idea de dónde trazar la frontera entre sus necesidades como creadora y su relación personal con Alex. La curiosidad inherente a la creación literaria la impulsaba además a indagar en el misterio de la muerte de Alex en un plano mucho más personal. Habría podido optar por ignorar todo lo relativo a Alex y su destino, darle la espalda al lamentable clan que rodeaba

a Alex y dedicarse a sí misma y a sus asuntos. Y en cambio, allí estaba, en una habitación llena de personas a las que en realidad no conocía.

Un pensamiento le vino a la mente. Casi había olvidado el cuadro que vio en el armario de Alex. Pero ahora cayó de pronto en la cuenta de por qué los cálidos tonos que habían capturado en el lienzo el cuerpo desnudo de Alex le resultaron tan familiares. Se

dirigió a Francine y le preguntó:

—¿Recuerdas cuando nos vimos en la galería...?

—Sí.

—Había un cuadro, justo junto a la puerta. Un lienzo enorme que sólo tenía colores cálidos, amarillo, rojo, naranja...

—Sí, ya sé a cuál te refieres. ¿Qué pasa con ese cuadro? ¿No me digas que te interesa comprarlo? — bromeó sonriendo.

—No, me preguntaba

quién lo pintó.

—Bueno, ésa es una historia muy triste, la verdad. El artista se llama Anders Nilsson y precisamente, es de aquí, de Fjällbacka. Fue Alex quien lo descubrió. Tiene un talento insólito. Por desgracia, también está extremadamente alcoholizado, lo que destruirá sin duda sus posibilidades como artista. Hoy en día no basta con dejar tus cuadros en una

galería y sentarse a esperar el éxito. Además, un pintor debe ser el promotor de su obra, presentarse en las inauguraciones, acudir a recepciones y responder a la imagen del «artista» de pies a cabeza. Anders Nilsson es un borracho al que no se puede invitar a sitios normales. De vez en cuando lo vendemos porque algún cliente capaz de reconocer el talento nos compra un cuadro suyo, pero Anders nunca llegará a ser una



estrella permanente en el cielo de los artistas. Aunque suene un tanto crudo, sus posibilidades se multiplicarán si se mata bebiendo. Los artistas muertos siempre tienen más éxito entre el gran público.

Erica miró perpleja a aquella persona de aspecto tan delicado. Francine se dio cuenta y añadió:

—No era mi intención ser cínica. Es sólo que me pone furiosa que alguien con tanto talento lo eche a perder

por una botella de alcohol. Si digo que es trágico me quedo corta. Tuvo suerte de que Alex viese sus cuadros. De lo contrario, los únicos que habrían disfrutado de su arte habrían sido los alcohólicos de Fjällbacka. Y me cuesta creer que ellos sean capaces de apreciar los aspectos más intelectuales del arte.

Había colocado una pieza del rompecabezas, pero por más que lo intentaba, Erica no veía

cómo encajaba con el resto del dibujo. ¿Por qué tendría Alex un desnudo suyo pintado por Anders Nilsson escondido en el armario? Una posible explicación sería que Alex le hubiese encargado el retrato a un pintor cuyo talento admiraba para después regalárselo a Henrik; o a su amante. Pese a todo, no le sonaba del todo convincente. El desnudo emanaba una sensualidad y una sexualidad impensables en una relación entre

extraños. Entre Alex y Anders existía una relación evidente. Aunque, por otro lado, Erica sabía bien que no era una experta en arte y que su intuición bien podía ser equivocada.

Un leve murmullo inundó de improviso la sala. Se originó en el grupo que más cerca estaba de la puerta y se contagió después al resto de los congregados. Todas las miradas se dirigieron hacia la puerta por la que hizo su aparición un

huésped totalmente inesperado. Cuando Nelly Lorentz la cruzó, todo el mundo perdió el resuello de pura sorpresa. Erica pensó en el artículo de periódico que había encontrado en el dormitorio de Alex y empezó a ver que todos los datos en apariencia aislados daban vueltas en su cabeza sin lograr conectarse unos con otros.

La supervivencia de

Fjällbacka había dependido de los avatares de la fábrica de conservas Lorentz. Casi la mitad de los habitantes en activo trabajaban en la fábrica y los miembros de la familia Lorentz eran los reyes del pueblo. Puesto que Fjällbacka no contaba con ninguna base para la existencia de una alta sociedad, los Lorentz constituían una clase independiente. Desde la elevada posición que les brindaba su gran mansión en

la cima de la colina, los Lorentz contemplaban Fjällbacka desde arriba, con altiva soberbia.

La fábrica había sido inaugurada el año 1952 por Fabian Lorentz. Era descendiente de una familia de pescadores con larga tradición y se esperaba que él siguiese los pasos de sus antepasados. Pero la pesca escaseaba cada vez más y el joven Fabian era tan ambicioso como inteligente y no pensaba conformarse

con salir adelante con los mismos escasos medios que su padre.

Puso en marcha la fábrica de conservas partiendo de cero y cuando murió, a finales de los setenta, le dejó a su esposa Nelly una considerable fortuna, además de una empresa floreciente. A diferencia de su esposo, que había sido hombre muy querido, Nelly Lorentz tenía fama de ser presuntuosa y fría, y no sólo apenas se



dejaba ver en el pueblo sino que, como una reina, no admitía más visitas que las de aquéllos a quienes invitaba expresamente. De ahí que verla cruzar la puerta causase una sensación extraordinaria. Aquello sería materia de habladurías suficiente para varios meses.

Era tal el silencio que reinaba en la habitación que habría podido oírse la caída de un alfiler. Lorentz le hizo a Henrik el honor de dejarse ayudar con las pieles y de

entrar de su brazo en la sala de estar. Él la fue guiando hasta el sofá del centro, donde estaban Birgit y Karl-Erik mientras que, a modo de saludo, iba agraciando con su asentimiento a varios escogidos de entre los invitados. Cuando llegó hasta donde estaban los padres de Alex, la conversación se reanudó de nuevo. Vana charla sobre esto y aquello, cuando lo que todos pretendían era

enterarse de lo que se decía en la zona del sofá.

Erica fue uno de los afortunados en recibir el gesto de aceptación de Nelly. Por su condición asimilable a la de celebridad, había sido hallada digna y, desde que sus padres murieron, había recibido una invitación de Nelly Lorentz para tomar el té. Ella la declinó educada, aduciendo que aún estaba recuperándose de la pérdida.

Observó con curiosidad

a Nelly, que ya transmitía sus más sentidas simpatías a Birgit y a Karl-Erik. Erica dudaba mucho de que su huesudo cuerpo abrigase ningún tipo de simpatías. Era de una delgadez extrema y sus muñecas sobresalían por la bocamanga de su traje, de factura perfecta. Lo más probable era que llevase toda la vida pasando hambre para poder lucir una escualidez tan a la moda, pero sin comprender que lo que podía sentar bien a las

curvas naturales de la juventud no resultaba igual de hermoso cuando la vejez empezaba a dejar su huella. Tenía el rostro afilado y anguloso, pero extraordinariamente liso y sin arrugas, lo que llevó a Erica a sospechar que la naturaleza había recibido ayuda del bisturí. El cabello era su atributo más hermoso. Era abundante y de un gris plateado, recogido en una elegante trenza de espiga, pero peinado hacia atrás tan

tirante que la piel de la frente también se había tensado un tanto, confiriéndole al rostro una expresión de ligera sorpresa. Erica calculó que tendría algo más de ochenta años. Se rumoreaba que, en su juventud, había sido bailarina y que había conocido a Fabian Lorentz un día en que actuaba en el *ballet* de un establecimiento de Gotemburgo al que ninguna joven de bien se atrevería a entrar y, de

hecho, Erica pensó que en efecto podía detectarse su formación de bailarina en los graciosos movimientos que aún conservaba. Según la versión oficial, no obstante, jamás había pisado una sala de fiestas, sino que era hija de un cónsul de Estocolmo.

Tras unos minutos de discreta conversación, Nelly dejó a los dolientes padres para ir a sentarse con Julia en el porche. Nadie dejó ver con un solo gesto lo

extraordinario que les resultaba aquello y todos prosiguieron con su charla con un ojo puesto en la singular pareja.

Erica había vuelto a quedarse sola en un rincón, puesto que Francine la dejó para seguir abriéndose paso entre los invitados. Así que ya podía dedicarse a observar a Julia y a Nelly sin que nadie la distrajese. Por primera vez en todo el día, vio una sonrisa en el rostro de Julia. La joven bajó de un



salto del alféizar y se sentó junto a Nelly en el sofá de mimbre, donde permanecieron las dos, hablándose casi al oído, entre susurros.

¿Qué podía tener en común una pareja tan dispar? Erica echó una ojeada al sofá donde estaba Birgit. Las lágrimas habían dejado de correr a mares por sus mejillas y ahora fijaba en su hija y en Nelly Lorentz una mirada limpia y llena de temor. Erica resolvió de

pronto que aceptaría la invitación de la señora Lorentz. Podía resultar interesante mantener una conversación a solas con ella.

Cuando abandonó la casa de las alturas y pudo respirar de nuevo el aire libre, sintió un gran alivio.

**P**atrik estaba un poco nervioso. Hacía mucho que no cocinaba para una mujer. Y, por si fuera poco, para

una mujer ante la que no se sentía indiferente. Todo tenía que salir perfecto.

Fue canturreando mientras cortaba en rodajas el pepino para la ensalada. Tras muchos apuros y no menos meditación, se decidió por solomillo de ternera, que ahora tenía condimentado y listo en el horno, a pocos minutos de estar en su punto. La salsa hervía en el fogón y con sólo olerla se le hacía la boca agua.

Había tenido una tarde estresante. No pudo irse del trabajo algo más temprano, como esperaba, por lo que se vio obligado a limpiar la casa en tiempo récord. No era consciente de hasta qué punto había abandonado el hogar desde que Karin lo dejó, pero, cuando lo vio con los ojos con que lo vería Erica, comprendió que la situación requería una intervención importante.

Le avergonzaba haber caído en la típica trampa del

soltero, con la casa sucia y el frigorífico vacío. No se había dado cuenta de la gran carga que Karin había llevado con la casa, sino que dio por supuesto que ésta debía estar limpia y ordenada, sin dedicar un instante a pensar cuánto trabajo requería mantenerla en orden. Fueron muchas las cosas que dio por supuestas.

Cuando Erica llamó a la puerta, se quitó enseguida el delantal y echó una ojeada al espejo para comprobar su

peinado. Pese a que se había tomado la molestia de ponerse espuma, aparecía ahora tan indomable como siempre.

Erica estaba, como era habitual en ella, fantástica. Traía las mejillas sonrosadas por el frío y el rubio y abundante cabello ensortijado por debajo del cuello del anorak. Le dio un leve abrazo de bienvenida, aunque se permitió el lujo de

cerrar los ojos un segundo y de aspirar el aroma de su perfume, antes de apartarse para que entrase al calor de la casa.

La mesa ya estaba puesta y empezaron con los entremeses mientras esperaban que el primer plato estuviese listo. Patrik la observaba a hurtadillas mientras ella saboreaba el aguacate con relleno de gambas. Ciertamente que no era un plato sofisticado, pero resultaba difícil fracasar con

él.

—Jamás me habría imaginado que te las arreglarías para componer una cena de tres platos — dijo Erica mientras tomaba una cucharada de su aguacate.

—No, la verdad, ni yo tampoco. Pero en fin, ¡salud y bienvenida al restaurante Casa Hedström, pues!

Brindaron y probaron el vino blanco, que estaba bien frío, y siguieron comiendo un rato en silencio.



—¿Qué tal te ha ido?

Patrik observaba a Erica bajo el flequillo.

—Pues gracias por preguntarlo, pero he tenido semanas mejores.

—¿Cómo fue que estuviste en el interrogatorio? Debe de hacer una barbaridad de años que no tenías contacto ni con Alex ni con su familia.

—Sí, redondeando, unos veinticinco años. La verdad es que no lo sé. Me siento

como si me hubiese absorbido un torbellino del que ni puedo ni sé si quiero salir. Creo que a Birgit mi persona le recuerda que hubo tiempos mejores. Además, yo estoy fuera de todo el asunto y, precisamente por eso, no puedo funcionar como un factor de seguridad.

Erica vaciló un instante.

—¿Algún progreso?

—No puedo hablar del caso, lo siento.

—No, claro, perdona, no

había caído.

—No pasa nada. En cambio, tú sí que quizá puedas ayudarme. A estas alturas, has hablado con toda la familia y, además, ya los conocías de antes. ¿No podrías hablarme de tus impresiones acerca de la familia y de lo que sabes de Alex?

Erica dejó los cubiertos e intentó clasificar sus propias impresiones y buscar el modo en que le gustaría exponérselas a Patrik. Y le

contó todo lo que había averiguado, así como la impresión que le habían causado las personas que había en la vida de Alex. Patrik escuchaba atento, aunque se levantó para retirar los platos de los entremeses y llevó a la mesa el primer plato mientras ella hablaba. De vez en cuando intervenía con una pregunta. Estaba sorprendido ante la gran cantidad de información que Erica había recabado durante

relativamente poco tiempo; eso, unido a todo lo que Erica ya sabía de Alex, convirtió a una mujer que, hasta entonces, sólo había sido una víctima de asesinato, en una persona con un rostro y una personalidad concretos.

—Patrik, ya sé que no puedes hablar del caso, pero ¿no puedes decirme si tenéis alguna pista de quién pudo matarla?

—No, yo diría que no hemos avanzado

especialmente en la investigación. Una sugerencia, cualquier cosa, sería muy bienvenida en estos momentos.

Suspiró mientras describía círculos con la yema del dedo en el borde de la copa. Erica dudaba.

—Yo tengo algo que puede ser interesante.

Tomó el bolso y empezó a rebuscar en él. Sacó un papel doblado que le tendió a Patrik, que lo desdobló y empezó a leer con interés

aunque, al final, alzó una ceja en gesto inquisitivo.

—¿Y qué tiene esto que ver con Alex?

—Eso es precisamente lo que yo me pregunto. Encontré ese artículo en un cajón de la cómoda de Alex, entre su ropa interior.

—¿Cómo que lo «encontraste»? ¿Cuándo has tenido tú oportunidad de mirar en los cajones de su cómoda?

Patrik vio que ella se ruborizaba y se preguntó qué

sería lo que estaba ocultándole.

—Pues... fui a la casa una noche a mirar un poco.

—¿Que hiciste ¿qué?!

—Sí, ya lo sé. No digas nada. Sé que fue una estupidez, pero ya sabes cómo soy, primero actúo y luego pienso —Erica siguió hablando sin parar, con la intención de evitar más reproches—. En cualquier caso, encontré este papel en el cajón de Alex y me lo llevé por casualidad.



Patrik se abstuvo de preguntar cómo había podido llevárselo «por casualidad». Lo mejor era no saberlo.

—¿Qué crees que puede significar? —preguntó Erica—. Un artículo sobre una desaparición de hace veinticinco años. ¿Qué relación puede guardar eso con Alex?

—¿Qué sabes tú de esto? —preguntó Patrik moviendo el papel de un lado a otro.

—Sobre los hechos, no

más de lo que dice el artículo. Que Nils Lorentz, hijo de Nelly y Fabian Lorentz, desapareció sin dejar rastro en enero de 1977. Jamás encontraron su cuerpo. Pero sí se ha especulado mucho a lo largo de los años. Hay quien cree que se ahogó y que el cuerpo desapareció hacia alta mar y que por eso nunca se encontró. Según otro rumor, le birló a su padre una gran cantidad de dinero y se marchó al extranjero. Por lo

que he oído, Nils Lorentz no era un personaje especialmente simpático y la mayoría de la gente se ha inclinado por la segunda versión. Era hijo único y dicen que Nelly lo mimó al máximo. Quedó inconsolable tras su desaparición y Fabian Lorentz jamás se recuperó de la pérdida. Murió de un ataque al corazón un par de años más tarde. El único heredero de toda la fortuna es un niño al que

apadrinaron un año antes de que Nils desapareciera y al que Nelly adoptó después de la muerte de su esposo. Bueno, esto es un resumen de los chismorreos locales. Pero sigo sin comprender qué relación puede guardar todo esto con Alex. El único contacto entre las dos familias se dio porque Karl-Erik trabajó en las oficinas de la fábrica de conservas Lorentz cuando Alex y yo éramos pequeñas, antes de que se mudasen a

Gotemburgo. Pero de eso hace ya más de veinticinco años.

Erica recordó de pronto otra conexión. Y le contó a Patrik la aparición de Nelly en la recepción tras el funeral, donde dedicó a Julia casi toda su atención.

—Aunque no veo qué relación hay entre todo eso y este artículo, parece que algo hay, desde luego. Francine, copropietaria de la galería de arte junto con Alex, mencionó además que creía

que Alex quería terminar con el pasado. No supo explicarse mejor, pero yo creo que ahí está la conexión. Llámalo intuición femenina si quieres, pero tengo el presentimiento de que ahí lo tenemos.

Se sentía algo culpable, pues no le había contado a Patrik toda la verdad. Aún había una pieza, diminuta y extraordinaria, que se había abstenido de revelarle. Y de la que no le hablaría hasta que no supiese algo más.

—Ya, claro, no puedo esgrimir ningún argumento contra la intuición femenina. ¿Un poco más de vino?

—Sí, gracias. —Erica echó una ojeada a la cocina —. ¡Qué bonita tienes la casa! ¿La has decorado tú?

—No, ése no es mérito mío. Sino de Karin, que tiene buen gusto para esas cosas.

—Ah, sí, Karin. ¿Qué pasó?

—Bah, lo de siempre, ya sabes. Chica conoce

cantante de música pop vestido a la última. Chica se enamora. Chica se separa de su esposo y se va a vivir con el cantante de música pop.

—¡Estás de broma!

—Por desgracia, no. No sólo me dejó, sino que me dejó por Leif Larsson, admirado y famoso vocalista del grupo más célebre de Bohuslän, Leffes. El hombre con el peinado más atractivo de la costa oeste, a lo jugador de hockey. Así que, no tenía yo mucho con lo



que oponerme a un hombre que calza mocasines.

Erica lo miraba con los ojos de par en par.

Patrik sonrió.

—Bueno, quizá te haya dado la versión exagerada, pero algo así.

—Pero, Patrik, ¡debió de ser horrible! Imagino que no lo has pasado muy bien.

—Bueno, estuve compadeciéndome de mí mismo bastante tiempo. Pero ahora estoy más o menos. No bien, pero sí más o

menos.

Erica cambió de tema.

—La noticia del embarazo cayó como una bomba.

Clavó en Patrik una mirada inquisitiva y éste tuvo la sensación de que había algo más tras la aparente inocencia de su constatación.

—Sí, parece ser que no le había participado a su esposo la buena noticia.

Patrik esperó a que Erica continuase y, tras un

instante, pareció resuelta a seguir abundando en el tema, aunque lo hizo en voz muy baja y muy despacio, como vacilando aún.

—Según su mejor amiga, Henrik no era el padre de la criatura.

Patrik alzó una ceja, gesto que acompañó de un silbido, pero no dijo nada, pues deseaba oír más.

—Francine me contó que Alex había conocido a un hombre en Fjällbacka y que venía aquí todos los fines de

semana para encontrarse con él. Según Francine, Alex no quiso nunca tener hijos con Henrik, pero con ese hombre era distinto. Estaba muy ilusionada con el bebé y por eso Francine era una de las personas del entorno de Alex que insistía en que no podía haberse suicidado. Según ella, Alex estaba feliz, por primera vez en su vida.

—¿Tenía ella alguna idea de quién podía ser ese hombre?

—No, ni remota. Alex mantuvo su identidad en el más profundo secreto.

—Pero ¿cómo es posible que su marido aceptase que Alex viniese sola a Fjällbacka todos los fines de semana? ¿Sabría que mantenía aquí una relación?

Otro trago de vino descendió por la garganta de Patrik, que empezaba a notar cómo enrojecían sus mejillas, aunque ignoraba si era por el vino o por la presencia de Erica.

—Al parecer, su relación no era nada convencional. Yo conocí a Henrik en Gotemburgo y tuve la sensación de que sus vidas discurrían por caminos paralelos que rara vez se entrecruzaban. Por otro lado, es imposible adivinar lo que él sabe o deja de saber, por lo poco que he visto de él. Ese hombre tiene el rostro de piedra y creo que pone bastante cuidado en preservar lo que sabe o lo que siente.

—Ese tipo de personas pueden funcionar a veces como una olla a presión. Acumulan sentimientos hasta que, un día, explotan. Tú qué crees, ¿será eso lo que le ha ocurrido a él? ¿Que el marido ignorado se haya hartado de su situación y asesinase a su esposa? — se animó a especular Patrik.

—No lo sé, Patrik. Lo cierto es que no lo sé. Pero creo que lo que debemos hacer es seguir bebiendo más vino de lo que es

recomendable y hablar de todo lo habido y por haber, siempre que dejemos a un lado todo lo que tenga que ver con asesinatos y muertes repentinas de mal presagio.

Patrik aceptó su propuesta y alzó su copa en un brindis.

Se trasladaron al sofá y pasaron el resto de la noche conversando alegremente de cualquier cosa sin tocar más el tema. Ella le contó su vida, sus preocupaciones por el asunto de la casa y del



dolor que le había causado la muerte de sus padres. Y él, por su parte, le confesó la ira y la sensación de fracaso después de la separación y la frustración de encontrarse de nuevo en el punto de partida, justo cuando empezaba a sentirse preparado para tener hijos. Cuando empezaba a creer que él y su esposa envejecerían juntos.

Ninguno de los dos se sentía presionado ni agobiado cuando se hacía el silencio. En esos instantes,

Patrik se veía obligado a contenerse para no caer en la tentación de acercarse a besarla. Se abstuvo; y pasó el momento.

### 3

*Vio cómo la sacaban. Sentía deseos de aullar y de arrojarse sobre su cuerpo cubierto por una manta. De quedarse con ella para siempre.*

*Ahora ya desaparecía de verdad. Gentes extrañas la tocarían y trastearían en su cuerpo. Ninguno de ellos sería capaz de ver su belleza como él lo hacía.*

*Para ellos sólo sería un*

*trozo de carne. Un número en un documento, sin vida, sin fuego.*

*Se pasó la palma de la mano derecha por la izquierda. Aquella mano había acariciado ayer el brazo de ella. Se aplicó la palma de la mano en la mejilla, intentando sentir en su rostro la piel fría de ella.*

*No sintió nada. No quedaba ni rastro de su persona.*

*Parpadeaba el color azul de las luces. La gente*

*trajinaba presurosa de un lado a otro, entrando y saliendo de la casa. ¿A qué tanta prisa? Ya era demasiado tarde.*

*A él no lo veía nadie. Era invisible. Él siempre había sido invisible.*

*Pero no importaba. Ella lo había visto. Ella siempre había sabido verlo. Cuando ella fijaba sobre él sus ojos azules, se sentía «visto».*

*Ya no quedaba nadie. La lucha se había extinguido hacía tiempo. Y él seguía*

*entre las cenizas observando cómo se llevaban lo que había sido su vida, cubierta con una sábana de hospital amarillenta. Al final del camino, no había más opciones. Él siempre había tenido plena conciencia de ello y ahora, por fin, había llegado el momento. El momento que él había añorado. Y lo abrazó.*

*Ella ya no estaba.*



Nelly le pareció un tanto sorprendida cuando la llamó. Por un instante, Erica se preguntó si no estaría haciendo una montaña de un grano de arena. Aunque había que admitir que era muy raro que Nelly se presentara en el funeral de Alex. Y su manera de dar prioridad a Julia. Cierto que Karl-Erik había trabajado para Fabian Lorentz como jefe de administración de la fábrica hasta que la familia se mudó a Gotemburgo.

Pero, por lo que Erica sabía, esa relación jamás trascendió a la vida privada. Los Carlgren estaban muy lejos de satisfacer los requisitos de clase de la familia Lorentz.

La hicieron pasar a un salón de exquisita belleza cuyas vistas se extendían desde el puerto, por un lado, hasta el horizonte, más allá de las islas, por el otro. En un día como aquél, en que el sol se reflejaba sobre la superficie helada y cubierta



de nieve, el panorama invernal no desmerecía lo más mínimo en comparación con el más soleado panorama estival.

Se sentaron en un elegante tresillo y enseguida les sirvieron una bandeja de plata llena de deliciosos canapés. Estaban riquísimos, pero Erica intentó contenerse para no parecer poco fina. Nelly sólo se tomó uno, temerosa de añadir un gramo de grasa a su huesudo cuerpo.

La conversación discurría a duras penas, pero con elegancia. Durante las largas pausas que se interponían a sus intervenciones no se oía más que el monótono tic tac de un reloj y los discretos sorbos que ellas dos daban a su té. Los temas de conversación se ciñeron al ámbito neutral. La emigración de los jóvenes de Fjällbacka, la escasez de empleo, lo triste que les parecía que cada vez fuesen

más los turistas que compraban las típicas y hermosas casas de la zona para convertirlas en chalets de veraneo... Nelly le habló de cómo era todo antes, cuando ella era joven y llegó a Fjällbacka recién casada. Erica la escuchaba con interés, haciendo alguna que otra pregunta de vez en cuando.

Se diría que las dos iban dando rodeos en torno al tema que ambas sabían debían tratar tarde o

temprano.

Y fue Erica la que, finalmente, se armó de valor.

—Pues sí, la última vez que nos vimos no fue en circunstancias muy agradables.

—Desde luego, qué tragedia. Una mujer tan joven.

—No sabía que tuvieseis tanta amistad con la familia Carlgren.

—Bueno, Karl-Erik estuvo trabajando para

nosotros durante muchos años y, por supuesto, las dos familias coincidimos en numerosas ocasiones. Creo que hice lo correcto pasándome por allí.

Nelly bajó la mirada y Erica notó que se frotaba las manos con nerviosismo.

—Me dio la sensación de que también conocías a Julia, pero ella no nació hasta después de que se marchasen de Fjällbacka, ¿no?

Tan sólo un

imperceptible movimiento de la espalda, un leve gesto de cabeza, dieron a entender que a Nelly le había resultado algo incómoda la pregunta. Pero le quitó importancia con un gesto de su mano cargada de anillos de oro.

—Qué va, a Julia la he conocido no hace mucho. Pero me parece una joven encantadora. Es evidente que no tiene las cualidades externas de Alexandra, pero, a diferencia de ella, tiene

una fuerza de voluntad y un coraje que la hacen mucho más interesante a mis ojos que la tontaina de su hermana.

Nelly se llevó la mano a la boca. Además de que parecía haber olvidado por un instante que hablaba de una difunta, acababa de descubrir una grieta en el muro de que se rodeaba. Y lo que Erica vio durante ese instante fue el más puro odio. Pero ¿cómo podía Nelly Lorentz odiar a

Alexandra, a la que no había visto más que de niña?

Antes de que Nelly tuviese ocasión de enmendar su torpeza, sonó el teléfono y, claramente aliviada, se disculpó y se levantó para atender la llamada.

Erica aprovechó la circunstancia para husmear por la habitación. Era hermosa, pero impersonal. La mano de un decorador de interiores flotaba invisible en el aire. Todo estaba combinado y coordinado



hasta el más mínimo detalle. Erica no pudo por menos de compararlo con la sencilla decoración de la casa de sus padres. En efecto, no había allí nada cuya única función fuese estética; todos los objetos habían llegado, con el paso de los años, a ocupar su lugar en virtud de su utilidad. En opinión de Erica, la belleza de lo desgastado y lo personal superaba con creces la de aquella reluciente sala de exposiciones. El único

objeto personal que descubrió fue la hilera de retratos de familia que había en la repisa de la chimenea. Se inclinó para observarlos con más detenimiento. Parecían dispuestos por orden cronológico, de izquierda a derecha. El primero era un retrato en blanco y negro de una elegante pareja de novios. Nelly estaba deslumbrante con un vestido completamente ceñido a su figura, pero Fabian no

parecía muy cómodo en el frac.

En el siguiente retrato, la familia ya había aumentado y Nelly aparecía con un bebé en los brazos. A su lado, Fabian mantenía la expresión severa y grave del retrato anterior. Venía después una larga serie de instantáneas de un niño a distintas edades, unas veces solo, otras con Nelly. En la última fotografía de la serie aparentaba unos veinticinco años. Nils Lorentz. El hijo

desaparecido. Tras el primer retrato de toda la familia, se diría que los únicos miembros que la componían eran Nils y Nelly. Aunque tal vez fuese porque a Fabian no le gustara demasiado retratarse y prefiriese estar detrás de la cámara. Las fotos de Jan, el hijo adoptivo, brillaban por su ausencia.

Erica dirigió su atención al escritorio que había en un rincón de la habitación. Oscuro, de madera de cerezo

con hermosas incrustaciones de marquetería que Erica siguió con los dedos. No tenía ningún adorno y parecía que su única función era la estética. Estuvo tentada de mirar en los cajones, pero no estaba segura de cuánto tardaría Nelly. Era evidente que la conversación se alargaba, pero su anfitriona podía aparecer en la habitación en cualquier momento. De modo que Erica centró su atención en la papelera.

Había en ella varios papeles arrugados, sacó la primera bola de papel y la alisó con esmero. Y leyó, con creciente interés. Más desconcertada de lo que ya estaba, volvió a dejar el papel arrugado en la papelera. Nada de lo relacionado con aquella historia era lo que parecía.

Oyó una tosecilla a su espalda. Y vio que Jan Lorentz estaba en el umbral de la puerta alzando las cejas con gesto inquisitivo. Erica

ignoraba cuánto tiempo llevaba allí.

—Erica Falck, ¿verdad?

—Así es. Y tú debes de ser Jan, el hijo de Nelly.

—Exacto, así es. Encantado. Has de saber que eres algo así como un tema de conversación en este pueblo.

El joven se le acercó para estrecharle la mano con una amplia sonrisa. Ella correspondió con desagrado. Había algo en aquel hombre que le ponía el vello de

punta. Él le retuvo la mano algo más de la cuenta y ella ahogó el impulso de retirarla de golpe.

Jan parecía venir directamente de una reunión de negocios, con el traje bien planchado y el maletín. Erica sabía que era él quien dirigía la empresa familiar. Y, además, con mucho éxito.

Llevaba el pelo repeinado hacia atrás, demasiado engominado. Tenía los labios perfilados y carnosos, no apropiados para



un hombre, y los ojos hermosos, con largas pestañas. De no ser por su poderoso mentón y la barbilla partida, su aspecto habría sido muy femenino. Sin embargo, la mezcla de líneas rectas y curvas de su rostro le otorgaba un aspecto un tanto curioso, aunque no era fácil decidir si resultaba o no atractivo. A Erica le infundía cierta repulsión, pero dicha opinión se basaba más bien en la sensación indefinible que el joven le

producía en la boca del estómago.

—De modo que mi madre ha conseguido que vengas, por fin. Te diré que llevas bastante tiempo siendo la primera de su lista, desde que se publicó tu primer libro.

—Vaya, sí, ya me ha parecido entender que aquí se ve como el suceso del siglo. Tu madre me había invitado ya un par de veces, pero hasta ahora no me había parecido el momento

adecuado.

—Ya, me enteré de lo de tus padres. Una tragedia. Te ruego aceptes mis condolencias.

Sonrió con gesto compasivo, pero sin que se reflejase en sus ojos.

Nelly volvió a la habitación. Jan se inclinó para besar a su madre en la mejilla y Nelly se dejó hacer con una expresión de indiferencia.

—¡Bueno, mamá! Por fin ha podido venir Erica.

Tanto como lo deseabas...

—Sí, estoy encantada.

La mujer se sentó en el sofá. Su rostro reflejó un gesto de dolor y se agarró el brazo derecho.

—¡Pero, mamá! ¿Qué te pasa? ¿Te duele? ¿Quieres que vaya a buscar tus pastillas?

Jan se inclinó y posó las manos sobre los hombros de su madre, pero Nelly se los sacudió bruscamente.

—No, no me pasa nada. Achaques de la edad, nada

por lo que preocuparse. Por cierto, ¿no deberías estar en la fábrica?

—Sí, sólo vine a recoger unos documentos. En fin, pues nada, dejaré solas a las señoras. No hagas esfuerzos, madre, piensa en lo que te dijo el médico...

Nelly resopló por toda respuesta. El semblante de Jan expresaba preocupación e interés auténticos, pero Erica habría podido jurar que vio una ligera sonrisa en la comisura de sus labios

cuando salía de la habitación y, por un instante, volvió el rostro hacia ellas.

—Procura no envejecer. Cada año que pasa, más grata se me hace la idea del precipicio. Lo único que me cabe esperar es que me vuelva tan senil que me sienta otra vez como a los veinte años. No me habría importado volver a vivirlos.

Nelly dibujó una sonrisa amarga.

No parecía un tema de conversación muy

agradable, de modo que Erica murmuró algo parecido a una respuesta y cambió de asunto.

—De todos modos, debe de ser un consuelo tener un hijo que se encargue de continuar la empresa familiar. Si no me equivoco, Jan y su esposa viven contigo.

—¿Un consuelo? Sí, puede que sí.

Nelly dirigió una fugaz mirada a las fotografías de la chimenea, pero no añadió

ningún otro comentario y Erica no se atrevió a seguir preguntando.

—Bueno, ya está bien de hablar de mí y de mis cosas. ¿Estás escribiendo algún libro en estos momentos? He de decir que me encantó el último, el que trataba sobre Karin Boye. Consigues que las personas que aparecen en la biografía resulten tan vivas... ¿Y cómo es que sólo escribes sobre mujeres?

—Pues empezó un poco por casualidad, creo. Mi



memoria de licenciatura trataba sobre las grandes escritoras suecas y quedé tan fascinada, que pensé que me gustaría saber más sobre quiénes eran, cómo eran en realidad. Empecé, como quizá sepas, con Anna Maria Lenngren, puesto que era a la que menos conocía y, después, todo vino un poco rodado. En estos momentos estoy escribiendo sobre Selma Lagerlöf y estoy encontrando buen número de interesantes puntos de vista.

—¿No te has planteado nunca escribir algo, cómo diría..., no biográfico? Tu forma de expresarte es tan rica y fluida que sería interesante leer alguna narración tuya.

—Claro que algo de eso he pensado —admitió Erica esforzándose por no parecer culpable—. Pero en estos momentos estoy totalmente entregada al proyecto de Lagerlöf. Cuando lo termine, ya veremos qué pasa.

Miró el reloj.

—Y, a propósito de escribir, debo disculparme. Aunque en mi profesión no hay que fichar, es necesario tener disciplina y ya es hora de que me vaya a casa para escribir el cupo diario. Muchas gracias por el té, y por las pastas.

—Si no es nada. Estoy encantada de que hayas venido.

Nelly se levantó del sofá con graciosa agilidad. Y ya no se le notaban los achaques.

—Te acompañaré hasta la puerta. En otra época lo habría hecho nuestra interna Vera, pero los tiempos cambian. Ya no se lleva tener interna y tampoco creo que haya quien pueda permitírselo. A mí me habría gustado conservarla, pues podemos pagarla, pero Jan se niega. Dice que no quiere tener extraños en casa. Pero que venga a limpiar una vez a la semana sí que lo admite. En fin, no siempre es fácil entenderos a los jóvenes.

Era evidente que habían alcanzado un grado superior en la relación, pues cuando Erica le tendió la mano para despedirse, Nelly ignoró el gesto y le besó la mejilla. Erica sabía ya, instintivamente, por qué lado tenía que empezar y se sintió más mujer de mundo. Comenzaba a estar como en casa en los elegantes salones de la gente fina.

Se apresuró para llegar

cuanto antes. No quiso contarle a Nelly la verdadera razón de que tuviese que irse. Miró el reloj. Eran las dos menos veinte. A las dos de la tarde llegaría un agente inmobiliario que tenía un cliente. La sola idea de que un desconocido recorriese su casa para inspeccionarla le ponía los pelos de punta, pero no cabía hacer otra cosa más que dejar que los acontecimientos siguiesen su curso.

Había dejado el coche en

casa y apremió el paso para llegar puntual. Aunque, por otro lado, el sujeto bien podía esperar un rato, se dijo al tiempo que aminoraba la marcha. ¿Por qué iba a tener que apurarse ella?

Se entregó, pues, a pensamientos más gratos. La cena en casa de Patrik la noche anterior había superado con creces sus expectativas. Para Erica, él siempre había sido como un hermano pequeño, encantador pero algo

irritante, aunque los dos tenían la misma edad. Y esperaba encontrarse al mismo joven quisquilloso de siempre. En cambio, vio en él a un hombre maduro, cálido y con sentido del humor. Mucho mejor que la media, se vio obligada a admitir. Y se preguntaba en qué plazo razonable podría ella invitarlo a cenar a su casa, para corresponder a su iniciativa, claro.

La última cuesta hacia el *camping* de Sälvik tenía un



aspecto engañosamente plano, pero era larga y dura de subir y Erica jadeaba sin resuello cuando giró a la derecha y recorrió la última pendiente, más corta, que desembocaba en la casa. Cuando llegó al final, se paró en seco. En efecto, ante la puerta, había aparcado un gran Mercedes; y ella sabía perfectamente a nombre de quién estaba registrado. Se había figurado que las actividades de aquel día no podían ser más agotadoras

de lo que ya sabía, pero se equivocó.

—¡Hola Erica!

Lucas estaba apoyado en la puerta, con los brazos cruzados.

—¿Qué haces tú aquí?

—¿Es ésa forma de recibir a tu cuñado?

Su sueco era, pese al ligero acento, perfecto desde el punto de vista gramatical.

Lucas abrió los brazos burlón, como para darle un abrazo. Erica ignoró la invitación y notó que eso

era, precisamente, lo que él se esperaba. Ella jamás había cometido el error de subestimar a Lucas. De ahí que siempre actuase con la mayor cautela posible en su presencia. En realidad le habría gustado adelantarse y estamparle una bofetada para borrar su estúpida sonrisa, pero tenía la certeza de que, si lo hacía, pondría en marcha algo cuyo desenlace no sabía si deseaba ver.

—Contesta a mi

pregunta, dime ¿qué haces aquí?

—Si no me equivoco..., eh..., veamos, soy dueño de exactamente una cuarta parte de esto.

Señaló la casa con la mano, pero como si estuviese señalando el mundo entero: tan seguro estaba de sí mismo.

—La mitad es mía y la otra mitad de Anna. Tú no tienes nada que ver con esta casa.

—Es posible que no

estés muy familiarizada con la regulación de las sociedades matrimoniales, quiero decir, puesto que no has sido capaz de encontrar a nadie lo suficientemente imbécil como para enrollarse contigo, pero, según esa regulación, tan hermosa y justa, los cónyuges lo comparten todo, ¿comprendes? Incluidas las partes proporcionales de las casas en la costa.

Erica sabía que así era y por un instante, lamentó que

sus padres hubiesen sido tan poco previsores y no hubiesen dejado la casa exclusivamente a las dos hijas. Ellos sabían, además, el tipo de persona que era Lucas, pero seguramente no habrían contado con que les quedase tan poco tiempo. A nadie le gusta que le recuerden que es mortal y, como tantas otras personas, habían postergado ese tipo de decisiones.

Optó por no caer en la trampa del humillante

comentario sobre su estado civil. Antes se retiraría a una montaña de hielo para el resto de su vida que cometer el error de casarse con alguien como Lucas.

El cuñado prosiguió:

—Quería estar aquí cuando llegase el agente inmobiliario. Nunca está de más saber lo que uno vale. Queremos que todo salga bien, ¿no es cierto?

Lucas volvió a sonreír con esa sonrisa suya infernal. Erica abrió la

puerta y lo apartó para entrar primero. El agente inmobiliario se retrasaba, pero ella tenía la esperanza de que no tardase mucho en llegar. No le gustaba la idea de quedarse sola con Lucas mucho rato.

Él entró detrás. Erica se quitó el chaquetón y se puso a trajinar en la cocina. El único modo en que lograba tratar a Lucas era ignorándolo. Lo oyó dar vueltas por la casa, inspeccionándola. No era



más que la tercera o la cuarta vez que venía. La belleza de la sencillez no era algo que Lucas supiese apreciar y tampoco había mostrado mayor interés en relacionarse con la familia de Anna. Su padre no soportaba al yerno y el sentimiento era mutuo. Cuando Anna venía a verlos con los niños, lo hacía sola.

No le gustaba el modo en que Lucas campeaba por las habitaciones tocándolo todo. Cómo pasaba la mano

por los muebles y los objetos de decoración. Erica tuvo que reprimir su deseo de seguirlo con una bayeta e ir limpiando lo que tocaba. De modo que se sintió aliviada cuando vio a un hombre de pelo cano girar hacia la casa en un Volvo y acudió enseguida a abrirle. Después, entró en su estudio y cerró la puerta: no quería ver a aquel hombre estudiando su casa de la infancia para calcular su peso en oro. O el precio por

metro cuadrado.

El ordenador ya estaba encendido y en la pantalla aparecía el texto, listo para seguir trabajando. Aquella mañana se había levantado temprano, para variar, y había conseguido avanzar bastante. De hecho, había dejado escritas cuatro páginas del libro sobre Alex, que ahora relejó. Seguía teniendo bastantes problemas con la forma del libro. Cuando, al principio, creía que Alex se había

suicidio, había pensado escribir un relato cuyo objetivo fuese responder a la pregunta de «¿por qué?», más bien de estilo documental. Ahora, en cambio, el material empezaba a adoptar cada vez más la forma de una novela policíaca, un género por el que jamás se había sentido atraída. A ella lo que le interesaba eran las personas, sus relaciones y su fondo psicológico y, en su opinión, todo aquello

quedaba, en la mayoría de las novelas de ese tipo, supeditado a sangrientos asesinatos y fríos cadáveres. Le disgustaban todos los clichés que se usaban en el género y sentía que aquello sobre lo que ella quería escribir era auténtico. Un intento de describir por qué una persona podía llegar a cometer el peor de todos los pecados: quitarle la vida a otra persona. Hasta el momento lo había anotado todo en orden cronológico,

reproduciendo exactamente lo que le habían dicho, mezclado con sus propias observaciones y conclusiones. Tendría que cercenar aquel material, reducirlo para llegar tan cerca de la verdad como fuese posible. Aún no había querido pararse a pensar en cómo reaccionarían los familiares de Alex.

Lamentó no haberle contado a Patrik todo lo relacionado con su visita a la casa en la que murió Alex.

Debería haberle hablado del misterioso visitante y del cuadro que había oculto en el armario. Y sobre la sensación de que, después, faltase algo en la habitación. Y ahora no podía llamar y confesar que había más que contar, pero, si se presentaba la ocasión, se prometió a sí misma que lo haría.

Oyó cómo Lucas y el agente inmobiliario recorrían la casa. Al hombre debió de parecerle extraña su actitud. Apenas si saludó

y, después, se encerró en su despacho. Él no era responsable de su situación, así que decidió comportarse y dar muestra de la buena educación que de hecho había recibido.

Cuando entró en la sala de estar, Lucas estaba deshaciéndose en elogios sobre el torrente de luz que entraba a raudales por las altísimas ventanas. Extraordinario, se decía Erica, ignoraba que los seres que reptan bajo las piedras



sean capaces de apreciar la luz del sol. Se imaginó a Lucas como un gran escarabajo de brillante caparazón y deseó poder erradicarlo de su vida de tan sólo un taconazo.

—Disculpe mi falta de cortesía. Tenía unos asuntos urgentes que atender...

Erica le sonrió y le tendió la mano al agente inmobiliario, que se presentó como Kjell Ekh y le aseguró que no se lo había tomado a mal. Que la venta de una

casa era algo muy personal y emotivo y que si ella supiera la de historias que él le podría contar... Erica volvió a sonreír y se permitió incluso un leve parpadeo lleno de picardía. Lucas la observaba con desconfianza, pero ella simplemente ignoró su presencia.

—Bueno, no quiero interrumpir, ¿por dónde iban?

—Su cuñado estaba mostrándome esta preciosa sala de estar. He de decir

que está decorada con mucho estilo. Y muy bien orientada, pues permite que entre la luz por las ventanas.

—Sí, desde luego, es muy hermoso. Lástima que haya tanta corriente.

—¿Corriente?

—Así es, por desgracia, el aislamiento de las ventanas no es muy bueno, así que con poco viento que sople, más vale ponerse unos buenos calcetines de lana. Claro que eso se arregla con sustituir todas las ventanas

por otras nuevas.

Lucas habría querido matarla con la mirada, pero Erica fingió no verlo, sino que tomó del brazo al agente Kjell que, de haber sido un perro, la habría seguido moviendo la cola lleno de satisfacción.

—Ya habrán visto la planta alta, supongo, así que podemos seguir por el sótano. Y no se preocupe por el olor a moho, pues no hay peligro, a menos que seas alérgico. Se puede decir

que yo he vivido ahí abajo toda mi vida y no me ha pasado nada nunca. Los médicos dicen que mi asma nada tiene que ver con el moho.

Dicho esto, estalló en un violento ataque de tos que la hizo doblarse. Por el rabillo del ojo, vio que el rostro de Lucas adoptaba un color rojo cada vez más vivo. Ya sabía ella que, si inspeccionaban la casa con detenimiento, se descubriría su engaño, pero se consolaba

viendo a Lucas irritado.

El agente inmobiliario Kjell pareció muy aliviado cuando por fin se vio fuera, respirando al aire libre, después de haber comprobado todas las ventajas del sótano, guiado con gran entusiasmo por Erica. Lucas estuvo callado y pasivo durante el resto de la visita y, con un atisbo de inquietud, Erica se preguntó si no habría llevado su broma infantil demasiado lejos. Su cuñado sabía,

además, que ninguna de las «pegas» que ella había «desvelado» se sostendría en una revisión a fondo del estado de la casa; lo único que había perseguido con ello era dejarlo a él en ridículo. Y eso era algo que Lucas Maxwell no toleraba. Presa de cierta angustia, vio partir el coche del agente inmobiliario que, saludando con la mano, les aseguró que se pondría en contacto con ellos para la inspección del tasador autorizado, que

revisaría la casa de arriba abajo.

Erica entró en el vestíbulo seguida de Lucas. Un segundo después, se encontró como estampada contra la pared, con el puño de él oprimiéndole el gaznate y su rostro a poco más de un centímetro del suyo. La ira que rezumaba la hizo comprender por primera vez por qué a Anna le resultaba tan difícil liberarse de su relación con Lucas. Erica tenía ante sí a



un hombre que no permitía que nadie ni nada se interpusiera en su camino y se quedó inmóvil, tan asustada que no podía ni moverse.

—Es la última vez que haces algo así, ¿entendido? A mí nadie me pone en ridículo impunemente, así que ten mucho cuidado.

Escupió aquellas palabras con tanta rabia que le salpicó el rostro de saliva. Erica tuvo que reprimir su deseo de limpiárselo

enseguida, pero permaneció inmóvil como una estatua rogando con todas sus fuerzas que se marchase, que desapareciese de su casa. Ante su asombro, Lucas hizo precisamente eso. Le soltó el cuello y se dio media vuelta en dirección a la puerta. Pero, justo cuando ella ya empezaba a lanzar un suspiro de alivio, él se volvió otra vez y, de un solo paso, se colocó de nuevo ante ella. Antes de que Erica pudiese reaccionar, él la

agarró del pelo y pegó su boca a la de ella. Le metió la lengua y le agarró un pecho con tal fuerza, que Erica sintió cómo se le clavaba en la piel el aro del sujetador. Con una sonrisa, volvió a encaminarse a la puerta y desapareció en el frío invernal de la calle. Erica no se atrevió a moverse hasta que no oyó el motor del coche alejándose. Se agachó con la espalda aún contra la pared y, asqueada, se frotó la mano contra la boca. No

sabía cómo explicarlo, pero el beso de Lucas le había resultado más amenazador que cuando la tenía agarrada por la garganta y, con sólo pensarlo, empezó a temblar. Se abrazó las piernas, apoyó la cabeza en las rodillas y empezó a llorar; pero no por ella misma, sino por Anna.

**E**n el mundo de Patrik, las mañanas de los lunes no iban asociadas a ninguna sensación agradable. De

hecho, no empezaba a ser persona hasta que no daban las once del día. De ahí que despertase como de un duermevela cuando alguien dejó caer de golpe un imponente montón de papeles sobre su escritorio. Aparte de lo brutal de semejante despertar, se lamentó al ver duplicada de un golpe la cantidad de papeles que ya se apilaban en su mesa. Annika Jansson sonrió provocadora, al tiempo que preguntaba con

expresión inocente:

—¿No decías que querías tener sobre tu mesa todo lo que se hubiese escrito sobre la familia Lorentz a lo largo de los años? De modo que una va y hace un trabajo brillante, recopila cada sílaba impresa sobre esa familia y, ¿qué recibe a cambio de tanto esfuerzo? Un largo suspiro. ¿Qué tal si me lo agradecieras eternamente?

Patrik respondió con una sonrisa.

—No sólo te mereces gratitud eterna, Annika. Si no fuera porque ya estás casada, yo me habría casado contigo y te habría cubierto de visones y diamantes. Pero puesto que te empeñas en romperme el corazón y seguir con ese granuja que tienes por marido, tendrás que darte por satisfecha con un simple «gracias». Y mi gratitud eterna, por supuesto.

Muy complacido, vio que en esta ocasión había estado a punto de conseguir

que se ruborizase.

—Bueno, ahora ya tienes trabajo para un rato. ¿Por qué quieres revisar todo eso? ¿Qué relación guarda con el asesinato de Fjällbacka?

—Si quieres que te diga la verdad, no tengo ni idea. Digamos que es intuición femenina.

Annika alzó las cejas en gesto inquisitivo, pero pensó que no lograría sacarle más información por el momento. Por mucha que fuese su curiosidad. Todo el



mundo conocía a la familia Lorentz en Tanumshede y sería una noticia sensacional si se los pudiese relacionar de algún modo con un asesinato.

Patrik siguió a Annika con la mirada hasta que ésta cerró la puerta. Una mujer extraordinariamente eficaz. El agente deseaba que la joven fuese capaz de aguantar bajo la jefatura de Mellberg. Para la comisaría sería una gran pérdida que ella se hartase y se marchase

un día. Se obligó a centrarse en el montón de papeles que Annika le había puesto delante y, tras una rápida ojeada, constató que le llevaría el resto del día leer todo aquel material, de modo que se retrepó en la silla, colocó los pies sobre la mesa y tomó el primer artículo.

Seis horas más tarde, ya cansado, empezó a masajearse el cuello y notó que le escocían los ojos. Había leído los artículos por

orden cronológico, de modo que había empezado por el más antiguo. Una lectura fascinante. No era poco lo que se había escrito sobre Fabian Lorentz a través de los años. La mayor parte de los artículos emitían juicios positivos y la vida parecía haberle mostrado a Fabian su lado más favorable durante mucho tiempo. Su empresa empezó a remontar con asombrosa rapidez, pues Fabian parecía un hombre de negocios de gran talento, por

no decir genial. Su matrimonio con Nelly aparecía en las notas de sociedad, con las correspondientes fotografías de la hermosa pareja en traje de novios. Venían después instantáneas de Nelly con su hijo Nils. Nelly debió de ser incansable en su trabajo en todo tipo de acontecimientos sociales y de beneficencia, y Nils aparecía siempre a su lado, por lo general con una expresión de temor y la mano bien aferrada a la de

su madre.

Incluso de adolescente, cuando debería haberse mostrado más reacio a aparecer junto a su madre en actos públicos, allí estaba, siempre a su lado, pero ya tomándola del brazo y con una expresión de orgullo que a Patrik le pareció fruto de la conciencia de la propiedad privada. Fabian aparecía cada vez menos y su nombre sólo se mencionaba cuando se daba a conocer algún negocio suyo de mayor

envergadura.

Uno de los artículos sobresalía un poco de entre los demás y llamó la atención de Patrik. El diario *Allers* dedicaba una página entera a la noticia del apadrinamiento de un niño por parte de Nelly, un niño rescatado de una «tragedia familiar», según afirmaba el periodista del *Allers*. El artículo incluía una fotografía de Nelly, maquillada y engalanada hasta los dientes en su

elegante salón, rodeando con su brazo los hombros de un niño de unos doce años de aspecto rebelde y contrariado. En el momento en que tomaron la instantánea, parecía que estaba a punto de zafarse del brazo huesudo de su madre. Nils, ya un joven que había pasado la veintena, estaba detrás de ella, pero tampoco sonreía. Con expresión grave y severa, enfundado en un traje oscuro y con el cabello peinado hacia atrás

parecía fundirse con el elegante entorno, mientras que la presencia del pequeño destacaba como la de un pájaro fuera de su nido.

El artículo estaba plagado de encomiosas palabras al sacrificio y la gran aportación social de Nelly Lorentz al hacerse cargo de aquel muchacho. Se dejaba entrever que el pobre había vivido una gran tragedia en su niñez, un trauma del que, según palabras textuales de Nelly,



intentaban ayudarlo a recuperarse. Tenía el firme convencimiento de que el entorno saludable y afectuoso que le brindaban lo convertiría en un ser humano productivo y sin carencias. Patrik se sorprendió al advertir que sentía lástima por el niño. ¡Qué ingenuidad!

Algún año después, las glamourosas fotografías de actos sociales y de los reportajes en casa de los Lorentz se sustituyeron por

negros titulares: «El heredero de la fortuna de los Lorentz, desaparecido». La prensa local pregonó durante semanas la noticia, que se consideró de tal relieve que incluso mereció unas páginas en el *Göteborgs Posten*. La espectacularidad de los titulares iba aderezada con un rico manojó de especulaciones más o menos bien elaboradas sobre lo que podía haberle ocurrido al joven Lorentz. Todas las alternativas posibles e

imposibles se sacaron a relucir, desde que se había hecho con toda la fortuna de su padre y que se encontraba en paradero desconocido viviendo una vida de lujo, hasta que se había quitado la vida porque había descubierto que, en realidad, no era hijo de Fabian Lorentz, que le había explicado que no pensaba permitir que un bastardo heredase su considerable fortuna. La mayor parte de estas interpretaciones no se

expresaban claramente, sino que se sugerían en términos más o menos encubiertos. Pero cualquiera con dos dedos de frente podía leer entre líneas las insinuaciones de los periodistas.

Patrik se rascó la cabeza. Por más que lo intentaba, no podía comprender cómo relacionar una desaparición de hacía veinticinco años con el reciente asesinato de una mujer, pero intuía claramente que había una conexión.

Se frotó los ojos, agotado, y siguió hojeando los papeles del montón, de los que ya empezaba a ver su fin. Después de transcurrido un tiempo sin más noticias del destino de Nils, el interés empezó a disiparse y las menciones a su desaparición a ser cada vez menos frecuentes. También la presencia de Nelly en las notas de sociedad decreció con los años y, ya en 1978, no apareció ni una sola vez en

la prensa. La muerte de Fabian, ese mismo año, produjo una gran necrológica en el *Bohusläningen*, con la habitual retórica sobre el pilar de la sociedad, etcétera, y aquélla fue la última vez que se lo mencionó.

El nombre del hijo adoptivo, en cambio, empezaba a aparecer con creciente frecuencia. Tras la desaparición de Nils, él era el único heredero del negocio familiar y, tan

pronto como cumplió la mayoría de edad, se convirtió en director general de la sociedad. La empresa había seguido floreciendo bajo su dirección y ahora eran él y su mujer, Lisa, los que aparecían constantemente en las notas de sociedad de la prensa.

Patrik se detuvo de pronto. Uno de los recortes había caído al suelo. Se inclinó para recogerlo y empezó a leer con sumo interés. Se trataba de un

artículo de hacía más de veinte años, que le proporcionó a Patrik bastante información sobre Jan y su vida anterior a su llegada al seno de la familia Lorentz. Inquietante información, pero interesante. La vida de Jan debió de sufrir un cambio radical al ser adoptado por los Lorentz. La cuestión era si él había cambiado de la misma forma radical.

Con gesto resuelto, volvió a juntar los papeles



dando un golpe con el canto inferior del montón contra la mesa. Pensaba en cómo debía conducirse ahora. Por el momento, no tenía otro argumento que aducir que su intuición (y la de Erica). Se retrepó en la silla, volvió a colocar los pies sobre la mesa y apoyó las manos cruzadas en la nuca. Con los ojos cerrados, se esforzó por estructurar sus pensamientos de algún modo, con el fin de poder sopesar y comparar las diversas alternativas.

Cerrar los ojos era, no obstante, un error: desde la cena del sábado, sólo veía a Erica.

Se obligó a abrirlos, pues, y a centrar su atención en el hormigón de color verde claro de la pared. La comisaría de policía había sido construida a principios de los setenta y, probablemente, la había diseñado algún arquitecto especializado en instituciones estatales, con su predilección por las

formas cuadradas, el hormigón y los diversos tonos verdosos. Él había intentado animar un poco su despacho poniendo un par de macetas en la ventana y un par de láminas enmarcadas en las paredes. Y, mientras estuvieron casados, tuvo una fotografía de Karin sobre la mesa; pese a que le habían quitado el polvo muchas veces desde entonces, aún creía ver en la superficie la huella del portarretratos. En un acto de

rebeldía, colocó encima el lapicero y, decidido, volvió a considerar las alternativas de actuación sobre el material que tenía ante sí.

En realidad, no existían más que dos modos de actuar. La primera opción era seguir investigando esa pista por cuenta propia, lo que significaba que tendría que hacerlo durante su tiempo libre, puesto que Mellberg se encargaba de que tuviera una sobrecarga de trabajo tal que se veía

obligado a correr como alma que lleva el diablo. En realidad, no le habría dado tiempo de leer los artículos en su jornada laboral, aunque lo hizo en un arranque de rebeldía, que tendría que pagar quedándose a trabajar la mayor parte de la tarde. Y la verdad es que no le atraía lo más mínimo tener que dedicar el escaso tiempo libre con que contaba en hacer el trabajo de Mellberg, de modo que valía la pena

probar la alternativa número dos.

Si iba a ver a Mellberg y le exponía el asunto sin rodeos, tal vez le diese permiso para seguir esa línea de investigación en su horario laboral. La vanidad era el punto más débil de Mellberg y, si se apelaba a ella adecuadamente, tal vez pudiese obtener su aprobación. Patrik era consciente de que el comisario veía en el caso de Alex Wijkner un billete de

vuelta seguro al grupo de Gotemburgo. Aunque, a juzgar por los rumores que corrían, sospechaba que todos los puentes de Mellberg en ese sentido estaban quemados, él podría aprovechar la circunstancia para sus propios fines. Si lograrse exagerar ligeramente la conexión con la familia Lorentz, tal vez dando a entender que había recibido un soplo de que Jan era el padre del niño, cabía la posibilidad de que Mellberg

aceptase esa línea de investigación. No podía decirse que fuese demasiado ético, quizá, pero él tenía la sensación indiscutible de que en aquel montón de artículos se ocultaba una conexión con la muerte de Alex.

De un solo movimiento, bajó los pies de la mesa y le dio un empujón tal a la silla que ésta siguió rodando hasta dar contra la pared que tenía detrás. Patrik tomó todas las copias y atravesó el



pasillo, que más parecía el de un bunker. Y aporreó la puerta de Mellberg antes de darse tiempo de cambiar de opinión. Enseguida creyó oír un sordo «adelante».

Como de costumbre, le sorprendió que un hombre que no hacía absolutamente nada, lograra acumular tan ingente cantidad de papeles. Mellberg tenía montañas de documentos en todas las superficies libres de su despacho. En la ventana, en todas las sillas y, ante todo,

encima de la mesa, se alzaban grandes pilas de papeles que no hacían más que acumular polvo. Las baldas de la estantería que tenía a su espalda estaban arqueadas bajo el peso de tanto archivador y Patrik se preguntó cuánto tiempo haría que aquellos papeles no veían la luz del día. Mellberg estaba hablando por teléfono, pero le indicó a Patrik que entrase. Éste se preguntaba perplejo qué estaría pasando: Mellberg

parecía radiante como una estrella navideña en Nochebuena y lucía en su semblante una amplia sonrisa como contrahecha. Suerte que las orejas se interponían en el camino, se dijo Patrik, de lo contrario, la sonrisa le habría dado la vuelta a la cabeza.

Mellberg respondía al teléfono casi con monosílabos.

—Sí.

—Claro.

—En absoluto.

—Por supuesto.

—Ha hecho lo correcto.

—No, no.

—Bien, señora, muchas gracias. Le prometo que la llamaré para informarla.

Colgó el auricular con un golpe triunfal que hizo saltar de la silla a Patrik.

—¡Así es como se hacen las cosas!

Sonreía como un jovial papá Noel. De repente, se dio cuenta de que era la primera vez que le veía los dientes al comisario. Eran de

una blancura extraordinaria, y prácticamente homogéneos; casi demasiado perfectos.

Mellberg lo miraba expectante y Patrik comprendió que deseaba que le preguntase por la llamada. Y así hizo, obediente, aunque no se esperaba la respuesta que recibió.

—¡Ya lo tengo! ¡Tengo al asesino de Alex Wijkner!

Estaba tan emocionado que, en su excitación, no se dio cuenta de que el arreglo

capilar se le había desmoronado sobre la oreja. Por una vez, Patrik no sintió ganas de echarse a reír ante el espectáculo. Obvió el hecho de que, al decir «lo tengo», el comisario declaraba no tener intención de compartir el éxito con sus colaboradores y, en cambio, se inclinó apoyando los codos sobre las rodillas y le preguntó en tono serio:

—¿Qué quieres decir?

¿Nos ha llegado algún descubrimiento decisivo

para el caso? ¿Con quién estabas hablando?

Mellberg alzó la mano para detener el tiroteo de preguntas, se retrepó en la silla y cruzó las manos sobre el estómago. Aquél era un placer cuyo disfrute pensaba alargar lo más posible.

—Pues verás, Patrik. Cuando uno lleva en esta profesión tanto tiempo como yo, sabe que los descubrimientos decisivos no son algo que llega, sino algo que uno obtiene por su

esfuerzo. Gracias a la combinación de mi larga experiencia y amplia competencia y de trabajar duro, ha llegado el momento decisivo para la resolución del caso, así es. Una tal Dagmar Petrén me llamó hace un instante para referirme ciertas observaciones interesantes que tuvo ocasión de hacer justo antes de que encontrasen el cuerpo. Incluso me atrevería a decir que se trata de



observaciones *significativas* que, a la larga, nos llevarán a poner entre rejas a un asesino socialmente peligroso.

La impaciencia carcomía a Patrik, pero sabía por experiencia que no cabía más que esperar a que Mellberg terminase el preámbulo. En su momento, llegaría al meollo de la cuestión. Lo único que pedía era que lo hiciese antes de su jubilación.

—Verás, recuerdo un

caso que tuvimos en  
Gotemburgo el otoño de  
1967...

Patrik suspiró  
mentalmente y se preparó  
para una larga espera.

**E**ncontró a Dan donde  
sabía que estaría, trajinando  
con el equipamiento del  
barco, trasladándolo de un  
lado a otro con la misma  
facilidad que si fuesen sacos  
de algodón. Grandes rollos  
de cabos, maromas y

andullos. Erica disfrutaba viéndolo trabajar. Con su jersey de lana, el gorro y los guantes y el aliento surgiendo en blancas vaharadas de su boca parecía un elemento más del paisaje marino que tenía detrás. El sol estaba alto en el cielo y se reflejaba en la nieve que alfombraba la cubierta. La calma era ensordecedora. Trabajaba con ahínco y eficacia y Erica vio que a Dan le gustaba todo lo que hacía. Aquél era su

elemento. El barco, el mar, las islas al fondo. Y sabía que él veía ya cómo el hielo empezaría a resquebrajarse y cómo la embarcación *Veronica* podría poner rumbo al horizonte a toda velocidad. El invierno no era más que una larga espera. Siempre, en todas las épocas, había sido difícil para los habitantes de la costa. En otro tiempo, si tenían un buen verano, podían salar la cantidad suficiente de arenque para

sobrevivir durante el invierno. De lo contrario, tenían que buscar otros recursos. Dan, como tantos otros pescadores de la costa, no podía sobrevivir sólo de ese trabajo, así que había estado estudiando por las noches y ahora trabajaba un par de días a la semana como profesor de sueco de secundaria en Tanumshede. Erica estaba segura de que era un buen profesor, pero su corazón estaba allí, no en el aula.

Permanecía totalmente concentrado en las tareas del barco y ella se había acercado sin hacer ruido, de modo que pudo observarlo sin problemas un buen rato, hasta que él se dio cuenta de que ella estaba en el embarcadero. Erica no pudo evitar compararlo con Patrik. En el físico eran totalmente distintos. El cabello de Dan era tan claro que, en el verano, se volvía casi blanco. El cabello oscuro de Patrik tenía el

mismo tono que sus ojos. Dan era musculoso y Patrik más bien larguirucho. En cambio, por su forma de ser, podrían haber sido hermanos. Ambos tenían el mismo carácter tranquilo, dulce, con un humor contenido que siempre surgía en los momentos oportunos. Curiosamente, nunca antes se le había ocurrido pensar lo mucho que se parecían en este sentido. En cierto modo, se alegró. Desde que terminó

con Dan, jamás había sido realmente feliz en ninguna relación; claro que siempre había buscado relaciones con hombres de un tipo muy distinto. «Inmaduros», solía decir Anna. «Lo que quieres hacer es educar niños, en lugar de dar con un hombre adulto, así que no es tan raro que tus relaciones no funcionen», observaba Marianne. Y tal vez fuese cierto. Pero los años pasaban y no podía por menos de admitir que empezaba a



sentir cierto pánico. La muerte de sus padres también había sido un modo brutal de hacerle ver qué era lo que le faltaba en la vida. Y desde el sábado anterior, todas sus reflexiones sobre el tema la habían llevado sin querer a pensar en Patrik Hedström. La voz de Dan interrumpió sus cavilaciones.

—¡Pero bueno! ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Bah, un rato. Pensé que podía resultar

interesante ver cómo es eso de trabajar.

—Ya, desde luego, trabajar: no eso con lo que tú te ganas la vida. Que te paguen por pasar el día sentada inventando cosas... ¡Es ridículo!

Ambos rieron de buena gana. Aquélla era una vieja broma con la que solían provocarse.

—Te he traído algo con lo que puedas calentarte y saciar tu hambre —le dijo Erica, al tiempo que le

mostraba la cesta que llevaba en la mano.

—¡Oh! ¿Y a qué viene semejante trato de lujo? ¿Qué es lo que quieres? ¿Mi cuerpo? ¿Mi alma?

—No, gracias, puedes quedártelos los dos. Aunque tu alusión a la segunda la llamaría yo más bien una vanidad por tu parte.

Dan tomó el cesto que ella le tendía y le ayudó con mano firme a saltar la falca. Estaba resbaladizo y Erica estuvo a punto de caer boca

arriba, pero Dan la salvó tomándola de la cintura. Ambos limpiaron de nieve la tapa de una de las grandes cajas para guardar pescado y, con los guantes bien colocados bajo sus respectivos traseros, empezaron a vaciar la cesta. Dan rio entusiasmado cuando sacó el termo de chocolate caliente y los bocadillos de mortadela envueltos en papel de aluminio.

—Eres una joya —dijo

con la boca llena.

Estuvieron sentados y en silencio un rato comiendo, emocionados por la calma. Era tal el sosiego que sentía allí sentada al sol de la mañana que Erica desechó los remordimientos que le inspiraba su falta de disciplina para el trabajo. Había trabajado bastante con su texto la semana anterior, por lo que creía haberse merecido un descanso.

—¿Has oído algo más sobre Alex Wijkner?

—No, la investigación no parece haber avanzado mucho por ahora.

—Ya, según he oído, tienes acceso a cierta *inside information* de la comisaría.

Los dos rieron con mirada cómplice. A Erica siempre la dejaba estupefacta la rapidez y eficacia de los servicios de información del pueblo. No tenía la menor idea de cómo se habría difundido tan rápido el rumor de su encuentro con Patrik.

—No sé de qué me hablas.

—Ya, me imagino. En fin, ¿hasta dónde habéis llegado? ¿Habéis probado o qué?

Erica le dio un codazo en el pecho, pero no pudo evitar una carcajada.

—No, no he «probado» nada. En realidad, ni siquiera sé si me interesa. O, más bien, me interesa, pero no sé si quiero que vaya a más. Siempre y cuando a *él* le interese. Lo que no tiene

por qué ser así.

—En otras palabras, eres una cobarde.

Erica odiaba que Dan tuviese razón la mayoría de las veces. En ciertas ocasiones, pensaba que la conocía demasiado bien.

—Sí, he de admitir que estoy un poco insegura.

—Bueno, sólo tú puedes decidir si te atreves o no. ¿Has pensado cómo te sentirías si resultara bien?

Sí, Erica lo había pensado. Muchas veces,



durante los últimos días. Pero la cuestión era, por el momento, hipotética. Después de todo, sólo habían cenado una vez.

—Bueno, de todos modos, yo creo que debes ir por ello al cien por cien. Mejor aprender del pasado y seguir adelante.

—A propósito de Alex, resulta que encontré algo muy curioso.

Erica cambió radicalmente el tema de la conversación.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

La voz de Dan sonaba expectante y como alerta a un tiempo.

—Pues verás, estuve en su casa hace un par de días y encontré un papel muy interesante.

—¿Qué dices que has hecho?

Erica no se molestó en contestar y desechó su explosión con un gesto indolente de la mano.

—Encontré una copia de un viejo artículo sobre la

desaparición de Nils Lorentz. ¿Tú entiendes por qué Alex habría escondido entre su ropa interior un artículo de hace veinticinco años?

—¿Entre su ropa interior? ¿Pero Erica, qué coño dices?

Ella alzó la mano para detener sus protestas y prosiguió tranquilamente.

—Mi intuición me dice que tiene algo que ver con que la asesinaran. No sé cómo, pero ahí hay un

auténtico gato encerrado. Además, alguien entró en la casa y anduvo rebuscando mientras yo estaba allí. Y es posible que lo que buscaba ese alguien fuera el artículo.

—¡Estás loca! —Dan la miraba atónito—. Y, además, ¿por qué coño tienes que mezclarte tú en todo eso? Buscar al asesino de Alex es trabajo de la policía.

Su voz había empezado a sonar chillona.

—Sí, ya lo sé. No tienes

que gritarme, que no estoy sorda. Soy consciente de que, en realidad, no tengo nada que ver con el asunto. Pero, en primer lugar, la familia ya me ha involucrado, en segundo lugar, Alex y yo fuimos muy amigas en su día, y en tercer lugar, me cuesta olvidarme de ello, puesto que fui yo quien encontró su cadáver.

Erica se abstuvo de hablarle del libro. En cierto modo, siempre sonaba más sucio y frío cuando lo decía

en voz alta. Además, tenía la impresión de que Dan había reaccionado de forma un tanto desmedida, aunque él siempre se había preocupado mucho por ella. Tenía que reconocer que, dadas las circunstancias, no era muy inteligente andar husmeando en la casa de Alex.

—Erica, prométeme que dejarás esto.

Le puso las manos sobre los hombros y la obligó a volverse hacia él. Su mirada era limpia, pero demasiado

dura para ser de Dan.

—No quiero que te ocurra nada y, si sigues metiéndote en esto, será como ponerte la soga al cuello. Déjalo.

Dan la agarraba con más fuerza sin dejar de mirarla fijamente. Erica abrió la boca para responder, estupefacta ante su reacción, pero antes de que lograra pronunciar una sola palabra, se oyó la voz de Pernilla desde el embarcadero.

—¡Vaya, aquí estáis! Y

pasándolo bien, según veo.

Había una frialdad en su voz que Erica jamás había oído con anterioridad. Tenía la mirada sombría y abría y cerraba las manos nerviosamente. Los dos se quedaron helados al oírla y las manos de Dan seguían sobre los hombros de Erica. Dan las retiró como un rayo, como si se hubiese quemado, y se levantó.

—Hola cariño. ¿Has salido antes del trabajo? Erica sólo venía a charlar un



rato y ha traído unos bocadillos.

Dan hablaba sin parar mientras Erica los miraba atónita. Le costaba reconocer a Pernilla, que le lanzó una mirada llena de odio. Tenía los puños fuertemente cerrados y, por un instante, Erica pensó que iba a pegarle. No comprendía nada. Hacía años y años desde que habían aclarado las cosas en lo que a Dan y ella se refería. Pernilla sabía que no

quedaba ya ningún sentimiento entre ellos. O, al menos, ella creía que lo sabía. Ya no estaba tan segura. La cuestión era, pues, qué habría provocado aquella reacción. Ella seguía mirándolos a los dos. Dan parecía el perdedor de la lucha sin palabras que daban la sensación de estar librando él y Pernilla. Erica no tenía nada que decir y decidió que lo mejor sería marcharse en silencio y dejar que ellos dos aclarasen

la situación.

De modo que recogió los platos y el termo en el cesto. Mientras se alejaba del embarcadero, oyó las voces de Dan y Pernilla cada vez más alteradas en el silencio.

*Sentía una soledad indecible. El mundo había quedado frío y desolado sin ella y no había nada que él pudiese hacer para mitigar la frialdad. El dolor era más llevadero cuando podía compartirlo con ella. Desde que había desaparecido, era como si soportase el sufrimiento de ambos él solo, lo que era más de lo que creía poder resistir.*

*Pasaba los días contando minuto a minuto, segundo a segundo. La realidad exterior no existía, él sólo era consciente de que ella había desaparecido para siempre.*

*Y la culpa podía dividirse en partes iguales y repartirse entre los culpables. No pensaba cargar solo con ella. No, en ningún momento se le había ocurrido cargar solo con ella.*

*Miró sus manos. ¡Cómo*

*las odiaba! Estaban impregnadas de belleza y de muerte, en una combinación imposible de conjugar pero con la que se veía obligado a vivir. Sólo cuando la acariciaban, habían sido buenas. Su piel contra la de ella había espantado todo mal obligándolo a huir por un instante. Al mismo tiempo, habían alimentado su maldad oculta. El amor y la muerte, el odio y la vida. Opuestos que los habían convertido en polillas*

*revoloteando cada vez más cerca de la llama. Y ella se quemó primero.*

*Él sentía el calor del fuego en la nuca. Ya estaba cerca.*



**E**staba cansada. Cansada de limpiar la mierda de otros. Cansada de su triste existencia. Cada día daba paso al siguiente, todos iguales. Cansada de cargar con una culpa que la abatía

día tras día. Cansada de despertar todas las mañanas y de irse a la cama todas las noches preguntándose cómo estaría Anders.

Vera puso a calentar en el fogón el café de puchero. El tictac del reloj de la cocina era el único sonido que se oía cuando se sentó ante la mesa de la cocina a esperar a que el café estuviese listo.

Hoy había estado limpiando en casa de los Lorentz. Era tan grande que



le llevaba todo el día. A veces, echaba de menos los viejos tiempos. Lo segura que se sentía al poder ir a trabajar siempre al mismo lugar. El estatus que representaba el hecho de ser la limpiadora de la mejor de las familias de Bohuslän. Pero eso sólo le ocurría a veces. Por lo general, se alegraba de no tener que ir allí todos los días. De no tener ya que inclinarse y hacer reverencias ante Nelly Lorentz. Aquella mujer a la

que odiaba hasta la insensatez. Pese a todo, había seguido trabajando para ella, año tras año, hasta que los nuevos tiempos le dieron alcance y dejó de llevarse lo de tener criada. Se había pasado más de treinta años bajando la mirada y murmurando «sí, gracias, señora Lorentz», «desde luego, señora Lorentz», «ahora mismo, señora Lorentz», mientras reprimía las ganas de agarrar con sus fuertes manos el

cuello frágil de Nelly y apretar hasta que dejase de respirar. A veces, las ganas eran tan irrefrenables que tenía que esconder las manos bajo el delantal, para que Nelly no viese cómo le temblaban.

La cafetera empezó a silbar, indicando así que el café estaba listo. Vera se levantó, con gran esfuerzo, y estiró la espalda antes de sacar una vieja taza desportillada en la que se sirvió el café. Aquella taza

era la última reliquia de la vajilla de boda que les habían regalado los padres de Arvid cuando se casaron. Era de fina porcelana danesa. Fondo blanco con flores azules que no habían perdido apenas el color con el paso de los años. Y la única pieza que quedaba era aquella taza. Cuando Arvid vivía, utilizaban la vajilla sólo en las ocasiones, pero después de su muerte, ella pensó que no tenía ningún sentido distinguir entre los

días de diario y los festivos. El desgaste natural había hecho que algunas piezas se rompiesen a lo largo de los años. En cuanto al resto, Anders se había encargado de quebrarlas en sus ataques de delirio, hacía ya diez años. Esa última taza era su pertenencia más querida.

Bebió disfrutando del café. Cuando ya sólo le quedaba un sorbo, lo vertió en el plato y se lo bebió con un terrón de azúcar entre los dientes a través del cual se

filtraba el café. Tenía las piernas doloridas y cansadas después de haber estado limpiando todo el día, y las dejó reposar sobre una silla que colocó ante sí, para descansarlas un poco.

Tenía una casa pequeña y sencilla. Llevaba viviendo en ella casi cuarenta años, y allí pensaba vivir hasta su muerte. En realidad, no era demasiado práctica. Estaba situada en la cima de una pronunciada pendiente, por lo que, a menudo, tenía que

detenerse a respirar varias veces cuando iba camino a casa. Por si fuera poco, tanto el exterior como el interior se habían ido deteriorando con el paso de los años. Estaba lo suficientemente bien situada como para que le diesen un buen pellizco si la vendía para mudarse a un apartamento, por ejemplo, pero jamás se le había ocurrido siquiera. Antes la vería pudrirse a su alrededor que abandonarla. Allí había vivido con Arvid los pocos y

felices años que estuvieron casados. En la cama del dormitorio había dormido por primera vez cuando salió de la casa de sus padres. La noche de bodas. En esa misma cama habían engendrado a Anders y, cuando el embarazo estaba tan avanzado que no podía dormir más que de lado, Arvid se acurrucaba muy pegado a su espalda para acariciarle el vientre. Allí le había susurrado al oído cómo sería su vida juntos. Y



le había hablado de cómo serían todos los niños que verían crecer a su alrededor. De las alegres risas que resonarían entre las paredes de aquella casa en los años venideros. Y cuando hubieran envejecido y los hijos ya hubiesen volado del nido, ellos se sentarían ante la chimenea cada uno en su mecedora y hablarían de la maravillosa vida que habían vivido juntos. Tenían entonces veintitantos años y eran incapaces de imaginar

lo que los podía aguardar más allá del horizonte.

Junto a aquella misma mesa de la cocina estaba ella sentada cuando le llevaron la noticia. El agente Pohl llamó a su puerta con la gorra en la mano y, nada más verlo, supo de qué se trataba. Ella se puso el dedo en los labios para indicarle que guardara silencio cuando empezó a hablar y, con un gesto, lo invitó a entrar en la cocina. Lo siguió despacio, meneando su gran vientre de

embarazada ya de nueve meses y preparó minuciosamente la cafetera. Mientras esperaban a que el café estuviese listo, ella se sentó a observar al hombre que tenía sentado a su mesa. Él, por su parte, no era capaz de sostenerle la mirada, sino que la dejó vagar por la habitación mientras que, visiblemente incómodo, se tiraba del cuello de la camisa. Ya con las dos tazas de humeante café sobre la mesa, le hizo un gesto al

agente para que continuase. Ella no había pronunciado una sola palabra hasta el momento. Escuchaba el sordo zumbido que resonaba en su cabeza y cuya intensidad iba en aumento. Vio moverse los labios del agente, pero ni una sola de sus palabras logró penetrar la cacofonía que inundaba su mente. No tenía que oírlo. Ya sabía que Arvid yacía en el fondo del mar, moviéndose al ritmo de las algas. Ningún discurso

cambiaría aquella realidad. Ningún discurso despejaría las nubes que ahora se arremolinaban en el cielo hasta que no se veía ya más que una masa gris.

Vera suspiraba sentada a la mesa de la cocina, muchos, muchos años más tarde. Otros que también habían perdido a sus seres queridos aseguraban que su imagen iba volviéndose más difusa con los años. A ella, en cambio, le había ocurrido lo contrario y a veces lo veía

ante sí con tal claridad que el dolor le aferraba el corazón con mano de hierro. El hecho de que Anders fuese la viva imagen de Arvid era a un tiempo un castigo y una bendición. Y ella sabía que, de haber vivido Arvid, la desgracia jamás les habría sobrevenido. De él manaba su fuerza y, junto a su esposo, ella habría sido tan fuerte como fuese necesario.

Vera saltó literalmente de la silla al oír el teléfono.

Tan enfrascada estaba en sus viejos recuerdos que, como siempre, le disgustaba que el sonido chillón del aparato viniese a perturbarla. Tuvo que ayudarse con las manos para bajar de la silla las piernas, que se le habían dormido y, cojeando, se apresuró hasta el teléfono que estaba en el vestíbulo.

—Soy yo, mamá.

Anders balbucía y, gracias a la experiencia de tantos años, ella supo exactamente en qué estadio

de la embriaguez se encontraba:

aproximadamente, en el estadio intermedio hacia la pérdida de conciencia. Vera suspiró.

—Hola Anders. ¿Cómo estás?

Él pasó por alto la pregunta. Ya habían tenido incontables conversaciones de aquel tipo.

Vera se miró en el espejo del vestíbulo, con el auricular contra la oreja. Era un espejo viejo y deslucido,



con manchas negras en el cristal y pensó que guardaba un gran parecido con ella misma. En efecto, tenía el cabello quebrado y gris, con algún que otro mechón aún perceptible del castaño oscuro original; repeinado hacia atrás en el peinado que ella misma solía cortarse con unas tijeras para las uñas ante el espejo del baño. No tenía sentido gastarse el dinero en la peluquería. Tenía el rostro surcado por años de preocupaciones

plasmadas en pliegues y arrugas. Sus ropas, como ella misma: prácticas, aunque sin color, en tonos generalmente grises o verdes. Los muchos años de duro trabajo y su falta de interés por alimentarse habían conseguido que no tuviese la redondez que muchas otras mujeres de su edad solían lucir. Ella era musculosa y huesuda. Como una bestia del campo.

De pronto, empezó a registrar lo que Anders le

decía al otro lado del hilo telefónico y, conmocionada, olvidó la imagen del espejo.

—Mamá, hay un montón de coches de la policía ahí fuera. Una jodida movilización. Seguro que vienen por mí. Tiene que ser eso. ¿Qué coño hago ahora?

Vera oyó cómo iba alzando la voz. Y cómo el pánico iba apoderándose de él con cada sílaba. Un frío mortal se extendió por el cuerpo de Vera. Volvió a mirar en el espejo y vio su

imagen, su mano aferrada al auricular, los nudillos blancos.

—No pasa nada, Anders. Tú espérame allí. Ya voy.

—Vale, pero date prisa, joder. No es como las otras veces, cuando viene la pasma, mamá, entonces viene sólo un coche. Y ahora hay tres y con las luces puestas y las sirenas... Joder...

—Anders, escúchame. Respira hondo y tranquilízate un poco. Voy a

colgar y llegaré a tu casa lo antes posible.

Oyó que había conseguido tranquilizarlo ligeramente, pero, en cuanto hubo colgado, se enfundó el abrigo y salió correteando por la puerta, sin detenerse a cerrar siquiera.

Atravesó a la carrera el aparcamiento que había tras la vieja parada de taxis y atajó por detrás de la entrada al almacén del comercio de Evas Livs. Se vio obligada a aminorar la marcha después

de recorrido un trecho y tardó cerca de diez minutos en llegar al barrio de bloques de alquiler donde vivía Anders.

Llegó justo a tiempo de ver cómo dos hombres bastante corpulentos se lo llevaban esposado. En su pecho empezó a originarse un grito que ella reprimió al ver a todos los vecinos asomados a las ventanas como buitres curiosos. No tenía la menor intención de ofrecerles ningún

espectáculo, salvo el que ya habían presenciado hasta ese momento. El orgullo era lo único que le quedaba. Vera detestaba las habladurías que, como un chicle pegajoso, tejían en torno a ella y a Anders. Circulaban de casa en casa y, ahora, se encrestarían con renovada fuerza. Bien sabía ella lo que decían: «pobre Vera, primero se le ahoga el marido y luego su hijo se da a la bebida. Con lo de buena ley que es ella...». Sí señor,

ella sabía perfectamente lo que decían. Pero también sabía que haría cuanto estuviese en su mano por limitar las consecuencias del daño ya hecho. Lo único que tenía que hacer ahora era no venirse abajo. Si lo hacía, todo se derrumbaría como un castillo de naipes. Vera se dirigió al policía más cercano, una mujer menuda y rubia que, a sus ojos, no terminaba de encajar en el estricto uniforme. Vera no se había acostumbrado aún al



orden de los nuevos tiempos en que, al parecer, las mujeres podían trabajar en cualquier cosa.

—Soy la madre de Anders Nilsson. ¿Qué es lo que pasa? ¿Adónde se lo llevan?

—Lo siento, pero no puedo darte información. Tendrás que acudir a la comisaría de policía de Tanumshede. Allí lo llevaremos arrestado.

Su corazón se hundía en el abismo según hablaba la

agente. En efecto, comprendió que no se trataba, en esta ocasión, de ninguna bronca entre borrachos. Los coches de la policía fueron marchándose uno tras otro. En el último de ellos pudo ver a Anders, sentado entre dos agentes. Su hijo se volvió cuando se alejaron y se quedó mirándola hasta que el vehículo se perdió de vista.

**P**atrik vio pasar el coche en

el que iba Anders Nilsson en dirección a Tanumshede. La movilización masiva de la policía había sido a su juicio algo exagerada, pero Mellberg quería que hubiera *show*, como así fue. Así, habían reclamado refuerzos de Uddevalla como apoyo en el momento de la detención. Según Patrik, aquello resultó exclusivamente en que, de los seis agentes presentes, cuatro, como mínimo, perdieron el tiempo.

En el aparcamiento había una mujer que seguía la partida de los coches con la mirada.

—Es la madre del autor del delito —aclaró Lena Waltin, ayudante de la policía de Uddevalla, que se había quedado con Patrik para proceder al registro del domicilio de Anders Nilsson.

—Tú deberías saberlo, Lena: no es autor del delito hasta que no se lo haya juzgado y condenado. Hasta

ese momento, es tan inocente como todos nosotros.

—Y una mierda. Puedo apostarme el salario de todo un año a que es culpable.

—Si estás tan segura, bien podrías apostar algo más en lugar de esa miseria.

—Ja, ja, muy gracioso. Bromear con un policía sobre su sueldo denota un humor macabro, mecachis.

Patrik no pudo menos que asentir.

—Cierto, por lo que al

salario respecta, no hay grandes esperanzas.

¿Subimos?

Vio que la madre de Anders seguía mirando hacia los coches, pese a que hacía ya un buen rato que los habían perdido de vista. Le daba muchísima pena la mujer y, por un instante, consideró la posibilidad de acercarse a ella y brindarle algunas palabras de consuelo. Pero Lena le dio un tirón del brazo y le señaló el portal con un movimiento

de cabeza. Patrik suspiró, se encogió de hombros y la acompañó al interior para ejecutar la orden de registro.

Tantearon la puerta de Anders Nilsson, que no estaba cerrada con llave, de modo que pudieron entrar sin problemas en el vestíbulo. Patrik miró a su alrededor y no pudo ahogar un suspiro, el segundo en tan poco tiempo. El apartamento se encontraba en un estado lamentable y se preguntó cómo conseguirían encontrar

algo de valor en aquel desastre. Avanzaron por el vestíbulo pisando botellas vacías e intentando ver desde allí la sala de estar y la cocina.

—¡Joder! —Lena movía la cabeza llena de repugnancia.

Se pusieron unos finos guantes de látex que sacaron del bolsillo. En virtud de un acuerdo tácito, Patrik comenzó por la sala de estar, mientras que Lena se encargaba de la cocina.



La sala de estar de Anders Nilsson le producía una sensación esquizofrénica. Sucia, llena de basura y con una ausencia casi total de muebles y de objetos personales, tenía el aspecto del clásico agujero del drogadicto. Algo que Patrik había visto bastantes veces a lo largo de su vida laboral. No obstante, jamás había estado en ninguna casa de drogadictos cuyas paredes estuviesen recubiertas de obras de arte.

Los cuadros estaban colgados tan cerca los unos de los otros que, literalmente, cubrían cada centímetro de pared, desde un metro del suelo hasta el techo. Aquella explosión de color hirió los ojos de Patrik, que tuvo que contener el impulso de cubrírselos con la mano para protegerlos. Eran cuadros de arte abstracto, pintados exclusivamente en colores cálidos. A Patrik le sentó aquella visión como una

patada en el estómago. Era una sensación tan física que le costó trabajo mantenerse derecho y tuvo que obligarse a apartar la vista de los cuadros, que parecían querer saltar de las paredes para estrellarse contra él.

Con sumo cuidado, empezó a mirar entre las cosas de Anders. No había mucho. Por un instante, sintió una enorme gratitud por la vida tan privilegiada que él llevaba, en comparación con aquélla.

Sus propios problemas se le antojaron de pronto insignificantes. Lo fascinaba que la voluntad de supervivencia del ser humano fuese tan fuerte, pese a que no había allí rastro de la menor calidad de vida; aun así, uno siempre elegía seguir adelante, día tras día, año tras año. ¿Tendría Anders Nilsson algún motivo de alegría en su vida? ¿Experimentaría alguna vez los sentimientos que hacían que mereciese la

pena vivir la vida: alegría, esperanza, felicidad, gozo, o serían sus días simples tramos de transporte hasta la próxima parada en el alcohol?

Patrik miró a conciencia todo lo que había en la sala de estar. Tanteó el colchón para comprobar si había algo dentro, sacó los cajones del único mueble que había y miró debajo de cada uno, descolgó los cuadros, uno tras otro, para echar un vistazo por detrás. Nada.

Absolutamente nada que despertase su interés. Fue a la cocina para ver si Lena había tenido más suerte.

—¡Menuda pocilga! ¿Cómo coño puede nadie vivir así?

Con una expresión de asco, la colega revisaba el contenido de una bolsa de basura que había vaciado sobre un periódico.

—¿Has encontrado algo interesante? —quiso saber Patrik.

—Sí y no. Unas facturas

que había en la basura. El detalle de llamadas de la factura del teléfono puede ser interesante. Por lo demás, sólo parece haber mierda. —Se quitó los guantes de látex, que emitieron un chasquido—. ¿A ti qué te parece? ¿Nos damos por satisfechos por ahora?

Patrik miró el reloj. Llevaban dos horas allí dentro y ya había oscurecido.

—Pues sí, no parece que

vayamos a llegar mucho más lejos hoy. ¿Cómo te vas a casa? ¿Necesitas que te lleve?

—No, me traje el coche, así que no hace falta. Pero gracias.

Sintieron un gran alivio cuando abandonaron el apartamento y cerraron la puerta con llave, para no dejarla abierta, como la encontraron.

Cuando salieron al aparcamiento, las farolas estaban encendidas.



Mientras estaban dentro, había empezado a nevar levemente, por lo que ambos tuvieron que limpiar la nieve de la luna delantera. Cuando Patrik se dirigía a la estación de servicio OKQ8, sintió de repente que la sensación que lo había estado perturbando todo el día emergía a su conciencia. En la tranquilidad que reinaba mientras conducía, se vio obligado a admitir que había algo anómalo en la detención de Anders

Nilsson. No confiaba en que Mellberg hubiese formulado las preguntas adecuadas durante su conversación con los testigos, que había conducido a que detuviesen a Anders para interrogarlo. Quizá fuese conveniente que él mismo revisase el asunto. En medio del cruce, junto a la estación de servicio, tomó una decisión. Giró completamente el volante para cambiar de dirección y, en lugar de doblar hacia Tanumshede siguió recto

rumbo al centro de Fjällbacka, con la esperanza de que Dagmar Petrén estuviese en casa.

Pensaba en las manos de Patrik. Las manos y las muñecas era lo primero en lo que se fijaba en un hombre. En su opinión, las manos podían ser increíblemente *sexys*. No debían ser pequeñas, pero tampoco de esas manazas grandes como la tapa del retrete. De un

tamaño medio y nervudas, sin vello, ágiles y flexibles. Las manos de Patrik eran así, exactamente.

Erica se obligó a dejar de soñar despierta. Era, como mínimo, totalmente infructuoso pensar en algo que, por el momento, no era más que un leve temblor localizado en el estómago. Por otro lado, tampoco estaba segura de cuánto tiempo se quedaría en la región. Si la casa se vendía, nada la retendría allí,

mientras que su apartamento de Estocolmo estaría esperándola, al igual que la vida que tenía en la capital con sus amigos. El tiempo que estaba pasando en Fjällbacka no sería más que un breve paréntesis en su vida y, en ese sentido, sería claramente estúpido construir románticos castillos en el aire con un viejo amigo de la infancia.

Contempló el ocaso, que empezaba a extenderse por el horizonte, pese a que no

eran más de las tres, y lanzó un profundo suspiro. Se había acurrucado en un amplio jersey de lana que su padre solía ponerse cuando salía al mar y el tiempo estaba frío, y se calentó las manos metiéndolas en las largas mangas que luego enrolló en los extremos. En aquellos momentos, sentía cierta compasión de sí misma. No tenía gran cosa de la que alegrarse estos días. La muerte de Alex, las discusiones por la casa,

Lucas, el libro que no avanzaba; todo contribuía al gran peso que sentía en su pecho. Además, era consciente de que aún le quedaban muchas cosas a las que enfrentarse después de la muerte de sus padres, tanto en el plano práctico como en el sentimental. Últimamente no había tenido fuerzas para seguir haciendo limpieza, de modo que la casa estaba llena de cajas de cartón y de bolsas de basura a medio llenar. Y también en

su interior quedaban espacios medio vacíos, con cabos sueltos y madejas de sentimientos sin devanar.

Además, se había pasado la tarde reflexionando sobre la escena protagonizada por Dan y Pernilla. Simplemente, no lograba entenderlo. Tantos años hacía que no había ningún tipo de roce entre ella y Pernilla y que todo estaba aclarado entre ellas. O, al menos, eso creía Erica. Pero entonces ¿por qué habría



reaccionado Pernilla de aquel modo? Estaba pensando en llamar a Dan, pero no se atrevía, por si era Pernilla quien respondía al teléfono. No se veía capaz de enfrentarse a más conflictos por el momento, así que decidió no seguir pensando en ello, dejarlo por ahora y confiar en que Pernilla se hubiese levantado con el pie equivocado aquella mañana y que todo estuviese resuelto la próxima vez que se vieran. Pese a

todo, el asunto seguía atormentándola. No había sido un ataque transitorio por parte de Pernilla, sino algo más profundo. Pero, por más que lo intentaba, le resultaba imposible comprender de qué se trataba.

El retraso con el libro la estresaba muchísimo, de modo que resolvió descargar un poco su conciencia sentándose a escribir un rato. Se sentó, pues, ante el ordenador del despacho y

comprendió enseguida que, para poder trabajar, tendría que sacar las manos del calor del jersey. Al principio, iba muy despacio, pero al cabo de un rato, notó que no sólo entraba en calor, sino que iba lanzada. Envidiaba a los escritores que sabían mantener una estricta disciplina en su trabajo. Ella, en cambio, tenía que obligarse a sentarse a escribir cada vez que lo hacía. Y no por pereza, sino por un terror,

profundamente arraigado, ante la idea de haber perdido la capacidad creadora desde la vez anterior. El miedo a verse con los dedos sobre el teclado y los ojos clavados en la pantalla y que no sucediese lo más mínimo. Sólo existiría vacío y ausencia de palabras y ella sabría que jamás volvería a poder plasmar una sola frase en el papel. Cada vez que esto no sucedía, sentía un alivio indecible. En esta ocasión, sus dedos volaban

sobre el teclado y, en tan sólo una hora, llevaba ya más de dos páginas. Después de haber escrito tres páginas más, consideró que se merecía un premio y que bien podía permitirse dedicarle un tiempo al libro de Alex.

La celda le resultaba familiar. No era la primera vez que estaba allí. Noches de borrachera con vomitonas en el suelo de la celda eran

el pan de cada día en los peores períodos. Pero esta vez era diferente. Esta vez iba en serio.

Se tumbó de lado en la dura camilla, se acurrucó en posición fetal y apoyó la cabeza en las manos, para evitar la sensación del plástico pegado a la cara. Violentos temblores le sacudían el cuerpo de vez en cuando, como consecuencia de una combinación del frío que hacía en la celda y de la falta de alcohol.

Sólo le habían dicho que era sospechoso del asesinato de Alex. Después, lo metieron a empellones en la celda y le dijeron que esperase allí hasta que fuesen a buscarlo. Pero ¿qué pensaban que podría hacer en aquella sórdida celda, sino esperar? ¿Dar clases de dibujo? Anders sonrió con amargura para sus adentros.

Las ideas iban y venían con dificultad por su cabeza; no había nada en lo que fijar la vista. Las paredes eran de

color verde claro y estaban  
construidas de hormigón, ya  
desgastado, con grandes  
manchas grisáceas allí donde  
la pintura se había  
descascarillado. Las pintó  
mentalmente en vivos  
colores. Una pincelada de  
rojo por aquí, otra de  
amarillo por allá. Decididos  
trazos que no tardaron en  
engullir el triste y  
desgastado color verdoso.  
Para su mirada interior, la  
habitación no tardó en  
convertirse en una crujiente



cacofonía cromática y, entonces, pudo empezar a centrarse en las ideas.

Alex estaba muerta. No era aquélla una idea de la que pudiese evadirse con un acto de voluntad, sino un hecho insoslayable. Estaba muerta y, con ella, el futuro de Anders.

Pronto vendrían a buscarlo. Tironeando y empujándole con mano dura, burlándose de él, destrozándolo, hasta que tuviesen la verdad desnuda

ante sí. No podía detenerlos. Ni siquiera sabía si quería hacerlo. Había tantas cosas de las que ya no estaba seguro. No porque hubiese estado seguro de muchas cosas con anterioridad. Pocas cosas tenían la fuerza suficiente como para atravesar las conciliadoras neblinas del alcohol. Sólo Alex. Sólo la certeza de que ella, en alguna parte, respiraba el mismo aire que él, pensaba los mismos pensamientos, sentía el

mismo dolor. Era el único sentimiento con la fuerza suficiente como para pasar inadvertido infiltrándose, reptando, sobrevolando, rodeando las nieblas traidoras que hacían todo lo posible por mantener todos los recuerdos en una misericordiosa oscuridad.

Empezaban a dormírsele las piernas, tumbado como estaba en la camilla, pero decidió obviar las señales que el cuerpo le enviaba y, tozudo, se negó a cambiar de

posición. Si se movía, podía perder el control sobre los colores que cubrían las paredes y verse nuevamente mirando aquella fea sordidez.

En contados momentos de claridad, veía todo aquello con cierto humor o, al menos, cierta ironía. El hecho de que él hubiese nacido con una insaciable necesidad de belleza, al tiempo que estaba condenado a una vida de repugnancia y fealdad. Tal

vez su destino estuviese ya escrito en las estrellas desde que nació; o tal vez fuese a reescribirse aquel funesto día.

Si tan sólo no hubiera existido ese «si»... Habían sido muchas las ocasiones en que había dirigido su pensamiento en torno a aquel «si». Había jugado con la idea de cómo habría sido su vida, «si...». Quién sabe si no habría tenido una buena vida de hombre honrado, con una familia, un

hogar y el arte como fuente de felicidad, en lugar de un manantial de desesperación. Niños jugando en el jardín, ante su estudio, mientras de la cocina le llegaban succulentos aromas. Un idilio a lo Carl Larsson elevado al cuadrado, con irisaciones en rosa en los bordes de la fantasía. Y Alex siempre estaba en medio del cuadro. Siempre en el centro, con él como un satélite en constante movimiento a su alrededor.

Aquellas ensoñaciones le reconfortaban el alma, pero, de repente, la cálida imagen quedaba sustituida por otra más fría, de tonos azulados y gélidos. Conocía bien esta otra imagen. Durante muchas noches, había podido estudiarla con detenimiento, por lo que ahora conocía hasta el más mínimo detalle. La sangre era lo que más lo asustaba. Aquella sustancia roja, en vivo contraste con el azul. La muerte también estaba

allí, como siempre. Alerta en los alrededores y frotándose las manos con fruición. La muerte que esperaba que él diese su pincelada, hiciese algo, cualquier cosa. Lo único que él podía hacer era fingir que no la veía, ignorar su presencia, hasta que desapareciera. Y entonces, quizá la imagen recuperase su resplandor rosado. Quizá Alex pudiese volver a sonreírle con aquella sonrisa suya que le destrozaba las entrañas. Pero la muerte era



un compañero de demasiados años, como para permitir que lo ignorasen. Hacía ya mucho tiempo que se conocían, aunque su relación no se volvía más agradable con los años. Incluso en los más dulces momentos que él y Alex habían compartido, se había colado la muerte entre ellos, persistente, tenaz.

El silencio de la celda lo tranquilizaba. Oía en la distancia el ruido de la gente en movimiento, pero lo

suficientemente lejos como para poder quedar adscritos a otro mundo. Se vio arrancado de sus fantasías al oír cada vez más próximo uno de los ruidos. Eran pasos que avanzaban por el pasillo, directos a su objetivo: la puerta de su celda. Forcejeo con la cerradura antes de que se abriese la puerta y el pequeño y obeso comisario se asomase al interior. Anders bajó las piernas de la camilla, agotado, y puso los

pies en el suelo. Hora del interrogatorio. Cuanto antes acabasen, tanto mejor.

Los moratones habían empezado a palidecer lo suficiente como para poder ocultarlos bajo una buena capa de polvos compactos. Anna observó su rostro en el espejo. Era un rostro estropeado, ajado. Sin el maquillaje, distinguía perfectamente las líneas azuladas bajo la piel. Uno de

los ojos estaba aún algo enrojecido. Su rubio cabello había perdido el brillo, parecía sin vida y necesitaba un corte. No había caído en pedir hora en la peluquería, nunca se sentía con la suficiente energía. Invertía todas sus fuerzas en atender las necesidades diarias de los niños y procurar mantenerse en pie ella misma. ¿Cómo había llegado a aquella situación?

Se peinó hacia atrás, con el cabello recogido en una

cola de caballo bien tirante, antes de vestirse con esfuerzo, intentando no moverse demasiado para evitar el dolor en las costillas. Él solía poner mucho cuidado en golpearla sólo en aquellos lugares del cuerpo donde las señales quedasen ocultas por la ropa; pero eso era antes. Los últimos seis meses había dejado de ser tan cauto y la había agredido en la cara varias veces.

Pese a todo, lo peor no

eran los golpes. Era tener que vivir siempre a la sombra de los azotes, vivir a la espera de la próxima vez, el próximo puñetazo. Su crueldad era terrible, pues él era bien consciente de su miedo y jugaba con él. Alzaba la mano para asestarle un golpe, pero luego la dejaba caer despacio convirtiendo el gesto en una caricia acompañada de una sonrisa. A veces le pegaba sin motivo aparente. Así, sin

más. Aunque por lo general, no necesitaba ningún motivo, sino que, en medio de una discusión sobre lo que iban a comprar para la cena o sobre qué programa de televisión iban a ver, el puño de Lucas salía disparado contra su estómago, su cabeza, su espalda, o cualquier otro lugar que se le antojase. Después, sin perder el hilo ni por un instante, seguía con la conversación como si nada hubiese sucedido,

mientras ella yacía en el suelo hipando para recuperar la respiración. Era el poder lo que le causaba tanta satisfacción.

La ropa de Lucas estaba esparcida por todos los rincones del dormitorio, así que ella empezó a recogerla despacio, una prenda tras otra, antes de colgarlas en perchas o dejarlas en el cesto de la ropa sucia. Una vez que el dormitorio estuvo de nuevo en perfecto orden, fue a ver qué hacían los niños.



Adrian dormía tranquilo, descansando boca arriba con el chupe en la boca. Emma estaba jugando en silencio, sentada en la cama, y Anna se quedó un instante en el umbral, observándola. Se parecía tanto a Lucas. El mismo rostro decidido y duro y los mismos ojos de un azul helado. La misma tozudez.

Emma era una de las razones por las que no podía dejar de amar a Lucas. Dejar de amarlo a él la haría

sentirse como si rechazase una parte de Emma. Lucas era una parte de su hija y, por tanto, una parte de ella misma. Además, era un buen padre para sus hijos. Adrian era demasiado pequeño para comprender nada aún, pero Emma adoraba a su padre y Anna no podía robárselo. ¿Cómo podría llevarse a los niños lejos de la mitad de su seguridad en la vida, destruir todo aquello que era familiar e importante para ellos? A cambio procuraba tener la

fuerza suficiente por ellos también, para que lograsen salir de aquello. Aunque, al principio no era así. Todo podría volver a ser como antes. Sólo tenía que ser fuerte. Él le había dicho que, en realidad, no quería pegarle, que era por su bien, para que no hiciese lo que, de lo contrario, haría. Si pudiera esforzarse un poco más, ser mejor esposa. Ella no lo comprendía, le decía él. Si lograrse dar con aquello que lo hacía feliz, si fuese

capaz de hacer las cosas bien, para que él no tuviese que sentirse tan decepcionado a todas horas.

Erica no comprendía nada. Erica, con su independencia y su soledad. Su valor y sus tremendos y agobiantes desvelos por ella. Anna percibía el desprecio en la voz de Erica, lo que la indignaba hasta la locura. ¿Qué sabía ella de la responsabilidad de sacar adelante un matrimonio y una familia? Llevar sobre

los hombros una responsabilidad tan inmensa que apenas si le permitía mantenerse en pie. La única persona por la que Erica tenía que preocuparse era ella misma. Su hermana siempre había sido tan sabihonda. Su exagerada preocupación maternal por ella había amenazado con sofocarla en más de una ocasión. Por todas partes la perseguían los ojos inquietos y vigilantes de Erica, cuando ella sólo deseaba que la

dejase en paz. ¿Qué más daba que su madre no se hubiese ocupado de ellas? Al menos, habían tenido a su padre. Uno de dos, no era tan mala proporción. La diferencia entre ellas dos era que Anna lo aceptaba, en tanto que Erica se empecinaba en buscar una explicación. Casi siempre, Erica intentaba encontrar la explicación en sí misma. De ahí que siempre se esforzase tanto. Anna, por su parte, había elegido no esforzarse

en absoluto. Era más fácil no andar cavilando tanto, seguir la corriente y pasar cada día como se presentase. Por eso abrigaba tanto resentimiento contra Erica. Ella se preocupaba, se implicaba, se deshacía en mimos con ella, y eso hacía mucho más difícil cerrar los ojos a la realidad y a su entorno. Salir de casa de sus padres fue una liberación y después, al conocer a Lucas poco más tarde, creyó que había encontrado al único ser

capaz de amarla tal y como era y, ante todo, respetar sus necesidades de libertad.

Sonrió con amargura, mientras retiraba los platos del desayuno de Lucas. A aquellas alturas, apenas si sabía cómo se escribía la palabra libertad. Su vida se reducía a las habitaciones de aquel apartamento. Los niños eran lo único que la animaban a seguir respirando; los niños y la esperanza de que, si encontraba la fórmula



adecuada, las palabras mágicas, todo volvería a ser como antes.

Con movimientos morosos, fue poniendo la tapadera al tarro de la mantequilla, puso el queso en una bolsa de plástico, metió los platos en el lavavajillas y limpió la mesa. Cuando todo estaba reluciente, se sentó en una silla de la cocina y miró a su alrededor. Lo único que se oía era el parloteo infantil de Emma que le llegaba desde

el dormitorio y, por unos minutos, Anna se permitió el lujo de disfrutar de algo de paz y tranquilidad. La cocina era grande y amplia, en una elegante combinación de madera y acero. No habían escatimado lo más mínimo a la hora de decorar la casa, así que las marcas dominantes eran Philip Starck y Poggenpohl. A Anna le habría gustado una cocina más acogedora, con más muebles, pero cuando se mudaron al precioso piso

de cinco habitaciones de Östermalm, tuvo mucho cuidado en no dar su opinión.

Las preocupaciones de Erica con respecto a la casa de Fjällbacka era algo que no tenía fuerzas para afrontar. Anna no podía permitirse el lujo de ser sentimental y el dinero de la casa podría suponer un volver a empezar para Lucas y ella. Sabía que no estaba contento con su trabajo en Suecia y que quería regresar

a Londres, donde consideraba que se encontraban el pulso adecuado y las posibilidades de hacer carrera. Estocolmo era para él un remanso, un retroceso en su carrera. Y, aunque ganaba bastante dinero, incluso mucho en su actual puesto, con el que obtuvieran de la casa de Fjällbacka y el que ya tenían ahorrado, podrían adquirir una magnífica vivienda en Londres. Aquello era importante para Lucas y, por

tanto, también lo era para ella. Erica se las arreglaría de todos modos. Ella sólo tenía que pensar en sí misma, ella tenía trabajo y un apartamento en Estocolmo y la casa de Fjällbacka sólo sería para ella un lugar de recreo veraniego. El dinero también le vendría bien, los escritores no ganaban mucho y Anna sabía que Erica pasaba temporadas realmente apretadas. En su momento, comprendería que

aquello era lo mejor. Para las dos.

Adrian dejó oír su voz chillona en el dormitorio, con lo que el tiempo de descanso tocó a su fin. De todos modos, no tenía sentido pasar el rato lamentándose. Los moratones desaparecerían, como siempre, y mañana sería un nuevo día.

**P**atrik se sentía inexplicablemente ágil y

subió los peldaños de la escalera de Dagmar Petrén de dos en dos. Aunque, ya en el último piso, se vio obligado a detenerse para respirar un instante, con ambas manos apoyadas en las rodillas. Estaba claro que ya no tenía veinte años. Y desde luego, tampoco los tenía la mujer que le abrió la puerta. No había visto nada tan pequeño y arrugado desde la última vez que abrió una bolsa de ciruelas pasas. Encorvada, con la

espalda vencida, la anciana apenas si le llegaba más arriba de la cintura y Patrik temió que se quebrase en pedazos al menor soplo de aire. Sin embargo, los ojos que se alzaban para mirarlo eran claros y despiertos, como los de una jovencita.

—No te quedes ahí resoplando, muchacho. Entra y tómate un café.

Lo sorprendió la potencia de su voz y se sintió de pronto como un escolar, de modo que,



obediente, la siguió hacia el interior. Contuvo un fuerte impulso de hacerle una reverencia y avanzó luchando por mantener el paso de caracol necesario para no adelantar a la señora Petrén. Ya al otro lado de la puerta, se paró en seco. En toda su vida había visto tantos enanitos vestidos de Papá Noel. Por todas partes, sobre todas las superficies disponibles, había varias figuras. Enanos grandes, enanos pequeños, enanos

jóvenes, enanos viejos,  
enanos que guiñaban y  
enanos tristonos. Sintió  
como si el cerebro se  
acelerase al máximo para  
procesar todas las  
impresiones sensoriales que  
lo impactaban. Se  
sorprendió a sí mismo con la  
boca abierta e hizo acopio de  
toda su voluntad para volver  
a cerrarla.

—¿Qué le parece, señor?

¿No es hermoso?

Patrik no sabía qué  
responder y tardó un rato en

poder balbucir una  
respuesta:

—Sin duda. Precioso.

Miró angustiado a la señora Petrén para ver si ella se había percatado de que el tono de su voz no se correspondía exactamente con sus palabras. Ante su asombro, ella dejó escapar una risa traviesa que subrayaba el brillo de sus ojos.

—No se preocupe. Ya entiendo que no es exactamente de su gusto,

pero la vejez conlleva sus obligaciones, ¿comprende?

—¿Obligaciones?

—Claro, la gente espera cierta excentricidad para que sigas siendo interesante. De lo contrario, no eres más que una pobre vieja y eso no lo quiere nadie, ¿comprende?

—Pero ¿por qué enanos, precisamente?

Patrik seguía sin comprender mientras la señora Petrén le hablaba como si fuese un niño.

—Pues sí, lo mejor de

los enanos vestidos de Papá Noel, ve usted, es que una sólo tiene que sacarlos una vez al año. El resto del año esto está tan despejado como no puede ni imaginar. Además, tiene la ventaja de que, en Navidad, vienen montones de niños a mi casa. Y, para una anciana que no recibe muchas visitas que digamos, es un gozo para el alma que los pequeños vengan deseosos de ver los enanos.

—Pero ¿durante cuánto

tiempo los tiene usted expuestos? Después de todo, ahora estamos a mediados de marzo.

—Bueno, empiezo a sacarlos en octubre y luego empiezo a quitarlos hacia el mes de abril. Pero comprenderá usted que me lleva una semana o incluso dos tanto lo uno como lo otro.

A Patrik no le costaba lo más mínimo comprender que le llevase tanto tiempo. Intentó hacer un cálculo

aproximado en su cabeza, pero el cerebro no se había recuperado aún de la conmoción del espectáculo y tuvo que dirigirle la pregunta a la señora Petrén.

—¿Y cuántos enanitos tiene usted, señora Petrén?

La anciana no dudó en responder, rápida y pronta:

—Mil cuatrocientos cuarenta y tres. No, perdón, mil cuatrocientos cuarenta y dos. Tuve la mala suerte de romper uno ayer. Y, por cierto, uno de los más

bonitos —aseguró apenada la señora Petrén.

Pero no tardó en recobrar el ánimo haciendo que el sol reluciese de nuevo en su mirada. Con una fuerza sorprendente, agarró la manga de la chaqueta de Patrik y prácticamente lo arrastró a la cocina donde, en contraste con la sala de estar, no había un solo enanito. Patrik se alisó discretamente la chaqueta con la sensación de que la mujer lo habría agarrado de



la oreja, si hubiese alcanzado.

—Nos sentaremos aquí. Una termina por cansarse de verse siempre rodeada de cientos de enanos. Aquí, en la cocina, están proscritos.

Patrik se sentó en el duro banco de madera, después de que la mujer hubiese rechazado firmemente todos sus ofrecimientos de ayuda con el café. Tras haberse preparado ante la idea de tener que degustar un café aguado, Patrik volvió a

quedar boquiabierto por segunda vez en un breve espacio de tiempo, al contemplar la enorme e hipermoderna cafetera de reluciente acero que se alzaba en la encimera de la cocina.

—¿Qué le apetece? ¿Capuchino? ¿Café con leche? ¿Tal vez un expreso doble?... Sí, parece que es lo que necesita.

Patrik no pudo más que asentir mientras que la señora Petrén parecía

disfrutar ante su perplejidad.

—¿Qué se esperaba?  
¿Una vieja cafetera del 43 y granos de café molidos a mano? Pues no, sólo porque una sea vieja no significa que renuncie a las cosas buenas de la vida. Esto me lo regaló mi hijo por Navidad, hace un par de años, y le aseguro que no para. A veces tengo hasta cola de las mujeres del barrio que vienen a tomarse una taza.

La anciana le dio una

palmadita mimosa a la máquina, que ya empezaba a chisporrotear, mientras batía la leche hasta convertirla en espuma.

Mientras se hacía el café, fueron materializándose sobre la mesa y ante la vista de Patrik una serie de dulces de repostería a cual mejor. Nada de galletas finlandesas ni de simples bollos de aceite, sino enormes bollos de canela, soberbias magdalenas, galletas de abundante chocolate y

esponjosos dulces de merengue iban apareciendo mientras a Patrik se le hacía la boca agua y la saliva empezaba a chorrearle por las comisuras de los labios. La señora Petrén rio de buena gana al ver la expresión de su rostro antes de sentarse a su lado en una de las sillas y después de haber servido sendas tazas de humeante y aromático café recién hecho.

—Comprendo que quiere usted hablar conmigo

de la moza de la casa de enfrente. Pero ya he hablado con su comisario y le dije lo poco que sé.

Patrik se desprendió con bastante esfuerzo del bollo de nata al que acababa de hincarle el diente y tuvo que limpiarse los dientes con la lengua antes de poder abrir la boca.

—Bueno, quizá tenga usted, señora Petrén, la amabilidad de contarme a mí qué fue lo que vio exactamente. Por cierto, ¿le

importa que ponga la grabadora?

Pulsó el botón de grabación y aprovechó para darle al bollo un buen mordisco, mientras esperaba la respuesta de la mujer.

—Claro, por supuesto que puede ponerla. Pues verá, fue el viernes, veinticinco de enero, a las seis y media. Por cierto, mejor nos tuteamos. De lo contrario me siento como un vejestorio.

—¿Y cómo es que estás

tan segura de la fecha y la hora? Después de todo, ya han pasado dos semanas desde entonces.

Patrik tomó otro bocado.

—Pues verás, es que era mi cumpleaños, así que vino mi hijo con su familia, y hubo tarta y regalos. Después, se fueron justo antes de las noticias de las seis y media en el canal cuatro y entonces oí un gran escándalo en la calle. Me acerqué a la ventana que da a la pendiente y a la casa de



la moza, y entonces lo vi.

—¿A Anders?

—A Anders el pintor, sí señor. Borracho como una cuba, gritando y aporreando la puerta como un loco. Al final ella lo dejó entrar y después todo quedó en silencio. Bueno, no porque él dejara de gritar, que de eso yo no sé nada. Una no puede oír lo que sucede en el interior de las casas.

La señora Petrén se dio cuenta de que el plato de Patrik estaba vacío y le

acercó la bandeja de los bollos de canela con gesto tentador. Él no se hizo de rogar, sino que se sirvió raudamente uno de los primeros bollos de la sobrecargada bandeja.

—¿Y estás totalmente segura de que era Anders Nilsson? No hay la menor duda al respecto, ¿verdad?

—¡No, ni hablar! A ese sinvergüenza puedo yo reconocerlo a estas alturas. Andaba por aquí un día sí y otro también y, si no, estaba

en la plaza con los demás borrachines. La verdad, no comprendo qué pintaba él con Alexandra Wijkner. Has de saber que aquella moza tenía mucho estilo. Hermosa y bien educada. Cuando era pequeña, solía venir a mi casa y yo le ofrecía zumo y galletas. Precisamente, se sentaba en ese banco, a menudo con la hija de Tore, cómo se llamaba...

—Erica —dijo Patrik con la boca llena de bollo de canela y, con sólo

pronunciar su nombre, sintió un cosquilleo en el estómago.

—Eso es, Erica. También muy linda y buena niña, pero fíjate que Alexandra tenía algo especial. Brillaba con luz propia. Pero luego, algo pasó... Dejó de venir y apenas si me saludaba. Un par de meses después se mudaron a Gotemburgo y, a partir de entonces, sólo volví a verla cuando empezó a venir los fines de semana,

hace un par de años.

—¿Los Carlgren no solían venir antes por aquí?

—No, nunca. Pero seguían cuidando la casa. Enviaron carpinteros y pintores y Vera Nilsson venía a limpiar un par de veces al mes.

—¿Y no tienes la menor idea de lo que sucedió antes de que los Carlgren se trasladasen a Gotemburgo? Me refiero a qué fue lo que hizo cambiar a Alex. ¿Algún enfrentamiento familiar o

algo por el estilo?

—Bueno, claro que corrían rumores, rumores siempre hay por aquí, pero yo no les daría mucho crédito. Aunque son muchos aquí en Fjällbacka los que aseguran que lo saben casi todo de los demás, debes tener muy claro que nadie sabe nunca lo que sucede en el interior de las casas. Por eso a mí no me gusta especular. No sirve de nada. Venga, sírvete otro bollo, aún no has probado mis

deliciosos dulces de merengue.

Patrik sopesó un instante y, sí, desde luego que aún le quedaba un pequeñísimo espacio para un dulce de merengue.

—¿Viste algo más después? Por ejemplo, cuándo se marchó Anders Nilsson.

—No, aquella noche no volví a verlo. Pero lo vi entrar en la casa varias veces la semana siguiente. Muy extraño, he de decir. Por lo

que he oído por el pueblo, ella ya estaba muerta, ¿no? ¿Qué tenía él que hacer allí, entonces?

Eso era precisamente lo que Patrik se preguntaba. La señora Petrén lo miró ansiosa:

—Y bien, ¿estaba rico?

—Éstos han sido sin duda los mejores dulces que he comido jamás, señora Petrén. ¿Cómo es que puedes preparar semejante bandeja de bollos así, como si nada? Quiero decir, no



había pasado más de un cuarto de hora desde que había llamado. Habrías tenido que ser tan rápida como Superman para que te hubiese dado tiempo de hornear todas estas exquisiteces.

Ella se regodeó en los elogios y enderezó el cuello, orgullosa.

—Mi marido y yo llevamos la pastelería de Fjällbacka durante treinta años, así que algo he aprendido en todo ese

tiempo. Es difícil desprenderse de las viejas costumbres, así que yo sigo levantándome a las cinco de la mañana y horneo cada día. Lo que no se comen los niños y las mujeres del barrio que vienen a hacerme una visita, se lo doy a los pájaros. Además, me encanta probar nuevas recetas, hay tantos dulces modernos que están mucho más ricos que las viejas galletas finlandesas que antes hacíamos por

toneladas. Encuentro las recetas en las revistas de cocina y luego las retoco como a mí me parece.

La mujer señaló un inmenso montón de revistas que había en el suelo, junto al banco de la cocina, entre las que había de todo, desde *Amelias Mat* hasta *Allt om mat*, acumuladas de varios años. A juzgar por los precios de cada ejemplar, Patrik supuso que la señora Petrén había podido ahorrar una buena suma durante los

años de actividad en la pastelería. De repente, tuvo una inspiración:

—¿Sabes si existía algún otro tipo de relación entre la familia Carlgren y la familia Lorentz? Salvo que Karl-Erik trabajaba para ellos, claro.

—¡Por Dios santo! ¿Los Lorentz codearse con los Carlgren? No, querido, eso sólo habría podido suceder en una semana con dos jueves. No se movían en los mismos círculos. Y el que

Nelly Lorentz, según me han contado, se presentase en el funeral, es lo que yo llamo una sensación, ni más ni menos.

—¿Y el hijo? El que desapareció. ¿No sabes si tuvo algo que ver con los Carlgren?

—No, desde luego, cabe esperar que no. Un jovencito muy desagradable. Siempre intentaba birlar algún bollo en la pastelería sin que nos diéramos cuenta. Pero mi marido le quitó la costumbre

el día que lo sorprendió. Le soltó la reprimenda de su vida. Después, claro está, vino Nelly echando humo y nos reprendió y nos amenazó con denunciar a mi marido a la policía. Claro que ella lo retiró enseguida, cuando él le explicó que había testigos de los hurtos, así que podía llamar al fiscal, si quería.

—Pero, por lo demás, ninguna relación con los Carlgren, que tú sepas, ¿no?

La anciana negó con un

gesto.

—Bueno, era sólo una idea mía... Aparte del asesinato de Alex, la desaparición de Nils es el suceso más trágico que ha acontecido aquí y, nunca se sabe... A veces uno descubre las coincidencias más absurdas. En fin, en ese caso, creo que no tengo nada más que preguntar, así que ya me voy. Muchas gracias, tengo que reconocer que son unos bollos increíblemente buenos. Ahora tendré que

ponerme a ensalada un par de semanas —dijo Patrik dándose una palmadita en la tripa.

—No, tú no necesitas esa comida de conejos. Aún estás en edad de crecer.

Patrik optó por asentir en lugar de explicarle que, a los treinta y cinco, lo único que crecía era la cintura. Se levantó del banco de la cocina, pero tuvo que volverse a sentar de inmediato. Se sentía como si tuviese una tonelada de



hormigón en el estómago y las náuseas le subieron como una oleada por la garganta. Tras reflexionar un poco, concluyó que no había sido muy sensato atiborrarse de tantos dulces.

Intentó cruzar la sala de estar con los ojos entrecerrados a los mil cuatrocientos cuarenta y dos enanos que relucían y despedían destellos a su paso.

La salida fue tan lenta como la entrada y tuvo que

contenerse para no adelantarse a la señora Petrén, que se arrastraba hacia la puerta. Era una mujer de hierro, de eso no cabía duda. Y un testigo fidedigno, desde luego; con su testimonio, era sólo cuestión de tiempo que encontrasen un par de piezas más del rompecabezas para conseguir un auto de procesamiento en regla contra Anders Nilsson. Por ahora no tenían más que indicios, pero, aun así,

parecía que el asesinato de Alex Wijkner estaba ya resuelto. Sin embargo, Patrik no se sentía del todo satisfecho. En la medida en que podía sentir otra cosa que la pesadez de los bollos, sentía también una sensación de inquietud, de que la solución fácil no siempre era la correcta.

Fue fantástico salir y poder respirar el aire libre, que le alivió un poco el mareo. Justo cuando le había dado las gracias por segunda

vez y ya se había dado la vuelta para marcharse, la señora Petrén le colocó algo en la mano, antes de cerrar la puerta. Patrik miró lleno de curiosidad para ver qué era. Una bolsa del supermercado ICA abarrotada de bollos, y un enanito. Con la mano en el estómago, lanzó un hondo lamento.

—**P**ues verás, Anders, no se te presenta halagüeña la

cosa.

—Vaya.

—«Vaya». ¿Es eso todo lo que tienes que decir? Estás hasta arriba de mierda, por si no lo has comprendido. ¿Lo entiendes?

—Yo no he hecho nada.

—¡Mentira! No me mientas en mi cara. Sé que la mataste, así que más te vale confesar y ahorrarme complicaciones. Si me ahorras complicaciones a mí, te ahorrarás

complicaciones a ti mismo.  
¿Entiendes por dónde voy?

Mellberg y Anders estaban en la única sala de interrogatorios de la comisaría de Tanumshede que, a diferencia de las que aparecían en las series policíacas americanas, no tenía ninguna pared de cristal a través de la cual los colegas pudiesen seguir el interrogatorio. Lo que a Mellberg le venía de maravilla. Iba totalmente en contra del reglamento que el

sujeto de un interrogatorio estuviese solo con el interrogador, pero, qué coño, con tal de que diese los resultados esperados, nadie se preocuparía de esas absurdas reglas. Además, Anders no había exigido la presencia de un abogado ni de ninguna otra persona, así que, ¿para qué iba a insistir Mellberg?

La sala era pequeña, con escaso mobiliario y las paredes estaban desnudas. Los únicos muebles eran una

mesa y dos sillas, ahora ocupadas por Anders Nilsson y Bertil Mellberg. Anders estaba más bien medio tumbado, indolente, con las manos cruzadas sobre el regazo y sus largas piernas estiradas bajo la mesa. En cambio, Mellberg estaba ligeramente inclinado sobre la mesa, con la cara bastante cerca de la de Anders, en la medida de lo soportable, si se tenía en cuenta el aliento no demasiado fresco del



sospechoso. Pese a todo, se había acercado lo suficiente como para que las pequeñas gotas de saliva que propulsaban los gritos de Mellberg fuesen a dar en el rostro de Anders. Éste no se molestó en limpiárselas, sino que decidió fingir que el comisario no era más que una molesta mosca que no valía la pena ni espantar.

—Tú y yo sabemos que fuiste tú quien mató a Alexandra Wijkner. La engañaste para que se

tomase los somníferos, la tumbaste en la bañera y le cortaste las venas antes de, tranquilamente, quedarte observando cómo moría desangrada. De modo que, ¿no podemos simplificar las cosas para los dos? Tú confiesas y yo firmo.

Mellberg se sentía muy satisfecho con lo que él consideraba una impresionante introducción al interrogatorio, y se sentó en la silla con las manos cruzadas sobre su enorme

estómago. Y esperó. Anders no respondía. El sospechoso seguía con la cabeza ladeada de modo que el cabello ocultaba cualquier expresión de su rostro. Un estremecimiento en la comisura del labio de Mellberg reveló que la indiferencia no era lo que él pensaba que merecía su exhibición. Tras varios minutos más de silencio, golpeó la mesa con el puño con la intención de despertar a Anders de su sopor.

Ninguna reacción.

—¡Me cago en todo, maldito borracho! ¿Crees que puedes salir de ésta quedándote ahí sentado con la boca cerrada? ¡En ese caso, te diré que has ido a dar con el policía equivocado! ¡Vas a decirme la verdad aunque tengamos que pasarnos el día aquí sentados!

Las gotas de sudor manaban abundantes de las axilas de Mellberg a cada sílaba que pronunciaba.

—Estabas celoso, ¿no es cierto? Hemos encontrado los retratos que pintaste de ella y es evidente que os lo hacíais juntos. Y, para despejar cualquier duda, encontramos también las cartas que le escribías. Esas cartas empalagosas y patéticas. ¡Joder, qué basura! ¿Qué vio esa mujer en ti? Quiero decir, mírate. Estás sucio y tienes un aspecto repugnante y tan lejos de un Donjuán como se pueda imaginar. La única

explicación que se me ocurre es que ella tuviese algún morbo de ese tipo. Que la excitase la mierda y los borrachos nauseabundos. ¿Se lo hacía también con los demás pellejos de Fjällbacka o sólo trabajaba a tu servicio?

Anders se levantó, raudo como una comadreja, se lanzó sobre la mesa y agarró a Mellberg por la garganta.

—¡Hijo de puta! ¡Te voy a matar, poli de mierda!

Mellberg intentaba en

vano liberarse de las manos de Anders. El rostro se le ponía cada vez más rojo y el cabello cayó de su habitual morada, quedando como un manojo sobre su oreja derecha. Anders soltó la garganta de Mellberg de pura sorpresa y el comisario pudo por fin respirar. Anders volvió a caer en la silla sin dejar de mirar a Mellberg con encono.

—¡No vuelvas a hacerlo!  
¿Me oyes? ¡Nunca vuelvas a hacerlo! —Mellberg sufrió

un golpe de tos y tuvo que aclararse la garganta para recuperar la voz—. Te quedarás ahí sentado como un muerto, porque si no, te encierro en tu celda y tiro la llave al río, ¿me oyes?

Mellberg volvió a sentarse, pero mantuvo la mirada atenta fija en la de Anders y halló en ella un atisbo de temor que no había visto antes. Se percató de que su peinado, tan cuidadosamente compuesto, había sufrido un duro golpe



y, con mano experta, lo alisó sobre la reluciente superficie de la coronilla, fingiendo que nada había sucedido.

—Bien, volvamos al orden. El caso es que mantenías una relación sexual con la víctima, Alexandra Wijkner, ¿no es así?

Anders murmuró algo, con la cabeza gacha.

—¿Perdón? ¿Has dicho algo?

—He dicho que nos amábamos.

Sus palabras resonaron entre las paredes desnudas. Mellberg sonrió jocoso.

—De acuerdo, os amabais. La bella y la bestia se amaban. Muy tierno. ¿Y, cuánto tiempo os «amasteis»?

Anders volvió a murmurar una frase inaudible y Mellberg tuvo que pedirle que la repitiera.

—Desde que éramos niños.

—Ah, vaya. De acuerdo. Pero me figuro que no

habéis estado revolcándoos como conejos desde que teníais cinco años, así que, permíteme que reformule la pregunta: ¿durante cuánto tiempo mantuvisteis relaciones sexuales? ¿Durante cuánto tiempo estuvo liada contigo a escondidas? ¿Durante cuánto tiempo bailasteis el tango en posición horizontal? ¿Sigo, o has conseguido comprender ya la pregunta?

Anders lo miró lleno de

odio, pero hizo un esfuerzo por mantenerse tranquilo.

—No lo sé, de vez en cuando, durante varios años. En realidad no lo sé, comprenderás que no me dedicaba a marcarlo en el almanaque.

Retiró unos hilachos invisibles del pantalón, antes de proseguir:

—Además, tampoco estaba aquí tan a menudo antes, así que no era muy frecuente. Por lo general, yo me dedicaba sólo a pintarla.

Era tan hermosa.

—¿Qué sucedió la noche que murió? ¿Una riña amorosa? ¿No quería cumplir? ¿O te enfadaste porque estaba preñada? Fue eso, ¿verdad? Estaba preñada y tú no sabías si era tuyo o del marido. Y seguro que te amenazó con hacerte la vida imposible, ¿verdad?

Mellberg se sentía muy satisfecho consigo mismo. Estaba convencido de que Anders era el asesino y, si tocaba con la suficiente

firmeza las teclas adecuadas, tenía garantizada su confesión. Seguro. Después, le pedirían y le rogarían que volviese a Gotemburgo. Y él los dejaría rogar de rodillas un tiempo. Lo más probable era que lo tentasen con un ascenso y mejor sueldo si los mantenía en el candelero un tiempo. Se frotó el estómago con satisfacción manifiesta y, en ese momento, notó que Anders lo miraba con los ojos desorbitados. Estaba totalmente pálido, como si

hubiese perdido toda la sangre. Y las manos le temblaban, como entre espasmos. Cuando levantó la cabeza y, por primera vez, miró a Mellberg directamente a la cara, el comisario vio que le temblaban los labios y que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Mientes! ¡Es imposible que estuviese embarazada!

Un moco se abría camino bajo la nariz y

Anders se lo limpió en la manga. Miraba a Mellberg casi suplicante.

—¿Cómo que no podía? Los condones no son seguros al cien por cien, ¿sabes? Estaba de tres meses, así que no vengas a exhibir tus dotes de actor. Estaba preñada y tú sabes muy bien cómo sucedió. Pero si fuiste tú o si fue su marido el que se lo hizo..., bueno, eso no se sabrá nunca, ¿a que no? Es la maldición del hombre, te lo



aseguro. A mí han estado a punto de dármele varias veces, pero ninguna pelandusca ha conseguido hasta ahora que le firme ningún papel —afirmó Mellberg con una sonrisa que más parecía un cacareo.

—Verás, no porque sea asunto tuyo, pero no habíamos tenido relaciones desde hacía más de cuatro meses. Y ya no quiero hablar más contigo. Llévame otra vez a la celda, porque no pienso decir una palabra

más.

Anders sollozaba terriblemente y las lágrimas amenazaban con brotar a cada momento. Se retrepó en la silla con los brazos cruzados sobre el pecho y una mirada hostil clavada en Mellberg que, suspirando pesadamente, atendió su exigencia.

—Bueno, seguiremos dentro de un par de horas. Y, para que lo sepas, no me creo una mierda de lo que me dices. Piensa en ello

mientras estés en la celda. La próxima vez que hablemos, quiero una confesión completa.

Se quedó un rato sentado después de que hubiesen conducido a Anders a la celda. Aquel borracho apestoso no había confesado, lo que le parecía del todo incomprensible. Sin embargo, la mejor carta, aún la tenía intacta. La última vez que habían oído a Alexandra Wijkner con vida fue el viernes 25 de enero a

las siete y cuarto de la tarde, exactamente una semana antes de que la encontrasen muerta. Según Telia, había hablado con su madre durante cinco minutos y cincuenta segundos. Y eso encajaba con el marco temporal indicado por el forense. Gracias a la vecina, Dagmar Petrén, tenía testigos de que Anders Nilsson había visitado a la víctima no sólo el mismo viernes por la tarde, justo antes de las siete, sino que,

además, lo habían visto entrar en la casa en varias ocasiones la semana siguiente. *Y entonces, Alexandra Wijkner yacía ya muerta en la bañera.*

La confesión le habría facilitado a Mellberg el trabajo de modo significativo, pero aunque Anders se mostrase duro de pelar, él tenía el convencimiento de que lograría que lo condenasen. En efecto, no sólo contaba con el testimonio de la

señora Petrén, sino que, en su escritorio, tenía además el informe del registro de la casa de Alex Wijkner. Lo más interesante eran los datos obtenidos de la investigación del cuarto de baño en el que la encontraron. No sólo porque, en la sangre coagulada del suelo, identificaron la huella de una pisada que encajaba perfectamente con un par de zapatos que habían incautado en el apartamento

de Anders sino que, además, habían hallado sus huellas dactilares en el cuerpo de la víctima. No tan claras como lo habrían sido de estar en una superficie lisa y dura, pero evidentes e igualmente fáciles de identificar.

No había querido quemar todos los cartuchos el mismo día, pero en el próximo interrogatorio sacaría toda la artillería. Y aplastaría a ese indeseable por cojones.

Más que ufano, se

escupió en la palma de la mano y se alisó el cabello con la saliva.

La llamada telefónica vino a interrumpirla en mitad de sus anotaciones sobre la conversación mantenida con Henrik Wijkner. Erica dejó molesta el teclado y extendió el brazo en busca del teléfono.

—¿Sí? —contestó en tono algo más irritado de lo que pretendía.



—Hola, soy Patrik.

¿Llamo en mal momento?

Erica se enderezó enseguida en la silla lamentando no haber sido más amable al responder.

—No, en absoluto, sólo estaba escribiendo, y estaba tan absorta en lo que hacía, que me he sobresaltado con el teléfono y por eso te habrá sonado un tanto..., pero no, no es mal momento en absoluto, está bien, quiero decir...

Se llevó la mano a la

frente al oírse a sí misma explicarse como una quinceañera. Ya era hora de despabilar y meter las hormonas en cintura. Aquello era ridículo.

—Pues verás, estoy en Fjällbacka y pensaba que si estabas en casa, tal vez pudiera pasarme un rato.

Patrik sonaba seguro de sí mismo, viril, firme y tranquilo, y Erica se sintió más ridícula aún por haber tartamudeado como una adolescente. Se miró la

vestimenta que, aquel día, se componía de un chándal algo sucio, y se pasó la mano por la cabeza para sondear el peinado. Y sí, tal y como se temía: una coleta alta y medio deshecha con mechones disparados en todas direcciones. La situación bien podía calificarse de catastrófica.

—¿Oye? ¿Erica? ¿Estás ahí? —Patrik preguntaba extrañado.

—Sí, sí, aquí estoy. Es que me pareció que tu móvil

se cortaba.

Erica se llevó la mano a la frente por segunda vez en escasos segundos. Dios del cielo, ni que fuera principiante.

—Hoooooaaaa. Erica, ¿me oyes? ¿Hola?

—Eh..., sí, claro, ven a hacerme una visita. Dame tan sólo un cuarto de hora porque..., verás, estoy terminando una parte importante del libro que quisiera dejar lista.

—Claro, desde luego.

¿Estás segura de que te va bien? De todos modos, vamos a vernos mañana, así que...

—No, por favor. En serio. Dame quince minutos y listo.

—De acuerdo, nos vemos en quince minutos.

Erica colgó despacio el auricular y respiró unos segundos profundamente, esperanzada. El corazón le latía tan fuerte que oía sus pulsaciones. Patrik iba camino de su casa. Patrik

iba... Dio un respingo, como si le hubiesen echado un jarro de agua fría, antes de ponerse de pie de un salto. Él llegaría dentro de un cuarto de hora y ella tenía aspecto de llevar una semana sin ducharse y sin peinarse. Echó a correr escaleras arriba, subiendo los peldaños de dos en dos, mientras se quitaba la sudadera del chándal. Ya en el dormitorio se quitó los pantalones y a punto estuvo de caerse, pues quiso hacerlo

sin parar de moverse.

Fue al cuarto de baño y se lavó debajo del brazo mientras elevaba una plegaria de gratitud por haberse afeitado las axilas cuando se duchó por la mañana. Un poco de perfume rociado en las muñecas, entre los pechos y en el cuello, donde pudo sentir con los dedos sus pulsaciones. El armario recibió un trato poco delicado y, hasta que no tuvo la mayoría de la ropa

sobre la cama, no se decidió por un sencillo jersey negro de Filippa K y la falda compañera, entallada y también negra, que le llegaba por los tobillos. Miró el reloj. Le quedaban diez minutos. De vuelta al cuarto de baño. Polvos compactos, máscara de pestañas, brillo de labios y una sombra de ojos de color claro. No necesitaba colorete, ya tenía la cara bastante roja. Lo que ella pretendía con el maquillaje era conseguir un



aspecto limpio de rostro sin maquillar; pero cada año que pasaba necesitaba más cantidad de maquillaje para conseguirlo.

El timbre sonó en la planta baja y, cuando echó un último vistazo al espejo, vio con horror que aún tenía el pelo en aquel desastroso peinado recogido con un coletero amarillo chillón. Se lo arrancó de un tirón y, con ayuda de un cepillo y algo de espuma, logró darle una forma aceptable. Volvió a

sonar el timbre, con más insistencia esta vez, y Erica se apresuró a bajar pero se detuvo a medio camino para recuperar el aliento y calmarse un poco. Con el semblante más tranquilo que fue capaz de componer, abrió la puerta y pintó en su rostro una sonrisa.

El dedo le temblaba un poco cuando tocó el timbre. Había estado a punto de darse media vuelta varias

veces mientras se dirigía allí y llamar después para disculparse diciendo que le había surgido un imprevisto, pero era como si el coche hubiese conducido él solo hacia Sälvik. Recordaba perfectamente dónde vivía ella y tomó sin problemas la cerrada curva a la derecha de la cuesta que había antes del *camping*, camino de su casa. Estaba oscuro por completo, pero las farolas iluminaban lo suficiente como para entrever el reflejo del mar.

De un golpe, comprendió lo que sentiría Erica por su hogar de la infancia; al igual que comprendía el dolor que debía de sentir ante la posibilidad de perderlo. Y de un golpe comprendió también lo imposible de sus sentimientos por ella. Erica y Anna pensaban vender la casa y no habría ya nada en Fjällbacka que la retuviese. Volvería a Estocolmo y un policía rural de Tanumshede no le sacaría mucha ventaja al guaperas del bar de

Stureplan. Así, con paso abatido, se encaminó a la puerta y llamó al timbre.

Nadie le abría, así que llamó por segunda vez. Desde luego, la idea ya no le parecía tan buena como en el momento en que se le ocurrió, al salir de casa de la señora Petrén. Pero, simplemente, no había podido resistir la tentación de llamarla cuando la tenía tan cerca. Aun así, se arrepintió un poco cuando la oyó por teléfono. Sonaba tan

ocupada, incluso irritada. En fin, ahora era demasiado tarde para lamentarlo. El timbre de la puerta resonaba ya por segunda vez en el interior de la casa.

Oyó pasos bajando la escalera. Después, se detuvieron un instante, antes de reiniciarse, llegar hasta abajo y junto a la puerta. Ésta se abrió y..., allí estaba ella, con su amplia sonrisa. Erica le hacía perder el resuello. Era incapaz de comprender cómo lograba

lucir siempre ese aspecto tan lozano. Tenía la cara limpia, sin maquillaje, con esa belleza natural que era lo que más lo atraía a él de una mujer. Ni en sueños se habría dejado ver Karin sin maquillar, pero Erica era tan fantástica a sus ojos que no podía imaginar nada que mejorase lo que estaba a la vista.

La casa estaba como siempre, como él la recordaba de las visitas de su infancia. Los muebles y la

casa habían envejecido con dignidad y conjuntamente. Dominaban el blanco y la madera, con tejidos claros en blanco y azul que armonizaban a la perfección con la pátina envejecida del mobiliario. Erica había encendido unas velas para ahuyentar la oscuridad invernal. La paz y la tranquilidad se respiraban en el ambiente. Mientras pensaba en todo aquello, siguió a Erica hasta la cocina.



—¿Quieres un café?

—Sí, gracias. Ah, por cierto —dijo Patrik al tiempo que le tendía la bolsa con los dulces—. Aunque quisiera llevarme algunos a la comisaría. Hay suficientes y hasta de sobra, te lo garantizo.

Erica miró al interior de la bolsa y sonrió.

—Vaya, veo que has estado con la señora Petrén.

—Exacto. Y estoy tan lleno que apenas si puedo moverme.

—Una anciana encantadora, ¿a que sí?

—Sí, increíble. Si hubiese tenido noventa años, digamos, me habría casado con ella sin dudarlo.

Ambos se echaron a reír.

—Bueno, ¿qué tal estás?

—Bien, gracias.

Se hizo un momento de silencio que los obligó a ambos a moverse inquietos en las sillas. Erica llenó dos tazas de café y vertió el resto en un termo.

—Ven, vamos a

sentarnos en el porche.

Bebieron los primeros sorbos en un silencio que no les parecía ya incómodo, sino muy agradable. Erica estaba sentada en el sofá de mimbre, enfrente de Patrik, que se aclaró la garganta antes de preguntar:

—¿Qué tal va el libro?

—Bien, gracias. ¿Y a ti? ¿Cómo te va con la investigación?

Patrik reflexionó un instante y, finalmente, resolvió contarle más de lo

que en realidad debía. Erica estaba, pese a todo, implicada y no veía cómo podría perjudicar aquello a la investigación.

—Pues creo que hemos resuelto el caso. O, al menos, eso parece. Tenemos a un detenido, al que están interrogando en estos momentos y que, a la luz de las pruebas, está tan pillado como se pueda imaginar.

Erica se inclinó hacia delante llena de curiosidad.

—¿Y quién es?

Patrik dudó un instante.

—Anders Nilsson.

—Así que, al final, fue Anders. Qué raro. La verdad es que, pese a todo, no me parece verosímil.

Patrik se sentía inclinado a darle la razón. Simplemente, había demasiados cabos sueltos, que no quedaban atados con la detención de Anders. Pero las pruebas físicas del lugar del crimen y las declaraciones de los testigos de que no sólo se encontraba

en la casa justo antes de que la víctima fuese asesinada, sino también en varias ocasiones mientras estuvo muerta, hasta que hallaron el cadáver, no dejaba lugar para demasiadas dudas. Y aun así...

—Bueno, pues entonces ya ha pasado todo. Es extraño, pensé que me sentiría más aliviada al saberlo resuelto. Pero ¿y el artículo que yo encontré? El de la desaparición de Nils, ya sabes. ¿Cómo encaja en

el cuadro, si es cierto que Anders es el asesino?

Patrik se encogió de hombros y alzó las manos con resignación.

—La verdad, Erica, no lo sé. No lo sé. Tal vez no tenga nada que ver con el asesinato. Pura casualidad, sin más. En cualquier caso, no hay razón para remover más ese asunto. Alex se llevó sus secretos a la tumba.

—Y el hijo que esperaba, ¿era de Anders?

—¿Quién sabe? De Anders, de Henrik... Tu propuesta es tan buena como la mía. La verdad es que resulta difícil entender qué podían tener Alex y él en común. Para que luego hablen de parejas raras. Cierto que no es tan extraño que la gente tenga amantes, pero ¿Alexandra Wijkner y Anders Nilsson? A mí me parece increíble que lograrse llevarse a nadie a la cama y menos aún a Alexandra Wijkner. Ella era..., bueno,



lo único que se me ocurre decir es que estaba buenísima.

Por un instante, Patrik creyó ver cómo se arrugaba el entrecejo de Erica. Pero la joven recuperó enseguida su expresión habitual, educada y amable. Serían figuraciones suyas, seguro. Erica abrió la boca, como para decir algo, cuando se oyó desde el vestíbulo la melodía del bus de los helados. Los dos se sobresaltaron al oírlo.

—Es mi móvil. Si me perdonas un momento.

Patrik se apresuró hacia el vestíbulo para llegar a tiempo y, tras rebuscar un instante en el bolsillo, logró dar con el teléfono.

—Patrik Hedström — dijo al descolgar—. Ajá. De acuerdo... Comprendo... En ese caso volvemos a estar a cero. Sí, sí, ya lo sé. Vaya, ¿eso dijo? Bueno, eso no lo sabemos. Muy bien, señor comisario. Adiós.

Cerró el móvil con un

firme clic antes de volverse hacia Erica.

—Ponte algo de abrigo, que vamos a darnos una vuelta.

—¿Adónde?

Erica lo miraba inquisitiva mientras él se llevaba la taza a la boca.

—Tenemos nuevos datos sobre la implicación de Anders. Parece que ya no es sospechoso.

—¡Vaya! Pero ¿adónde dices que vamos?

—Tanto tú como yo

teníamos la sensación de que algo no cuadraba. Tú encontraste el artículo sobre la desaparición de Nils en casa de Alex. Y puede que haya más cosas allí que nos convenga encontrar.

—Pero ¿no habéis hecho ya un registro en su casa?

—Sí, pero puede que no nos fijásemos en lo que debíamos. Sólo quiero comprobar una cosa. Venga, vamos.

Dijo las últimas palabras ya en la puerta, camino de la

calle, así que Erica se puso una cazadora y salió tras él a toda prisa.

La casa parecía pequeña y desvencijada. No comprendía en absoluto que hubiese gente capaz de vivir de aquel modo. Que pudiesen arrastrar una existencia tan triste y gris, tan... pobre. Pero así era el orden de las cosas en este mundo. Tenía que haber ricos y pobres. Y ella se

sentía agradecida por haber tenido la suerte de pertenecer a la primera categoría, en lugar de a la segunda. Ella no habría servido para ser pobre. Una mujer como ella, nacida para vestirse de pieles y cubrirse de diamantes.

La mujer que le abrió la puerta cuando llamó no habría visto en su vida un diamante de verdad. Toda ella era de un color parduzco. Nelly miró con repugnancia la deshilachada

rebeca de Vera, así como las manos reseca y estropeada con las que cruzaba la prenda sobre el pecho. Vera no dijo nada; se quedó en silencio en el umbral y, después de mirar nerviosa a su alrededor, Nelly se vio obligada a preguntarle:

—Bueno, ¿me vas a invitar a pasar o quieres que nos quedemos aquí todo el día? A ninguna de las dos nos interesa que me vean aquí, ¿no?

Vera seguía sin decir

nada, pero retrocedió unos pasos hacia el vestíbulo, para que Nelly pudiese entrar.

—Tú y yo tenemos que hablar, ¿no es cierto?

Nelly se quitó con elegancia los guantes que siempre llevaba cuando salía y miró con asco a su alrededor. El vestíbulo, la sala de estar, la cocina y un pequeño dormitorio. Vera iba tras ella con la cabeza gacha. Las habitaciones eran oscuras y tristes. El papel de



las paredes había visto sin duda días mejores. Nadie se había preocupado de retirar el suelo de linóleo para dejar ver el parqué que había debajo, como la mayoría de los propietarios de las casas antiguas habían hecho ya. En cambio, todo estaba reluciente y reinaba el orden más absoluto. Ni un rincón sucio, sólo una deprimente desesperanza que se respiraba por todas partes, de arriba abajo.

Nelly se sentó despacio

en el borde del viejo sillón de la sala. Como si fuese ella quien habitaba aquella casa, le indicó a Vera que tomase asiento en el sofá. Vera obedeció y, como ella, se sentó también en el borde. Parecía tranquila, salvo por las manos, que retorció sin parar sobre las rodillas.

—Es importante que sigamos guardando silencio. Lo comprendes, ¿verdad?

Nelly hablaba con voz exigente. Vera asintió, siempre con la mirada

clavada en las rodillas.

—La verdad es que no puedo decir que lamente lo de Alex. Recibió lo que se merecía. Supongo que estás de acuerdo conmigo. Esa zorra habría terminado mal tarde o temprano. Yo ya lo sabía.

Vera reaccionó ante la forma en que Nelly se había expresado mirándola fugazmente, aunque seguía sin decir nada. Nelly sentía un gran desprecio por aquella criatura simple y

triste que no parecía tener el más mínimo rastro de voluntad propia. Típico de la clase trabajadora, aquello de andar siempre inclinados. No es que ella considerase que debía ser de otro modo, pero no podía dejar de sentir desprecio por esa gente sin clase, sin estilo. Lo que más la irritaba era depender de Vera Nilsson. Pero, costase lo que costase, no le quedaba otro remedio que asegurarse el silencio de Vera. Ya lo había

conseguido antes y volvería a conseguirlo ahora.

—Lástima que las cosas hayan ido como han ido, pero ahora es más importante que nunca no precipitarse. Todo debe seguir como hasta el momento. No podemos cambiar el pasado y no hay razón alguna para sacar a relucir un montón de habladurías.

Nelly abrió el bolso y sacó un sobre blanco que dejó sobre la mesa.

—Esto te llenará un poco el monedero. Venga, cógelo.

Nelly empujó el sobre hacia ella. Vera no lo tomó, pero se quedó mirándolo.

—Siento que a Anders le haya ido como le ha ido. Aunque puede que incluso sea lo mejor que podía pasarle. Quiero decir que en la cárcel no le será fácil beber alcohol.

Nelly comprendió enseguida que había ido demasiado lejos. Vera se

levantó despacio del sofá y, con un dedo tembloroso, señaló hacia la puerta.

—¡Fuera!

—Pero, querida Vera, no te lo tomes...

—¡Fuera de mi casa! Anders no irá a la cárcel y tú puedes coger tu asqueroso dinero e irte al infierno, vieja repugnante. Yo sé bien de dónde has salido tú y no importa cuánto intentes disimularlo con caros perfumes. El olor a mierda se huele a la legua.

Nelly retrocedió

horrORIZADA al ver el odio desnudo reflejado en los ojos de Vera, que tenía los puños cerrados, la espalda recta y los ojos clavados en los de Nelly. Todo su cuerpo parecía temblar a causa de la ira acumulada durante años. Nada quedaba ya de la sumisión que le había mostrado antes y Nelly empezaba a sentirse muy incómoda con la situación. Vaya manera de reaccionar. Ella sólo le había dicho las



cosas como eran. Uno debía estar preparado para digerir la verdad. La dama se apresuró en dirección a la puerta.

—¡Lárgate de aquí y no vuelvas nunca!

Vera prácticamente la echó de la casa y, justo antes de cerrar la puerta de un golpe, tiró el sobre a la calle. Nelly se vio obligada a agacharse y recogerlo. Cincuenta mil coronas no era cantidad como para dejarla tirada en el suelo, por

más que se sintió humillada al comprobar que los vecinos la vieron a través de las cortinas mientras rebuscaba entre la grava. ¡Qué mujer tan desagradecida! Bien, ya se mostraría más sumisa cuando empezase a necesitar dinero y nadie quisiese contratarla como limpiadora. Su trabajo en la residencia de los Lorentz se había acabado para siempre, desde luego. Y no sería tarea difícil hacer que se le

terminasen los demás trabajos también. Nelly procuraría que Vera tuviese que arrastrarse a la oficina de servicios sociales antes de que hubiese acabado con ella. Nadie insultaba a Nelly Lorentz impunemente.

Se sentía como si caminase a través del agua. Las articulaciones pesadas y rígidas después de haber pasado la noche en la camilla del calabozo, y la

cabeza como llena de algodón por la falta de alcohol. Anders echó un vistazo a su apartamento. El suelo estaba sucio de las pisadas de la policía, pero a él no le importaba demasiado. Un poco de mugre en las esquinas no le había molestado nunca.

Sacó del frigorífico un paquete de seis cervezas y se echó boca arriba en el colchón de la sala de estar. Apoyado en el codo izquierdo, abrió la cerveza

con la mano derecha y empezó a beber con avidez, a largos tragos, hasta que no quedó ni una gota en la lata, que salió volando en un amplio arco a través de la sala para caer con un golpe metálico en el rincón opuesto. Una vez aplacado el deseo más acuciante, se tumbó del todo en el colchón con las manos cruzadas en la nuca. Los ojos clavados en el techo, la mirada errabunda, se permitió por un instante perderse en los

recuerdos de tiempos ya pretéritos. Tan sólo en el pasado hallaba su espíritu algo de sosiego. Entre esos breves momentos que se permitía para rememorar escenas de épocas mejores, el dolor le destrozaba el corazón con insoportable fiereza. Lo maravillaba que un periodo de tiempo pudiese percibirse a la vez tan lejano y tan próximo.

Siempre brillaba el sol en sus recuerdos. El asfalto estaba caliente bajo sus pies

descalzos y sus labios sentían el perpetuo sabor salado a agua del mar. Curiosamente, nunca recordaba más que los veranos. Ningún invierno. Ningún día gris. Ni tampoco lluvia. Sólo el sol radiante en un claro cielo azul y una leve brisa que cortaba el reluciente espejo del mar.

Alex con ligeros vestidos veraniegos que envolvían sus piernas. El rubio cabello, que ella se negaba a cortarse y que le llegaba por debajo

de la cintura. A veces incluso recordaba su olor con tal intensidad que le cosquilleaba la nariz y le despertaba el deseo. Fresas, agua salada, champú Timotei. En ocasiones mezclado con un ligero olor a sudor, en absoluto desagradable, si habían ido en bicicleta a la carrera, como locos, o si habían trepado por una montaña hasta que las articulaciones casi dejaban de responder. Entonces se tumbaban cuan



largos eran en la cima del monte Vedde, por ejemplo, con los pies apuntando hacia el mar y las manos cruzadas sobre el vientre. Alex en medio, entre los dos, con el cabello extendido y mirando al cielo. En contadas y preciosas ocasiones, ella les tomaba una mano a cada uno y, por un instante, era como si fuesen una sola persona en lugar de tres.

Se cuidaban mucho de que nadie los viese juntos. Eso destruiría la magia. El

embrujo se rompería y no podrían evadirse de la realidad. La realidad era algo que debían mantener apartado a cualquier precio. Era fea y gris y no tenía nada que hacer con el soleado mundo de sueños que ellos eran capaces de construir cuando estaban juntos. Ellos no hablaban de la realidad. Sus días se llenaban en cambio de juegos triviales y de no menos triviales conversaciones. No había

que tomarse nada en serio. Así podían fingir que eran invulnerables, invencibles, inaccesibles. Por sí solos, no eran nada. Juntos, eran «los tres mosqueteros».

Los mayores no eran más que productos periféricos del sueño, figurantes que se movían en el mundo de ellos tres, pero sin afectarles. Sus bocas se movían, pero no emitían ningún sonido. Hacían gestos y muecas que debían de tener algún contenido,

pero que parecían forzados y absurdos. Como sacados de su contexto.

Anders rio débilmente al pensar en sus recuerdos, pero poco a poco se vio obligado a abandonar su onírico estado de catatonia. Las necesidades fisiológicas lo acuciaban y, de vuelta en su propia angustia, se levantó para poner remedio al problema.

El retrete estaba debajo de un espejo cubierto de polvo y suciedad. Mientras

aligeraba la vejiga, vio su imagen reflejada en él y, por primera vez en muchos años, se vio a sí mismo tal y como lo veían los demás. El pelo grasiento y enmarañado. El rostro pálido, con un grisáceo tono de enfermo. Un par de huecos en la dentadura delataban años de negligencia y lo hacían aparentar más edad de la que en realidad tenía.

Y allí estaba la decisión, sin que él tuviese conciencia de haberla tomado.

Mientras, con mano torpe, se cerraba la bragueta de los vaqueros, comprendió cuál debía ser el siguiente paso. Con determinación en la mirada, fue a la cocina y, tras rebuscar un rato en los cajones, encontró un gran cuchillo cuya hoja limpió en el pantalón. Volvió luego a la sala de estar y, metódicamente, empezó a descolgar los cuadros de las paredes. Uno tras otro, iba colocando en el suelo aquellos cuadros que eran el

resultado de muchos años de trabajo. Los cuadros que había conservado y colgado, aquéllos con los que se sentía más satisfecho. Había desechado muchos otros, simplemente porque, a sus ojos, no daban la talla. Ahora empezó a hender con el cuchillo lienzo tras lienzo. Trabajaba despacio, con mano firme, cortando los cuadros en finos jirones, hasta que resultó imposible adivinar qué habían representado en su día.

Resultaba sorprendentemente difícil cortar los lienzos y, cuando hubo terminado, tenía la frente perlada de sudor. La habitación parecía un campo de batalla de colores. Las tiras cubrían todo el suelo de la sala de estar y los marcos abrían sus bocas vacías como mandíbulas desdentadas. Satisfecho, contempló el espectáculo.

—¿Cómo sabéis que no fue



Anders quien asesinó a Alex?

—Una joven que vive en el mismo piso que Anders lo vio llegar a casa poco antes de las siete y Alex habló con su madre a las siete y cuarto. No tuvo tiempo de volver en tan breve espacio. Lo que significa que el testimonio de Dagmar Petrén sólo confirma su presencia en la casa mientras Alex aún estaba con vida.

—Pero ¿y las huellas digitales y de pisadas que

encontraron en el cuarto de baño?

—Eso no demuestra que él la matase, sólo que estuvo en la casa después de que muriese. Y no es suficiente para mantenerlo bajo arresto. Mellberg volverá a encerrarlo, seguro, pues sigue convencido de que Anders es el asesino; pero, mientras tanto, tendrá que soltarlo. De lo contrario, puede aparecer un abogado que lo haga papilla. Yo he tenido en todo momento la

sensación de que no era lo correcto; y esto viene a confirmarlo. No es que Anders haya quedado fuera de toda sospecha, en absoluto, pero su arresto presenta los suficientes interrogantes como para que tengamos que seguir investigando.

—¿Y para qué vamos a casa de Alex? ¿Qué esperas encontrar allí? —quiso saber Erica.

—La verdad es que no lo sé. Tengo la sensación de

que necesito una imagen más clara de cómo pudo haber sucedido.

—Birgit dijo que Alex no tenía mucho tiempo para hablar con ella, porque tenía visita. Pero si no era Anders, ¿quién sería?

—Pues sí, ésa es la cuestión.

Patrik conducía demasiado rápido para su gusto, y Erica iba agarrada a la manivela que había sobre la puerta del coche. Patrik estuvo a punto de saltarse el

desvió del club de vela y tomó la curva a la derecha en el último instante, con lo que poco faltó para que se llevase por delante una verja.

—¿Temes que se hayan llevado la casa si no llegamos a tiempo?

Erica preguntó con una pálida sonrisa.

—¡Oh, perdona! Es que estoy tan impaciente.

Redujo a una velocidad mucho más razonable y, en el último tramo del trayecto

hacia la casa de Alex, Erica se atrevió incluso a soltarse.

Seguía sin comprender del todo por qué quería que ella lo acompañase, pero no preguntó, por si acaso, pues tal vez encontrase más información para el libro.

Patrik se detuvo ante la puerta con una expresión bobalicona.

—¡Vaya! No había caído en la cuenta de que no tengo llave. Así que me temo que no podremos entrar. Mellberg no apreciaría que

uno de sus policías fuese descubierto in fraganti trepando para entrar por la ventana.

Erica lanzó un profundo suspiro y se agachó para meter la mano debajo de la alfombra. Con una sonrisa burlona, le mostró la llave, abrió la puerta y lo dejó pasar primero.

Alguien había puesto en marcha la caldera, pues la temperatura en el interior de la casa era muy superior a la de la calle, así que se

quitaron los abrigos y los dejaron en el pasamanos de la escalera que subía a la planta alta.

—¿Qué hacemos ahora?

Erica se cruzó de brazos y lanzó a Patrik una mirada cómplice.

—En algún momento, después de las siete y cuarto, hora a la que habló con su madre, a Alex le administraron una gran cantidad de somníferos. No hay ningún indicio de que forzasen puertas o ventanas



para entrar lo que, con toda probabilidad, significa que recibió la visita de alguien a quien conocía. Alguien a quien, más tarde, se le presentó la oportunidad de darle los somníferos. ¿Cómo pudo ese alguien hacer que se los tomase? Es evidente que comieron o bebieron algo.

Patrik hablaba paseando de un lado a otro de la sala de estar. Erica se sentó en el sofá, desde donde observaba interesada su ir y venir.

—Y lo cierto es —dijo interrumpiendo su deambular al tiempo que alzaba el dedo índice—, que el forense pudo determinar qué fue lo último que comió a raíz de lo que encontró en su estómago. ¿Y qué fue lo que comió Alexandra la noche de su asesinato? Según el forense, su estómago contenía pescado gratinado y refresco de manzana. En la basura había una caja vacía de pescado gratinado Findus y, en la

encimera, una botella de refresco vacía, de modo que eso parece encajar. Lo que resulta un tanto extraño es que hubiese en el frigorífico dos soberbios solomillos de ternera y una bandeja de patatas en el horno, aunque éste estaba apagado y las patatas aún crudas. En la encimera de la cocina había también una botella de vino blanco. Estaba abierta y faltaban quince centilitros de vino, lo que equivale más o menos a una copa.

Patrik señaló la cantidad con el pulgar y el índice.

—Pero en el estómago de Alexandra ¿no había ni rastro de vino!

Erica se inclinó hacia delante, cada vez más interesada, con los codos apoyados en las rodillas.

—No, claro que no. Puesto que estaba embarazada, prefería el refresco de manzana al vino, pero la cuestión es quién se bebió el vino.

—¿Había platos sucios?

—Sí, había un plato, un tenedor y un cuchillo con restos de pescado. Además, en el fregadero, había dos copas sin enjuagar. En una de ellas había montones de huellas dactilares. Las de Alex. En cambio, en la otra, no había una sola huella.

Patrik cesó de nuevo en su ir y venir y fue a sentarse en el sillón, que antes había orientado hacia Erica, extendió sus largas piernas y cruzó las manos sobre el vientre.

—Lo que sin duda implica que alguien debió de limpiar las huellas de esa copa.

Erica se sintió increíblemente inteligente al haber puesto el broche al razonamiento y Patrik fue lo suficientemente educado como para que pareciese que él no había pensado ya en ello.

—Sí, eso parece. Puesto que habían enjuagado las copas, no hallamos restos del somnífero en ninguna de

ellas. Pero yo supongo que Alex se lo tomó con el refresco.

—Pero ¿por qué se tomó el pescado gratinado ella sola, cuando parece que tenía en mente una succulenta cena de solomillo para dos?

—Exacto, ésa es la cuestión. ¿Por qué había de despreciar nadie una succulenta cena para calentarse un pescado precocinado en el microondas?

—Porque había planeado

una cena romántica para dos, pero su pareja no se presentó.

—Sí, eso es lo que yo pienso. Esperó y esperó, pero finalmente se dio por vencida y se calentó algo en el micro. Y la comprendo. No es nada agradable sentarse a cenar solomillo uno solo.

—Pero Anders vino a visitarla, de modo que no sería él a quien esperaba. ¿Qué me dices del padre de la criatura? —preguntó



Patrik.

—Sí, imagino que eso es lo más verosímil. ¡Dios, qué situación más lamentable! Ella prepara una cena impresionante y pone a enfriar una botella de vino, tal vez para celebrar lo del niño, qué sé yo, y él no se presenta y la deja aquí esperando. Pero ¿quién vino, si no fue él?

—Bueno, aún no podemos excluirlo del todo. Pudo ser que viniera, pero tarde.

—Sí, claro, tienes razón.  
¡Ah, qué frustración! ¡Si  
pudiéramos hacer que  
hablasen las paredes!

Erica miró a su  
alrededor, como intentando  
lograr su deseo.

Era una habitación muy  
hermosa. Tenía un aspecto  
nuevo y atractivo. Incluso el  
aire olía a pintura. El color  
de las paredes era uno de los  
favoritos de Erica, un azul  
claro mezclado con gris, y  
estaba combinado con  
ventanas y muebles blancos,

en llamativo contraste, y era tal la paz que reinaba en la habitación que sintió deseos de descansar la cabeza en el sofá y cerrar los ojos. Había visto aquel sofá en House, en Estocolmo y, con sus ingresos, sólo habría podido soñar con él. Era grande y mullido y parecía que se desparramaba por todos lados. Muebles nuevos se mezclaban con antigüedades en una composición ciertamente elegante. Seguro que Alex había encontrado

aquellos objetos antiguos durante sus trabajos de restauración en la casa de Gotemburgo. La mayor parte de ellos eran de estilo gustaviano, que Erica pudo reconocer gracias a IKEA. Ella llevaba ya tiempo deseando poder comprar un par de muebles de su serie, de fabricación actual pero de estilo justamente gustaviano. Lanzó, con envidia, un profundo suspiro antes de recordarse a sí misma cuál era el motivo por el que se

encontraban allí, lo que aniquiló todo indicio de aquella envidia.

—O sea que, lo que tú quieres decir es que alguien a quien ella conocía vino aquí, su amante o alguna otra persona, que se tomaron una copa juntos y que esa persona puso el somnífero en el refresco de Alex — sintetizó Erica.

—Sí, ésa es la conjetura más verosímil.

—¿Y después? ¿Qué crees que ocurrió después?

¿Cómo fue a parar a la bañera?

Erica se hundió aún más en el sofá y se atrevió incluso a poner las piernas sobre la mesa. ¡Tenía que ahorrar como fuese para comprarse aquel sofá! Por un instante, se le ocurrió que si vendían la casa, podría permitirse comprar los muebles que se le antojase. Pero enseguida desechó la idea.

—Yo creo que el asesino esperó hasta que se hubo

dormido, la desnudó y la arrastró hasta el cuarto de baño.

—¿Y qué te hace creer que la arrastró hasta allí y no la llevó en brazos?

—Según el informe del forense, tenía magulladuras en los talones y cardenales en los brazos.

De repente, Patrik se incorporó en el sillón y miró a Erica esperanzado.

—¿Puedo hacer una prueba?

Erica se puso alerta y

dijo en tono escéptico:

—Bueno, depende de lo que quieras probar.

—Estaba pensando que tú podrías hacer de víctima.

—Vaya, gracias. ¿De verdad crees que mi talento teatral dará para eso?

Se echó a reír pero se levantó dispuesta a prestarse a ello.

—No, no, siéntate. Lo más probable es que estuviesen aquí sentados y que Alex se durmiese en el sofá. Así que, por favor,



desmáyate y cae desplomada ahí encima.

Erica protestó un poco, pero se esforzó al máximo por representar a una persona inconsciente. Cuando Patrik empezó a tirar de ella, abrió los ojos y le dijo:

—No tendrás pensado quitarme la ropa también, ¿verdad?

—No, desde luego que no, yo no haría, quiero decir, no había pensado... — balbució sonrojado.

—Tranquilo, estaba de broma. Tú dedícate a matarme.

Erica sintió cómo la bajaba al suelo tras haber apartado un poco la mesa. Empezó intentando arrastrarla tirando de las muñecas, pero al ver que aquello no funcionaba nada bien, la agarró por los brazos y fue tirando en dirección al cuarto de baño. De pronto, Erica se sintió extremadamente consciente de su peso. Patrik debía de

pensar que pesaba media tonelada. Intentó hacer un poco de trampa empujando algo con los pies, para no parecer tan pesada, pero Patrik la reprendió enseguida. ¡Dios!, ¿por qué no habría seguido la dieta de *El peso ideal* de forma un poco más estricta las últimas semanas? En honor a la verdad, ni siquiera había intentado seguirla un poquito, sino que se había dedicado a todo lo contrario, a comer compulsivamente.

Para colmo de males, mientras Patrik la arrastraba, se le subió el jersey de modo que un michelín delator amenazaba con asomar por la cinturilla. Intentó entonces meter la barriga inspirando profundamente y conteniendo la respiración, pero al final tuvo que volver a respirar.

El suelo de baldosas del baño la hizo estremecerse, pero no sólo por el frío. Cuando Patrik la hubo llevado hasta la bañera, la

soltó despacio.

—Bueno, esto no ha sido nada difícil. Pesado, pero no imposible. Y Alex pesaba menos que tú.

«Oye, gracias», pensó Erica, que seguía tumbada en el suelo intentando cubrirse discretamente el michelín con el jersey.

—Una vez aquí, el asesino sólo tenía que meterla en la bañera.

Hizo amago de ir a levantar a Erica por los pies, pero ella se incorporó

rápidamente y empezó a sacudirse la ropa.

—Eso sí que no, de eso nada. Ya tengo bastantes moratones por hoy. Y tú jamás conseguirías meterme a mí en la bañera, de eso no hay duda.

Patrik aceptó sus protestas contrariado, salió del cuarto de baño y fue a la sala de estar.

—Con Alex ya en la bañera, al asesino le resultó fácil abrir el grifo e ir cortándole las venas de las

muñecas con una hoja de afeitar que había en el armario del baño. Después, no le quedaba más que eliminar su rastro. Fregar las copas y limpiar las huellas dactilares. Entre tanto, Alex iba desangrándose hasta morir en el cuarto de baño. Mucha, mucha frialdad.

—¿Y la caldera? ¿Ya estaba estropeada cuando ella llegó a Fjällbacka?

—Sí, eso parece. Y fue una suerte para nosotros. Habría sido mucho más

ardua la tarea de obtener pruebas del cuerpo si hubiese estado a temperatura ambiente durante toda la semana. Por ejemplo, habría sido imposible aislar las huellas de Anders.

A Erica se le erizó la piel. La idea de tener que aislar huellas dactilares de un cadáver era demasiado macabra para su gusto.

Recorrieron juntos el resto de la casa. Erica se tomó el tiempo necesario para revisar el dormitorio de



Alex y Henrik, ya que la primera vez se había visto bruscamente interrumpida. Aun así, no halló nada más. La sensación de que algo faltaba no desaparecía y la irritaba muchísimo no caer en la cuenta de qué sería. Decidió contárselo a Patrik, que se sintió tan frustrado como ella. Para su satisfacción, observó que Patrik parecía realmente preocupado cuando le habló del visitante desconocido que entró en la casa mientras

ella se escondía en el armario.

Patrik lanzó un suspiro y se sentó en el borde de la enorme cama con dosel, intentando ayudarle a recordar lo que echaba en falta.

—¿Era algo grande o pequeño?

—No lo sé, Patrik. Pero lo más probable es que sea pequeño. De lo contrario, lo habría notado enseguida, ¿no crees? Por ejemplo, si se hubiesen llevado la cama,

me habría dado cuenta.

Sonrió y fue a sentarse en la cama, a su lado.

—Pero ¿en qué lugar de la habitación estaba? ¿Junto a la puerta, cerca de la cama, en la cómoda?

Patrik jugueteaba con una etiqueta de piel que había encontrado en la mesilla de noche de Alex. Parecía una especie de distintivo de un club y tenía una inscripción con caligrafía infantil grabada en la piel: «L. T. M. 1976». Al

darle la vuelta, vio unas manchas borrosas de lo que parecía sangre reseca. Se preguntó de dónde habría salido.

—No sé qué era, Patrik. Si lo supiera, no estaría aquí tirándome de los pelos.

Erica miraba su perfil a hurtadillas. Tenía unas pestañas increíblemente largas y oscuras. La barba era perfecta. Con la longitud suficiente como para no arañar ni ser desagradable. Y empezó a preguntarse qué

sensación le produciría si la tocase.

—¿Qué pasa? ¿Tengo algo en la cara?

Preocupado, Patrik se pasó la mano por la boca. Ella apartó la mirada enseguida, avergonzada al comprobar que la había sorprendido mirándolo.

—No, nada. Una miga de chocolate. Pero ya se ha caído.

Se quedaron en silencio durante un instante.

—En fin, ¿tú qué dices?

Aquí no vamos a adelantar nada, ¿verdad? —preguntó al fin Erica.

—Pues no, no creo. Pero oye, si recuerdas lo que falta, me llamas enseguida, ¿de acuerdo? Si es tan importante como para que hayan venido a buscarlo, seguro que también lo es para la investigación.

Cerraron la puerta y Erica volvió a dejar la llave en su lugar, bajo el felpudo.

—¿Quieres que te lleve?

—No, gracias, Patrik.

Prefiero dar un paseo.

—Claro, bueno, pues nos vemos mañana.

Patrik no dejaba de mover los pies, uno tras otro, sin moverse del sitio, y volvió a sentirse como un quinceañero.

—Bueno, pues te espero a las ocho. Ven hambriento.

—Lo intentaré. Pero no te prometo nada. En estos momentos tengo la sensación de que jamás volveré a tener hambre — dijo entre risas al tiempo que

se daba palmaditas en el estómago y señalaba al otro lado de la calle, hacia la casa de Dagmar Petrén.

Erica rio de buena gana y lo despidió con la mano mientras él se alejaba en su Volvo. Ya sentía el cosquilleo por la expectación del encuentro del día siguiente, mezclado con inseguridad, angustia y miedo puro y simple.

Empezó a caminar hacia su casa, pero no se había alejado más de unos metros



cuando se detuvo en seco. Así, de pronto, se le había ocurrido una idea que tenía que comprobar antes de desecharla. Con paso decidido, regresó a la casa, tomó la llave y volvió a entrar, después de haberse sacudido bien la nieve de los zapatos.

¿Qué haría una mujer que esperaba a un hombre que no se presentaba a una cena romántica? ¡Lo llamaría, naturalmente! Erica rogó por que Alex

tuviese uno de esos teléfonos modernos y que, dejándose llevar por las tendencias, no hubiese comprado un teléfono modelo cobra o hubiese conservado uno de esos viejos aparatos de baquelita. Tuvo suerte. De la pared de la cocina colgaba un flamante teléfono modelo Doro. Con los dedos temblándole de excitación, marcó el botón de últimos números marcados y cruzó los dedos por que nadie

hubiese utilizado el teléfono desde la muerte de Alex.

Y empezaron a oírse las señales de llamada. Tras siete tonos y cuando ya estaba a punto de colgar, saltó el contestador automático de un móvil. Escuchó el mensaje, pero cortó inmediatamente, antes de que se oyese el pip. Colgó el auricular muy despacio, pálida por la impresión. Casi podía oír el ruido que las piezas hacían en su cabeza al ir encajando.

De repente, supo qué era exactamente lo que faltaba en el dormitorio.

Mellberg echaba humo de ira. Atravesaba la comisaría como una hidra y, de haberles sido posible, sus colaboradores de Tanumshede se habrían puesto a cubierto bajo sus mesas. Pero la gente adulta no hacía esas cosas, de modo que tuvieron que soportar un día entero de

maldiciones, de reprimendas y humillaciones de toda índole. Annika fue quien recibió la peor parte y, pese a que se había endurecido durante los meses que Mellberg llevaba como jefe, las lágrimas brotaron aquel día de sus ojos como no lo hacían desde hacía mucho. Hacia las cuatro de la tarde, no pudo más. Salió como un rayo del trabajo, paró en el Konsum y compró un paquete grande de helado, se fue a casa y se sentó ante el

televisor a ver *Glamour* y dejó que las lágrimas rodasen sobre el helado de chocolate. Simplemente, era lo que tocaba un día como aquél.

A Mellberg lo sacaba de quicio haberse visto obligado a soltar a Anders Nilsson. Sentía con todo su ser que Anders era el asesino de Alex Wijkner y, si le hubiesen concedido un segundo más a solas con él, seguro que le habría arrancado la verdad. En

cambio, había tenido que dejarlo ir a causa de un maldito testigo que decía haberlo visto llegar a casa justo antes de que empezase en televisión la serie *Mundos separados*. Aquello lo situaba en su casa a las siete y Alex había hablado con Birgit a las siete y cuarto. Tenía cojones.

Después, estaba ese policía joven, Patrik Hedström, que intentaba meterle en la cabeza un montón de tonterías

diciéndole que no había sido Anders sino otra persona la que había asesinado a la mujer. Pero no, si algo había aprendido él durante todos sus años en la policía era precisamente eso, que, por lo general, las cosas solían ser lo que parecían. Nada de móviles ocultos, nada de confabulaciones. Tan sólo chusma que sembraba la inseguridad en las vidas de los ciudadanos honrados. Encuentra a la chusma y encontrarás al autor del



crimen, era su divisa en la vida.

Marcó el número de móvil de Patrik Hedström.

—¿Dónde cojones estás?  
—Nada de frases de cortesía, no, ¿para qué?—. ¿Qué haces? ¿Sentado quitándote la pelusa del ombligo o qué? Pues en la comisaría estamos trabajando. Después de la jornada laboral. No sé si te resulta familiar el fenómeno, pero, si no es así, yo puedo hacer que no tengas que

preocuparte de ello nunca más. Al menos, en esta comisaría.

Sintió cierta mejoría en la boca del estómago después de haber aplastado ligeramente a aquel mocososo. Había que atarlos corto, pues, de lo contrario, se crecían y se propasaban más de la cuenta.

—Quiero que vayas a hablar con la testigo que ha declarado haber visto a Anders Nilsson en su casa hacia las siete. Presiónala,

retuércelo el brazo un poquito a ver qué sacas.

—Que sí, joder, ¡AHORA!

Colgó de un golpe disfrutando de las circunstancias que lo colocaban en una posición tal que podía permitirse mandar que otros hiciesen el peor trabajo. De repente, la existencia se le antojó mucho más agradable. Mellberg se retrepó en la silla, abrió el primer cajón y sacó un paquete de bolas de

chocolate. Con sus dedos menudos y en forma de salchicha sacó una y se la metió en la boca entera, con fruición. Después, tomó una más. Los hombres que, como él, trabajaban duro, necesitaban combustible.

**P**atrik ya había tomado el desvío hacia Tanumshede por Grebbestad cuando recibió la llamada de Mellberg. De modo que giró hacia el campo de golf de

Fjällbacka para dar la vuelta. Suspiró resignado. Ya estaba avanzada la tarde y tenía montones de cosas que hacer en la comisaría. No debería haberse quedado tanto tiempo en Fjällbacka, pero la compañía de Erica ejercía una atracción especial sobre él. Se sentía como si lo absorbiese un campo magnético tan poderoso que, para liberarse, necesitaba invertir tanta fuerza física como de voluntad. Otro suspiro. Aquello sólo podía

terminar de un modo: mal. No hacía tanto que había logrado superar el dolor después de la separación de Karin y ya iba de cabeza en busca de otra fuente de dolor. Para que luego digan que no hay masoquistas. Le había costado más de un año reponerse de la separación. Había pasado incontables noches ante el televisor para, sin verlas en realidad, ver series de calidad del tipo de *Texas Ranger* o *Misión Imposible*. Incluso la

teletienda le parecía mejor alternativa que tumbarse solo en la cama de matrimonio, para retorcerse, mientras las imágenes de Karin en la cama con otro hombre desfilaban por su mente como una mala telenovela. Pese a todo, la atracción que sentía al principio por Karin no podía compararse con la que ahora le inspiraba Erica. Y la lógica le susurraba malévolamente, por tanto, no sería mayor la caída.

Como de costumbre, tomó demasiado de prisa las últimas curvas antes de entrar en Fjällbacka. Este caso empezaba a sacarlo de quicio. Pagó su frustración con el coche y se convirtió en un auténtico peligro público cuando tomó la última curva antes de la cuesta abajo hasta el lugar donde, en otro tiempo, se alzaba el viejo silo, ahora desaparecido. En su lugar habían construido casas y cobertizos de pesca al estilo



antiguo. Los precios rondaban los dos millones de coronas y a Patrik no dejaba de sorprenderle que la gente tuviese tanto dinero como para permitirse una casa para veranear por semejante suma.

Un motociclista apareció como de la nada en medio de la curva y Patrik se vio obligado a dar un volantazo. El corazón le latía desbocado y, al final, redujo a una velocidad inferior a la permitida. Faltó poco. Una

ojeada al espejo retrovisor le confirmó en la suposición de que el motociclista seguía entero sobre su vehículo y podía proseguir su viaje.

Continuó por la carretera, sin desviarse, pasando por delante de la pista de minigolf hasta llegar al cruce de la gasolinera. Allí giró a la izquierda, en dirección a los edificios de inquilinos. Una vez más pensó en lo horrendos que eran. De color marrón y blanco y estilo años sesenta,

como cubos esparcidos al sur del acceso a Fjällbacka. Se preguntó cómo se lo habría planteado el arquitecto que los diseñó. ¿Habría puesto todo su empeño en hacerlos lo más feos posible, como si se tratase de un experimento? ¿O simplemente, no le importaba lo más mínimo? Lo más probable es que fuesen resultado de la fiebre del programa millonario de los sesenta. «Viviendas para todos». Lástima que no lo

hubiesen ampliado a «Bonitas viviendas para todos».

Dejó el coche en el aparcamiento y entró en el primer portal. Número cinco. El de Anders, pero también el de la testigo Jenny Rosén. Vivían en la segunda planta. Llegó al descansillo resoplando y pensó que, últimamente, había hecho demasiado poco ejercicio y había comido demasiados dulces. Él no había sido nunca una

maravilla haciendo deporte, pero jamás había llegado a aquellos extremos.

Se detuvo un instante frente a la puerta de Anders y aplicó el oído. No se oía lo más mínimo. O no estaba en casa o estaba fuera de combate.

La puerta de Jenny quedaba a la derecha, es decir, justo enfrente de la de Anders, que vivía a la izquierda según se subía. La joven había cambiado la habitual placa con el nombre

por una propia, de madera, donde se leían los nombres de Jenny y Max Rosén en recargada caligrafía y decoración de rosas que se entrelazaban por todo el borde. Dedujo que estaba casada.

Jenny había llamado a la comisaría para dejar su testimonio aquella mañana, a hora bien temprana, y Patrik esperaba que aún estuviese en casa. El día anterior, cuando estuvieron llamando a las puertas de

todos los vecinos de la planta, no había nadie en casa, pero habían dejado una tarjeta de visita en la que le rogaban que llamase a la comisaría cuando volviese. De ahí que no hubiesen recibido hasta hoy la información sobre la hora en que Anders llegó a su casa la tarde que murió Alex.

La campanilla del timbre resonó en el apartamento desatando enseguida el llanto enrabiado de un niño. Se oyó un ruido de pasos en

el vestíbulo y, más que verlo, intuyó que alguien lo observaba por la mirilla de la puerta. Después oyó cómo quitaban la cadena de seguridad y la puerta se abrió.

—¿Sí?

Una mujer con un niño de un año aproximadamente apareció en el umbral. Era muy delgada y tenía el cabello tintado de rubio intenso. A juzgar por las raíces, el color natural de su pelo estaba entre castaño



oscuro y moreno, lo que confirmaban un par de ojos castaños muy oscuros. Iba sin maquillar, tenía aspecto de cansancio y vestía un par de pantalones de chándal raídos y con rodilleras y una camiseta con un gran logotipo de Adidas en el pecho.

—¿Jenny Rosén?

—Sí, soy yo. ¿Qué ocurre?

—Soy Patrik Hedström, de la comisaría. Llamaste esta mañana y me gustaría

hablar contigo sobre la información que nos diste.

Patrik hablaba en voz baja, para que no se oyese en el apartamento contiguo.

—Entra.

Era un apartamento pequeño, de una sola habitación, y estaba claro que allí no vivía ningún hombre. Al menos, ninguno mayor de un año. La vivienda era una explosión de rosa. Todo allí era rosa. Las alfombras, los manteles, las cortinas, las lámparas...,

todo. Los lazos también parecían motivo apreciado, y los había más que de sobra en lámparas y candelabros. Los cuadros de las paredes subrayaban aún más el talante romántico de la propietaria. Rostros de mujer difuminados precedidos de bandadas de pájaros en pleno vuelo. Y, sobre la cama, un cuadro que representaba a un niño llorando.

Se sentaron en un sofá blanco de piel y, gracias a

Dios, la joven no le ofreció café: ya había tenido bastante por hoy. Se sentó al niño en las rodillas, pero el pequeño no paraba de moverse, así que lo sentó en el suelo, donde empezó a dar vueltas con movimientos aún torpes.

A Patrik le llamó la atención lo joven que era la mujer. Apenas si acabaría de dejar atrás la adolescencia y no le calculaba más de dieciocho. Pero sabía que no era inusual que, en los

pueblos pequeños como aquél, la gente tuviese un hijo o dos antes de cumplir los veinte siquiera. Cuando la oyó llamar Max al niño, concluyó que el padre no vivía con ellos. Lo que tampoco era inusual. Las relaciones a edad tan temprana no solían superar la prueba de un bebé.

Patrik sacó su bloc de notas.

—Veamos, fue hace dos viernes, el veinticinco, cuando viste a Anders

Nilsson llegar a casa hacia las siete, ¿correcto? ¿Cómo puedes estar tan segura de la hora?

—Nunca me pierdo la emisión de mi serie favorita que empieza a las siete y justo antes, oí un gran escándalo fuera. Nada anormal, te lo aseguro. En casa de Anders siempre hay jaleo. Sus compañeros de afición van y vienen a todas las horas imaginables del día y de la noche y, de vez en cuando, viene hasta la

policía. De todos modos, fui a mirar por la mirilla. Y allí estaba, borracho como una cuba e intentando meter la llave en la cerradura, pero ésta habría tenido que ser gigante para que lo hubiese conseguido, porque no atinaba. De todos modos, al final, se las arregló para abrirla y entró. Entonces oí la sintonía de mi serie favorita y me apresuré a sentarme frente al televisor.

La joven mordía nerviosa un mechón de su

largo cabello. Patrik observó que se comía las uñas hasta donde era físicamente posible y que, en lo que quedaba, había restos de esmalte de color rosa chillón.

Max había estado trabajando duro por bordear la mesa en dirección a Patrik y, con gesto triunfal, llegó a la meta y se agarró de la pernera de su pantalón.

—Arriba, arriba, arriba —repetía el pequeño. Patrik miró a Jenny sin saber qué



hacer.

—Sí, claro, cógelo.  
Parece que le gustas.

Con movimientos inexpertos, Patrik tomó al niño, se lo sentó en las rodillas y le dio su llavero para que jugase con él. La cara del pequeño se iluminó como un sol y le dedicó una gran sonrisa que dejó ver sus dos dientes como dos granitos de arroz, Patrik se sorprendió a sí mismo al devolverle la sonrisa. Algo se estremeció en su pecho.

Si las cosas se hubiesen desarrollado de otro modo, a estas alturas él podría tener en sus rodillas a su propio hijo. Mientras reflexionaba sobre ello, acarició la pelusilla de la cabeza del pequeño.

—¿Qué tiempo tiene?

—Once meses. Me tiene entretenida, te lo aseguro.

El rostro de la joven se inundó de ternura al mirar a su hijo y Patrik reparó de repente en lo bonita que era, pese a su aspecto de

cansancio. No podía ni imaginar lo dura que debía de ser su condición de madre soltera, y a su edad. Aquella joven debería salir a divertirse con sus amigos y vivir la vida. En cambio, dedicaba las noches a cambiar pañales y a las tareas domésticas. Como para ilustrar las tensiones que sobrellevaba, la muchacha tomó un cigarrillo de un paquete que había sobre la mesa y lo encendió. Con fruición, dio una honda

calada antes de ofrecerle el paquete a Patrik. Él negó con un gesto. Tenía una opinión muy concreta sobre lo de fumar en la misma habitación que un niño, pero no era asunto suyo, sino de la madre del pequeño. Personalmente, no alcanzaba a comprender cómo nadie podía dedicarse a chupar algo que sabía tan condenadamente mal como un cigarrillo.

—¿No pudo haberse marchado después otra vez?

—Aquí se oye hasta un alfiler que caiga en el descansillo. Todos los que vivimos aquí tenemos un control férreo sobre quién entra y sale y cuándo lo hace. Estoy totalmente segura de que Anders no volvió a salir.

Patrik comprendió que no conseguiría mucho más. Por pura curiosidad, le preguntó:

—¿Qué pensaste al oír que Anders era sospechoso de asesinato?

—Que era un bulo.

Dio otra larga calada y expulsó el humo formando anillos. Patrik tuvo que contenerse para no hablar de los riesgos de los fumadores pasivos. Max, por su parte, seguía en su rodilla, muy ocupado en chupar su llavero. Lo sostenía entre sus manos gordezuelas y, de vez en cuando, miraba a Patrik, como para agradecerle que le hubiese prestado aquel fantástico juguete.

Jenny prosiguió:

—Desde luego que Anders es un verdadero desastre, pero no sería capaz de matar a nadie. Es un tío legal. De vez en cuando, llama a mi puerta para pedirme un cigarrillo y, esté borracho o no, siempre es legal. En alguna que otra ocasión, le he pedido que se quede con Max mientras yo iba a comprar. Pero eso sólo cuando está sobrio, claro. Si no, nunca.

La joven apagó el cigarrillo en un cenicero

repleto de colillas.

—En realidad, los borrachos de por aquí no son mala gente. Pobres desgraciados que consumen su vida bebiendo juntos. Sólo se hacen daño a sí mismos.

Echó hacia atrás la cabeza para apartar el pelo de la cara y extendió el brazo otra vez en busca del paquete de tabaco. Tenía los dedos amarillentos por la nicotina y, al parecer, este cigarrillo le sabía tan bien



como el primero. Patrik empezaba a notar el humo y tampoco creía que pudiese obtener más información útil. Max protestó cuando lo bajó de sus rodillas y se lo entregó a Jenny.

—Bien, gracias por tu colaboración. Seguro que volveremos a llamarte.

—Bueno, aquí estaré. No pienso irme a ninguna parte.

El cigarrillo se consumía en el cenicero y el humo empezó a ascender en dirección a Max, que cerró

los ojos irritado. Seguía mordisqueando las llaves y miraba a Patrik como retándolo a quitárselas. Patrik no tenía otro remedio, así que empezó a tirar con cuidado, pero los granos de arroz que Max tenía por dientes resultaron ser mucho más fuertes de lo que él creía. Por si fuera poco, el llavero estaba a aquellas alturas por completo empapado de babas y era difícil sujetarlo sin que resbalase. Tiró, pues, algo

más fuerte, a lo que el niño respondió con un gruñido de insatisfacción.

Experta en ese tipo de situaciones, Jenny logró, con un firme tirón, quitarle a Max el llavero, que le devolvió a Patrik. Max gritaba a pleno pulmón sin ocultar su disgusto ante el curso desfavorable que para él habían tomado los acontecimientos.

Sujetándolo entre el pulgar y el índice, Patrik intentó secarlo discretamente en la

pernera antes de guardárselo en el bolsillo.

Jenny y un Max lloroso lo acompañaron hasta la puerta. Lo último que vio antes de que ésta se cerrase fueron las grandes lágrimas que rodaban por las sonrosadas mejillas del bebé. En algún lugar de su corazón, sintió una punzada.

La casa resultaba ahora demasiado grande para él. Henrik iba de una habitación

a otra. Todo lo que allí había le recordaba a Alexandra. Cada centímetro había sido objeto de sus cuidados y su amor. A veces se preguntaba si no habría sido por la casa por lo que había aceptado ser su pareja. La relación no empezó en serio para ambos hasta que no la llevó a la casa. Él, por su parte, había sido serio desde el día en que la vio en un encuentro universitario para estudiantes extranjeros. Alta y rubia, con un aura de

inaccesibilidad que lo atrajo más que ninguna otra cosa en la vida. Jamás había deseado algo tan ardientemente como había deseado a Alex. Y estaba acostumbrado a conseguir lo que quería. Sus padres habían estado demasiado ocupados con sus propias vidas y no solían quedarles ganas de invertir ninguna energía en la suya.

El tiempo que no se ocupaban de la empresa, se esfumaba en infinidad de

actos sociales. Galas benéficas, cócteles, cenas con conocidos del mundo de los negocios. Henrik tenía que quedarse en casa con la canguro y lo que mejor recordaba de su madre era el rastro que dejaba su perfume cuando lo besaba al marcharse, con la mente ya puesta en algún frívolo evento. En compensación, no tenía más que señalar cualquier cosa y enseguida la tenía. Nunca le habían negado nada material,

aunque se lo daban con indiferencia, del mismo modo que, distraídamente, se acaricia al perro que mendiga la atención del amo.

Con Alex, Henrik se enfrentó por primera vez en su vida a algo que no podía conseguir con tan sólo pedirlo. Ella era inaccesible y difícil y, por ello, irresistible. Él la había cortejado con tesón y sin descanso. Rosas, cenas, regalos y cumplidos. No



regateó en esfuerzos. Y ella, aunque reacia, se había dejado cortejar y guiar hasta el inicio de una relación. No es que Alex protestase, no; jamás habría podido obligarla, pero con indiferencia. Y hasta aquel verano en que la llevó a Gotemburgo y entraron en la casa de Särö, ella no empezó a convertirse en parte activa de la pareja. Respondía a sus abrazos con una intensidad nueva y él no se había sentido más feliz en toda su

vida. Se casaron aquel mismo verano, en Suecia, tan sólo un par de meses después de haberse conocido y, tras regresar a Francia para cursar el último año en la universidad, volvieron para quedarse en la casa de Särö.

Ahora, cuando recordaba aquel tiempo, cayó en la cuenta de que las únicas veces que la había visto verdaderamente feliz era cuando se dedicaba a la casa. Henrik se sentó en uno

de los grandes sillones Chesterfield de la biblioteca y echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. Las imágenes de Alex pasaban por su mente como si de una vieja película en superocho se tratase. Sentía la piel refrescante y rugosa bajo los dedos y siguió con ellos el vertiginoso recorrido de una grieta que allí había pintado el tiempo.

Lo que más recordaba eran sus distintas sonrisas. Cuando encontraba para la

casa algún mueble que era precisamente lo que estaba buscando, o cuando cortaba con un cuchillo un tapiz y hallaba el original debajo, aún en buen estado; entonces, su sonrisa era amplia y sincera. Cuando él la besaba en la nuca o le acariciaba la mejilla, o le decía cuánto la quería; también entonces reía, a veces. A veces, pero no siempre. Él llegó a odiar esa sonrisa lejana, ausente, indulgente. Después,

Alexandra volvía el rostro mientras sus secretos se movían como serpientes bajo la superficie.

Él nunca le preguntó. Por pura cobardía. Por miedo a provocar reacciones en cadena cuyas consecuencias no estaba dispuesto a aceptar. Era mejor tenerla a su lado, aunque no fuese más que en el sentido puramente físico; pero no perdía la esperanza de que un día llegase a ser del todo suya. Estaba

dispuesto a correr el riesgo de no tenerlo todo nunca, a cambio de estar seguro de poseer una parte. Un fragmento de Alex era suficiente. Hasta ese punto la amaba.

Observó la biblioteca. Los libros, que cubrían todas las paredes y que ella se había esforzado por reunir, buscando en los anticuarios de Gotemburgo, no servían más que de exposición. Salvo los libros de texto de la universidad, no recordaba

haberla visto leer un libro en su vida. Tal vez Alex tenía suficiente con su propio sufrimiento y no necesitaba leer acerca del ajeno.

Lo que más le costaba aceptar era lo del niño. Ella negaba vehemente siempre que él sacaba a relucir ese tema. Decía que no quería traer niños a un mundo como éste.

Lo del otro hombre, ya lo había aceptado. Henrik sabía que Alex no iba a Fjällbacka con tanto

entusiasmo todos los fines de semana para estar sola, pero aquello era algo con lo que él había aprendido a vivir. Su vida íntima llevaba muerta más de un año. Y también había aprendido a vivir con ello, con el tiempo. Lo que no se veía capaz de aceptar era que ella estuviese dispuesta a tener el hijo de otro hombre, pero no el suyo. Aquello era lo que le causaba pesadillas por las noches. Sudoroso, daba vueltas sin cesar entre las



sábanas, sin la menor esperanza de conciliar el sueño. Tenía ojeras y había perdido varios kilos. Se sentía como una cinta de goma que se estiraba y se estiraba y que, tarde o temprano, llegaría a partirse con un chasquido. Hasta aquel momento, había llevado su dolor sin verter una lágrima. Pero aquella noche, Henrik Wijkner se inclinó hacia delante, con el rostro oculto entre las manos, y empezó a llorar.

*Las acusaciones, las duras palabras, el oprobio, todo le resbalaba como el agua. ¿Qué significaban unas horas de insultos en comparación con años de culpa? ¿Qué significaban unas horas de insultos frente a una vida sin su princesa de hielo?*

*Él se reía de los intentos, patéticos por demás, de asumir la culpa uno mismo.*

*No veía razón alguna para ello. Mientras no viese razón para ello, ellos no lo conseguirían.*

*Pero tal vez ella tuviese razón. Tal vez el día del juicio hubiese llegado ya. A diferencia de ella, él sí sabía que el juez no vendría vestido de carne humana. Lo único que podía juzgarlo a él tenía que ser algo más grande que el hombre, más grande que la carne, pero tan digno como el espíritu. A mí sólo podrá juzgarme*

*quien pueda ver mi alma, se decía.*

*Era curioso ver cómo sentimientos totalmente opuestos podían mezclarse hasta convertirse en un sentimiento nuevo. Amor y odio resultaban en indiferencia. El deseo de venganza y el perdón se convertían en determinación. La ternura y la amargura, en dolor; un dolor tan grande que podía destrozar a un hombre. Ella siempre había sido para él*

*una extraña mezcla de luz y oscuridad, como el rostro de Jano, que unas veces juzgaba y otras se mostraba comprensivo. En ocasiones, ella lo cubría de ardientes besos, pese a que era abominable. Otras, lo humillaba y lo odiaba precisamente porque era abominable. En los contrastes no era posible el descanso.*

*La última vez que la vio fue el día que más la amó. Por fin era del todo suya.*

*Por fin le pertenecía por completo, para disponer de ella como se le antojase. La última vez que la vio, el velo había perdido su misterio y sólo quedaba la carne. Claro que aquello la convirtió en un ser accesible. Por primera vez le pareció poder sentir quién era ella. Había tocado sus miembros rígidos por el frío y había sentido el alma que aún aleteaba en su gélida prisión. Jamás la había amado tanto como entonces.*

*Ahora había llegado el momento de enfrentarse al destino, cara a cara. Esperaba que el destino se mostrase condescendiente. Pero no lo creía.*



**L**a despertó el teléfono. ¿Por qué no podía llamar la gente a unas horas más sensatas?

—Erica.

—Hola, soy Anna. —

Parecía en guardia y, en

opinión de Erica, no le faltaban motivos para ello.

—Hola. —Erica no pensaba ponérselo fácil.

—¿Cómo estás? —Anna caminaba como por un campo de minas.

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Bueno. No estoy mal. ¿Qué tal llevas el libro?

—Unos días mejor, otros días peor. Pero al menos voy avanzando. ¿Y los niños? —Erica decidió ceder un poco.

—Emma tiene un buen resfriado, pero el cólico de



Adrian parece estar remitiendo, así que ahora puedo dormir algunas horas por las noches.

Anna se rio, pero Erica creyó distinguir cierta amargura en su risa.

Hubo un momento de silencio.

—Oye, tenemos que hablar sobre la casa.

—Sí, eso creo yo también.

En esta ocasión, fue Erica quien contestó con amargura.

—Tenemos que venderla Erica. Si tú no puedes comprar nuestra parte, tenemos que venderla.

Al ver que Erica no respondía, Anna siguió hablando, bastante nerviosa.

—Lucas ha estado hablando con la inmobiliaria y dicen que la pongamos en venta por tres millones. Tres millones, Erica, ¿te das cuenta? Con un millón y medio, que es lo que te corresponde, podrías dedicarte a escribir

tranquilamente, sin tener que pensar en tu economía. No debe de ser fácil vivir de lo que escribes en tu situación actual. ¿Cuántos ejemplares se editan de cada uno de tus libros? ¿Dos mil? ¿Tres mil? Y no creo que ganes mucho por cada libro vendido, ¿a que no? No lo comprendes, Erica, también para ti es una oportunidad. Tú siempre has dicho que querías escribir una novela. Y, con ese dinero, podrás disponer del tiempo necesario para

hacerlo. El agente inmobiliario opina que será mejor esperar hasta abril o mayo para enseñar la casa, para que venga el mayor número de gente posible, pero que una vez que la anunciemos, la venta debería estar lista en un máximo de dos semanas. Tú comprendes que debemos hacerlo, ¿verdad?

Anna hablaba en un tono suplicante, pero Erica no se sentía compasiva. El descubrimiento de la noche

anterior la había mantenido despierta y cavilando casi toda la noche, y se sentía más bien decepcionada e irritable.

—No, Anna, no lo comprendo. Ésta es la casa de nuestros padres. Aquí crecimos. Mamá y papá la compraron de recién casados. Ellos adoraban esta casa. Y yo también, Anna. No puedes hacer esto.

—Pero el dinero...

—¡A mí me da igual el dinero! Me las he arreglado

hasta ahora y pienso seguir haciéndolo.

Erica estaba tan enfadada que le temblaba la VOZ.

—Pero Erica, tienes que comprender que no puedes obligarme a conservar la casa si no quiero. La mitad es mía.

—Si de verdad fueses tú quien lo quisiese así, yo habría pensado que era una verdadera pena, claro, pero habría aceptado tu opinión. El problema es que sé que

las razones que aduces son la opinión de otra persona. Es Lucas quien quiere vender, no tú. La cuestión es si tú sabes lo que quieres. Dime, Anna, ¿lo sabes?

Erica no se molestó en esperar su respuesta.

—Y me niego a permitir que Lucas Maxwell gobierne mi vida. Tu marido es un cerdo redomado. Y tú tendrías que venirte aquí y ayudarme a ordenar las cosas de mamá y papá. Ya llevo varias semanas

intentando organizarlo todo y aún queda trabajo para otras tantas. No es justo que tenga que hacerlo yo sola. Si estás tan amarrada a los fogones que no se te permite ni encargarte de la herencia de tus padres, deberías pararte a pensar en serio si es así como quieres vivir el resto de tu vida.

Erica colgó el auricular con tal violencia que el aparato cayó al suelo. Estaba tan encolerizada que le temblaba todo el cuerpo.



En Estocolmo estaba Anna, sentada en el suelo, con el auricular en la mano. Lucas estaba en el trabajo y los niños dormían, así que había aprovechado aquel rato de tranquilidad para llamar a Erica. Se trataba de una conversación que llevaba varios días posponiendo, pero Lucas no dejaba de insistir en que tenía que llamar a Erica para hablar de lo de la casa de modo que, al final, le hizo caso.

Anna se sentía destrozada en mil pedazos, cada uno de una naturaleza. Ella amaba a Erica y amaba también la casa de Fjällbacka, pero su hermana no comprendía que ella tenía que dar prioridad a su propia familia. No había nada que no estuviese dispuesta a hacer o a sacrificar por sus hijos; y si ello implicaba mantener contento a Lucas a costa de la relación con su hermana mayor, pues así sería. Emma y Adrian eran

lo único que la hacía levantarse por las mañanas, seguir viviendo. Si lograra hacer feliz a Lucas, todo se arreglaría. Estaba convencida. Él se veía obligado a ser tan duro con ella porque ella era difícil y no hacía lo que él quería. Si ella le entregase ese regalo, si sacrificase por él el hogar de sus padres, él comprendería cuánto estaba dispuesta a hacer por él y por su familia y todo volvería a ser como antes.

En algún recóndito lugar de su ser, una voz le decía todo lo contrario. Pero Anna hundía la cabeza y lloraba y, con sus lágrimas, ahogaba aquella débil voz. Dejó el auricular en el suelo.

Erica apartó indignada el edredón y bajó los pies de la cama. Se arrepentía de haberle hablado a Anna tan duramente, pero su mal humor y la falta de sueño la habían hecho perder la

atención por completo. Intentó llamarla otra vez, para tratar de arreglarlo en la medida de lo posible, pero comunicaba continuamente.

—¡Mierda!

El taburete que había ante la cómoda se llevó una buena patada, pero, en lugar de sentirse mejor, Erica se dio un golpe que la tuvo andando a la pata coja, sujetándose el dedo gordo del pie con la mano y chillando un buen rato. Dudaba mucho de que un

parto fuese tan doloroso como aquello. Cuando pasó el dolor, se colocó sobre la balanza, en contra del buen juicio.

Sabía que no debía hacerlo, pero la masoquista que llevaba dentro la obligaba a buscar la verdad. Se quitó la camiseta con la que había dormido, que siempre aumentaba algunos gramos, y sopesó incluso si las bragas supondrían algún incremento. Lo más probable era que no. Puso

primero el pie derecho sobre la balanza, pero dejó descansar parte del peso en el izquierdo, que aún tenía en el suelo. Fue aumentando gradualmente la transmisión del peso al pie derecho y, cuando la aguja llegó a los sesenta kilos, deseó que no se moviese más. Pero no fue así. Cuando por fin puso todo su cuerpo sobre la balanza, ésta indicó inmisericorde los setenta y tres kilos que pesaba. Eso es. Más o menos lo que ella se

temía, pero con un kilo de más. Había calculado dos kilos más, pero la balanza marcaba tres más desde la última vez que se había pesado, que fue la mañana en que encontró a Alex.

Después de hecho, lo de pesarse le parecía algo absolutamente innecesario. No es que no hubiese notado en la cintura del pantalón que había engordado, pero hasta el instante en que no le cabía ya ninguna duda, la negación del hecho era una



grata compañía. La humedad que había en el armario o haber lavado la ropa a demasiada temperatura eran excusas que le habían servido divinamente en numerosas ocasiones a lo largo de los años. Ahora las veía absurdas y se sentía incluso tentada de cancelar la cena con Patrik. Cuando lo viese, quería sentirse *sexy*, guapa y delgada, en lugar de hinchada y gorda. Abatida, se miró la tripa e intentó meterla tanto como le fue

posible. Era inútil. Entonces, se puso de perfil ante el espejo de cuerpo entero y probó a sacar la barriga tanto como pudo. Exacto: aquella imagen encajaba mucho mejor con la sensación que ella tenía en aquel momento.

Con un suspiro de resignación, se puso un par de pantalones de chándal con una condescendiente cinturilla de goma y la misma camiseta con la que había dormido. Se prometió a sí misma que volvería a

tomarse en serio su peso a partir del lunes. No tenía ningún sentido empezar ahora, pues ya tenía planeada una cena de tres platos para aquella noche y, ya se sabe, si una quiere deslumbrar a un hombre en la cocina, la crema y la mantequilla son ingredientes imprescindibles. Los lunes siempre eran, además, un día excelente para empezar una nueva vida. Por enésima vez, se prometió a sí misma que empezaría a hacer

ejercicio y a observar la dieta de *El peso ideal* a partir del lunes. Se convertiría en una mujer nueva. Pero no hoy.

Un problema de orden mayor era, desde luego, el que casi la mataba a cavilar desde la noche anterior. Había dado mil vueltas a las alternativas pensando qué hacer, pero sin llegar a ninguna conclusión. De pronto, se veía en poder de una información que deseaba con toda su alma no

haber conocido jamás.

La cafetera empezaba ya a despedir el delicioso aroma a café recién hecho y la vida empezó a parecerle algo más agradable. Era increíble lo que podía hacer un sorbo de aquella bebida humeante. Se sirvió una taza de café solo que bebió con fruición, de pie junto a la encimera de la cocina. Ella nunca había sido muy partidaria de desayunar con abundancia y pensó que bien podía ahorrarse algunas

calorías hasta la cena.

Cuando llamaron a la puerta se sorprendió tanto que se le derramó el café en la camiseta. Lanzó una maldición mientras se preguntaba quién sería a aquellas horas de la mañana. Miró el reloj de la cocina. Las ocho y media. Dejó la taza e, intrigada, fue a abrir la puerta. Quien esperaba al otro lado sobre el rellano de la escalera era Julia Carlgren, que se frotaba las manos para mitigar el frío.

—¿Hola? —preguntó  
más que saludó Erica.

—Hola —respondió  
Julia, sin añadir más.

Erica se preguntó qué haría la hermana menor de Alex en su rellano a aquellas horas de la mañana de un martes, pero prevaleció su buena educación y la invitó a entrar.

Julia entró desenvuelta, colgó el abrigo en el perchero y echó a andar delante de Erica hacia la sala de estar.

—¿Podrías ponerme una taza de ese café que huele tan bien?

—¿Eh?, sí, ahora mismo.

Erica le preparó la taza en la cocina mientras alzaba los ojos al cielo sin que Julia la viese. Aquella muchacha no estaba del todo bien. Le sirvió la taza y, con la suya en la mano, invitó a Julia a sentarse en el sofá de mimbre del porche. Ambas bebieron un rato en silencio. Erica resolvió esperar. Julia tendría que contarle a qué



había venido. Tras un par de minutos de tensión, la joven tomó la palabra.

—¿Te has venido a vivir aquí?

—No, en realidad no. Vivo en Estocolmo, pero vine a arreglar un poco las cosas de la herencia.

—Sí, me lo dijeron. Lo siento.

—Gracias. Lo mismo te digo.

Julia soltó una extraña risita que Erica encontró desconcertante y fuera de

lugar. Recordó el documento que había encontrado en la papelería de la casa de Nelly Lorentz y se preguntó cómo encajarían las distintas piezas.

—Imagino que estarás preguntándote qué hago aquí.

Julia miró a Erica con su peculiar mirada inalterable. Aquella joven apenas si parpadeaba.

Erica pensó una vez más en lo diametralmente opuesta que era a su

hermana mayor. La piel de Julia aparecía marcada por cicatrices de acné y parecía que se hubiese cortado el pelo ella misma con unas tijeras para las uñas. Y sin espejo. Había algo insalubre en su aspecto. Una palidez enfermiza cubría su piel como una membrana grisácea. Tampoco parecía compartir con Alex el interés por la ropa. Se diría que se compraba la ropa en una tienda para señoras jubiladas y, sin llegar a

parecer un disfraz, estaban tan lejos de la moda actual como pudiera imaginarse.

—¿Tienes alguna foto de Alex?

—¿Perdón?

Erica quedó perpleja ante aquella pregunta tan concreta.

—¿Una foto? Sí, creo que tengo algunas. Bastantes, incluso. A mi padre le encantaba la fotografía y siempre estaba haciendo instantáneas cuando éramos pequeñas.

Como Alex venía con mucha frecuencia, seguro que aparece en más de una.

—¿Podría verlas?

Julia miraba a Erica como intimidándola, como reprochándole que no hubiese ido ya a buscarlas. Llena de gratitud, Erica aprovechó la oportunidad para escapar por un instante a la persistente mirada de Julia.

Las fotos estaban en un arca que había en el desván. Aún no había tenido tiempo

de empezar a hacer limpieza allí arriba, pero sabía perfectamente dónde estaba el arca. Todas las fotografías de la familia estaban allí y ella había pensado ya con horror en el día en que empezase a revisarlas. Gran parte de ellas estaban sueltas, pero las que buscaba estaban en álbumes. Los hojeó por orden hasta que, en el tercero, encontró las que buscaba. También en el cuarto álbum había instantáneas de Alex, de

modo que, con ambos en la mano, bajó con cuidado las escaleras del desván.

Julia seguía sentada en la misma posición en que la había dejado. Erica se preguntó si se habría movido un ápice mientras ella estaba en el desván.

—Aquí están las que pueden interesarte.

Erica resopló al tiempo que dejaba los gruesos álbumes en la mesa entre una nube de polvo.

Julia se lanzó ansiosa

sobre el primer álbum y Erica se sentó a su lado en el sofá para poder explicarle las fotos.

—¿Cuándo fue esto?

Julia señalaba la primera fotografía que encontró de Alex, en la segunda página.

—Déjame ver. Esto debe de ser en... 1974. Sí, creo que sí. Tendríamos nueve años, más o menos.

Erica pasó el dedo sobre la foto con un hondo sentimiento de añoranza. Hacía tanto tiempo... Ella y



Alex estaban desnudas en el jardín un caluroso día de verano y, si no recordaba mal, estaban desnudas porque habían estado corriendo y chillando y jugando a escapar al chorro de la manguera del jardín. Lo que más llamaba la atención de la imagen era que Alex llevaba guantes de lana.

—¿Por qué llevaba guantes? Parece que esto es en junio, más o menos.

Julia miraba atónita a

Erica, que se echó a reír al recordar el episodio.

—A tu hermana le encantaban aquellos guantes y se empeñaba en llevarlos siempre, no sólo todo el invierno, sino también la mayor parte del verano. Era terca como una mula y nadie fue capaz de convencerla de que se quitase aquellos asquerosos guantes.

—Sí, ella sabía lo que quería, ¿verdad?

Julia miraba la foto con una expresión que casi

podría calificarse de ternura. En un segundo, el atisbo de ese sentimiento desapareció por completo y la joven pasó impaciente la página.

A Erica, aquellas fotos le parecían reliquias de otra época. Hacía tanto tiempo y habían sucedido tantas cosas desde entonces. A veces sentía como si los años de la infancia compartidos con Alex no hubiesen sido más que un sueño.

—Éramos como hermanas. Pasábamos todo

el tiempo juntas y a menudo incluso dormíamos juntas. Solíamos preguntar lo que había para cenar en nuestras casas para quedarnos a cenar en la que servirían la cena más rica.

—En otras palabras, solíais comer aquí, en tu casa.

Por primera vez, una sonrisa asomó a los labios de Julia.

—Sí, bueno, digamos lo que digamos de tu madre, no creo que pudiese ganarse la

vida como cocinera...

Una foto en particular captó la atención de Erica, que empezó a acariciarla. Era una instantánea buenísima. Alex estaba sentada en la popa de la barca de Tore y todo su rostro sonreía. El rubio cabello al viento, flotando alrededor de la cara y, a su espalda, se extendía la hermosa silueta de Fjällbacka. Seguro que iban a salir en barca a las rocas para pasar el día bañándose

y tomando el sol. Hubo muchos días así. Como de costumbre, su madre no podía acompañarlas. Se quedaba en casa con la excusa de tener que hacer un montón de tareas sin importancia. Siempre igual. Erica podía contar con los dedos de una mano las excursiones en las que Elsy había participado. Sonrió al ver una foto de Anna, de ese mismo día. Como de costumbre, aparecía haciendo el tonto y, en esta

fotografía, se la veía colgada por la borda haciendo mohines.

—¡Tu hermana!

—Sí, mi hermana Anna.

La respuesta de Erica fue breve y su tono indicaba que no quería seguir hablando de ese tema. Julia entendió el mensaje y siguió pasando las hojas del álbum con sus dedos cortos y gruesos. Tenía las uñas mordidas y, en algunos dedos, había llegado a hacerse heridas. Erica se obligó a apartar la

vista de los dedos maltratados de Julia y se centró en las fotos.

Hacia el final del primer álbum, de repente, Alex ya no estaba en las imágenes. Era un fuerte contraste, de figurar en todas las páginas anteriores a no aparecer en ninguna. Julia dejó los álbumes en la mesa, uno encima de otro, y se echó hacia atrás en el sofá, con la taza de café entre las manos.

—¿No quieres otro café? Ése se te habrá enfriado ya.



Julia miró la taza y comprendió que Erica tenía razón.

—Sí, gracias, si hay.

Le dio la taza a Erica, que agradeció poder moverse un poco. El sofá de mimbre era muy bonito, pero al cabo de un rato ni la espalda ni el trasero lo consideraban nada cómodo. La espalda de Julia parecía opinar lo mismo, pues la joven se levantó y acompañó a Erica a la cocina.

—Fue un funeral muy

bonito. Y a vuestra casa también acudieron muchos amigos.

Erica estaba de espaldas a Julia, sirviendo el café. Un murmullo indescifrable fue todo lo que obtuvo por respuesta. De modo que decidió ser un poco más osada.

—Me dio la impresión de que tú y Nelly Lorentz os conocíais bien. ¿Cómo entablasteis amistad?

Erica contuvo la respiración. El papel que

había encontrado en la papelera en casa de Nelly aumentaba su curiosidad por la respuesta de Julia.

—Mi padre trabajaba para ella.

Julia pareció haber respondido sin querer y se llevó la mano a la boca en un acto reflejo, antes de añadir nerviosa:

—Bueno, aunque eso fue mucho antes de que tú nacieras.

Erica siguió sonsacándole.

—Yo también estuve trabajando los veranos en la fábrica de conservas, cuando era estudiante.

Las respuestas seguían surgiendo a regañadientes y Julia sólo dejaba de morderse las uñas para hablar.

—Pues dio la impresión de que os lleváis muy bien.

—Sí, supongo que Nelly ve en mí algo que ninguna otra persona es capaz de ver.

Dijo aquellas palabras con una sonrisa amarga y

contenida. Erica sintió, de pronto, una gran simpatía por Julia. Su vida de patito feo debía de ser muy dura. No dijo nada y, tras unos minutos, el silencio obligó a Julia a continuar.

—Siempre pasábamos los veranos aquí y, cuando terminé tercero de secundaria, Nelly llamó a mi padre y le preguntó si no me gustaría ganarme un dinero extra trabajando en la oficina. Estaba claro que no podía perder la oportunidad

y, a partir de entonces, trabajé para ellos todos los veranos, hasta que empecé magisterio.

Erica comprendió que aquella respuesta omitía la mayor parte de la información. No podía ser de otro modo. Pero también comprendió que no le sacaría a Julia mucho más acerca de su relación con Nelly. Volvieron al sofá de mimbre del porche y tomaron en silencio unos sorbos de café. Ambas

miraban absortas la capa de hielo que se extendía hasta el horizonte.

—Para ti debió de ser muy duro que mis padres se mudasen con Alex.

Fue Julia quien tomó la palabra en primer lugar.

—Sí y no. Para entonces, ya no jugábamos nunca juntas así que, no fue agradable, pero tampoco tan dramático como lo habría sido cuando era mi mejor amiga.

—¿Qué pasó? ¿Por qué

dejasteis de salir juntas?

—Si yo lo supiera...

A Erica le sorprendió que aún le doliese recordarlo. Que aún sintiese con tanta intensidad la pérdida de la amistad de Alex. Habían pasado ya tantos años de aquello y lo normal era precisamente que las amigas de la infancia se separasen al crecer. Ella sospechaba que tal vez lo sentía así porque no tuvieron oportunidad de despedirse y nunca le explicaron por qué



se habían marchado. No habían discutido por nada, Alex no la dejó por otra amiga, no se dio ninguna de las circunstancias que suelen concurrir para que termine una amistad. Simplemente, Alex se retiró detrás de un muro de indiferencia antes de desaparecer sin decir una palabra.

—¿Os peleasteis por algo?

—No. Al menos, no que yo sepa. Alex perdió su interés en nuestra relación,

sencillamente. Dejó de llamarme y de quedar conmigo. Y si le proponía algo, no me decía que no, pero yo notaba que no tenía el menor interés. Así que al final dejé de contar con ella.

—¿Hizo nuevos amigos con los que empezó a salir?

Erica no sabía por qué Julia le hacía todas aquellas preguntas sobre su relación con Alex, pero no tenía ningún inconveniente en refrescar su memoria. Incluso podía servirle para el

libro.

—No, nunca la vi salir con nadie más. Y en el colegio también iba siempre sola. Y aun así...

—¿Qué?

Julia se le acercó interesada.

—Pues yo tenía la sensación de que había alguien. Pero puedo estar equivocada. Era sólo una sensación.

Julia asintió pensativa y a Erica le dio la impresión de que acababa de

confirmarle algo que ella ya sabía.

—Disculpa mi pregunta, pero ¿por qué quieres saber todo eso sobre la época en que Alex y yo éramos pequeñas?

Julia evitó mirarla a los ojos y respondió evasiva:

—Ella era mucho mayor que yo y, cuando yo nací, ya se había marchado al extranjero. Además, éramos muy distintas. Tengo la sensación de que no llegué a conocerla de verdad. Y

ahora ya es demasiado tarde. Busqué en casa por ver si encontraba alguna foto suya, pero apenas si tenemos. Y entonces me acordé de ti.

Erica pensó que la respuesta de Julia contenía tan poca verdad que tal vez pudiese incluso calificarse de mentira, pero se dio por satisfecha.

—En fin, ya es hora de que me vaya. Gracias por el café.

Julia se levantó bruscamente y fue a dejar la

taza en el fregadero. De repente, parecía tener mucha prisa por marcharse. Erica la acompañó hasta la puerta.

—Gracias por enseñarme las fotos. Era muy importante para mí.

Dicho esto, se marchó.

Erica se quedó un buen rato en la puerta viendo cómo se alejaba. Una figura gris y amorfa que caminaba a buen paso hacia la calle, protegiéndose con los brazos del intenso frío. Erica cerró la puerta despacio y entró a

calentarse.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan nervioso. Lo que experimentaba en la boca del estómago era una sensación maravillosa y horrenda a un tiempo.

La montaña crecía sobre la cama a medida que se iba probando ropa. Toda le parecía demasiado anticuada, demasiado deportiva, demasiado festiva, demasiado cursi o,

simplemente, demasiado fea. Además, la mayor parte de los pantalones le quedaban justos de cintura. Con un suspiro, arrojó sobre el montón otro par de pantalones y se sentó en calzoncillos sobre el borde de la cama. Toda la expectación por la cena desapareció de golpe y, a cambio, sufrió un ataque de angustia normal y corriente. Tal vez fuese mejor llamar para cancelar la cita.

Patrik se tumbó en la



cama y se quedó mirando al techo con las manos cruzadas en la nuca. Aún conservaba la de matrimonio y, en un impulso sentimental, empezó a acariciar el lado de Karin. Hasta hacía poco, no había empezado a ocuparlo mientras dormía. En realidad, debería haber comprado una cama nueva tan pronto como ella se marchó, pero no había sido capaz de hacerlo.

Pese a todo el dolor que

sintió cuando Karin lo abandonó, se había preguntado alguna que otra vez si era a ella a quien añoraba verdaderamente o si lo que echaba de menos era la ilusión del matrimonio como institución. Su padre había dejado a su madre por otra mujer cuando él tenía diez años y la consiguiente separación fue muy dolorosa, pues para hacerse daño sus padres lo utilizaron tanto a él como a su hermana pequeña Lotta.

Entonces, se prometió a sí mismo que jamás sería infiel, pero ante todo que jamás, jamás nunca, se divorciaría. Si se casaba, sería para toda la vida. Así que cuando él y Karin se casaron hacía cinco años en la iglesia de Tanumshede, no dudó ni un instante de que lo hacían para siempre. Pero la vida rara vez resulta como uno se la plantea. Ella y Leif llevaban más de un año viéndose a sus espaldas cuando él los sorprendió.

Una historia realmente clásica.

Un día que no se sentía bien llegó a casa un poco antes, y allí se los encontró, en el dormitorio. En la misma cama en la que él estaba ahora. Quizá fuese un masoquista, pues ¿cómo, si no, podía explicar que no se hubiese desecho ya de la cama? Aunque ahora ya era tarde. Ya no importaba lo más mínimo.

Se incorporó, dudando aún de si iría o no a casa de

Erica. Quería ir. Y no quería. Un ataque de falta de confianza en sí mismo había arrasado con toda la excitación que había sentido a lo largo del día, bueno, de cada día de la semana. Pero ya era demasiado tarde para llamar y cancelar la cena, así que no tenía muchas opciones.

Cuando, por fin, encontró un par de chinos que le quedaban aceptables de cintura y se puso una camisa azul recién

planchada, se animó un poco y empezó a alegrarse de nuevo ante la idea de la cena. Algo de espuma en el pelo alborotado y un gesto de «¡buena suerte!» a la imagen del espejo y ya estaba listo.

Sólo eran las siete y media, pero todo estaba oscuro y, aunque no nevaba mucho, la visibilidad no era muy buena cuando salió rumbo a Fjällbacka. Había tiempo suficiente para no tener que angustiarse. Por un

instante, dejó de pensar en Erica para reflexionar sobre lo que había ocurrido en el trabajo los últimos días. A Mellberg no le había gustado que Patrik confirmase que la testigo, la vecina de Anders, pareciese tan segura de lo que decía y que Anders, por tanto, tuviese una coartada para las horas en cuestión. Patrik no reaccionó con el mismo grado de agresividad que Mellberg por ese motivo, pero no podía negar que

sentía cierta desesperanza. Habían pasado ya tres semanas desde que encontraron a Alex y tenía la sensación de que no estaban más cerca de una solución que entonces.

Ahora se trataba de no perder el ánimo por completo, sino de tranquilizarse y empezar desde el principio. Todas las pistas, todas las declaraciones, debían estudiarse una vez más desde una nueva



perspectiva. Patrik elaboró mentalmente una lista con los asuntos que debía abordar en el trabajo al día siguiente. Lo más importante era averiguar quién era el padre del hijo que esperaba Alex. Tenía que haber alguien en Fjällbacka que hubiese visto u oído algo sobre a quién veía los fines de semana. No porque estuviese fuera de toda duda que Henrik fuese el padre; y Anders también figuraba como posible

candidato. Aunque, sin saber por qué, él no estaba muy convencido de que ella hubiese visto en Anders a un padre de familia ideal. Patrik pensaba que lo que Francine le había contado a Erica estaba muy próximo a la verdad. Había alguien en su vida que era muy importante. Alguien que tenía el suficiente peso como para que ella se alegrase de tener un hijo suyo. Lo que no había podido o querido hacer con su marido.

La relación sexual con Anders también era algo de lo que le gustaría saber más. ¿Qué hacía una mujer de la alta sociedad de Gotemburgo con un despojo borracho como Anders? Algo le decía que si descubría el modo en que se habían cruzado sus caminos hallaría también muchas de las respuestas que buscaba. Luego estaba lo del artículo sobre la desaparición de Nils Lorentz. Alex no era más que una niña en aquel

entonces. ¿Por qué guardaba en un cajón de la cómoda un recorte de hacía veinticinco años? Eran tantos y tan enredados los hilos, que se sentía como ante una de esas imágenes de las que sólo se ven puntos, hasta que uno entrecierra los ojos del modo preciso para que aparezca de pronto con toda la claridad deseable. Pero no era capaz de encontrar la posición correcta para que los puntos desvelasen la imagen. En los momentos de flaqueza, se

preguntaba si tendría, como policía, la habilidad suficiente como para llegar a verla un día. ¿Y si el asesino conseguía escapar por su incompetencia?

De repente, un ciervo cruzó trotando ante el coche y Patrik se vio bruscamente apartado de sus sombrías cavilaciones. Pisó a fondo el freno y logró evitar el cuarto trasero del animal por un par de centímetros. El coche patinó sobre el hielo de la calzada y no se detuvo hasta

después de transcurridos unos segundos, largos y aterradores. Apoyó la cabeza sobre las manos, aún aferradas convulsamente al volante y aguardó hasta haber recuperado un pulso normal. Se quedó allí sentado un par de minutos y, después, reanudó el viaje a Fjällbacka, pero le llevó un par de kilómetros atreverse a cambiar el paso de tortuga por algo más de velocidad.

Cuando conducía por la pendiente de Sälvik, cubierta

de arena, en dirección a la casa de Erica, iba con cinco minutos de retraso. Aparcó el coche detrás de la entrada al garaje y tomó la botella de vino que llevaba para regalarle. Respiró hondo y echó un último vistazo al peinado en el espejo retrovisor antes de sentirse preparado.

El montón de ropa que inundaba la cama de Erica estaba en pie de igualdad con el de Patrik. Incluso podría decirse que lo

superaba ligeramente. El armario empezaba a estar vacío y había varias perchas que tintineaban en la barra. Suspiró abatida. Nada le sentaba del todo bien. Los kilos extra que había ido engordando en las últimas semanas hacían que nada le quedase como ella quería. Aún lamentaba con amargura haberse pesado aquella mañana, y se maldecía por ello. Erica escrutó con mirada crítica la imagen que le devolvía el



espejo.

El primer dilema se le presentó después de la ducha cuando, igual que su heroína favorita, Bridget Jones, se vio ante la elección de qué braguitas ponerse. ¿Debía elegir su precioso tanga de encaje, por si se presentaba la remota ocasión de que ella y Patrik acabasen en la cama? ¿O, por el contrario, sería más acertado ponerse esas bragas enormes y horrendas con sujeción para la tripa y el trasero, que

incrementarían  
considerablemente las  
posibilidades de que Patrik y  
ella acabasen en la cama?  
Difícil elección. Sin  
embargo, teniendo en cuenta  
la envergadura de la tripa,  
resolvió por fin ponerse la  
variante más favorecedora.  
Y, sobre ellas, unas medias  
también con sujeción. En  
otras palabras, la artillería  
pesada.

Miró el reloj y  
comprendió que ya era hora  
de decidirse. Tras echar un

vistazo al montón de ropa que había en la cama, sacó de debajo la primera prenda que se había probado. El negro la hacía más delgada y el clásico vestido por las rodillas, modelo recuperado del viejo estilo Jackie Kennedy, favorecía la figura. Las únicas joyas que se puso fueron unos pendientes de perlas y el reloj de pulsera y se dejó el pelo suelto. Se colocó ante el espejo de perfil y metió la tripa. Y sí, con ayuda de la

combinación braguitas-faja, medias-faja y respiración contenida, su aspecto resultaba bastante aceptable. Así, tuvo que admitir que los kilos extra no eran tan perjudiciales. Podría vivir sin los que habían ido a parar a la tripa, pero el que se había distribuido por los pechos hacía que una hendidura bastante homogénea se dejase ver por el escote del vestido. Cierto que con la ayuda de un sujetador con relleno, pero

esos remedios debían de ser de uso generalizado hoy en día. Además, el que ella llevaba había sido confeccionado según los últimos avances tecnológicos, con silicona en los cascos, lo que provocaba un balanceo del pecho muy similar al natural. Un magnífico exponente del éxito de la ciencia en el servicio al ser humano.

El estrés provocado por la sesión de prueba y los nervios habían hecho que

empezasen a sudarle las axilas, así que volvió a lavarse con un suspiro de abatimiento. Casi veinte minutos le llevó conseguir un maquillaje perfecto y, cuando estuvo lista, se dio cuenta de que la decoración de su persona le había llevado más tiempo del deseable y de que debería haber empezado a ultimar la comida antes. Rápidamente, empezó a ordenar la habitación. Le habría llevado demasiado tiempo

volver a colgar la ropa en las perchas, de modo que, simplemente, tomó el montón tal y como estaba y lo dejó caer en el suelo del armario antes de cerrar la puerta. Por si acaso, hizo la cama y echó una ojeada para comprobar que no se había dejado tiradas por el suelo ningunas bragas del revés. Un par de bragas sucias de la marca Sloggi podían hacer que cualquier hombre perdiese el apetito.

Con el corazón en un

puño, se apresuró a la cocina, pero estaba tan estresada que se sentía aturdida, sin saber por dónde empezar.

Se obligó a serenarse y respiró hondo. Tenía dos recetas en la mesa e intentó organizar el trabajo teniendo en cuenta el tiempo que le quedaba y las instrucciones de las mismas. No era una maestra de la cocina, pero era bastante buena y había seleccionado las recetas después de mucho rebuscar



en números antiguos de *Elle Gourmet*, a la que estaba suscrita. De primero serviría pastel de patata con crema fresca, huevas de lumpo y cebolla roja rallada. El segundo plato sería solomillo de cerdo en hojaldre con salsa de oporto y patata prensada, y de postre Gino con salsa de vainilla. Por suerte, había preparado el postre por la tarde, de modo que ya podía borrarlo de la lista. Decidió empezar por poner a cocer

las patatas para el segundo plato y después rallar las patatas crudas para el primero.

Trabajó sin descanso durante una hora y media y, cuando sonó el timbre, dio un respingo, sobresaltada. El tiempo había pasado demasiado rápido y esperaba que Patrik no estuviese muerto de hambre, pues la comida tardaría aún un buen rato en estar lista.

Erica iba ya camino de la puerta cuando cayó en la

cuenta de que todavía llevaba puesto el delantal y el timbre volvió a oírse antes de que ella hubiese logrado deshacer el lazo que, con esfuerzo, había conseguido hacerse a la espalda. Lo desató, por fin, se quitó el delantal y lo dejó en una silla que había en el vestíbulo. Se pasó la mano por el pelo, se recordó que debía meter la tripa y respiró hondo antes de abrir la puerta con una sonrisa.

—¡Hola Patrik!

Bienvenido.

Se dieron un leve abrazo a modo de saludo y Patrik le dio la botella de vino envuelta en papel de plata.

—¡Vaya, gracias! ¡Qué amable!

—Bueno, me lo recomendaron en el Systembolaget. Vino chileno con mucho cuerpo y sabor a bayas rojas y un regusto a chocolate, al parecer. Yo no entiendo mucho de vinos, pero en la tienda suelen ser expertos.

—Seguro que es excelente.

Erica rio afable y dejó la botella en la vieja consola del vestíbulo para ayudarle a Patrik a quitarse la cazadora.

—Bueno, adelante. Espero que no estés muerto de hambre. Como de costumbre, mi planificación del tiempo era demasiado optimista, así que aún falta un rato para que la cena esté lista.

—No, no te preocupes, puedo esperar.

Patrik siguió a Erica hasta la cocina.

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Pues sí, si quieres, puedes coger el sacacorchos que está en el primer cajón y abrir una botella de vino. Podríamos empezar por probar el que has traído.

Él obedeció de buen grado mientras Erica sacaba dos grandes copas que puso sobre la encimera, antes de empezar a comprobar el estado de lo que había en el

horno. Al solomillo le faltaba todavía un rato y, al probar las patatas, notó que aún estaban medio crudas. Patrik le tendió una de las copas, ahora llenas de un vino de un intenso rojo oscuro. Ella lo movió ligeramente para liberar los aromas del caldo, metió la nariz en la copa e inspiró con la boca cerrada. Un cálido perfume a roble penetró por sus fosas nasales y casi le llegó a la planta de los pies. Exquisito. Tomó un

trago que mantuvo en la boca al tiempo que respiraba, también por la boca. El sabor era tan agradable como el aroma y Erica comprendió que Patrik se había gastado bastante dinero en aquella botella.

Patrik la miraba expectante.

—¡Fantástico!

—Sí, ya sospechaba yo que tú entendías de vinos. Yo, por desgracia, no sería capaz de distinguir entre un vino de *tetrabrik* por



cincuenta coronas y otro de varios miles.

—Claro que sí, hombre. De todos modos, es una cuestión de costumbre. Y hay que tomarse el tiempo necesario para paladear el vino en lugar de tragárselo simplemente.

Patrik miró abochornado su copa. Ya se había bebido un tercio. Intentó imitar el modo en que Erica saboreaba el vino mientras ella trajinaba en los fogones. ¡Vaya!, pues sí que ahora

parecía otro vino... Mantuvo un trago en la boca, al igual que le había visto hacer a Erica y, de repente, su sabor se reveló con toda claridad. Incluso creyó experimentar un ligero sabor a chocolate, a chocolate puro, y otro, bastante fuerte, a bayas rojas, tal vez a grosella, mezclado con fresas. Increíble.

—¿Qué tal va la investigación?

Erica se esforzó por sonar desinteresada, pero, en

el fondo, estaba ansiosa por oír la respuesta.

—Puede decirse que volvemos a estar en la casilla número uno. Anders tiene una coartada para la hora del crimen y, por ahora, no tenemos mucho más. Por desgracia, hemos cometido el error de siempre. Nos permitimos sentirnos demasiado seguros de que teníamos al culpable sin molestarnos en investigar otras posibilidades. Aunque he de admitir que el

comisario tiene razón en que Anders es perfecto como asesino de Alex. Un alcohólico que, por alguna razón incomprensible, mantiene una relación sexual con una mujer que, según todas las reglas, debería estar muy lejos de la esfera asequible para un borrachín como Anders. Un ataque de celos cuando ella plantea el inevitable fin. Cuando su increíble suerte lo abandona definitivamente. Sus huellas dactilares están por todas

partes, en el cadáver y en el baño. Incluso encontramos la huella de su zapato en el charco de sangre del suelo.

—Pero ¿no deberían bastar esas pruebas?

Patrik meneó la copa mientras, reflexivo, observaba los pequeños torbellinos rojos que se formaban en el interior.

—Si no hubiese tenido una coartada, habrían sido suficientes. Pero resulta que sí la tiene, justo para la hora que hemos fijado como más

probable para el asesinato; así que, todos esos indicios no sirven ya más que para demostrar que estuvo en el baño *después* del asesinato, y no *durante*. Una sutil diferencia, pero muy importante, si queremos que nuestra acusación se sostenga.

La cocina iba inundándose de un aroma delicioso. Erica sacó del frigorífico el pastel de patata que ya había tostado en la sartén hacía un rato y lo

metió en el horno para que se calentase. Puso dos platos y volvió a abrir el frigorífico, de donde sacó un tarro de crema fresca y otro de huevas de lumpo. La cebolla estaba ya picada en un cuenco sobre la encimera. Y ella era consciente en todo momento de lo cerca que tenía a Patrik.

—Y tú, ¿qué me cuentas? ¿Hay alguna novedad sobre la venta de la casa?

—Pues sí, por desgracia.

El agente inmobiliario llamó ayer. Propuso una ronda de visitas para Semana Santa. Según me dijo, a Anna y a Lucas les pareció una brillante idea.

—Bueno, aún faltan un par de meses para Semana Santa. Quién sabe qué puede pasar para esa fecha.

—Sí, claro, siempre cabe la posibilidad de que a Lucas le dé un infarto o algo así. No, era broma, no has oído nada. Pero es que me pongo frenética cuando lo pienso.



Cerró la puerta del horno con demasiado ímpetu.

—¡Oye, cuidado con el mobiliario!

—En fin, supongo que tendré que acostumbrarme a la idea y empezar a pensar en lo que haré con el dinero de la venta. Aunque tengo que confesar que siempre pensé que me alegraría mucho más al convertirme en millonaria.

—No creo que debas preocuparte por hacerte millonaria. Con los

impuestos de este país, seguro que la mayor parte de tus beneficios estarán destinados a financiar pésimas escuelas y una sanidad aún peor. Por no hablar del increíble, total, terrible e insólitamente mal pagado Cuerpo de Policía. Seguro que sabremos darle aire a tu dinero, ya verás.

Erica no pudo por menos de echarse a reír.

—Vaya, qué alivio. Así no tendré que preocuparme por elegir si me compro un

abrigo de visón o uno de zorro azul. Bueno, pues, lo creas o no, el primer plato está listo.

Erica tomó dos platos y se encaminó al comedor seguida de Patrik. Había estado pensando largo y tendido si debía poner la mesa en la cocina o en el comedor, pero se decidió al final por este último, con la hermosa mesa abatible de madera maciza, cuyo aspecto mejoraba más aún a la luz de las velas. Y, desde

luego, no había escatimado en este tipo de iluminación. Había leído en alguna parte que nada favorecía más el aspecto de una mujer que la luz de las velas, así que se las veía por todas partes.

En la mesa estaban ya los cubiertos, las servilletas bordadas y los platos de porcelana de Rörstrand, la vajilla fina de su madre, blanca con los bordes en azul. Erica recordaba el cuidado con que su madre trataba aquellos platos. Sólo

los utilizaba en ocasiones especiales, entre las que no se contaban los cumpleaños de las niñas ni ninguna otra celebración que tuviese que ver con ella o con su hermana, recordó Erica con amargura. En esos casos, bastaban la vajilla de diario y la mesa de la cocina. Sin embargo, cuando venían el pastor y su mujer, o el párroco o la diaconisa, entonces todo lo fino era poco. Erica se obligó a volver al presente y colocó

los platos sobre la mesa, el uno frente al otro.

—¡Tiene un aspecto delicioso!

Patrik cortó un trozo de pastel de patata, puso encima una buena cucharada de cebolla picada y tomó con el tenedor la crema y las huevas, y ya estaba a punto de meterse todo en la boca cuando se dio cuenta de que Erica sostenía la copa, y también una ceja, bien en alto. Algo avergonzado, dejó el tenedor y lo cambió por

su copa.

—Bueno, pues  
bienvenido. Salud.

—Salud.

Erica sonrió ante la torpeza de Patrik. Su comportamiento le resultaba una liberación comparado con el de los hombres con que se las tenía que ver en Estocolmo, tan bien educados y tan conocedores de la etiqueta que parecían clonados. A su lado, Patrik era más auténtico y, por ella, podía comer con los dedos si

se le antojaba, que no le molestaría. Además, se ponía guapísimo cuando se sonrojaba.

—Hoy he recibido una visita inesperada.

—¿Ah, sí? ¿De quién?

—De Julia.

Patrik la miró perplejo y Erica notó entusiasmada que le costaba dejar de comer.

—No sabía que os conocierais.

—Es que no nos conocíamos. La vi por primera vez en el funeral de



Alex. Pero esta mañana llamaron a la puerta, y allí estaba.

—¿Qué quería?

Patrik rebañaba el plato con tanto ahínco que parecía querer arrancar el color de la porcelana.

—Me pidió que le dejase ver fotografías de Alex conmigo cuando éramos pequeñas. Al parecer, según me dijo, ellos no tienen muchas. Y se le ocurrió que tal vez yo tuviese algunas más. Como así es. Después

me hizo un montón de preguntas sobre aquella época y todo eso. Las personas con las que he tenido la oportunidad de hablar del tema me han asegurado que las dos hermanas no se llevaban muy bien; cosa que no me extraña, pues había muchos años de diferencia entre ellas, y ahora Julia quiere saber más sobre Alex. Conocerla después de muerta. Al menos, ésa fue la impresión que me dio. Por

cierto, ¿tú conoces a Julia?

—No, todavía no la he visto. Pero, por lo que cuentan, no se parecen, o no se parecían en nada.

—Eso puedes jurarlo. Más bien son polos opuestos; por lo menos, en lo que al físico se refiere. Ambas parecen haber tenido en común su carácter introvertido, aunque Julia lo acompaña de una acritud que no creo que caracterizase a Alex. Ella parecía más, cómo

decirlo..., indiferente, según me han dicho quienes la trataron. Julia se muestra más bien indignada. Incluso iracunda. Tengo la impresión de que algo bulle en su interior casi como un volcán. Un volcán en reposo. Te sonará raro, ¿verdad?

—No, en absoluto. Yo creo que, como escritor, uno debe tener un sexto sentido para las personas. Un conocimiento especial de la naturaleza humana.

—¡Bah! ¡No me llames escritora! Yo misma no creo haber hecho nada para merecer ese título, todavía.

—¿Con cuatro libros publicados y aún no te consideras escritora?

El asombro de Patrik era sincero y Erica intentó explicarle a qué se refería.

—Bueno, verás, son cuatro biografías, y tengo una quinta en preparación. No pretendo menospreciar ese trabajo, pero, para mí, un escritor es alguien que

escribe algo original, algo que surge de su propio corazón y de su propio cerebro. No aquel que cuenta la vida de otro. Así que el día que escriba algo totalmente mío, podré llamarme escritora.

De repente se le ocurrió que, en realidad, lo que acababa de decir no era toda la verdad. Desde un punto de vista formal, no había ninguna diferencia entre las biografías que había escrito sobre personajes históricos y

el libro sobre Alex en el que estaba trabajando. De hecho, éste también trataba sobre la vida de otra persona. Sin embargo, era distinto. Por un lado, la vida de Alex rozaba la suya de un modo más que evidente y, por otro, en su libro podía expresar algo propio. Así, en el marco de una serie de hechos objetivos, podía dirigir el espíritu del libro. En cualquier caso, aún no podía decírselo a Patrik. Nadie debía saber que estaba

escribiendo un libro sobre Alex.

—Así que Julia vino a verte y te hizo un montón de preguntas acerca de su hermana. ¿Tuviste la oportunidad de preguntarle por Nelly Lorentz?

Erica libraba en su interior una dura batalla, pero finalmente resolvió que su conciencia no le permitiría ocultarle a Patrik aquella información. Tal vez él pudiese sacar de esos datos unas conclusiones que



ella era incapaz de extraer. Se trataba de la pequeña pero vital pieza del rompecabezas que había optado por no mencionar cuando estuvo cenando en su casa. Pero, puesto que ella misma no había averiguado mucho a partir de esa información, no vio por qué seguir guardando silencio al respecto. No obstante, pensó que debía servir antes el segundo plato.

Se levantó con el fin de retirar su plato,

aprovechando para inclinarse algo más de la cuenta: estaba decidida a jugarse al máximo sus mejores cartas. Y, a juzgar por la expresión de Patrik, comprobó que acababa de mostrar póquer de ases. Evidentemente, las quinientas coronas que le había costado el Wonderbra estaban resultando una excelente inversión. Aunque, en el momento de la compra, su bolsillo se resintiera.

—Deja, ya lo quito yo.

Patrik tomó los platos que ella ya había retirado y la acompañó a la cocina. Erica vertió el agua de las patatas y puso a Patrik a preparar el puré en una fuente mientras ella condimentaba y ponía a hervir la salsa. Un chorrito de oporto y un buen pellizco de mantequilla y ya estaba lista para servir. Nada de crema desnatada, no. Después, sólo quedaba retirar del horno el solomillo

empanado y hacerlo filetes. Tenía una pinta estupenda. Un ligero tono rosado en el interior, pero sin ese jugo rojizo que solía indicar que la carne no estaba del todo hecha. Como guarnición, había preparado guisantes cocidos *al dente*, que colocó en una fuente de porcelana Rörstrand, igual que el puré de patatas. Entre los dos, llevaron los manjares a la mesa. Ella esperó a que él se sirviera, antes de dejar caer la bomba.

—Julia es la única heredera de Nelly Lorentz.

Patrik estaba bebiendo en ese preciso momento y se atragantó con el vino, pues empezó a toser con la mano en el pecho y se le saltaron las lágrimas.

—Perdona, ¿qué has dicho? —preguntó Patrik sin apenas poder hablar.

—Digo que Julia es la única heredera de la fortuna de Nelly. Es lo que dice el testamento de Nelly —explicó Erica con calma

mientras le servía a Patrik un vaso de agua para que se le calmase la tos.

—No sé si atreverme a preguntar cómo lo has sabido...

—Porque estuve husmeando en la papelera de Nelly cuando me invitó a tomar el té en su casa.

Patrik sufrió un nuevo ataque de tos y miró incrédulo a Erica. Mientras él apuraba casi toda el agua del vaso de un trago, Erica prosiguió:

—Había una copia del testamento en la papelera. Y allí decía claramente que Julia Carlgren heredaría todos los bienes de Nelly Lorentz. Bueno, a Jan le corresponde la legítima, pero todo lo demás es para Julia.

—¿Y lo sabe Jan?

—Ni idea. Pero yo apostaría que no: no creo que lo sepa.

Erica continuó, mientras se servía la comida.

—Lo cierto es que,

cuando Julia estuvo aquí, le dije que parecía conocer muy bien a Nelly Lorentz y le pregunté cómo había entablado la relación con ella. Ni que decir tiene que me dio una respuesta absurda, pues me dijo que la conocía de cuando trabajó en la fábrica de conservas un par de veranos. No dudo de que sea cierto que trabajase allí, pero se reservó el resto de la verdad. Además, dejó bien claro que se trataba de un asunto del que no tenía el



menor deseo de hablar.

Patrik quedó pensativo.

—¿Has pensado que son ya dos las parejas de esta historia que parecen totalmente dispares? No sólo dispares, sino inverosímiles, diría yo. Alex y Anders, por un lado, y Julia y Nelly, por el otro. ¿Cuál es el denominador común? Cuando encontremos ese eslabón, habremos resuelto el caso, creo yo.

—Alex. ¿No es Alex el denominador común?

—No —rechazó Patrik—. Eso parece demasiado fácil. Tiene que ser otra cosa. Algo que se nos escapa o que no terminamos de comprender.

Cruzó el aire con el tenedor, como un espadachín.

—Además, está Nils Lorentz. O, más bien, su desaparición. Tú vivías en Fjällbacka por aquel entonces. ¿Qué recuerdas de todo aquello?

—Era muy pequeña, ya

sabes, y a los niños no se les cuenta nada, claro. Pero recuerdo que hubo mucho secreteo en torno al asunto.

—¿Secreteo?

—Sí, lo normal, dejaban de hablar cuando yo entraba en la habitación; los mayores hablaban en voz baja: «Shh, a callar, que no nos oigan los niños», y comentarios por el estilo. En otras palabras, que lo único que sé es que hubo un montón de habladurías en torno a la desaparición de

Nils. Pero yo era demasiado pequeña y no me enteré de nada.

—Mmm, creo que voy a escarbar un poco más en ese asunto. Tendré que incluirlo en la lista de tareas para mañana. Pero ahora estoy cenando con una mujer que no sólo es hermosa sino que, además, cocina de maravilla. Un brindis por la anfitriona.

Alzó su copa y Erica se sintió halagada por el cumplido. No tanto por el de la comida como por el

relativo a su hermosura...  
¡Con lo fácil que sería todo  
si pudiesen leerse el  
pensamiento! Todo aquel  
juego sería absurdo. Pero no,  
allí estaba ella, esperando  
que él le diese la menor  
señal de si estaba o no  
interesado. Lo de ver qué  
pasaba estaba bien cuando  
se era adolescente, pero con  
los años, el corazón se  
volvía menos elástico. Uno  
se implicaba más en las  
relaciones y las secuelas  
afectaban cada vez más a la

autoestima.

Después de que Patrik hubiese repetido tres veces y de que la conversación pasase del asesinato a los sueños, la vida y la resolución de los problemas del mundo, se trasladaron al porche para asentar la comida antes del postre. Se acomodó cada uno en un extremo del sofá bebiendo vino a pequeños sorbos. No tardarían en haber dado cuenta de la segunda botella y ambos sentían ya los

efectos del alcohol, la pesadez, cierto calor y una sensación de adormecimiento en la cabeza, como si la tuviesen envuelta en una agradable y blanda capa de algodón. La noche se veía negra a través de los cristales, sin una sola estrella en el firmamento. Y la profunda oscuridad exterior los hizo sentirse como encerrados en una protectora concha gigante. Como si estuviesen solos en el mundo. Erica no

recordaba haberse sentido antes con tal sosiego, tan a gusto con su existencia. Con la misma mano en la que sostenía la copa, hizo un gesto con el que logró abarcar toda la casa.

—¿Tú puedes explicarte que Anna quiera vender esto? No sólo porque esta casa es la más bonita de todas las que existen; además, sus paredes encierran una porción de historia. Y no me refiero sólo a la de Anna y la mía,



sino a las historias de aquellos que vivieron antes que nosotros. ¿Sabías que fue un capitán de barco quien la mandó construir en 1889 para vivir aquí con su familia? El capitán Wilhelm Jansson. Es una historia muy triste, la verdad. Como la de tantas otras de gentes de por aquí. Construyó la casa para habitarla con su joven esposa, Ida. Tuvieron cinco hijos en otros tantos años y, al sexto, Ida murió en el parto. En aquella época no

existían los padres solteros, de modo que la hermana mayor de Jansson, que estaba soltera, se mudó a la casa para cuidar de los niños mientras él recorría los siete mares. Esta hermana, Hilda, no resultó ser la mejor elección como madrastra. Era la mujer más religiosa de toda la región, lo que no es poco, teniendo en cuenta lo religiosa que era la gente de esta zona. Los niños apenas si podían moverse sin que los acusasen de

haber pecado y ella los azotaba con mano dura y devota. Hoy la habrían llamado sádica, pero en aquel tiempo era perfectamente normal y esa conducta se encubría fácilmente bajo el pretexto de la religión.

»El capitán Jansson no estaba en casa muy a menudo, por lo que no podía comprobar lo mal que lo pasaban los niños, aunque algo debía de sospechar. Pero, como suele ocurrirles a

los hombres, también él pensaría que la educación de los niños era cosa de mujeres y consideraba que cumplía con sus obligaciones paternas proporcionándoles techo y alimento. Hasta que llegó a casa un día y descubrió que Märta, la pequeña, llevaba una semana con el brazo roto. Entonces armó un escándalo y echó a Hilda de su casa y, como el hombre de acción que era, se puso a buscar a una sustituta

apropiada entre las mujeres solteras del pueblo. En esta ocasión, sí que eligió bien. En tan sólo dos meses, se casó con una auténtica mujer de pueblo, Lina Månsdotter, que se encargó de los niños como si fuesen suyos. Juntos tuvieron otros siete, así que esto debió de quedárseles pequeño. Y, si te fijas, verás que dejaron su huella: rasguños y agujeros y zonas más desgastadas de la casa. Por todas partes.

—¿Cómo fue que tu

padre compró la casa?

—Con el tiempo, los hermanos se dispersaron. El capitán Jansson y su querida Lina que, con los años, llegaron a amarse profundamente, fallecieron. El único que quedó en la casa fue el hijo mayor, Alian. Nunca se casó y, al envejecer, no se sintió con fuerzas para llevar la casa él solo, así que decidió venderla. Mis padres acababan de casarse y estaban buscando un hogar.

Mi padre me contó que se enamoró de la casa en cuanto la vio. No dudó un instante.

»Cuando Alian vendió la propiedad a mi padre, también le dejó su historia. La de la casa, la de su familia. Según dijo, era importante para él que mi padre supiese quiénes habían desgastado con sus pies aquellos suelos de madera. Además, le dejó una serie de documentos. Cartas que el capitán Jansson había

enviado desde todos los rincones del mundo, a su primera esposa, Ida, y después a Lina, la segunda. También le dejó el látigo con el que Hilda solía castigar a los niños. Sigue colgado de la pared del sótano. Anna y yo solíamos bajar de niñas para tocarlo. Habíamos oído la historia de Hilda e intentábamos imaginarnos la sensación de las duras crines del látigo al estallar contra la piel desnuda. ¡Nos daba tanta



pena de aquellos pobres niños!

Erica miró a Patrik, antes de proseguir:

—¿Comprendes por qué me duele tanto pensar en vender la casa? Si nos deshacemos de ella, jamás podremos recuperarla. Será irreversible. Me da náuseas pensar que unos turistas adinerados de la capital pisoteen estos suelos, los pulan y cambien el papel pintado por otro de conchitas, por no hablar de

la ventana panorámica, que reemplazaría al porche antes de que a mí me diese tiempo de pronunciar las palabras «pésimo gusto»... ¿Quién se iba a preocupar de conservar las anotaciones a lápiz garabateadas en el interior de la puerta de la despensa, donde Lina marcaba cuánto habían crecido los niños cada año? ¿Y quién se molestaría en leer las cartas en que el capitán Jansson intenta describir los mares del sur para sus esposas, que

apenas si salieron del pueblo? Su historia desaparecería y esta casa no sería más que... una casa. Una casa cualquiera. Bonita, pero sin alma.

Se dio cuenta de que estaba hablando más de la cuenta, pero por alguna razón sentía que era importante para ella que Patrik la comprendiese. Lo miró y comprobó que él la observaba intensamente y su mirada la reconfortó por dentro. Y sucedió algo

incomprensible. Un instante de compenetración absoluta y, sin saber cómo, encontró a Patrik sentado a su lado y que, tras dudar un segundo, la besaba en los labios. Al principio, sólo experimentó el sabor a vino que impregnaba los labios de ambos; pero enseguida sintió también el sabor de Patrik. Abrió con mucho cuidado la boca y enseguida sintió la lengua de él, que buscaba la suya. Una descarga eléctrica cruzó todo su cuerpo.

Minutos después, Erica no podía más y se levantó, le tomó la mano y, sin pronunciar una sola palabra, lo llevó al dormitorio. Se tumbaron en la cama besándose y acariciándose y, al cabo de un rato, Patrik empezó a desabotonarle el vestido por la espalda, con mirada inquisitiva. Ella dio su consentimiento, también mudo, desabrochando la camisa de él. De repente, cayó en la cuenta de que la ropa interior que llevaba

puesta no era la que quería que Patrik viera la primera vez. Y bien sabía Dios que ni siquiera las medias que se había puesto eran las más *sexy* del mundo, precisamente. La cuestión era cómo librarse de ellas y de las bragas de cuello vuelto sin que Patrik las viese. Erica se incorporó bruscamente.

—Disculpa, tengo que ir al lavabo.

Salió disparada hacia el cuarto de baño. Miró

febrilmente a su alrededor... y tuvo suerte, pues había sobre el cesto de la ropa sucia un montón de prendas limpias que no había tenido tiempo de guardar. Con mucho esfuerzo, se quitó las medias y las dejó junto con las bragas de abuela en el cesto de la ropa sucia. Después, se puso un par de finas braguitas de encaje blanco, muy en consonancia con el sujetador. Se bajó el vestido y aprovechó para mirarse en el espejo. Tenía

el cabello alborotado y rizado, los ojos con un brillo febril. Tenía la boca más roja que de costumbre y algo hinchada por los besos y, aunque estuviese mal decirlo, su aspecto era bastante *sexy*. Sin las bragas acorazadas, su vientre no estaba tan liso como a ella le habría gustado, así que lo metió tanto como pudo y sacó el pecho para compensar, mientras volvía junto a Patrik, que seguía tumbado en la cama en la



misma posición en que ella lo había dejado.

Fueron quitándose la ropa poco a poco y dejándola en un montón en el suelo. La primera vez no fue nada fantástico, como suele suceder en las novelas de amor, sino más bien una mezcla de intensos sentimientos y de pudorosa conciencia, más en consonancia con lo que ocurre en la vida real. Al mismo tiempo que sus cuerpos reaccionaban en

explosiones en cadena al tacto del otro, eran los dos plenamente conscientes de su desnudez, inquietos por sus pequeños defectos, preocupados por si surgía algún vergonzoso sonido. Se conducían de manera torpe e insegura ante lo que le gustaría o no al otro. Con una confianza insuficiente para atreverse a formular sus preguntas en palabras; en cambio, utilizaban leves sonidos guturales para indicar qué era lo que

funcionaba bien y lo que tal vez debiera mejorarse. Pero, la segunda vez, fue mucho mejor. La tercera, totalmente aceptable. La cuarta, excelente y la quinta, increíble. Se durmieron acurrucados uno contra otro, y lo último que sintió Erica antes de dormirse fue el brazo de Patrik rodeándole el pecho y sus dedos trenzados con los de ella. Se durmió con una sonrisa en los labios.

La cabeza estaba a punto de estallarle. Tenía la boca tan seca que la lengua se le quedaba pegada al paladar, pero en algún momento anterior debió de tener saliva, pues sentía en la mejilla la mancha húmeda del almohadón. Tenía la sensación de que algo lo estuviese obligando a mantener los párpados cerrados, oponiéndose a su deseo de abrir los ojos. Pero, tras un par de intentos, lo logró.

Ante él había una aparición. También Erica estaba tumbada sobre el costado, vuelta hacia él, con el rubio cabello alborotado en torno al rostro. Su respiración lenta y profunda indicaba que aún dormía. Lo más probable es que estuviese soñando, pues le aleteaban las pestañas y los párpados se estremecían levemente de vez en cuando. Patrik pensó que podría quedarse allí contemplándola eternamente

sin cansarse. Toda la vida, si era necesario. Erica se sobresaltó entre sueños, pero su respiración recobró enseguida su ritmo acompasado. Era verdad que era como montar en bicicleta. Pero él no se refería sólo al acto en sí, sino también a la sensación de amar a una mujer. En los días y las noches más aciagos, siempre pensó que sería imposible volver a sentir aquello una vez más. Y ahora se le antojaba

imposible *no* sentirlo.

Erica se movió inquieta y Patrik observó que estaba a punto de despertar. También ella luchó un poco por abrir los ojos, hasta que lo consiguió. Una vez más, Patrik se sorprendió ante la intensidad de su azul.

—Buenos días,  
dormilona.

—Buenos días.

La sonrisa que iluminó el semblante de Erica lo hizo sentirse como un millonario.

—¿Has dormido bien?

Patrik miró las cifras iluminadas del despertador.

—Sí, las dos horas que he dormido han sido un placer. Aunque las horas de vigilia lo fueron aún más.

Erica volvió a sonreír por toda respuesta.

Patrik sospechaba que le apestaría el aliento, pero no pudo resistir la tentación de acercarse a besarla. El beso se prolongó y duró una hora que pasó en un suspiro. Después, Erica se quedó tumbada sobre su brazo



izquierdo dibujándole  
círculos en el pecho. Lo  
miró, antes de preguntar:

—¿Creías que íbamos a  
acabar así?

Patrik reflexionó un  
instante, antes de responder,  
con el brazo derecho bajo la  
nuca mientras pensaba:

—Bueno, no puedo decir  
que lo creyese. Aunque tenía  
esa esperanza.

—Yo también. Quiero  
decir que lo deseaba, no que  
lo creía.

Patrik pensó en lo osado

que se sentía, pero, en la confianza que le inspiraba el tener a Erica sobre su brazo, sintió que era capaz de todo.

—La diferencia es que tú empezaste a desearlo hace muy poco, ¿no es cierto? ¿Tú sabes cuánto tiempo llevo yo deseándolo?

Ella lo miró expectante.

—No, ¿cuánto?

Patrik hizo una pausa de efecto.

—Desde que tengo uso de razón. He estado enamorado de ti desde que

tengo uso de razón.

Al oírse a sí mismo decirlo en voz alta, oyó también que era la pura verdad. En efecto, así era.

Erica lo miró con los ojos muy abiertos.

—¡Estás de broma!  
¿Quieres decir que yo he andado preocupada e inquieta por si tendrías el mínimo interés en mi persona y ahora vienes y me dices que habría sido tan fácil como recoger fruta madura? Vamos,

simplemente, sírvase usted mismo.

Lo dijo en tono jocoso, pero Patrik notó que sus palabras la habían emocionado.

—Bueno, no es que, por eso, yo haya vivido en celibato y en un desierto de sentimientos durante toda mi vida. También he estado enamorado de otras mujeres; de Karin, por ejemplo. Pero tú siempre has sido especial. Cada vez que te veía, sentía algo aquí dentro.

Señaló con el puño cerrado el lugar del corazón. Erica le tomó la mano, la besó y la posó sobre su mejilla. A Patrik, aquel gesto, se lo dijo todo.

Invirtieron la mañana en conocerse el uno al otro. La respuesta de Patrik a la pregunta de Erica sobre cuál era su principal afición provocó en ella un alarido.

—Nooooooooooooo, ¡otro apasionado del deporte no! ¿Por qué? ¿Por qué no puedo encontrar a un

hombre con la inteligencia suficiente para comprender que perseguir una pelota sobre un campo de césped es una actividad perfectamente normal, ¡pero a los cuatro o cinco años!? O que, por lo menos, adopte una posición un tanto escéptica ante la utilidad que para el ser humano puede tener el que alguien salte dos metros de altura por encima de un palo.

—Dos cuarenta y cinco.

—¿Cómo que dos

cuarenta y cinco? — preguntó Erica en un tono que indicaba que su interés por la respuesta sería mínimo.

—El que más alto salta de todo el mundo, Sotomayor, salta dos cuarenta y cinco. Las damas superan ligeramente los dos metros.

—Ya, bueno, lo que sea. Erica lo miró suspicaz.

—¿Tienes el Eurosport?

—Sí señor.

—¿Y el Canal Plus por

el deporte, no por las películas?

—Sí señor.

—¿Y TV1000, por la misma razón?

—Sí señor. Aunque, para ser sincero, TV1000 la tengo por dos razones.

Erica lo golpeó en broma, dándole unos puñetazos en el pecho.

—¿He olvidado algo?

—Sí señor. En TV3 dan mucho deporte.

—He de decir que mi radar de fanáticos del



deporte está muy desarrollado. Hace una semana, pasé una tarde increíblemente triste y aburrida en casa de mi amigo Dan, viendo un partido de hockey de las Olimpiadas. De verdad que no termino de comprender cómo puede pareceros interesante ver a varios hombres con rodilleras y coderas gigantescas perseguir una cosita blanca.

—Bueno, es mucho más entretenido y productivo que

pasarse los días en las tiendas de ropa.

En respuesta a aquel inmotivado ataque al mayor de sus pecados, Erica arrugó la nariz y dirigió a Patrik un gesto verdaderamente feo. De pronto, vio que sus ojos se encendían con un súbito brillo.

—¡Maldita sea!

Patrik se sentó en la cama de un salto.

—¿Perdona?

—¡Maldita sea, joder, me cago en la mar!

Erica lo miraba atónita.

—¿Cómo coño pude pasar por alto algo así?

Se daba golpes en la frente con el puño, para subrayar sus palabras.

—¿¡Hola!?! Estoy aquí, ¿recuerdas? ¿Serías tan amable de decirme de qué estás hablando?

Erica agitaba los brazos en manifiesta protesta y Patrik perdió la concentración por un instante, al ver el movimiento que el gesto

imprimía a su pecho desnudo. Después, saltó raudamente de la cama, desnudo como un recién nacido y corrió escaleras abajo. Cuando volvió arriba, llevaba en la mano un par de periódicos, se sentó en la cama y empezó a hojearlos febrilmente. A aquellas alturas, Erica había abandonado toda esperanza de que le diese alguna explicación y, simplemente, lo miraba con interés.

—¡Ajá! ¡Qué suerte que

no hayas tirado a la basura  
los suplementos de  
programación de la tele!

Con gesto triunfante,  
agitaba uno de esos  
suplementos ante Erica.

—¡Suecia-Canadá!

Erica seguía  
contentándose con alzar en  
silencio una ceja  
interrogante.

—Suecia ganó a Canadá  
en un partido de los Juegos  
Olímpicos. Fue el viernes,  
veinticinco de enero, en la  
cuatro.

La joven seguía sin verlo claro. Patrik suspiró.

—Suspendieron la programación ordinaria por el partido. Anders no pudo llegar a casa aquel viernes justo cuando empezaba la serie favorita *Mundos separados*, porque la habían suspendido. ¿Lo comprendes?

Poco a poco, Erica fue cayendo en la cuenta de lo que Patrik intentaba decirle. La coartada de Anders acababa de esfumarse. Por

inconsistente que fuese, a la policía le habría costado rebatirla. Ahora podrían ir a buscar a Anders a la luz del nuevo material de que disponían. Patrik asintió satisfecho al ver que Erica lo comprendía.

—Pero no crees que Anders sea el asesino, ¿no?  
—preguntó Erica.

—No, eso es verdad. Pero, por un lado, yo puedo equivocarme, aunque comprendo que te cueste creerlo —bromeó lanzando

un guiño—. Y por otro, si no me equivoco, apuesto el cuello a que Anders sabe mucho más de lo que nos ha contado. De modo que ahora podremos presionarlo con más rigor.

Patrik empezó a buscar su ropa por la habitación. Estaba esparcida por todas partes pero lo que lo alarmó en realidad fue descubrir que aún llevaba puestos los calcetines. Se puso los pantalones a toda prisa con la esperanza de que Erica



tampoco se hubiese percatado de ello con anterioridad, en el fuego de la pasión. No resultaba fácil parecer un dios del sexo desnudo con un par de calcetines blancos que llevaban bordado el escudo del Tanumshede IF.

Sintió una súbita urgencia por actuar mientras se vestía a toda prisa. En un primer intento, se abrochó desajustada la camisa, de modo que tuvo que desabotonarla entera y

volver a empezar. De repente, cayó en la cuenta de la impresión que podía causar su precipitada partida, y se sentó en el borde de la cama, tomó las manos de Erica entre las suyas y la miró a los ojos con firmeza.

—Siento tener que marcharme así, pero debo hacerlo. Sólo quiero que sepas que ésta ha sido la noche más maravillosa de mi vida y que no sé si podré resistir la espera hasta la

próxima vez que nos veamos. ¿Quieres que nos veamos otra vez?

Lo que había entre ellos era aún frágil y delicado y, consciente de ello, el joven contuvo la respiración mientras aguardaba su respuesta. Ella asintió, sin pronunciar palabra.

—Entonces volveré contigo, cuando termine de trabajar.

Erica asintió de nuevo. Él se inclinó para besarla.

Cuando salió por la

puerta del dormitorio, ella seguía sentada en la cama con las piernas flexionadas, el cuerpo cubierto con las sábanas. El sol entraba por la pequeña trampilla redonda del techo abuhardillado formando un halo dorado en torno a su rubia cabellera. Jamás había contemplado nada tan hermoso.

El aguanieve penetraba sus finos mocasines, más apropiados para el verano,

pero el alcohol era un buen modo de atenuar la sensación de frío y, ante la alternativa de comprarse un par de zapatos de invierno o una botella de aguardiente, la elección resultaba fácil.

El aire era tan claro y limpio y la luz tan quebradiza a aquella hora temprana del miércoles que Bengt Larsson experimentó una sensación inusual desde hacía mucho tiempo, inquietantemente semejante a una sensación de paz que

lo hizo cuestionarse qué tendría aquella mañana de un simple miércoles como para provocar algo tan poco común. Se detuvo a aspirar con los ojos cerrados el fresco aire matutino. ¡Y su vida habría podido estar llena de mañanas así!

Sin embargo, él tenía claro cuándo se había encontrado ante la encrucijada. Sabía perfectamente el día en que su vida había tomado aquel desgraciado curso. Podría

incluso decir la hora. En realidad, había tenido todas las posibilidades. No había habido en su vida malos tratos, ni pobreza, hambre o carencias sentimentales que presentar como excusa. Tan sólo podía culpar a su propia necesidad y a una confianza desmedida en su propia superioridad. Y, claro está, también había una chica de por medio.

Por aquel entonces, él tenía diecisiete años y, en esa época, siempre había una

chica involucrada en todo lo que hacía. Pero aquélla era especial. Maud, con su rubio exuberante y su fingida timidez. Maud, que sabía tocar su ego como si se tratase de un violín bien afinado. «Por favor, Bengt, es que necesito...», «Por favor, Bengt, no podrías darme...». Ella lo ataba corto y él se doblegaba obediente a sus deseos. Todo era poco para ella. Él ahorraba cuanto ganaba para comprarle bonitos vestidos,



perfumes, todo lo que a ella le apetecía. Pero, tan pronto como conseguía lo que con tanta insistencia había estado pidiendo, lo apartaba para, con la misma insistencia, empezar a pedir otra cosa, la única que podía hacerla feliz.

Maud fue como una fiebre que le encendiese todo el cuerpo y, sin apenas notarlo, la rueda comenzó a girar cada vez más rápido, hasta que él perdió el norte. Cuando cumplió dieciocho

años, Maud se empeñó en un coche algo más pequeño que un Cadillac Convertible que costaba más de lo que él ganaba en todo un año. Aquello le quitó el sueño más de una noche, que pasó dándole vueltas al problema de cómo conseguir el dinero. Entre tanto, mientras él se torturaba, Maud no hacía más que arrugar el morro indicando que si él no le compraba el coche, había otros que podían tratarla como ella se merecía. Los

celos se apoderaron de él durante aquellas noches de angustiosa vigilia y, finalmente, no pudo soportarlo más.

El 10 de septiembre de 1954, a las 14:00 horas exactamente, entró en el banco de Tanumshede, provisto de una vieja pistola del ejército que su padre había guardado en casa durante años y el rostro cubierto con una media de nailon. Nada salió como debía. Ciertamente que el personal

del banco se aprestó a meter los billetes en la bolsa que llevaba para ese fin, pero en una cantidad que ni por asomo se acercaba a la que él esperaba conseguir. Después, uno de los clientes, padre de uno de sus compañeros de clase, reconoció a Bengt incluso bajo la media. La policía no tardó más de una hora en llamar a la puerta de su casa, donde halló la bolsa con el dinero bajo la cama de su dormitorio. Bengt no

consiguió olvidar jamás la expresión del rostro de su madre. La mujer llevaba ya muerta muchos años, pero sus ojos aún lo perseguían cada vez que le sobrevení­a la angustia del alcohol.

Los tres años que pasó en la cárcel aniquilaron toda esperanza de futuro. Cuando salió, hacía ya tiempo que Maud se había marchado, aunque no sabía adónde ni tampoco se preocupó de averiguarlo. Todos sus viejos amigos habían

seguido sus vidas, tenían trabajo fijo y familia y rehuían toda relación con él. Su padre había muerto mientras él estaba en la cárcel, así que se mudó con su madre. Con actitud humilde, intentó buscar trabajo, pero adonde quiera que iba, lo recibían con negativas. Nadie quería saber nada de él. Y, finalmente, las miradas de todos siempre fijas en él lo abocaron a buscar su futuro en el fondo de la botella.

A quien, como él, había crecido en la seguridad que ofrece un pueblo pequeño donde todo el mundo se saluda por la calle, la sensación de verse rechazado le producía un dolor físico. Así, estuvo pensando en abandonar Fjällbacka, pero ¿adónde iría? De modo que fue mucho más fácil quedarse y dejarse llevar por la bendición del alcohol.

Anders y él hicieron amistad enseguida. Dos

pobres diablos, como ellos mismos solían decir riendo con amargura. Bengt abrigaba un sentimiento de afecto casi paternal por Anders, cuyo destino le inspiraba más pesadumbre que el propio. A menudo pensaba que le habría gustado poder hacer algo por cambiar el rumbo de la vida de Anders; sin embargo, conocía bien la sugerente melodía nefasta del alcohol y sabía lo imposible que resultaba zafarse de la



exigente amante en que llegaba a convertirse con los años. Una amante que lo exigía todo sin dar nada a cambio. Lo único que podían hacer era, pues, darse el uno al otro un poco de consuelo y compañía.

El camino hasta el portal de Anders estaba limpio de nieve y cubierto de arena, de modo que no se vio en la necesidad de avanzar a pasitos cortos para no perder la botella que llevaba en el bolsillo, tal y como había

tenido que hacer tantas veces durante el triste invierno del año anterior, cuando el hielo, brillante y resbaladizo, cubría el suelo hasta el primer peldaño.

Las dos plantas que había hasta el apartamento de Anders constituían siempre un reto, ya que no había ascensor. Tuvo que detenerse varias veces para recobrar el aliento y, en un par de ocasiones, aprovechó para tomar un trago reparador. Cuando se vio por

fin ante la puerta de Anders, se apoyó un instante contra el marco, resoplando agotado antes de abrir la puerta, que su amigo nunca cerraba con llave.

En el apartamento no se oía el menor ruido. ¿Pudiera ser que Anders no estuviese en casa? Cuando estaba durmiendo la mona, sus resoplidos y ronquidos solían oírse desde el vestíbulo. Bengt echó un vistazo a la cocina. Allí no había nada, salvo los

habituales caldos de cultivo de las bacterias. La puerta del baño estaba abierta de par en par, y tampoco allí se veía a nadie. Dobló la esquina con una desagradable sensación en el estómago. El espectáculo que lo aguardaba en la sala de estar lo hizo pararse en seco. La botella que sostenía en la mano cayó al suelo con estrépito, pero el cristal no se rompió.

Lo primero que vio fueron los pies, que se

mecían sueltos a poca distancia del suelo. Aquellos pies desnudos se movían ligeramente, de un lado a otro, como un péndulo. Anders llevaba puestos los pantalones, pero tenía el torso desnudo. La cabeza colgaba también formando un ángulo extraño. Tenía el rostro desfigurado y amoratado y la lengua, que asomaba por entre los labios, parecía demasiado grande para caber dentro de la boca. Era el cuadro más triste que

Bengt había presenciado en toda su vida. Se dio la vuelta y salió sigiloso del apartamento, no sin antes recoger del suelo la botella. Rebuscó a ciegas en su interior por ver si encontraba algo a lo que aferrarse, pero no halló más que vacío. En cambio, echó mano del único cable que conocía. Se sentó en el umbral del apartamento de Anders, se llevó la botella a los labios y lloró desconsoladamente.

Dudaba de que su nivel de alcoholemia fuese el permitido por la ley, pero a Patrik aquello no lo preocupaba demasiado en aquel momento. Conducía algo más despacio que de costumbre, por si acaso; pero puesto que, mientras gobernaba el volante, iba marcando distintos números de teléfono y hablando por el móvil, resultaba discutible que aquella reducción contribuyese demasiado a la seguridad vial.

Llamó en primer lugar al canal de televisión TV4, donde le confirmaron que la serie *Mundos separados* se había anulado de la programación del viernes 25, a causa del partido de hockey. Después, llamó a Mellberg que, como él ya se esperaba, quedó más que satisfecho ante la noticia y ordenó que volviesen a arrestar a Anders de inmediato. Con la tercera llamada obtuvo la confirmación que necesitaba



y, acto seguido, se dirigió a la urbanización donde vivía Anders. Estaba claro que Jenny Rosén debía de haberse confundido de día, error que los testigos solían cometer.

Pese a la excitación que le producía el posible cambio de rumbo del caso, no era capaz de centrarse por completo en su misión. Su pensamiento recalaba constantemente en la persona de Erica y la noche que habían pasado juntos. Se

sorprendió con una amplia sonrisa bobalicona mientras los dedos, como con voluntad propia, tamborileaban una cancioncilla sobre el volante. Sintonzó una emisora de radio en la que daban viejos clásicos y enseguida se oyeron las notas de *Respect*, de Aretha Franklin. Aquella alegre melodía se adaptaba perfectamente a su estado de ánimo, así que subió el volumen. Cuando se

acercaba el estribillo, él cantaba también a voz en grito al tiempo que intentaba bailar sentado. Pensaba que estaba haciéndolo estupendamente hasta que la radio perdió la señal y se oyó a sí mismo vociferar *Respect*. Un cosquilleo más bien desagradable vapuleó sus tímpanos.

Cada minuto de la noche pasada se le antojaba ahora como un estado onírico de embriaguez. Y no sólo por la cantidad de vino que habían

bebido. Era como si un velo, un telón nebuloso compuesto por sentimientos, amor y erotismo, cubriese las horas pasadas.

En contra de su voluntad, tuvo que abandonar aquellos recuerdos cuando llegó al aparcamiento de la urbanización. Los refuerzos se habían presentado con inusitada diligencia, de lo que dedujo que estarían cerca de allí cuando él llamó. Al ver los dos coches

de policía con las luces encendidas, frunció el entrecejo. Como siempre, habían malinterpretado las órdenes. Él había pedido *un* coche, no dos. Cuando se acercó, se dio cuenta de que detrás de los coches patrulla había una ambulancia. Algo no iba bien.

Reconoció a Lena, la rubia colega de Uddevalla, y se le acercó. La agente estaba hablando por el móvil, pero cuando llegó a su lado oyó que decía

«adiós» antes de guardarse el aparato en una funda que llevaba sujeta al cinturón.

—Hola Patrik.

—Qué tal, Lena. ¿Qué ha pasado?

—Uno de los borrachos del pueblo encontró a Anders Nilsson ahorcado en su apartamento —explicó la mujer al tiempo que señalaba con la cabeza hacia el portal. Patrik sintió que se le helaba la sangre.

—¿No habréis tocado nada, verdad?

—Pues claro que no, ¿qué coño te has creído? Acabo de hablar con la central de Uddevalla y me han dicho que enviarán a un equipo para que examine el lugar. También acabamos de hablar con Mellberg, así que me he figurado que venías porque él te había llamado.

—No, yo venía aquí por otro motivo; en realidad, venía a llevarme a Anders para someterlo a un nuevo interrogatorio.

—Pero me dijeron que

tenía una coartada, ¿no?

—Sí, eso creíamos, pero se le fastidió. Así que íbamos a llevárnoslo otra vez.

—Pues vaya mierda, oye. ¿Tú qué coño crees que significa esto? Me refiero a que es prácticamente imposible que, de repente, tengamos dos asesinos en Fjällbacka, así que lo más probable es que haya sido asesinado por la misma persona que acabó con la vida de Alex Wijkner.



¿Tenéis más sospechosos, aparte de Anders?

Patrik se retorció de rabia. En efecto, aquello echaba por tierra todo su planteamiento, pero él se resistía aún a concluir, como Lena, que Anders hubiese muerto a manos de la misma persona que mató a Alex. Desde luego que, desde el punto de vista estadístico, era casi una imposibilidad que no hubiesen conocido un solo caso de asesinato durante decenios y que

ahora, de pronto, tuviesen a dos asesinos distintos andando sueltos por Fjällbacka, pero él no estaba dispuesto a excluir lo imposible.

—Bueno, vamos a subir, que le eche un vistazo mientras me cuentas lo que sabes. Por ejemplo, ¿cómo os llegó el aviso?

Lena echó a andar delante de él en dirección a la escalera.

—Pues, como te decía, fue Bengt Larsson, uno de

los colegas de botella de Anders, quien lo encontró. Al parecer, vino esta mañana a su casa para empezar a beber con él desde bien temprano. Por lo general, ni siquiera llama a la puerta, sino que entra, simplemente. Y así lo hizo también esta mañana. Cuando entró en el apartamento, encontró a Anders colgado de una cuerda que estaba amarrada al gancho de la lámpara de la sala de estar.

—¿Dio el aviso

enseguida?

—Pues lo cierto es que no. Antes se sentó en el umbral del apartamento para ahogar sus penas en una botella de Explorer y no contó lo sucedido hasta que salió la vecina y le preguntó si se encontraba bien. De hecho, fue la vecina quien nos llamó. Bengt Larsson está demasiado borracho para ser interrogado, así que lo acabo de enviar a vuestro calabozo.

Patrik se preguntaba por

qué Mellberg no lo habría llamado para informarlo de aquella actuación, pero se resignó y se dio por satisfecho al responderse que los caminos del comisario eran, por lo general, totalmente inescrutables.

Fue subiendo los peldaños de dos en dos y se adelantó a Lena. Ya en la segunda planta, encontraron la puerta abierta de par en par y el apartamento lleno de gente. Jenny estaba en la

puerta de su casa con Max en brazos. Cuando Patrik se les acercó, el pequeño empezó a agitar entusiasmado las manos gordezuelas al tiempo que, a través de su sonrisa, le mostraba la hilera de pequeños dientes.

—¿Qué ha pasado?

Jenny sujetó con más fuerza a Max, que hacía lo posible por liberarse de su brazo.

—Aún no lo sabemos. Anders Nilsson está muerto,

y poco más sabemos, la verdad. ¿No has visto ni oído nada raro?

—No, no recuerdo nada especial. Lo primero que oí fue al vecino hablando con alguien en el rellano y, al cabo de un rato, acudieron los coches de policía y la ambulancia y mucho escándalo en la calle.

—Pero ¿nada en particular que te llamase la atención durante la noche o esta mañana temprano?

Patrik seguía intentando

sonsacarle algo.

—Pues no, nada.

Pero lo dejó, por el momento.

—Bien, Jenny, gracias por tu ayuda.

Le dedicó a Max una sonrisa y le permitió que le cogiese el dedo índice, algo que a Max le resultó tremendamente divertido, pues el pequeño se echó a reír de modo que a punto estuvo de ahogarse. De mala gana, Patrik retiró el dedo y empezó a retroceder



despacio en dirección al apartamento de Anders, sin dejar de despedirse de Max con la mano diciéndole adiós con media lengua infantil.

Lena lo aguardaba ante la puerta con una sonrisa burlona en los labios.

—¿Te entran ganas, verdad?

Patrik notó con horror cómo se sonrojaba, lo que dio aún más alas a la sonrisa de Lena. Murmuró algo inaudible por toda respuesta

mientras la seguía. La joven se dio la vuelta y le dijo por encima del hombro:

—Pues para que lo sepas, no tienes más que decírmelo. Yo estoy libre y soltera y el tictac de mi reloj biológico suena con tal estruendo que pronto no podré ni dormir por las noches.

Patrik sabía que Lena estaba bromeando, que ésas eran sus bromas insinuantes de siempre, pero no pudo por menos de sonrojarse aún

más. Se abstuvo de responder y, cuando entraron en el apartamento, todo atisbo de sonrisa desapareció del rostro de ambos.

Alguien había cortado la cuerda de la que colgaba Anders, cuyo cuerpo yacía ahora sobre el suelo de la sala de estar. Sobre él colgaba aún el trozo de cuerda cortado a unos diez centímetros del gancho al que lo habían atado. El resto seguía alrededor del cuello

de Anders, donde Patrik pudo ver la profunda hendidura que la cuerda había provocado en la enrojecida piel del fallecido. Lo que más le costaba ver era el color antinatural que solía adquirir el rostro de los muertos. El ahorcamiento producía un desagradable tono azul violáceo que le confería a la víctima un aspecto rarísimo. La gruesa lengua que apuntaba inflamada por entre los labios también era un rasgo

habitual de las personas que morían ahorcadas o ahogadas. Aunque su experiencia de víctimas de asesinato era, por así decirlo, bastante limitada, la policía se las veía cada año con su porción correspondiente de suicidios lo que, a lo largo de su carrera, lo había llevado a descolgar tres cadáveres.

No obstante, en cuanto echó un vistazo a la sala de estar, detectó que había algo en aquella escena que la

distinguía claramente de los casos de suicidio por ahorcamiento que él había visto. No había nada a lo que el propio Anders se hubiese podido subir para meter la cabeza por la cuerda que colgaba del techo. En efecto, no había por allí ninguna silla, ninguna mesa. Anders habría estado flotando libremente en medio de la habitación como un macabro móvil humano.

Poco habituado a ver escenarios de asesinato,

Patrik avanzaba cauto describiendo amplios círculos alrededor del cadáver. La víctima tenía los ojos abiertos con la mirada helada perdida en el vacío. Patrik no pudo evitar extender la mano para cerrárselos, antes de que llegase el forense. En realidad, ni siquiera deberían haber bajado el cuerpo; pero había algo en aquella mirada petrificada que le conmovía todos los nervios del cuerpo. Tenía la sensación de que

los ojos sin vida de la víctima estuviesen siguiendo su recorrido por la habitación.

Se fijó en que ésta presentaba una desnudez insólita y en que los cuadros habían sido retirados de las paredes. Lo único que quedaba eran las grandes marcas dejadas por ellos en la deslucida pintura. Por lo demás, aquella estancia tenía el mismo aspecto de abandono que recordaba de la vez anterior, aunque



entonces los cuadros le conferían cierta brillantez. Las pinturas le otorgaban al hogar de Anders un tono un tanto decadente en su combinación de suciedad y belleza. Ahora sólo quedaban la mugre y el deterioro.

Lena no dejaba de hablar por el móvil. Tras una conversación en la que Patrik sólo la oyó responder con monosílabos, la agente cerró de un golpe la tapa de su pequeño Ericsson antes

de volverse hacia él:

—Nos mandarán refuerzos de la unidad forense para la inspección del lugar de los hechos. Salen ahora mismo de Gotemburgo. No debemos tocar nada, así que propongo que esperemos fuera, por si acaso.

Ambos salieron al rellano antes de que Lena cerrase la puerta con cuidado para después echar la llave que había encontrado puesta en la

cerradura, en el lado interior. Ya ante el portal sintieron el frío acerado. Lena y Patrik movían los pies para calentarse.

—¿Y dónde te has dejado a Janne?

Patrik preguntaba por el compañero de Lena, que debería haber acudido con ella en el mismo coche patrulla.

—Está de BAPHE.

—¿BAPHE?

Patrik la miraba inquisitivo.

—BAja Por Hijo  
Enfermo. BAPHE. Gracias a  
tanto recorte presupuestario,  
no había nadie que pudiese  
sustituirlo en tan breve  
plazo, así que, cuando  
dieron el aviso, tuve que  
salir yo sola.

Patrik asintió con gesto  
ausente. Se sentía inclinado  
a darle la razón a Lena. No  
eran pocos los indicios de  
que buscaban a un solo  
asesino. Cierto que lo peor  
que un policía podía hacer  
era sacar conclusiones

precipitadas, pero las probabilidades de dos asesinos en un pueblo tan pequeño eran prácticamente inexistentes. Si, además, se sumaba la circunstancia de la evidente conexión entre las dos víctimas, las probabilidades eran aún menores.

Sabían que el viaje desde Gotemburgo les llevaría a los colegas una hora y media, como mínimo, si no dos y, para aguantar el frío, se sentaron en el coche de

Patrik y pusieron una emisora de música pop, en grato contraste con el motivo de la larga espera que tenían por delante. Una hora y cuarenta minutos más tarde, vieron llegar al aparcamiento dos coches de policía, y ambos agentes salieron a recibirlos.

—**P**or favor, Jan, ¿no podemos tener nuestra propia casa? He visto que venden una de las casas de

Badholmen. Podríamos ir a verla, ¿no? Tiene unas vistas fantásticas y un cobertizo. ¡Anda, por favor!

El tono quejumbroso de Lisa incrementaba su irritación. Como casi siempre, últimamente. Sería mucho más agradable estar casado con ella si tuviese el sentido común necesario para cerrar el pico y estar mona. Pero, últimamente, ni siquiera sus grandes y firmes pechos ni su redondo trasero le habían hecho sentir que

merecía la pena aguantarla. Cada vez se ponía más pesada y, en momentos como aquél, se arrepentía profundamente de haber cedido cuando insistió en lo de casarse.

Cuando le echó el ojo, Lisa trabajaba como camarera en el Röde Orm de Grebbestad. Todos los colegas de su círculo empezaron a babear tan pronto como vieron su gran escote y sus largas piernas, de modo que él decidió en el



acto que Lisa sería suya. Desde luego, él solía conseguir cuanto quería y Lisa no resultó una excepción. Él no tenía mal aspecto, aunque lo que resultaba decisivo era cuando se presentaba como Jan Lorentz. La sola mención de aquel apellido solía encender una chispa en los ojos de las mujeres; a partir de ahí, tenía el campo libre.

Al principio se obsesionó con el cuerpo de

Lisa. Nunca se cansaba de ella y, con insuperable eficacia, logró hacer oídos sordos a las necias observaciones que la joven emitía constantemente con su voz chillona. Las miradas de envidia que observaba en otros hombres cuando él aparecía con Lisa del brazo también incrementaron la capacidad de atracción de la joven. Al principio, sus sugerencias de que debía convertirla en su legítima esposa caían siempre en

saco roto y, a decir verdad, su necesidad empezaba a minar el poder de sus atractivos; pero lo que resultó decisivo y convirtió en irresistible la idea de hacerla su esposa fue la inapelable oposición de Nelly. Ella detestaba a Lisa desde el día que la conoció y no perdía ocasión de dar a conocer su parecer. Su infantil deseo de rebelión lo había abocado a la situación actual y ahora no podía por menos que maldecir su

estupidez.

Lisa hacía pucheros con la boca, tumbada boca abajo en la gran cama matrimonial. Estaba desnuda y hacía cuanto estaba a su alcance por parecer seductora, pero a él eso ya no le afectaba lo más mínimo. Sabía que ella esperaba una respuesta.

—Ya sabes que no podemos irnos de la casa de mi madre. No está bien y no puede vivir sola en una casa tan grande.

Le dio la espalda a Lisa y empezó a hacerse el nudo de la corbata ante el gran espejo del tocador de Lisa. Y, en el mismo espejo, vio que la joven fruncía el entrecejo con irritación, gesto que no la favorecía en absoluto.

—¿Y no puede esa vieja urraca tener el sentido común de mudarse a una acogedora casita en lugar de ser una carga para su familia? ¿No comprende que tenemos derecho a nuestra

propia vida privada? En cambio, tenemos que pasarnos los días cuidando a la vieja. ¿Y de qué le sirve guardar todo ese dinero? Apuesto lo que quieras a que disfruta viéndonos humillados y obligados a arrastrarnos por las migajas que ella deja caer de su mesa. ¿No se da cuenta de todo lo que haces por ella? Trabajando como un esclavo en esa empresa y haciéndole de canguro en tu tiempo libre. Esa bruja no es capaz

ni de dejarnos las mejores habitaciones de la casa, como muestra de agradecimiento, sino que nos manda a vivir al sótano mientras ella se pasea por los salones.

Jan se dio la vuelta y miró a su esposa con frialdad.

—¿No te he dicho ya que no hables así de mi madre?

—¡Tu madre! —resopló Lisa—. No te habrás creído de verdad que ella te ve

como a un hijo, ¿no Jan? Para ella nunca serás más que un caso de beneficencia. Si su amado Nils no hubiese desaparecido, te habrían echado tarde o temprano. Tú no eres más que una solución de emergencia, Jan. ¿Quién, si no, le haría de esclavo prácticamente gratis y a todas horas? Lo único que tienes es la promesa de que, cuando ella la palme, heredarás todo su dinero. Pero, para empezar, seguro que dura hasta los cien, por



lo menos, y para continuar, seguro que ha hecho testamento dejando el dinero a un hogar para perros sin dueño mientras se ríe de nosotros a nuestras espaldas. A veces eres de un idiota, Jan.

Lisa rodó hasta quedar boca arriba y estudió la perfecta manicura de sus uñas. Jan dio un paso hacia la cama donde Lisa se encontraba y, con gran calma y frialdad, se acuclilló, le tomó un mechón

del largo y rubio cabello que le colgaba por fuera del colchón y empezó a tirar despacio pero cada vez más fuerte, hasta que ella hizo un gesto de dolor. Con el rostro muy cerca del de ella, masculló en un susurro:

—¡Nunca más! ¿Me oyes? Nunca más vuelvas a llamarme idiota. Y créeme, el dinero será mío un día. Lo único que puede cuestionarse es si tú estarás aquí el tiempo suficiente como para disfrutarlo.

Con gran satisfacción, vio un destello de temor en los ojos de Lisa. Casi podía ver cómo su estúpido cerebro, primitivo y taimado a un tiempo, procesaba la información y llegaba a la conclusión de que había llegado el momento de cambiar de táctica. Lisa se estiró en la cama, volvió a fingir un puchero y se cubrió los pechos con las palmas de las manos. Después, empezó a describir círculos con el índice alrededor de los

pezones, muy despacio, hasta que se endurecieron y, con voz seductora, le dijo:

—Perdóname, Jan, no ha estado bien. Pero ya sabes cómo soy. A veces hablo sin pensar. ¿Puedo compensarte de algún modo?

Jan sintió que, sin mediación de su voluntad, su cuerpo empezaba a reaccionar y decidió que Lisa bien podía servirle para algo, después de todo. Así que volvió a desanudarse la corbata.

Mellberg se rascaba reflexivo la entrepierna sin percatarse de la expresión de repugnancia que dicho gesto provocaba en el rostro de quienes tenía congregados a su alrededor. En honor al gran día, se había puesto un traje que, no obstante, le quedaba algo estrecho, aunque él lo atribuía a que alguien se habría equivocado en la tintorería y lo habría lavado a demasiada temperatura. Él no

necesitaba pesarse para tener la certeza de que no había engordado un solo gramo desde sus años de joven recluta, por lo que consideraba que la compra de un traje nuevo era malgastar el dinero. La calidad era eterna. No estaba en su mano impedir que los imbéciles de la tintorería no supiesen hacer su trabajo.

Se aclaró la garganta para atraer la atención de todos los asistentes. La charla y el ruido de las sillas

cesaron al punto y todas las miradas se concentraron en Mellberg, que estaba sentado ante su escritorio. Las sillas que ocupaban los congregados habían tenido que traerlas de otros lugares de la comisaría y las habían colocado en semicírculo frente a la suya. Mellberg paseó por la sala una mirada solemne en completo silencio. En efecto, aquél era un instante que pensaba disfrutar lo máximo posible. Con el ceño fruncido,

observó que Patrik presentaba un aspecto deplorable. Ciertamente que el personal podía hacer lo que gustase en su tiempo libre, pero teniendo en cuenta que estaban a mediados de semana, no era mucho pedir que se observase cierta mesura en lo que al traspasar y al consumo de alcohol tocaba. Mellberg inhibió con eficacia el recuerdo del cuarto de litro que, la noche anterior, se había deslizado por su



propia garganta. Y anotó mentalmente que debía mantener con el joven Patrik una charla sobre la política de la comisaría en relación con el alcohol.

—Como todos sabéis a estas alturas, se ha producido un segundo asesinato en Fjällbacka. La probabilidad de que haya dos asesinos es mínima, de lo que creo que podemos deducir que la persona que mató a Alexandra Wijkner es la misma que mató a

Anders Nilsson.

Disfrutaba con el sonido de su propia voz y con el ansia y el interés que veía en los rostros de los presentes. Aquél era, sin duda, su elemento. Había nacido para hacer aquello, precisamente.

Mellberg continuó:

—Anders Nilsson fue hallado esta mañana por Bengt Larsson, uno de sus compañeros de borracheras. Había sido ahorcado y, según un resultado preliminar de Gotemburgo,

llevaba colgado desde ayer, como mínimo. Mientras no contemos con datos más concretos, ésta es la hipótesis a partir de la cual vamos a trabajar.

Le gustaba la sensación que le producía en la lengua el pronunciar la palabra hipótesis. El auditorio que tenía ante sí no era especialmente numeroso, pero en su mente eran muchos más y no cabía la menor duda de su grado de interés. Y lo único que todos

esperaban eran sus palabras y sus órdenes. Satisfecho, miró a su alrededor. Annika escribía atenta en un ordenador portátil con las gafas apoyadas sobre la punta de la nariz. Sus formas femeninas, bien dispuestas, iban revestidas de una chaqueta amarilla, que le sentaba de mil amores, con la falda apropiada, y Mellberg le guiñó un ojo. Sin excederse. Más le valía no consentirla demasiado. A su lado estaba Patrik, que

parecía ir a derrumbarse de un momento a otro. Le pesaban los ojos, rojos de agotamiento. Desde luego que tenía que tener unas palabras con él tan pronto como se presentase la ocasión. Después de todo uno debía de poder exigir cierto estilo a sus empleados.

Aparte de Patrik y de Annika, había otros tres empleados en la comisaría de Tanumshede. Gösta Flygare era el más antiguo y

dedicaba todos sus esfuerzos a hacer el mínimo indispensable hasta el día de su jubilación, para la que no le faltaban más que un par de años. Después, podría dedicarse en cuerpo y alma a su gran pasión: el golf. Había empezado a jugar hacía diez años, cuando su esposa murió de cáncer y, de repente, los fines de semana se le hacían eternos y vacíos. El deporte no tardó en convertirse en una especie de sustancia tóxica y ahora

veía su trabajo, por el que, dicho sea de paso, nunca había mostrado demasiado interés, como un obstáculo que le impedía pasar el tiempo en el campo de golf.

Pese a lo escuálido del sueldo, se las había arreglado para ahorrar el dinero suficiente para comprarse un apartamento en la Costa del Sol española y, dentro de poco, podría dedicar los meses de verano a jugar al golf en Suecia, mientras que pasaría el resto

del año en los campos de golf de España. Aunque tenía que admitir que aquellos asesinatos habían conseguido despertar en él cierto interés, por primera vez en muchos años. Sin embargo, no en el grado suficiente como para no haber preferido una ronda de dieciocho hoyos, si la estación lo hubiese permitido.

A su lado se encontraba el miembro más joven de la comisaría. Martin Molin



despertaba diversos grados de sentimientos paternales en todos ellos, y unos y otros colaboraban para actuar como muletas invisibles y facilitarle el trabajo. Aunque todos procuraban que él no lo notase. Simplemente, le asignaban tareas dignas de un niño y se turnaban para revisar y corregir los informes que escribía antes de que llegasen a manos de Mellberg.

El joven agente había salido de la Escuela Superior

de Policía no hacía más de un año, lo que provocaba gran desconcierto, en primer lugar, porque nadie se explicaba cómo había conseguido superar las duras pruebas de ingreso y, en segundo lugar, cómo había logrado también cursar todos los años y obtener el título. Pero Martín era amable y tenía buen corazón y, pese a su ingenuidad, por la que no era apto en absoluto para la profesión de policía, todos pensaban que, en cualquier

caso, no podría causar mayor perjuicio allí, en Tanumshede, así que le ayudaban de buen grado a superar todos los obstáculos. Sobre todo Annika le tenía un afecto especial que, para regocijo general, demostraba de vez en cuando acogiéndolo en un cálido abrazo espontáneo y apretándolo contra su generoso pecho.

Su cabello, siempre alborotado y de un rojo tan intenso como el de sus pecas

podía, en esas ocasiones, compararse con el color de sus mejillas. Pero Martin adoraba a Annika y había pasado con ella y su marido muchas tardes, en las épocas en que necesitaba consejo por estar enamorado sin ser correspondido. Lo cual le sucedía siempre. Su ingenuidad y su bondad parecían convertirlo en un imán irresistible para mujeres que devoraban hombres para desayunar y después escupían los restos.

Pero Annika siempre estaba allí para escucharlo, para reconstruir su confianza en sí mismo y lanzarlo de nuevo al mundo, con la esperanza de que, un día, encontrase a una mujer que supiese apreciar el tesoro que se escondía bajo aquella pecosa apariencia.

El último componente del grupo era también el menos querido por todos. Ernst Lundgren era un lameculos de magnitud inconmensurable, que jamás

perdía la ocasión de destacar, preferentemente a costa de los demás. A nadie le sorprendía que siguiese soltero. Cualquier cosa menos atractivo y, aunque hombres más feos que él encontraban pareja gracias a una personalidad agradable, Ernst carecía tanto de lo uno como de lo otro. De ahí que aún viviese con su anciana madre en una granja situada a diez kilómetros de Tanumshede. Según los rumores, su madre le había

echado una mano a su padre, célebre en la región por su agresividad y su afición al alcohol, cuando el hombre cayó del pajar para aterrizar en una horca. Pero de eso hacía ya muchos años y el rumor solía salir a la luz cuando la gente no tenía nada más interesante que contar. Cierto era, en cualquier caso, que su madre era la única persona que podía amar a Ernst, con aquellos dientes prominentes, el cabello

estropajoso y sus enormes orejas, todo ello acompañado de su humor colérico y su egocentrismo. En aquella reunión, Ernst tenía la vista pendiente de los labios de Mellberg, como si sus palabras fuesen perlas, sin perder la menor ocasión de, irritado, mandar callar a los demás si osaban hacer el menor ruido que distrajese la atención de la intervención del comisario. De repente, alzó la mano, ansioso, como un colegial dispuesto a hacer



una pregunta.

—¿Cómo sabemos que no fue el borracho quien lo asesinó y después fingió encontrarlo esta mañana?

Mellberg asintió satisfecho ante la observación de Ernst Lundgren.

—Buena pregunta, Ernst, muy buena. Pero, como ya he dicho, partimos de la base de que es la misma persona que mató a Alex Wijkner. Aun así, comprueba la coartada de

Bengt Larsson.

Mellberg señaló a Ernst Lundgren con el bolígrafo mientras paseaba la mirada por los rostros de los demás.

—Ésa es la actitud que necesitamos, la de un vivo razonar, si queremos resolver este caso. Espero que escuchéis y aprendáis de Ernst. Aún os falta mucho para alcanzar su nivel.

Ernst bajó la vista abrumado, pero tan pronto como Mellberg desvió la atención a otro lado, no

pudo resistir la tentación de dedicar a sus colegas una mirada de triunfo. Annika resopló bien alto y clavó en él la vista sin pestañear siquiera, en respuesta a la expresión iracunda que Ernst le lanzó.

—¿Por dónde iba?

Mellberg engancho los pulgares de los tirantes que llevaba bajo la chaqueta e hizo girar la silla hasta quedar mirando la pizarra que habían colgado en la pared, a su espalda, y en la

que se exponían los datos relativos al caso Alex Wijkner. Ahora había al lado otra pizarra similar, aunque ésta no contenía más que la instantánea que le habían tomado a Anders antes de que el personal de la ambulancia cortase la cuerda y bajase su cadáver.

—Bien, ¿qué es lo que tenemos hasta el momento? Anders Nilsson fue hallado esta mañana y, según un informe preliminar, llevaba muerto desde ayer. Lo colgó

una persona desconocida, o quizá varias, probablemente, pues se necesita bastante fuerza para levantar el cuerpo de un hombre con el fin de colgarlo del techo. Lo que no sabemos es cómo procedieron. No hay huellas de forcejeo, ni en el apartamento ni en el cuerpo de Anders. Ni moratones que indiquen que lo hayan golpeado antes ni después del momento de la muerte. Éstos no son, como ya he dicho, más que datos

preliminares, pero se verán confirmados cuando le hayan practicado la autopsia.

Patrik movió el lápiz pidiendo la palabra.

—¿Cuándo se calcula que conoceremos los resultados de la autopsia?

—Al parecer, tienen un montón de cadáveres esperando, así que no he conseguido que me digan cuándo lo tendrán listo.

Nadie parecía sorprendido.

—Además, sabemos que

existe una clara conexión entre Anders Nilsson y nuestra primera víctima de asesinato, Alexandra Wijkner.

Mellberg se había puesto de pie y señalaba la fotografía de Alexandra, que estaba en el centro de la primera pizarra. Era una instantánea que les había facilitado su madre y todos pensaron, una vez más, en lo hermosa que había sido en vida. Y aquella fotografía hacía de la contigua, la que

representaba a Alex en la bañera, con el rostro azulado y pálido y con el cabello y las pestañas helados, una visión más horrenda aún.

—Esta pareja increíblemente desigual mantenía una relación sexual, según el propio Anders admitió y a la luz de ciertas pruebas que, como sabéis, obran en nuestro poder y que corroboran tal afirmación. Lo que no sabemos es cuánto tiempo duró, cómo se conocieron y,



ante todo, cómo fue posible que una mujer rica y hermosa eligiese a un compañero de cama tan sorprendente como ese sucio borracho sin clase ninguna. Ahí me huelo yo que se oculta algo.

Mellberg se golpeó un par de veces el lateral de su voluminosa nariz plagada de rojos capilares.

—Martin, tú te encargarás de investigar más a fondo ese asunto. Ante todo, debes arremeter contra

Henrik Wijkner con más dureza de la que hemos empleado hasta ahora. Ese muchacho sabe más de lo que nos ha dicho. Recuerda mis palabras.

Martin asintió ansioso anotando en su bloc como si le fuese la vida en ello. Annika le lanzó una mirada tierna y maternal por encima de sus gafas de lectura.

—Por desgracia, esto nos lleva a la casilla número uno en lo que a sospechosos del asesinato de Alex se

refiere. Anders parecía prometer para ese papel y, bueno, ahora la situación es distinta. Patrik, tú revisarás de nuevo todo el material que tenemos sobre el caso Wijkner. Comprueba y verifica todos los detalles. En alguna parte debe de estar la pista que se nos ha escapado.

Mellberg había oído aquella frase en una serie policíaca de televisión y la había memorizado para usos futuros.

Gösta era el único que no tenía asignado ningún cometido de trabajo, de modo que Mellberg miró la pizarra y se tomó unos minutos para reflexionar.

—Gösta, tú hablarás con la familia de Alex Wijkner. Puede que sepan algo que no nos han contado. Pregúntales por amigos y enemigos, por su infancia, su personalidad, todo, cualquier cosa. Habla con los padres y con la hermana, pero procura hacerlo por

separado. La experiencia me dice que así se le saca más a la gente. Ponte de acuerdo con Molin, que es el que hablará con el marido.

Gösta se hundió bajo el peso de la carga de un cometido concreto y suspiró con resignación. No porque aquello fuese a quitarle tiempo para jugar al golf, ya que estaban en pleno invierno, pero durante los últimos años había perdido la costumbre de tener que cumplir ningún objetivo

laboral real. Había perfeccionado el arte de parecer ocupado mientras hacía solitarios en el ordenador para matar el tiempo. La carga que suponía tener que mostrar unos resultados concretos doblegaba sus hombros. Se acabó la paz. Lo más probable era que ni siquiera les pagasen las horas extra. Se daría por satisfecho con que le compensasen el gasto de gasolina de los viajes de ida y vuelta de Gotemburgo.

Mellberg dio una palmada antes de apremiarlos a que pusiesen manos a la obra.

—Venga, poneos en marcha. No podemos quedarnos sentados si queremos resolver esto. Doy por hecho que trabajaréis más que nunca y, por lo que se refiere al tiempo libre, ya podréis dedicaros a él cuando hayamos resuelto el caso. Hasta entonces, yo seré el amo de vuestras horas y dispondré de ellas

como quiera. Vamos.

Puede que alguien tuviese algo en contra de que lo echasen de allí como a un niño perezoso, pero nadie dijo una palabra al respecto. Al contrario, todos se levantaron y tomaron las sillas que habían ocupado hasta el momento en una mano y el bloc y el bolígrafo en la otra. Tan sólo Ernst Lundgren se quedó rezagado. Pero, en contra de lo habitual, Mellberg no estaba receptivo a las



lisonjas y lo despachó también a él.

Había sido un día enriquecedor. Claro que el que su principal candidato como sospechoso del asesinato de Wijkner resultase un callejón sin salida suponía un borrón en su hoja de servicios, pero el hecho de que uno más uno diese como resultado mucho más de dos lo compensaba con creces. Un asesinato era un suceso, dos asesinatos eran una noticia sensacional

para un distrito tan pequeño. Si, hasta el momento, estaba seguro de obtener un billete de ida al centro de los sucesos tan pronto como hubiese resuelto el caso Wijkner, ahora tenía la certeza más absoluta de que, ante una perfecta resolución global de los asesinatos, le rogarían y suplicarían que volviese.

Con tan halagüeñas perspectivas de futuro a su alcance, Bertil Mellberg se retrepó en la silla, extendió

el brazo como solía hacia el tercer cajón, sacó una chocolatina y se la metió entera en la boca. Luego, con las manos cruzadas apoyadas en la nuca, cerró los ojos y decidió que se había ganado un sueñecito. Después de todo, ya era casi la hora del almuerzo.

**H**abía intentado dormir un par de horas, desde que se fue Patrik. Pero le costaba conciliar el sueño. El

torbellino de sentimientos que luchaban por prevalecer en su pecho la obligaba a revolverse en la cama con una sonrisa pertinaz que le hacía estirar la comisura de los labios. Debería ser delito sentirse así de feliz. La sensación de bienestar era tan intensa que no sabía qué hacer consigo misma. Se tumbó de lado, con la mejilla derecha apoyada en las manos.

Todo le parecía estupendo. El asesinato de

Alex, el libro que su editor esperaba impaciente y al que no conseguía imprimirle ritmo, el dolor por la muerte de sus padres y, cómo no, por la venta de su casa de la infancia, todo le parecía ahora más fácil de sobrellevar. No porque los problemas hubiesen desaparecido, sino porque por primera vez tenía el convencimiento de que su mundo no estaba a punto de desbordarse y de que podía enfrentarse a cualquier

dificultad que se le presentase en el camino.

Y pensar que un solo día, veinticuatro simples horas, pudiese marcar tal diferencia. Ayer, a la misma hora, se despertó con el pecho encogido. Despertó a una soledad que no se veía capaz de ignorar. Ahora, en cambio, casi podía sentir físicamente las caricias de Patrik sobre su piel. Físicamente no era, en realidad, la palabra más precisa, o más bien era una

palabra demasiado limitada.

Todo su ser sentía que el estado de pareja había venido a sustituir a su soledad y que el silencio del dormitorio, que antes se le antojaba amenazador e infinito, era ahora indicio de sosiego. Por supuesto que ya lo echaba de menos, pero la tranquilizaba la certeza de que, donde quiera que él estuviese, la tenía en su pensamiento.

Erica se imaginó con un cepillo de barrer mental con

el que retiraba las antiguas telarañas de los rincones y el polvo que se había acumulado sobre su razón. Pero la nueva clarividencia también la hacía reparar en la imposibilidad de rehuir aquello a lo que llevaba días dándole vueltas.

Desde que la verdad sobre quién era el padre del hijo que Alex esperaba se le evidenció como un mensaje a fuego grabado en el cielo, había temido el enfrentamiento a que aquello



la conduciría. Y seguía sin verse muy animada, pero la renovada energía que la invadía la capacitaba para abordar el problema en lugar de postergarlo, como había hecho hasta el momento. Sabía lo que tenía que hacer.

Se quedó un buen rato bajo la ducha de agua hirviente. Todo parecía ofrecerle un nuevo comienzo aquella mañana y deseaba emprenderlo con limpieza. Después de la ducha le echó un vistazo al termómetro, se

abrigó bien y elevó una plegaria para que el coche arrancase, pese al frío. Y así fue, al primer intento.

Mientras conducía, Erica fue pensando cómo sacaría el tema en la conversación. Practicó un par de introducciones, a cual más patética, y al final resolvió que lo mejor sería improvisar. No tenía ninguna prueba contundente, pero el nudo en el estómago le decía que estaba en lo cierto. Por una fracción de

segundo se planteó llamar a Patrik para contarle sus sospechas, pero enseguida desechó la idea, convencida de que debía comprobarlo antes ella misma. Había demasiadas cosas en juego.

El camino hasta su destino no era largo, pero a ella se le hizo eterno. Cuando por fin entró en el aparcamiento que había al pie del hotel Badhotellet, vio que Dan la saludaba sonriente desde el barco. Tal y como suponía, allí estaba.

Erica le devolvió el saludo, pero no la sonrisa. Cerró el coche y, con las manos en los bolsillos de su anorak marrón claro, fue descendiendo hasta el barco de Dan. Hacía un día brumoso y gris, pero el aire era fresco, así que respiró hondo un par de veces para disipar las últimas nubes que, en su cabeza, había originado el abundante vino del día anterior.

—Hola, Erica.

—Hola.

Dan siguió trabajando en su barco, aunque parecía contento de tener compañía. Erica miró algo nerviosa a su alrededor, por si veía a Pernilla, pues aún le preocupaba el modo en que la esposa de Dan la había mirado la última vez. Aunque, a la luz de la verdad, ahora la comprendía mucho mejor.

Por primera vez, Erica se dio cuenta de lo hermoso que era el viejo pesquero. Dan lo había heredado de su

padre y lo había cuidado con mucho cariño. Llevaba la pesca en la sangre y lo apesadumbraba que ya no se pudiese vivir de ella. Cierto que le gustaba su papel de maestro en la escuela de Tanum, pero la pesca era su verdadera vocación. Siempre tenía a punto una sonrisa cuando trajinaba en el barco. No le importaba trabajar duro y combatía el frío del invierno con la ropa adecuada. Se echó al hombro un pesado rollo de

cuerda antes de volverse hacia Erica:

—¿Qué pasa hoy? ¿Cómo es que vienes sin comida? ¿No habrás pensado convertirlo en una costumbre?

Un mechón de su rubio flequillo asomaba por el gorro de lana mientras grande y fuerte, como una columna de piedra maciza, miraba a Erica. Emanaba fuerza y alegría y a ella le dolió pensar que estaba a punto de quebrar su

contento. Pero sabía que, si no lo hacía ella, lo haría otra persona. En el peor de los casos, la policía. E intentó convencerse de que, en realidad, aunque estaba a punto de acceder a una zona gris de sentimientos, le haría un favor. La razón principal era que ella quería saber la verdad. Necesitaba saberla.

Dan llevó el rollo de cuerda hasta la proa, lo dejó en la cubierta y volvió junto a Erica, que estaba en la popa apoyada en la falca del



barco.

Erica tenía la mirada perdida en el horizonte. «Compré mi amor por dinero, no tenía otra opción».

Dan sonrió y completó la estrofa: «Canta dulcemente, violín mío, canta, pese a todo, al amor».

Erica no sonreía.

—¿Sigue siendo Fröding tu poeta favorito?

—Siempre lo ha sido y siempre lo será. Los alumnos me dicen que están

hartos de Fröding, pero yo opino que es imposible hartarse de sus poemas.

—Sí, yo aún conservo la antología que me regalaste cuando salíamos juntos.

Ahora Dan estaba de espaldas, pues había ido a cambiar de sitio unas banastas de redes que estaban en la falca opuesta. Ella siguió imperturbable.

—¿Sueles regalar un ejemplar como ése a tus novias?

Dan interrumpió

súbitamente su quehacer y se volvió hacia Erica con expresión de desconcierto.

—¿A qué te refieres? Te lo regalé a ti y, bueno, también se lo regalé a Pernilla, aunque dudo mucho que se haya molestado en leerlo nunca.

Erica vio que se ponía nervioso, pero, decidida, se aferró con las manos enguantadas a la falca sobre la que apoyaba la espalda y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Y a Alex? ¿Le diste

uno a ella también?

El rostro de Dan adquirió el color de la nieve que cubría el hielo a su espalda, pero Erica creyó atisbar también una expresión de alivio que desapareció enseguida.

—¿Qué dices? ¿Alex?

Aún no parecía preparado para capitular.

—La última vez que nos vimos te conté que había estado en casa de Alex una noche de la semana pasada. Lo que no te conté fue que

alguien entró mientras yo estaba allí. Alguien que subió derecho a recoger algo del dormitorio. Al principio no caía en lo que era, pero cuando comprobé en el teléfono cuál había sido el último número marcado por Alex y vi que era el de tu móvil supe enseguida qué faltaba en la habitación. Y es que yo tengo una antología idéntica en mi casa.

Dan guardaba silencio, de modo que Erica continuó:

—No fue nada difícil

imaginar por qué nadie iba a tomarse la molestia de entrar en casa de Alex sólo para robar algo tan insignificante como una antología poética. Seguro que tenía escrita una dedicatoria, ¿verdad? Y esa dedicatoria señalaría directamente al amante de Alex.

—«Con todo mi amor, te entrego aquí mi pasión. Dan».

Dan repitió aquellas palabras con la voz preñada de sentimiento. Ahora era su

mirada la que se perdía en el horizonte. Se sentó súbitamente sobre una banasta que había en la cubierta y se quitó de un tirón el gorro de lana. Tenía el cabello indómito y revuelto y se pasó la mano para aplacarlo. Después, miró a Erica cara a cara.

—No podía dejar que se supiese. Nuestra relación era una locura. Una locura intensa y destructiva. Nada que pudiésemos dar a conocer para que colisionase

con nuestras vidas reales. Ambos sabíamos que aquello debía terminar.

—¿Teníais pensado veros el viernes que murió?

El rostro de Dan se tensó al recordarlo. Desde que Alex murió, debió de pensar mil veces en lo que habría ocurrido si él hubiese acudido a la cita. Quizá ella seguiría viva.

—Sí, íbamos a vernos la tarde del viernes. Pernilla iba a Munkedal con los niños, a visitar a su hermana.



Yo me inventé una excusa, dije que no me sentía muy animado y que prefería quedarme en casa.

—Pero Pernilla no se fue, ¿verdad?

Tras un largo silencio, respondió:

—Sí. Sí que se fue, pero yo me quedé en casa. Apagué el móvil, pues sabía que no se atrevería a llamar al fijo. Me quedé en casa por cobardía. Sabía que no sería capaz de mirarla a los ojos y decirle que lo nuestro había

terminado. Aunque estaba convencido de que ella también lo comprendía, que debía terminar tarde o temprano, no me atreví a ser quien diese el primer paso. Pensé que si me iba apartando poco a poco, ella terminaría por aburrirse y rompería conmigo. Muy masculino, ¿a que sí?

Erica sabía que aún le quedaba lo más duro, pero tenía que seguir adelante. Era mejor que lo supiese por ella.



contártelo aquella noche del viernes. Había preparado una cena exquisita y había puesto a enfriar una botella de champán.

Dan no era capaz de mirarla a la cara. Intentaba fijar la vista en algún punto exterior, remoto, pero las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos y todo se turbó en una neblina. El llanto manaba desde muy hondo y las lágrimas discurrían ya abundantes por sus mejillas. Y siguió creciendo hasta

convertirse en un llanto convulso que lo obligaba a secarse la nariz con los guantes. Finalmente se rindió, abandonó su intento de limpiarse el llanto y ocultó la cabeza entre las dos manos.

Erica se acuclilló a su lado y le pasó el brazo por el hombro para consolarlo. Pero Dan apartó su brazo y ella comprendió que tenía que salir por sí mismo del infierno en el que ahora se encontraba. Así, de brazos

cruzados, aguardó hasta que las lágrimas empezaron a caer más despacio y ya no parecía que le faltase el aire.

—¿Cómo sabes que estaba embarazada?

Hablaba entrecortadamente.

—Yo estaba con Birgit y Henrik en la comisaría cuando lo contaron.

—¿Saben que no era el hijo de Henrik?

—Bueno, al parecer, Henrik sí lo sabe. Pero Birgit no. Ella cree que era

hijo suyo.

Dan asintió. Parecía consolarlo la idea de que los padres de Alex no lo supiesen.

—¿Cómo os conocisteis?

Erica quería apartar sus pensamientos de su hijo muerto, aunque no fuese más que por un instante, para darle un respiro.

Dan sonrió con amargura.

—Un clásico. ¿Dónde se conoce la gente de nuestra

edad en Fjällbacka? En el Galären, claro. Nos vimos cada uno desde un extremo del local y fue una revelación. Jamás había sentido una atracción semejante por otra mujer.

Erica experimentó una leve, muy leve punzada de celos al oír aquellas palabras. Dan prosiguió:

—Entonces no pasó nada, pero un par de fines de semana después ella me llamó al móvil. Fui a su casa. Y, luego, todo vino



rodado. Robaba momentos que poder compartir con ella cuando Pernilla se iba a algún sitio. Pocas tardes y menos noches, en otras palabras, por lo general nos veíamos de día.

—¿No temías que os viesen los vecinos cuando ibas a su casa? Ya sabes la rapidez con que se difunden aquí las noticias.

—Sí, claro que pensé en ello. Solía saltar la valla por la parte posterior y luego entraba por la puerta del

sótano. Si quieres que te sea sincero, eso constituía una parte importante de la excitación. El peligro, el riesgo.

—Pero ¿no sabías lo mucho que te jugabas?

Dan le daba vueltas al gorro entre las manos mirando obstinado la cubierta del barco mientras hablaba.

—Claro que sí. En un sentido. Pero en el otro, me sentía invulnerable. Ya sabes, eso les pasa a los

demás, jamás a uno mismo.  
¿No es así?

—¿Lo sabe Pernilla?

—No. Al menos, no oficialmente. Pero creo que tiene sus sospechas. Ya viste su reacción el día que nos vio aquí juntos. Y así lleva ya varios meses, celosa, vigilante. Creo que intuye que hay algo.

—Comprenderás que debes contárselo.

Dan negó vehementemente con la cabeza y las lágrimas volvieron a inundar sus ojos.

—Es imposible, Erica. No puedo. Hasta mi historia con Alex, no comprendí cuánto significa Pernilla para mí. Alex representaba la pasión, pero Pernilla y las niñas son mi vida. ¡No puedo!

Erica se inclinó y le tomó la mano. Y le habló con voz sosegada y clara, sin dejar traslucir la indignación que sentía en su interior.

—Dan, tienes que hacerlo. La policía debe saberlo y tienes la

oportunidad de hacer que Pernilla se entere a través de ti y según tu versión. Tarde o temprano, la policía lo averiguará y entonces no tendrás ocasión de explicárselo a Pernilla a tu manera. Entonces no podrás elegir. Además, acabas de decirme que lo más probable es que ella lo sepa o, al menos, lo sospeche. Puede incluso que resulte una liberación para los dos poder hablar de ello. Un modo de airear el ambiente.

Vio que Dan la escuchaba y prestaba atención a lo que le decía; y, al tocarlo, notó que él temblaba.

—Pero ¿y si me deja? Y si se lleva a las niñas y me deja, Erica, ¿qué voy a hacer entonces? Sin ellas no soy nada.

Una vocecita intransigente le susurraba a Erica en su interior que Dan debería haber pensado en ello antes; sin embargo, otras voces más vigorosas la

acallaban diciendo que el tiempo de los reproches había quedado atrás. Que había cosas más importantes que hacer. Se inclinó, lo abrazó y le pasó la mano por la espalda para consolarlo. El llanto volvió con renovada fuerza para luego ir extinguiéndose poco a poco. Cuando Dan se liberó de su abrazo y se enjugó las lágrimas, lo vio resuelto a no dilatar lo inevitable.

Mientras se alejaba del muelle en el coche, lo vio

por el espejo retrovisor: estaba de pie, inmóvil, sobre la cubierta de su querido barco, con la mirada en el horizonte. Erica deseaba con todas sus fuerzas que hallase las palabras adecuadas. No iba a ser fácil.

El bostezo parecía haber surgido de los dedos de los pies antes de atravesarle todo el cuerpo. Jamás había estado tan cansado en toda su vida. Ni tampoco tan



feliz.

Le costaba concentrarse en los abultados montones de papeles que se alzaban ante él. Un asesinato generaba cantidades ingentes de documentos y su trabajo consistía ahora en revisarlos detalladamente con el fin de encontrar la pieza, pequeña pero vital, que podía hacer que avanzase la investigación. Se frotó los ojos con los dedos índice y pulgar y respiró hondo para reunir las

fuerzas necesarias para ejecutar su tarea.

Cada diez minutos tenía que levantarse de la silla para estirarse, ir por un café o dar cuatro saltos, cualquier cosa para mantenerse despierto y concentrado un poco más. En varias ocasiones su mano, como movida por voluntad propia, se había desplazado hacia el teléfono para llamar a Erica, pero logró contenerla. Si ella estaba tan cansada como él, estaría aún durmiendo. Y

esperaba que así fuese. En efecto, si se le permitía, pensaba mantenerla despierta tanto como fuese posible también aquella noche.

Una de las pilas de papeles que más había crecido desde la última vez que los revisó era la que contenía información sobre la familia Lorentz. Era evidente que Annika, con su habitual celo, había seguido rebuscando viejos artículos y noticias, cualquier texto en

el que se los mencionase, y los había ido colocando ordenadamente sobre su escritorio. Patrik se puso a trabajar metódicamente y refrescó su memoria dándole la vuelta al montón, de modo que leyó en primer lugar los artículos que ya había leído antes. Dos horas más tarde, seguía sin encontrar nada que activase su imaginación. Aún tenía la intensa certidumbre de que había algo que se le escapaba, que parecía burlar

su atención.

El primer dato de verdadero interés apareció bastante avanzada la lectura del montón. Annika había incluido una noticia sobre un caso de incendio en Bullaren, a unos cincuenta kilómetros de Fjällbacka. La noticia tenía fecha de 1975 y le habían dedicado casi una página entera en el *Bohusläningen*. La casa había quedado reducida a cenizas la noche del 6 al 7 de julio de 1975, a

consecuencia de una explosión. Una vez extinguido el fuego, poco más que cenizas quedaron de ella, pero también los restos de dos cuerpos humanos que resultaron pertenecer a Stig y Elisabeth Norin, los propietarios. Como por un milagro, su hijo de diez años salió ileso del incendio, pues lo encontraron en uno de los cobertizos. El suceso se produjo, según el *Bohusläningen*, en

circunstancias sospechosas, y la policía consideró que el incendio había sido provocado.

El artículo iba adjunto a una carpeta en la que Patrik encontró una copia de la investigación policial. Aún estaba desconcertado, pues no veía la relación que la noticia podía guardar con la familia Lorentz. Hasta que abrió la carpeta y vio el nombre del hijo de los Norin. El pequeño de diez años se llamaba Jan y la

carpeta incluía un informe del ministerio de Asuntos Sociales en donde se mencionaba la adopción por parte de los Lorentz. Patrik lanzó un silbido. Aún no veía clara la conexión con la muerte de Alex, y con la de Anders, por si fuera poco, pero algo empezaba a tomar forma en el extrarradio de su conciencia. Sombras que desaparecían y se apartaban tan pronto como él intentaba concentrar su razón en ellas, pero que le indicaban que



iba tras la pista correcta. Hizo una anotación en su bloc antes de continuar con la penosa revisión del material que tenía ante sí.

El bloc de notas fue llenándose poco a poco. Su caligrafía era tan deforme que Karin siempre bromeaba diciendo que debería haber sido médico en lugar de policía, pero él entendía lo que había escrito y eso era lo importante. Entre las notas aparecían algunos puntos de tareas pendientes, pero la

parte dominante eran las preguntas que aquellos datos iban generando y que él marcaba con grandes signos de interrogación. ¿A quién esperaba Alex para cenar? ¿Quién era el hombre con el que se veía en secreto y cuyo hijo esperaba? ¿Sería Anders, pese a que él mismo lo negó? ¿O habría otra persona más involucrada a la que aún no habían conseguido ponerle nombre? ¿Cómo era posible que una mujer como Alex, guapa,

con clase y dinero, tuviese una aventura con alguien como Anders? ¿Por qué guardaba Alex en un cajón un artículo sobre la desaparición de Nils Lorentz?

La lista de interrogantes crecía sin parar. Patrik iba ya por el tercer folio cuando empezó con las cuestiones relacionadas con la muerte de Anders. El montón de documentos con información sobre esa muerte era, por ahora,

mucho más reducido. Desde luego que llegaría el momento en que también ese montón creciera, pero por ahora sólo había unos diez folios entre los que se contaban los hallados en el registro de la casa de Anders. El principal interrogante se refería al modo en que murió. Patrik subrayó en negro la pregunta varias veces, con fuerza, para desahogar su irritación. ¿Cómo pudo izar el asesino, o los asesinos, el cuerpo de

Anders hasta el techo? La autopsia les daría más respuestas, pero por lo que Patrik pudo ver en el lugar de los hechos, no había marcas de violencia, tal y como Mellberg había señalado en su exposición de aquella mañana. Un cuerpo sin vida resulta extremadamente pesado y el de Anders habían tenido que levantarlo un buen tramo para poder atar la cuerda al gancho del techo.

De modo que casi se

inclinaba por pensar que, por una vez en la vida, Mellberg tenía razón y que, de hecho, debieron de ser varias personas las que lo hicieron. Aunque aquello no le encajaba en el caso del asesinato de Alex, y Patrik era capaz de apostar el cuello a que se trataba del mismo asesino. Tras haber dudado en un principio, iba convenciéndose poco a poco de que así era.

Revisó los documentos que habían encontrado en el

apartamento de Anders y los extendió como un abanico sobre el escritorio. Tenía en la boca un lápiz que había estado mordiendo hasta dejarlo irreconocible y ahora sentía la lengua llena de restos de pintura amarilla de aquél. Escupió con cuidado e intentó retirar lo que quedaba con los dedos, pero no funcionó. Ahora tenía los restos amarillos en los dedos. Agitó la mano en el aire varias veces por ver si se caían, pero terminó por

resignarse y volvió a centrar su atención en el abanico de papeles que tenía ante sí. Ninguno de ellos lograba despertar el menor interés, pero escogió la factura de teléfono para empezar con algún detalle. Anders hacía muy pocas llamadas, pero con todos los conceptos fijos la cantidad final resultaba importante. El detalle de las llamadas venía adjunto a la factura y Patrik lanzó un suspiro al comprender que no le quedaría más remedio



que hacer un poco de trabajo de campo si quería sacar algo de aquello. Pero es que, cómo decirlo, no era el mejor día para desempeñar tareas rutinarias y aburridas.

Fue llamando por orden a todos los números que aparecían en el detalle y no tardó en comprobar que Anders tan sólo llamaba a unos pocos. Pero uno resultaba llamativo. No aparecía en absoluto al principio de la lista, pero a partir de la primera vez era

el de mayor frecuencia. Patrik marcó el número y aguardó.

Estaba a punto de colgar, tras haber dejado sonar ocho tonos, cuando saltó un contestador automático. El nombre que oyó al otro lado del hilo telefónico lo hizo sentarse como un clavo en la silla, lo que lo obligó a estirar los músculos de los muslos, pues no había reparado en que tenía las piernas indolentemente extendidas sobre la mesa.

Las puso en el suelo y se masajeó el aductor derecho que su impetuoso movimiento parecía haber estirado más de lo que, por la falta de entrenamiento, podía soportar.

Patrik colgó despacio el auricular antes de que sonase la señal que indicaba que podía dejar su mensaje. Dibujó un círculo alrededor de una de las anotaciones que había hecho en el bloc y, tras unos minutos de reflexión, dibujó un círculo

más. Él mismo se encargaría de una de las dos tareas, pero la otra podía encargársela a Annika. Con el bloc en la mano, se encaminó a la mesa de Annika, que tecleaba enérgica ante su ordenador con las gafas en la punta de la nariz. La mujer alzó la vista y lo miró inquisitiva.

—Veamos, has venido a ofrecerme la posibilidad de hacerte cargo de alguna de mis tareas y así aligerar mi desproporcionada carga

laboral, ¿no es cierto?

—Mmm, no, no era eso exactamente lo que tenía pensado.

Patrik esbozó una sonrisa.

—Ya, me lo temía.

Annika lo miró con fingida severidad.

—Bien, en ese caso, ¿cómo pensabas contribuir a mi incipiente úlcera?

—Un favor muy pequeño, insignificante.

Patrik le indicó lo pequeño que era el favor

midiendo un milímetro con el índice y el pulgar.

—Bien, suéltalo.

Acercó una silla y se sentó al otro lado del escritorio de Annika. Su despacho era, pese a ser diminuto, el más agradable de toda la comisaría, sin lugar a dudas. Tenía un montón de plantas que parecían germinar a las mil maravillas, pese a que la única luz que recibían entraba por el ventanuco que daba a la entrada, lo cual

debía considerarse como un milagro de orden menor. Las frías paredes de hormigón aparecían recubiertas de fotografías de las dos grandes pasiones de Annika y de su marido Lennart: sus perros y las carreras de *dragracing*. La pareja tenía dos labradores que los acompañaban por toda Suecia, adonde quiera que se celebrase una de esas competiciones. Lennart era el que participaba, pero Annika lo acompañaba para

animarlo y eternamente dispuesta con el refrigerio y el termo de café. En general, siempre se veían con las mismas personas en las distintas carreras y, con el paso de los años, habían logrado formar un grupo tan unido que sus miembros se consideraban los mejores amigos. Había competición dos fines de semana al mes, como mínimo y, en tales casos, era imposible hacer que Annika trabajase.

Patrik leía sus notas.



—Verás, me preguntaba si no podrías ayudarme a hacer un pequeño inventario de la vida de Alexandra Wijkner. Empezando por su muerte y comprobando todos los datos que tenemos. Cuánto tiempo estuvo casada con Henrik. Cuánto tiempo estuvo viviendo en Suecia. Toda la información de sus años académicos en Francia y Suiza, etcétera, etcétera. ¿Comprendes lo que pretendo conseguir?

Annika había ido

tomando nota en un bloc mientras él hablaba y le dirigió una mirada afirmativa por toda respuesta. Estaba seguro de que así se enteraría de todo lo que merecía la pena saber y, ante todo, de que así sabría si algunos de los datos que tenía no valían ni el papel en el que estaban escritos. Porque tenía que haber algo que no encajase; de eso, también estaba totalmente seguro.

—Gracias, Annika. Eres

un tesoro.

Patrik empezaba a levantarse de la silla cuando un agrio «¡siéntate!» de Annika lo obligó a detenerse a medio camino y a volver a colocar el trasero sobre el asiento. Ahora comprendía por qué sus labradores estaban tan bien adiestrados.

La mujer se retrepó en la silla con una sonrisa satisfecha y Patrik supo enseguida que su primer error había consistido en acudir a su despacho

personalmente, en lugar de dejarle una nota con sus instrucciones. Debería haber recordado que ella siempre adivinaba sus intenciones y que, además, su olfato para los romances era del todo sobrenatural. Así que no le quedaba más que hacer ondear la bandera blanca y capitular, retrepase como ella y aguardar la avalancha de preguntas que, sin duda alguna, se le avecinaba. Annika abrió con una introducción suave, aunque

insidiosa.

—¡Sí que pareces agotado hoy!

—Mmmm...

Pues Patrik no estaba dispuesto a transmitirle la información sin ningún esfuerzo por su parte.

—¿Estuviste ayer en una fiesta?

Annika seguía pescando sin dejar de buscar, con ingenio maquiavélico, los puntos débiles del armamento.

—Bueno, lo que se dice

una fiesta... Según se mire.  
A ver, ¿cómo se define una  
fiesta?

El joven agente abrió los  
brazos y también sus claros  
ojos azules con expresión  
inocente.

—Venga, Patrik,  
ahórrate los rodeos.  
Cuéntame: ¿quién es?

Pero él no contestaba,  
dispuesto a torturarla con su  
silencio. Tras unos  
segundos, vio centellear una  
chispa en los ojos de  
Annika.

—¡Ajá!

El grito sonó triunfante y Annika movió el índice victoriosa.

—¡Es ella! ¿Cómo se llama? Se llama...

Chasqueaba los dedos mientras rebuscaba febrilmente en su memoria.

—¡Erica! ¡Erica Falck!

Aliviada, volvió a retrepase en la silla.

—Bueeeno, Patrik... ¿Y cuánto tiempo lleváis...?

No dejaba de sorprenderlo la precisión

infalible con que Annika solía acertar enseguida. Y tampoco tenía sentido negar que así era. Sintió cómo un delicado rubor empezaba a extenderse desde la coronilla hasta los dedos de sus pies y ese rubor resultaba más elocuente que nada de lo que él pudiese decir. Después, fue incapaz de contener una amplia sonrisa que, para Annika, fue la confirmación absoluta de sus sospechas.

Cinco minutos más tarde, tras el temido tiroteo



de preguntas, logró marcharse del despacho de Annika con la sensación de haber recibido una paliza. Aunque, bien mirado, no había sido del todo desagradable tratar el tema de Erica y, de hecho, le costó volver a la tarea que se había impuesto abordar inmediatamente. Se puso la cazadora, le dijo a Annika adónde se dirigía y salió al frío invernal de la calle, donde el suelo se iba cubriendo de gruesos copos

de nieve.

Desde la ventana, Erica veía los copos deslizarse hacia tierra. Estaba sentada ante el ordenador, pero lo había apagado y llevaba ya un rato mirando la negra pantalla. A pesar de un tremendo dolor de cabeza, se había obligado a escribir diez páginas sobre Selma. El libro había dejado de provocar en ella el menor entusiasmo, pero había firmado un contrato que cumpliría dentro de dos

meses. La conversación con Dan había puesto una sordina a su buen humor y ahora se preguntaba si, en aquel mismo momento, su amigo estaría contándoselo todo a Pernilla. Decidió utilizar su preocupación por Dan en algo creativo y volvió a encender el ordenador.

Tenía guardado en él el borrador del libro sobre Alex. Abrió el documento, que ocupaba ya más de cien páginas. Lo leyó todo de

principio a fin. Era bueno. Incluso muy bueno. Lo que la llenaba de preocupación era pensar en cómo reaccionarían todas las personas cercanas a Alex si el libro llegaba a publicarse. Ciertamente que había enmascarado la historia parcialmente, había cambiado los nombres de personas y lugares y se había permitido la licencia de añadir una serie de digresiones fantásticas, pero el material del libro se

componía indudablemente de la vida de Alex, vista por Erica. Y en especial la parte relacionada con Dan era la que más dolores de cabeza le acarreaba. ¿Cómo iba a ser capaz de exponerlos a él y a su familia de ese modo? Al mismo tiempo, sentía la necesidad de escribir también esa parte de la historia. Por primera vez en su vida sentía verdadero entusiasmo por el argumento de un libro. Habían sido tantas las ideas que no

habían dado la talla y que había ido desechando a lo largo de los años, que ahora no podía permitirse el lujo de dejar escapar ésta. Pensó que lo mejor sería concentrarse primero en terminar el libro; después se enfrentaría al problema de qué hacer con los sentimientos de los implicados.

Llevaba ya casi una hora escribiendo afanosamente cuando llamaron a la puerta. Al principio, se irritó al

verse interrumpida, ya que por fin había cogido el ritmo, pero se le ocurrió que podría ser Patrik y saltó rauda de la silla. Se miró de pasada en el espejo antes de bajar corriendo la escalera para abrir la puerta. La sonrisa se le heló en los labios al ver a la persona que aguardaba al otro lado. Era Pernilla y tenía un aspecto horrible. Parecía haber envejecido diez años desde la última vez que Erica la vio. Tenía los ojos



hinchados y enrojecidos por el llanto, el cabello encrespado y se diría que había salido a toda prisa, sin ponerse ninguna prenda de abrigo, pues tiritaba cubierta por una fina rebeca. Erica la hizo pasar al interior de la casa y, en un impulso, la abrazó mientras le acariciaba la espalda para consolarla, del mismo modo en que había consolado a Dan hacía tan sólo un par de horas. Aquel gesto quebrantó el poco autocontrol que aún le

quedaba a Pernilla, que estalló en largos sollozos con la cabeza apoyada sobre su hombro. Cuando, después de transcurridos unos minutos, alzó la cabeza, el rímel se le había corrido más aún por los párpados otorgándole un aspecto cómico, como de payaso.

—Lo siento.

A través de las lágrimas, Pernilla miraba el hombro de Erica, cuyo suéter blanco aparecía ahora emborronado de negras manchas de rímel.

—No importa. No te preocupes por eso. Ven.

Erica le pasó el brazo por los hombros y la condujo a la sala de estar. Notó que temblaba de pies a cabeza y supuso que no se debía sólo al frío. Por un segundo, se preguntó por qué habría decidido ir a verla a ella, precisamente. Erica siempre había sido mucho más amiga de Dan que de Pernilla y se le antojó un tanto extraño que no hubiese acudido a alguna de

sus verdaderas amigas, o a su hermana. Pero, como quiera que fuese, allí estaba. Y Erica estaba dispuesta a hacer todo lo posible por ayudarle.

—Tengo una cafetera caliente. ¿Quieres un café? Claro que lleva ya algo así como una hora calentándose, pero seguro que puede beberse.

—Sí, gracias.

Pernilla se sentó en el sofá y cruzó fuertemente los brazos, como si temiese

romperse en pedazos y quisiese sujetar las piezas de sí misma. Y, en cierto modo, así era.

Erica volvió con dos tazas de café. Colocó una de ellas en la mesa, ante Pernilla, y la otra enfrente, ante el sillón de orejas en el que se sentó para poder verla. Y esperó a que ella rompiese el silencio.

—¿Tú lo sabías?

Erica vaciló antes de responder.

—Sí, pero me entere

hace poco.

Seguía vacilando, pero añadió:

—Yo le dije a Dan que hablase contigo.

Pernilla asintió.

—¿Y qué hago ahora?

Era una pregunta retórica, así que Erica la dejó resonar, sin responder nada.

Pernilla prosiguió:

—Sé que, al principio, yo no fui para Dan más que un modo de olvidarte a ti.

Erica quiso protestar,

pero Pernilla la detuvo con un gesto de la mano.

—Sé que fue así, pero creía que, con el tiempo, se había convertido en mucho más, que nos queríamos de verdad. Hemos vivido bien y yo confiaba en él por completo.

—Dan te quiere, Pernilla. Sé que te quiere.

Pero Pernilla no parecía escucharla, sino que continuó hablando sin apartar la vista de su taza de café. La apretaba con tal

fuerza entre sus dedos que los nudillos le blanqueaban como a punto de estallar.

—Podría vivir sabiendo que tenía una aventura, podría haber buscado una excusa, una prematura crisis de los cuarenta o algo así; pero jamás podré perdonarle que la dejara embarazada.

La cólera que resonaba en su voz era tan honda que Erica tuvo que contenerse para no retirarse. Cuando Pernilla alzó la mirada hacia Erica, ésta vio en sus ojos un



odio tan grande que tuvo un horrible presentimiento. Jamás había visto una ira tan encendida y, por un instante, se preguntó desde cuándo conocería Pernilla la historia de Dan con Alex. Y hasta dónde estaría dispuesta a llegar para exigir su venganza. Después, rechazó la idea tan rápido como se le había ocurrido. Aquella mujer era Pernilla, ama de casa con tres hijas, casada con Dan desde hacía muchos años, no una furia iracunda

que se lanzase contra la amante de su esposo como un ángel vengador. Y, aun así, había en la mirada de Pernilla un componente de frialdad que asustó a Erica.

—¿Qué pensáis hacer ahora?

—No lo sé. Ahora mismo, no sé nada de nada. Lo único que necesitaba era salir de aquella casa. Era lo único que tenía en la cabeza. Ni siquiera podía mirarlo a la cara.

Erica se compadecía de

Dan. Lo más probable era que, en aquellos momentos, él estuviese pasando su propio infierno. Para ella habría sido más natural que Dan hubiese venido a pedirle consuelo. Entonces, habría sabido qué decir, qué palabras aliviarían su pesar. A Pernilla, en cambio, no la conocía lo suficiente como para saber cómo ayudarle. Tal vez bastase con escucharla.

—¿Por qué crees tú que lo hizo? ¿Qué le daba ella

que no encontraba en mí?

En ese momento, Erica comprendió por qué Pernilla había preferido acudir a ella en lugar de a alguna de sus amigas. Porque creía que ella tenía todas las respuestas sobre Dan. Que ella podría darle la plantilla con la solución a la cuestión de por qué Dan había actuado como lo había hecho. Por desgracia, Erica se veía obligada a decepcionarla. Ella creía que Dan era la honradez en

persona y jamás se le había pasado por la cabeza pensar que pudiese ser infiel. Se llevó la mayor sorpresa de su vida cuando comprobó las últimas llamadas realizadas por Alex y se encontró con el mensaje del contestador del móvil de Dan. Si había de ser sincera, sintió una gran decepción en ese instante. La decepción que uno siente cuando una persona a la que se aprecia no es como uno creía. Y ahora comprendía que

Pernilla, además de sentirse traicionada y engañada, empezase a preguntarse quién era en realidad el hombre con el que había estado viviendo todos esos años.

—No lo sé, Pernilla. Te aseguro que a mí me sorprendió muchísimo. No es propio del Dan que yo conozco.

Pernilla asintió, como si la consolase el hecho de no ser la única burlada. Nerviosa, retiraba bolitas

invisibles de su enorme rebeca. Con el largo cabello oscuro con restos de permanente recogido en una tosca cola de caballo, daba toda ella una impresión de aspecto más que descuidado. Erica siempre había pensado, con cierto complejo de superioridad, que Pernilla podría sacarle mucho más partido a su físico. Seguía haciéndose la permanente, pese a que había pasado de moda más o menos al mismo tiempo que

las chaquetas de caballero cortas, y siempre se compraba la ropa por catálogo, de firmas con precios tan bajos como su calidad y su diseño. Pero nunca la había visto tan ajada como hoy.

—Pernilla, sé que estáis pasando un momento muy difícil, pero Dan y tú sois una familia. Tenéis tres hijas preciosas y quince años estupendos a vuestras espaldas. No te precipites. Y no me malinterpretes del



todo. No es que defienda lo que ha hecho. Y es posible que no podáis seguir juntos. Que no se le pueda perdonar. Pero espera a que todo vuelva a su cauce antes de tomar una decisión. Piénsatelo bien, antes de actuar. Sé que Dan te quiere, me lo ha dicho hoy mismo. Y también sé que está profundamente arrepentido. Me dijo que había pensado dejarla y yo lo creo.

—Yo ya no sé qué creer, Erica. Nada de aquello en lo

que he creído ha resultado cierto así que, ¿en qué voy a creer ahora?

Aquella pregunta no tenía respuesta. Un silencio insoportable se interpuso entre ellas.

—¿Cómo era?

Una vez más vislumbró Erica un fuego que, frío, ardía en el fondo de los ojos de Pernilla. No tuvo que preguntarle a quién se refería.

—Fue hace tantos años. Yo ya no la conocía.

—Era hermosa. Yo la veía por aquí los veranos. Era exactamente como yo soñaba ser. Hermosa, elegante, sofisticada. Me hacía sentir como una palurda y habría dado cualquier cosa por ser como ella. En cierto modo, comprendo a Dan. Si nos colocas juntas a Alex y a mí, es evidente quién gana.

Dijo aquello con frustración, al tiempo que tironeaba de su práctica pero anticuada vestimenta, como

para ilustrar sus palabras.

—Y también a ti te he envidiado siempre. Su gran amor de juventud que se marchó a la gran ciudad y lo dejó aquí, añorándola. La escritora de Estocolmo que había conseguido ser alguien en la vida y que venía de vez en cuando a brillar con su presencia entre nosotros, simples mortales. Dan se pasaba semanas hablando de tu siguiente visita.

La amargura que rezumaba la voz de Pernilla

horrizó a Erica y, por primera vez, se avergonzó de haberla menospreciado. No se había enterado de nada. Al hacer examen de conciencia, tuvo que reconocer que hallaba cierta satisfacción en el hecho de demostrar la diferencia entre ella y Pernilla. Entre su corte de pelo de quinientas coronas en una peluquería de Stureplan y la permanente casera de Pernilla. Entre su ropa de marca comprada en la calle

de Biblioteksgatan y las blusas baratas y las faldas largas de Pernilla. ¿Qué importancia tenía aquello? ¿Por qué, en momentos concretos de debilidad, se había alegrado de esas diferencias? Era ella quien había dejado a Dan. ¿Sería simplemente por satisfacer su propio ego, o sería porque, en el fondo, sentía envidia de que Pernilla y Dan tuviesen tanto más que ella? En lo más hondo de su ser, ¿no les envidiaría la

familia que tenían? ¿Y no se habría arrepentido incluso de haberse marchado? ¿De no ser ella la que ahora tuviese la familia de Pernilla? ¿Habría intentado despreciar a Pernilla porque, de hecho, le tenía envidia? Era una idea despreciable, pero no podía deshacerse de ella. Se avergonzaba de ello en lo más hondo de su alma. Y, al mismo tiempo, se preguntaba hasta dónde habría llegado ella por defender lo que Pernilla

tenía. ¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar Pernilla? Erica la observaba reflexiva.

—¿Qué van a pensar mis hijas?

Le dio la impresión de que Pernilla no había pensado que, aparte de Dan y ella, había más personas afectadas por la situación.

—Lo sabrá todo el mundo, ¿verdad? Me refiero a lo del niño. ¿Qué van a pensar las niñas?

La sola idea parecía infundirle pánico y Erica se



esforzaba por calmarla.

—La policía tiene que saber que era Dan quien se veía con Alex, pero eso no significa que todo el mundo tenga que saberlo. Vosotros decidiréis qué le contáis a las niñas. Tú aún conservas el control.

Al parecer, sus palabras tranquilizaron a Pernilla que tomó un par de tragos de café. A aquellas alturas, debía de estar frío, pero a ella no pareció importarle. Erica sintió, por primera

vez, una intensa furia contra Dan. Le sorprendía que hubiese tardado tanto, pero ahora la sentía crecer en su interior. ¿Cómo podía ser tan estúpido? ¿Cómo había podido tirar por la borda lo que tenía, con o sin atracción? ¿No comprendía lo afortunado que era? Cruzó las manos sobre la rodilla e intentó, sin palabras, comunicarle a Pernilla que estaba con ella; pero no supo si recibía o no el mensaje.

—Gracias por escucharme. De verdad que aprecio que lo hayas hecho.

Sus miradas se cruzaron. No había pasado ni una hora desde que Pernilla llamó a la puerta, pero Erica había aprendido mucho en ese tiempo, y, sobre todo, de sí misma.

—¿Podrás arreglártelas?  
¿Tienes adónde ir?

—Pienso ir a casa —dijo Pernilla con voz clara y resuelta—. No voy a permitir que ella me aleje de

mi casa y de mi familia. No pienso darle esa satisfacción. Pienso irme a casa con mi marido para solucionar esto. Pero no será sin condiciones. A partir de ahora, las cosas se harán de otro modo.

Erica no pudo evitar esbozar una sonrisa, pese a lo trágico de la situación. Dan tendría que vérselas con más de un obstáculo, eso estaba claro. Pero se lo tenía merecido.

Se abrazaron brevemente junto a la puerta. Mientras

Pernilla, ya sentada al volante, se alejaba de allí, Erica deseó de corazón que Dan y ella fuesen felices. Sin embargo, no podía evitar sentir cierto desasosiego. La imagen de la mirada de Pernilla, llena de odio, no abandonaba su memoria. En aquella mirada no había lugar para la compasión.

Tenía todas las fotografías extendidas ante sí sobre la mesa. Lo único que le

quedaba de Anders eran las fotografías. Casi todas antiguas y amarillentas. Hacía muchos años que no había motivo para hacerle una foto. Los retratos de cuando era un bebé eran en blanco y negro y, cuando fue creciendo, pasaron a ser en color. Anders fue un niño feliz. Algo indómito, pero siempre alegre. Considerado y amable. Se había ocupado de ella y se había tomado en serio su papel de hombre de la casa. A veces, demasiado

en serio, tal vez; pero ella lo dejaba hacer. Lo hizo, bien o mal. ¡Era tan difícil saberlo! Tal vez hubiese debido hacerlo todo de otro modo, o tal vez el modo no hubiese importado lo más mínimo. Quién sabe.

Vera sonrió al ver una de sus fotos favoritas. Anders en su bicicleta, orgulloso como un gallo. Ella había trabajado muchas noches y fines de semana haciendo horas extra para poder comprársela. Era una

bicicleta de color azul oscuro y tenía un asiento, de esos que llamaban de gota, que según Anders era lo único que le pediría en toda su vida. Había suspirado por aquella bicicleta más que por ninguna otra cosa en el mundo y Vera no olvidaría jamás la expresión de su cara cuando se la regaló el día de su octavo cumpleaños. Paseaba en ella siempre que podía y, en aquella foto, había conseguido captarlo justo



cuando pedaleaba a toda velocidad. Su cabello largo se rizaba sobre el cuello de la ajustada sudadera Adidas con sus rayas blancas en las mangas. Así era como quería recordarlo. Antes de que todo empezara a torcerse.

Vera llevaba mucho tiempo esperando aquel día. Cada llamada telefónica, cada toque en la puerta, le traía el miedo. Aquella llamada o aquel toque en la puerta podía ser el que le trajera lo que ella tanto había

temido durante tanto tiempo. Y, a pesar de todo, nunca creyó del todo que ese día llegaría al fin. Iba en contra de las leyes de la naturaleza el que un hijo muriese antes que sus progenitores y quizá por eso fuese tan difícil imaginar esa posibilidad. La esperanza es lo último que se pierde y, en cierto modo, ella confiaba en que todo se arreglaría de alguna manera. Aunque fuese mediante un milagro. Pero no había milagros. Ni esperanza. Lo

único que le quedaba era la desesperanza y un montón de viejas fotos amarillentas.

El tic tac del reloj de la cocina resonaba estridente en medio del silencio. De repente, tomó conciencia de hasta qué punto su casa estaba descuidada. No había reparado nada durante años, y se notaba. Había mantenido a raya la suciedad, pero no había logrado limpiar los residuos de la indiferencia, que parecía adherida a paredes y

techo. Todo era gris, sin vida. Desaprovechado. Eso era lo que más la apesadumbraba. Que todo estaba desaprovechado, malgastado.

El alegre rostro que Anders lucía en las fotos se burlaba de ella. Era la prueba más evidente de que ella había fracasado. Su misión consistía en mantener esa sonrisa en su semblante, darle algo en lo que creer, esperanza y, ante todo, amor para el futuro. En cambio,

ella se había quedado callada mientras veía cómo le arrebatában todo aquello. Había descuidado su labor de madre, una vergüenza que jamás conseguiría lavar de su conciencia.

Le sorprendió comprobar lo escasas que eran las pruebas de que Anders hubiese estado vivo. Los cuadros habían desaparecido, los pocos muebles que tenía en el apartamento acabarían en la basura, si nadie los quería.

En su casa no quedaba ninguna de sus pertenencias, que él había vendido o destrozado con el uso a lo largo de los años. La única evidencia de que había existido era aquel puñado de fotografías que ella tenía sobre la mesa. Y sus recuerdos. Claro que existiría también en el recuerdo de otras personas, pero como un desgraciado borracho, no como alguien a quien añorar ni por quien llorar. Ella era la única que

conservaba buenos recuerdos de él. En ocasiones, resultaba difícil dar con ellos, pero existían y, en un día como aquél, eran los únicos que le venían a la memoria. Los demás quedaban prohibidos.

Los minutos se convirtieron en horas y Vera seguía sentada ante la mesa de la cocina mirando las fotografías. Empezó a sentir rígidas las articulaciones y a sus ojos cansados les costaba distinguir los

detalles de las fotos a medida que la oscuridad del invierno ahogaba la casa, pero eso daba igual. Ahora, ya estaba completa e implacablemente sola.

El timbre de la puerta retumbó en la casa. Le llevó tanto tiempo oír que alguien se movía dentro, que ya estaba a punto de volver al coche, pero, tras un rato de espera, oyó que alguien se acercaba despacio. La puerta



se abrió lentamente y allí estaba Nelly, que lo miraba inquisitiva. Se asombró al ver que abría ella misma. En efecto, se había imaginado que un adusto mayordomo enfundado en reluciente librea le mostraría el camino hacia el interior de la casa. Claro que ya no habría quien tuviera mayordomos.

—Hola, soy Patrik Hedström, de la policía de Tanumshede. Quería ver a su hijo, Jan.

Patrik había llamado

antes a la oficina, pero allí le habían comunicado que Jan trabajaba hoy desde casa.

La anciana no pestañeó siquiera, sino que se hizo a un lado y lo dejó pasar.

—Un momento, voy a llamarlo.

Con paso lento pero elegante, Nelly se dirigió a una puerta que resultó ocultar una escalera que conducía hacia abajo. Patrik había oído decir que Jan habitaba el piso del sótano de la lujosa casa, y concluyó

que allí era donde desembocaba la escalera.

—Jan, tienes visita. La policía.

Patrik se preguntó si la débil voz quebrada de Nelly se oiría en el fondo, pero unos pasos en la escalera le confirmaron que, en efecto, así fue. Cuando Jan llegó al descansillo, madre e hijo cruzaron una mirada cómplice cargada de mensajes secretos. Después, Nelly se retiró a sus habitaciones, con un gesto

de asentimiento a modo de saludo hacia Patrik, mientras Jan se le acercaba con la mano extendida y una sonrisa que dejaba ver un montón de dientes. Patrik pensó en un aligátor. Un aligátor sonriente.

—Hola. Soy Patrik Hedström, de la comisaría de Tanumshede.

—Jan Lorentz.  
Encantado.

—Estoy trabajando en la investigación del asesinato de Alex Wijkner y quisiera

hacerte unas preguntas, si no te importa.

—Por supuesto. No veo cómo podría ayudar, pero ése es vuestro trabajo, no el mío, ¿verdad?

De nuevo la sonrisa de aligátor. Patrik sintió que se le iban los dedos: se moría de ganas de borrar aquella sonrisa que lo sacaba de quicio.

—Si no te importa, podemos bajar a mi apartamento. Así no molestaremos a mi madre.

—Claro, ningún inconveniente.

A Patrik le resultaban extraños aquellos arreglos de vivienda. En primer lugar, no soportaba a los hombres adultos que aún vivían en casa de su madre; en segundo lugar, le costaba entender que Jan aceptase verse relegado a un oscuro sótano, mientras que la anciana vivía en la magnificencia de aquellos doscientos metros cuadrados, como mínimo.

Habría sido lógico que Jan pensase que, de haber estado con ellos, a Nils no le habría tocado vivir en el sótano.

Patrik lo acompañó escaleras abajo y tuvo que admitir que, para ser un sótano, no estaba nada mal. No habían escatimado en ningún gasto y el apartamento había sido decorado por alguien que deseaba mostrar su poder adquisitivo. Por todas partes había cordones dorados, terciopelo y brocados, de las

mejores marcas, seguramente; aunque, por desgracia, la falta de luz natural no le hacía justicia a tan rica decoración. Por el contrario, el conjunto recordaba ligeramente al ambiente de un burdel. Patrik sabía que Jan estaba casado y se preguntaba si sería su esposa quien había insistido en aquella decoración o si había sido él mismo. Según su propia experiencia, se inclinaba por la esposa.



Jan le indicó el camino hasta un pequeño despacho donde, además del escritorio y un ordenador había un sofá. Se sentaron cada uno en un extremo y Patrik sacó su bloc de notas del maletín. Había decidido esperar al máximo antes de mencionar la muerte de Anders Nilsson y no decirle a Jan nada al respecto hasta que fuese absolutamente necesario. La estrategia y la oportunidad eran factores importantes si quería sacarle a Jan Lorentz

alguna información útil.

Miró al hombre que tenía frente a sí examinándolo. Su aspecto era, sencillamente, demasiado perfecto. La camisa y el traje no presentaban una sola arruga y el nudo de la corbata era ejemplar. Jan estaba recién afeitado, no tenía ni un cabello fuera de lugar y todo su ser irradiaba sosiego y confianza. También en este caso, la experiencia le decía a Patrik que todas las

personas a las que interrogaba la policía se conducían con más o menos nerviosismo, aunque no tuviesen nada que ocultar. Una apariencia de total tranquilidad indicaba que la persona en cuestión tenía algo que ocultar: así rezaba la teoría de Patrik, de confección absolutamente casera. Y había resultado ser cierta con una frecuencia extraordinaria.

—¡Qué lugar más agradable! —comentó Patrik

pensando que no podía hacer ningún mal mostrándose educado.

—Sí, fue Lisa, mi esposa, quien eligió la decoración. Y, en mi opinión, lo hizo con bastante acierto.

Patrik miró a su alrededor observando el pequeño y oscuro despacho, decorado hasta la saciedad con cojines con lazos dorados y reluciente mármol. Un excelente ejemplo de lo que podía

lograrse con poco gusto y mucho dinero.

—¿Están ya cerca de alguna solución?

—Hemos obtenido bastante información y empezamos a forjarnos una idea de lo que pudo suceder.

No del todo cierto, pero debía intentar amedrentarlo un poco.

—¿Conocías a Alex Wijkner? Por ejemplo, tengo entendido que tu madre acudió al funeral.

—No, en realidad,

mentiría si dijera que la conocía. Claro que sabía quién era, aquí en Fjällbacka todo el mundo se conoce más o menos. Pero su familia dejó el pueblo hace muchos años. Si nos veíamos por la calle, nos saludábamos, pero poco más. En cuanto a mi madre..., no puedo responder por ella. Tendrás que preguntárselo directamente.

—Durante la investigación hemos sabido,

por ejemplo, que Alex Wijkner mantenía..., ¿cómo decirlo?..., una relación con Anders Nilsson. Supongo que sabes quién es, ¿no?

Jan sonrió. Una sonrisa torcida, despreciativa.

—Sí, claro, nadie que viviera aquí podía evitar conocer a Anders. Más que conocido, podría decirse que era célebre. ¿Y dices que Alex y él tenían una aventura? Perdona, pero me cuesta imaginarlo. Una pareja algo desigual, por lo

menos. Entiendo lo que él pudo ver en ella, pero no se me ocurre por qué le habría interesado a ella relacionarse con él. ¿Estás seguro de que no habéis malinterpretado algo?

—Estamos seguros de que es así. Y a Anders, ¿lo conocías?

De nuevo aquella sonrisa de superioridad en los labios de Jan, pero en esta ocasión aún más manifiesta. El joven negó burlón con la cabeza.

—Pues no, qué quieres



que te diga. No nos movíamos exactamente en los mismos círculos, a decir verdad. A veces lo veía en la plaza con los otros borrachos, pero conocerlo, desde luego que no.

Era evidente que la sola idea le parecía absurda.

—Nosotros nos codeamos con gente de una clase social muy distinta y los borrachines del pueblo no se cuentan entre los de nuestro círculo de amigos.

Jan despachó la pregunta

de Patrik como si fuese una broma, pero ¿no había visto un atisbo de inquietud en sus ojos? De ser así, tal indicio se borró tan rápido como había aparecido, pero Patrik estaba convencido de haberlo notado. A Jan le incomodaban las preguntas sobre Anders. Bien, pues, en tal caso, Patrik podía dar por cierto que iba por buen camino. Se permitió el lujo de disfrutar de su siguiente pregunta antes de haberla formulado, e hizo una pausa

dramática antes de decir, con inocente sorpresa:

—Pero entonces ¿cómo es que últimamente Anders realizó un montón de llamadas telefónicas a este número?

Con enorme satisfacción, vio que la sonrisa de Jan se esfumaba de su rostro. Evidentemente, la pregunta lo había hecho perder el control y, por un instante, Patrik pudo ver a través del escudo de *dandy* que Jan tanto se esforzaba en

cultivar. Detrás de la fachada vio un miedo auténtico. Jan recobró por fin el temple, pero intentó ganar tiempo mientras, con gran parsimonia, encendía un puro y se esforzaba por no mirar a Patrik a los ojos.

—¿Me disculpas si fumo?

No esperaba ninguna respuesta; y Patrik tampoco se la dio.

—Te aseguro que no comprendo eso que dices de que Anders llamaba aquí. De

todos modos, yo no he hablado con él y creo que puedo responder por mi esposa. No, eso sí que es extraño.

Dio una honda calada del cigarro y se retrepó en el sofá, con el brazo indolentemente apoyado en los cojines.

Patrik no decía nada. De nuevo, según su experiencia, el mejor modo de conseguir que la gente dijese más de lo que tenía pensado decir era quedarse callado. Por lo

general, sentían la necesidad de llenar un silencio que se prolongase demasiado, y Patrik dominaba aquel juego. Así que esperó.

—Pero, fíjate, creo que ya sé lo que pasó.

Jan se inclinó hacia delante agitando el cigarro, como animado.

—Alguien ha estado llamando hasta que saltaba el contestador, pero sin decir nada. Sólo se oía la respiración. Y, en alguna que otra ocasión, cuando yo

mismo respondía, no parecía haber nadie al otro lado del hilo telefónico. Debía de ser Anders, que se había enterado de nuestro número.

—¿Y por qué iba a llamaros?

—¿Qué sé yo? — preguntó Jan a su vez, abriendo los brazos en gesto impotente—. Envidia, tal vez. Nosotros tenemos dinero y eso les molesta a muchos. La gente como Anders tiende a culpar de su desgracia a los demás y,

mejor aún, a aquellos que, a diferencia de ellos mismos, han logrado algo en su vida.

A Patrik no le sonaba como un argumento sólido. Resultaría difícil rebatir lo que decía Jan, pero ni por un instante creyó que ésa fuese la razón.

—Supongo que no habrás conservado ninguna de las conversaciones que decías quedaban grabadas en la cinta del contestador, ¿verdad?

—Por desgracia, no.



Jan arrugó la frente para demostrar que lo sentía.

—Hay otros mensajes grabados encima. Lo siento, me gustaría haber podido ser de más utilidad. Pero ni que decir tiene que, si vuelve a llamar, guardaré la cinta.

—Puedes estar seguro de que Anders no volverá a llamaros.

—¿Ah sí? Y, ¿por qué?

Patrik no supo discernir entre la autenticidad o la falsedad de su expresión de curiosidad.

—Porque lo hemos encontrado muerto, asesinado.

Un poco de ceniza del puro cayó sobre la rodilla de Jan.

—¿Que han asesinado a Anders?

—Así es. Lo encontraron esta mañana.

Patrik estudiaba a Jan con la mirada. Si pudiese oír lo que pasaba en aquel momento por la cabeza de Jan... ¡Qué fácil sería todo entonces! ¡Era sincera su

sorpresa o tenía ante sí a un excelente actor?

—¿Se trata del mismo hombre que mató a Alex?

—Aún es demasiado pronto para afirmarlo. — Todavía no quería soltar del todo a Jan—. En fin, que estás completamente seguro de que no conocías ni a Alex Wijkner ni a Anders Nilsson, ¿no es así?

—Has de saber que miro mucho con quién me relaciono y con quién no. Los conozco de vista, nada

más.

Jan había recuperado su yo sonriente y flemático.

Patrik decidió probar con otra línea en sus preguntas.

—En casa de Alex Wijkner hallamos el recorte de un artículo que ella tenía guardado; trataba sobre la desaparición de tu hermano. ¿Sabrías decirme por qué tendría ella interés en conservar un artículo sobre ese asunto?

Jan alzó los brazos una vez más, con los ojos muy

abiertos, indicando que le era totalmente incomprensible.

—Bueno, fue el gran tema de conversación en Fjällbacka hace ya muchos años. Tal vez conservara el artículo por puro interés por un suceso extraño.

—Tal vez. Y tú, ¿qué opinas de aquella desaparición? Como sabrás, circulan todo tipo de teorías al respecto.

—Bueno, pues yo creo que Nils vive la vida en

algún país de clima cálido. Mi madre, en cambio, está convencida de que sufrió un accidente.

—¿Teníais buena relación?

—No, no puede decirse que así fuese. Nils era mucho mayor que yo y tampoco creo que le entusiasmase la idea de tener un hermanastro con el que compartir las atenciones de su madre. Pero tampoco nos llevábamos mal. Éramos más bien indiferentes el uno

con el otro.

—Nelly te adoptó formalmente después de la desaparición de Nils, ¿no es cierto?

—Exacto. Un año más tarde, aproximadamente.

—Y aparejado a la adopción, iba la mitad del reino.

—Sí, podría decirse que sí.

Quedaba ya muy poco del cigarro puro y Jan estaba a punto de quemarse, así que lo aplastó bruscamente en un

ostentoso cenicero.

—No es agradable pensar que fue a costa de otra persona, pero creo poder afirmar que me he ganado mi parte a lo largo de los años. Cuando tomé las riendas de la fábrica de conservas, íbamos cuesta arriba, pero yo reestructuré la actividad desde la base y ahora exportamos conservas de pescado y mariscos a todo el mundo, a Estados Unidos, Australia, Sudamérica...



—¿Qué te hace pensar que Nils huyó al extranjero?

—En realidad, no debería contártelo, pero justo antes de la desaparición de Nils, desapareció también una buena cantidad de dinero de la fábrica. Además, faltaba alguna ropa, una maleta y su pasaporte.

—¿Por qué no se denunció a la policía la desaparición del dinero?

—Mi madre se negó. Insistía en que debía de

tratarse de un error, que Nils no habría sido capaz de algo así. Las madres, ya se sabe. Su trabajo consiste en creer sólo bondades de sus hijos.

Encendió otro cigarro. A Patrik le parecía que empezaba a haber demasiado humo en aquella habitación tan pequeña, pero no dijo nada.

—Por cierto, ¿no quieres uno? Son cubanos. Liados a mano.

—No, gracias. No fumo.

—Lástima. No sabes lo

que te pierdes.

Jan observó su cigarro con fruición.

—Leí en nuestros archivos el informe sobre el incendio que acabó con la vida de tus padres. Debió de ser muy duro. ¿Cuántos años tenías, nueve, diez?

—Tenía diez años. Y tienes razón. Fue muy duro. Pero tuve suerte. La mayoría de los que se quedan huérfanos no va a parar a una familia como los Lorentz.

A Patrik le pareció un tanto falto de gusto hablar de suerte en ese contexto.

—Por lo que deduje, se sospechaba que el incendio fue provocado. ¿Llegó a saberse algo más?

—No, ya has leído los informes, ¿no? La policía nunca logró averiguar nada más. Personalmente, creo que mi padre estaba fumando en la cama, como siempre, y se durmió.

Por primera vez a lo largo de la conversación, dio

muestras de impaciencia.

—¿Me permites que te pregunte qué tiene eso que ver con los asesinatos? Ya te he dicho que no conocía a ninguna de las víctimas y no alcanzo a comprender lo que tiene que ver con todo esto mi triste infancia.

—Verás, en estos momentos, estamos investigando cualquier pista, por insignificante que sea. Las llamadas de teléfono que os hizo Anders me llevaron a indagar en ese

asunto. Pero no parece conducir a ninguna parte. Disculpa si te he robado tu tiempo inútilmente.

Patrik se levantó y le tendió la mano. Jan también se levantó, pero dejó el cigarro en el cenicero antes de estrechársela.

—No importa, de verdad. Ha sido un placer conocerte.

Menudo adulator, pensó Patrik mientras lo seguía escalera arriba, pisándole los talones. El contraste con el

elegante piso de arriba era muy llamativo. Lástima que no le hubiesen dado el número de teléfono del decorador de Nelly a la mujer de Jan.

Dio las gracias y salió de la casa con la sensación de haber perdido más que ganado. Por un lado, tenía la sensación de haber visto en Jan algo cuyo significado debería haber comprendido. Algo que llamaba la atención en la magnificencia de su despacho. Por otro,

había algo en Jan Lorentz que no terminaba de encajar. Patrik volvió a su idea inicial. Aquel tipo era demasiado perfecto.

**E**ran cerca de las siete y la nevada había arreciado considerablemente cuando Patrik llegó por fin a la puerta de la casa de Erica. La joven se sorprendió ante la intensidad de su reacción al verlo y lo natural que resultó el gesto de rodearlo



con sus brazos y acurrucarse contra su pecho. Patrik dejó dos bolsas del supermercado ICA en el suelo del vestíbulo y respondió a su abrazo con otro cálido y prolongado.

—Te he echado de menos.

—Yo también.

Se besaron con ternura. Al cabo de un rato, el estómago de Patrik empezó a rugir de tal modo que ambos aceptaron el reto de llevar las bolsas a la cocina. Había comprado demasiada

comida, pero Erica guardó en el frigorífico lo que no iban a consumir. Mientras preparaban la cena, y como por un acuerdo tácito, no hablaron de los sucesos del día. Una vez que hubieron saciado sus estómagos y, satisfechos, descansaban sentados a la mesa, Patrik le contó lo ocurrido.

—Anders Nilsson ha muerto. Lo encontraron esta mañana en su apartamento.

—¿Lo encontraste tú?

—No, pero por pocos

minutos.

—¿Cómo murió?

Patrik vaciló un instante.

—Lo ahorcaron.

—¿Que lo ahorcaron?

¿Quieres decir que ha muerto asesinado?

Erica no podía ocultar su excitación.

—¿Por la misma persona que mató a Alex?

Patrik pensó cuántas veces había oído hoy aquella pregunta. Claro que, sin duda, era una cuestión vital.

—Eso creemos.

—¿Tenéis alguna otra pista? ¿Alguien ha visto algo? ¿Habéis dado con algún dato concreto que relacione los dos asesinatos?

—Eh, para el carro —dijo Patrik con las dos manos en alto—. No puedo decir más. Además, podemos hablar de un tema más agradable. Por ejemplo, ¿cómo te ha ido a ti el día?

Erica exhibió una media sonrisa. Si él supiera que su día no había sido mucho más agradable... Pero no podía

contárselo. Tenía que dejar que fuese el propio Dan quien lo hiciese.

—Estuve durmiendo hasta muy tarde y me he pasado la mayor parte del día escribiendo. Mucho menos interesante que el tuyo.

Sus manos se habían buscado durante la conversación y sus dedos jugueteaban ahora entrelazados sobre la mesa. Los hacía sentirse seguros, a gusto, estar allí sentados,

juntos, mientras que la compacta oscuridad de la noche envolvía la casa. Los copos de nieve seguían cayendo enormes, como estrellas que se deslizasen desde el negro firmamento.

—Y también he estado pensando bastante en Anna y en la casa. El otro día, le colgué el teléfono y tengo remordimientos desde entonces. Tal vez haya sido una egoísta. Sólo he pensado en cómo la venta de la casa me afectaría a mí, en mi

pérdida. Pero tampoco Anna lo tiene tan fácil. Intenta hacer lo mejor en su situación y, aunque yo creo que está equivocada, no lo hace por maldad. Cierto que a veces parece actuar de forma insensata e ingenua, pero siempre ha sido considerada y generosa y, últimamente, he pagado con ella mi dolor y mi decepción. Quién sabe si, pese a todo, no será lo mejor, vender la casa, empezar de nuevo. Incluso

puedo comprarme aquí otra casa, aunque mucho más pequeña, con el dinero de la venta. Tal vez sea demasiado sentimental. Ya es hora de seguir adelante, de dejar de lamentarse por lo que podría haber tenido y alegrarme de lo que de hecho tengo.

Patrik comprendió que no hablaba sólo de la casa.

—¿Cómo fue el accidente? Bueno, si no te importa que te pregunte.

—No, tranquilo —



aseguró, antes de respirar hondo para continuar—. Estuvieron en Strömstad, en casa de mi tía. Era de noche y había llovido, así que el frío convirtió la carretera en una pista de patinaje. Mi padre siempre conducía despacio y con precaución, pero creen que algún animal se les cruzó ante el coche. Al parecer, él hizo un giro brusco con el volante, el coche patinó y fue a estrellarse contra un árbol que había a un lado de la

carretera. Lo más probable es que muriesen en el acto. O, al menos, eso es lo que nos dijeron a Anna y a mí. Claro que cualquiera sabe si es verdad.

Una lágrima se abrió camino por su mejilla y Patrik se inclinó para secarla. La tomó por la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Si no fuese verdad, no os lo habrían dicho. Estoy seguro de que no sufrieron, Erica. Seguro.

Ella asintió sin decir nada. Confiaba en lo que él le decía y sintió como si acabasen de quitarle el gran peso que oprimía su pecho. El coche de sus padres había ardido y ella pasó muchas noches de insomnio horrorizada ante la idea de que hubiesen estado vivos el tiempo suficiente como para sentir cómo el fuego los devoraba. Las palabras de Patrik ahuyentaron sus temores y, por primera vez desde entonces, sintió una

especie de paz al pensar en el accidente que mató a sus padres. El dolor seguía presente, pero la angustia había desaparecido. Patrik retiró con el pulgar unas lágrimas que discurrían por su mejilla.

—Pobre Erica. Pobre Erica.

Ella le tomó la mano y la posó sobre su mejilla.

—Nada de pobre, Patrik. De hecho, nunca he sido tan feliz como ahora, en este instante. Es curioso. Me

siento tan increíblemente segura contigo. No hay ni rastro de la inseguridad que suele acosarnos al principio de una relación. ¿Tú a qué crees que se debe?

—Yo creo que se debe a que estamos hechos el uno para el otro.

Erica se sonrojó ante lo profundo de sus palabras. Pero no podía más que admitir que ella pensaba lo mismo. Era como llegar a casa.

Como si les hubiesen

dado una señal, se levantaron de la mesa, dejaron los platos donde estaban y subieron al dormitorio fuertemente abrazados.

**R**esultaba extraño ocupar de nuevo la antigua habitación de cuando era niña. En especial, porque su gusto había cambiado con la edad, pero el dormitorio seguía siendo el mismo. Mucho rosa y mucho encaje,

y eso a ella ya no le iba.

Julia estaba tendida boca arriba sobre su estrecha cama de la niñez con la mirada clavada en el techo y las manos cruzadas sobre el vientre. Todo se estaba derrumbando. Toda su vida se desmoronaba a su alrededor hecha añicos. Era como si se hubiese pasado la vida en el laberinto de los espejos, donde nada era lo que parecía. Ignoraba qué pasaría con sus estudios. Había perdido de golpe todo

su entusiasmo y, ahora, seguían el trimestre sin ella. No porque creyese que nadie iba a notar su ausencia. Nunca le había resultado fácil hacer amigos.

Por lo que a ella tocaba, podría quedarse allí, en su habitación rosa, mirando el techo hasta hacerse vieja. Birgit y Karl-Erik no se atreverían a hacer otra cosa más que dejarla estar. Podría vivir de ellos el resto de su vida, si fuese preciso. Sus remordimientos les harían



abrir la cartera para siempre.

Era como si anduviese moviéndose por el agua. Todos sus movimientos eran pesados y dificultosos y los sonidos le llegaban como a través de un filtro. Al principio no era así. Al principio, se sentía llena de legítima ira y de un odio tan intenso que la llenaba de espanto. Y aún seguía odiando, pero no con energía, sino con resignación. Estaba tan acostumbrada a despreciarse

a sí misma que era capaz de sentir, físicamente, cómo su odio cambiaba de dirección, cómo en lugar de dirigirse hacia fuera se volvía hacia dentro, cavando profundos abismos en su pecho. Es difícil abandonar las viejas costumbres. Y ella había practicado el arte de odiarse a sí misma hasta la perfección.

Se tumbó de lado. Sobre su escritorio había una foto de ella y de Alex y se dijo que debía recordar tirarla.

En cuanto tuviese fuerzas para levantarse, la rompería en mil pedazos y se desharía de ella. La adoración que reflejaba su mirada en la foto provocó en ella un gesto displicente. La mirada de Alex era fría y hermosa, como siempre, mientras que el patito feo, a su lado, la miraba idolatrándola, con el rostro redondo vuelto hacia ella. Alex no podía hacer nada mal a sus ojos y, en el fondo, siempre abrigó la secreta esperanza de que ella

misma, un día, saldría del cascarón tan hermosa y segura de sí misma como Alex. Se rio de su propia ingenuidad. Qué absurda broma. Una broma que, además, ella había pagado desde siempre. Se preguntaba si la gente hablaba de ella a sus espaldas. Si hablaban de la tonta y fea y pobre Julia.

Unos golpecitos discretos en la puerta la hicieron encogerse hasta adoptar la posición fetal.

Sabía quién era.

—Julia, nos tienes preocupados. ¿Por qué no bajas a hablar con nosotros un rato?

Pero Julia no respondió a la pregunta de Birgit. Al contrario, se aplicó a escrutar un mechón de su cabello con absoluta concentración.

—Por favor, Julia, por favor.

Birgit se sentó en la silla que había ante el escritorio, mirando hacia donde estaba

Julia.

—Comprendo que estés enfadada e incluso que nos odies, pero créeme, no queríamos hacerte daño.

Julia disfrutaba al ver a Birgit tan estropeada, tan ajada. Se diría que llevaba varias noches sin dormir, y así sería, probablemente. Además, se le habían formado nuevas arrugas alrededor de los ojos y Julia pensó con maldad que debería adelantar la fecha del *lifting* que había pensado

regalarse el año próximo, cuando cumplierse los sesenta y cinco. Birgit acercó un poco la silla y posó la mano sobre el hombro de Julia, que lo agitó para deshacerse de ella. Birgit se retiró, algo dolida.

—Querida, si ya sabes que todos te queremos.

Y una mierda. ¿A qué venía tanto cuento? Los tres eran conscientes de en qué medida podían contar con el otro y Birgit no tenía ni idea

de lo que era amar. La única persona a la que había querido en su vida era Alex. Siempre Alex.

—Tenemos que hablar de ello, Julia. Ahora tenemos que apoyarnos.

A Birgit le temblaba la voz. Julia se preguntaba cuántas veces habría deseado que hubiese sido ella, y no Alex, la muerta. Vio que Birgit se rendía y, con mano temblorosa, volvía a colocar la silla en su sitio. Antes de cerrar la puerta,



Birgit lanzó una última mirada suplicante a Julia que, con desprecio manifiesto, se dio la vuelta y se colocó mirando a la pared. Birgit salió y cerró sin hacer ruido.

Las mañanas no eran el momento favorito de Patrik; y aquella mañana era especialmente detestable. En primer lugar, tuvo que salir del calor de la cama y dejar allí a Erica para ir al trabajo.

En segundo lugar, se vio obligado a quitar nieve durante media hora para poder sacar el coche. Finalmente, cuando ya tenía el camino despejado y limpio de nieve, el maldito coche no arrancó. Tras varios intentos fallidos, tuvo que darse por vencido y preguntarle a Erica si podía prestarle el suyo. No había ningún problema y, por suerte, el vehículo arrancó a la primera.

Llegó a la oficina con

media hora de retraso. La operación quitanieves lo había hecho sudar y entró agitando la camisa en un intento de darse aire. La cafetera eléctrica era una parada obligada antes de ponerse a trabajar, y no sintió que se le regulaba el pulso hasta que no se vio ante el escritorio con la taza de café en la mano. Se permitió el lujo de soñar por un instante y de recrearse en el sentimiento de enamoramiento insensato y

desmedido. La noche pasada había sido tan maravillosa como la primera, pero en esta ocasión habían logrado imponerse un ápice de sentido común y dormir un par de horas. No se podía decir que estaba descansado, eso sería exagerar, pero al menos no estaba en coma, como el día anterior.

Abordó en primer lugar las notas de su encuentro con Jan. No había conseguido ningún dato nuevo que despertase su

interés, pero no daba el tiempo por perdido. El hacerse una idea de la persona o personas implicadas era muy importante para la investigación. «Las investigaciones de asesinato tratan de seres humanos», solía decir uno de sus profesores de la Escuela Superior de Policía. Y él lo tenía siempre presente. Además, se tenía por buen conocedor del género humano y, durante las

entrevistas con los testigos y los sospechosos, tenía por costumbre intentar dejar al margen los hechos objetivos por un momento para concentrarse exclusivamente en la impresión que le causaba la persona que tenía ante sí. Jan no le había inspirado ninguna sensación positiva. Poco fiable, escurridizo y hedonista eran los calificativos que le sugerían las impresiones que en él había causado su personalidad. Estaba claro

que ocultaba más de lo que concedía revelar. Patrik volvió a enfrascarse en el montón de documentos sobre la familia Lorentz. Aún no había descubierto ninguna conexión concreta entre ellos y los dos casos de asesinato. Aparte de las llamadas de Anders a Jan, en relación con las cuales tampoco podía demostrar que no fuese cierta la versión de Jan de que el objetivo de las llamadas fuese molestarlo a él y a su

familia. Patrik comenzó por la carpeta que contenía el archivo sobre la muerte de los padres de Jan. Hubo algo en el tono de éste al hablar del suceso que lo inquietaba. Algo que sonaba falso. De pronto, se le ocurrió una idea. Tomó el auricular y marcó un número que conocía de memoria.

—Hola Vicky ¿cómo va todo?

La persona a la que había llamado contestó que todo iba bien y, tras las



consabidas preguntas de cortesía, Patrik fue al grano.

—Oye, me pregunto si puedes hacerme un favor. Estoy mirando a un tipo que debió de entrar en los archivos de Asuntos Sociales hacia el setenta y cinco. Tenía diez años y entonces se llamaba Jan Norin. ¿Crees que conserváis ahí algo sobre él? Vale, espero.

Se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa mientras Vicky Lind, de la

oficina de Asuntos Sociales, comprobaba su base de datos. Tras un instante, volvió a oír su voz a través del auricular.

—¿Y tienes ahí los datos? Perfecto. ¿Podrías decirme quién se encargó del caso? ¿Siv Persson? Estupendo, conozco a Siv. No tendrás su número de teléfono, ¿verdad?

Patrik anotó el número en un *Post-it* y colgó tras haberle prometido a Vicky una invitación a comer.

Marcó el número que le habían dado y oyó enseguida una voz muy despierta al otro lado del hilo telefónico. Resultaba que Siv se acordaba perfectamente del caso de Jan Norin y le dijo a Patrik que no tenía ningún inconveniente en que fuese a verla de inmediato.

El agente echó mano de la cazadora, pero lo hizo con tal ímpetu que, sin querer, derribó el perchero donde estaba colgada. Con una precisión de lo más

desafortunada, el perchero arrastró en su descenso hacia el suelo tanto el cuadro de la pared como una maceta que había en un estante, lo que originó un estrépito considerable. Patrik decidió dejarlo todo como estaba por el momento, pero cuando salió al pasillo se encontró con que había más de una cabeza asomada a la puerta. Él se limitó a saludar con la mano antes de dirigirse corriendo hacia la salida, seguido de varios pares de

ojos que lo miraban curiosos.

La oficina de Asuntos Sociales quedaba a tan sólo doscientos metros de la comisaría, así que Patrik emprendió el camino a través de la nieve por la calle donde se encontraban los comercios. Al final de ésta giró a la izquierda, a la altura de la posada de Tanumshede Gestgifveri, y siguió aún unos metros. La oficina estaba en el mismo edificio que la

administración municipal y, una vez dentro, Patrik subió la escalera. Tras un animado saludo a la recepcionista, una joven que había sido su compañera de clase en el instituto, entró en el despacho de la asistente social. Siv Persson no se molestó en levantarse al verlo. Sus caminos se habían cruzado muchas veces durante los años que Patrik llevaba en la Policía y los dos respetaban la profesionalidad del otro,

aunque no siempre compartían las mismas opiniones sobre el modo idóneo de llevar un caso. Principalmente, porque Siv era una de las personas más buenas del mundo y, para un asistente social, tal vez no fuese lo ideal ver sólo el lado bueno de las personas. Al mismo tiempo, Patrik la admiraba, pues, pese a haberse topado con un considerable número de granujas a lo largo de los años, Siv seguía

conservando inalterable su visión positiva de la naturaleza humana. En el caso de Patrik, era más bien al contrario.

—¡Hola, Patrik! Así que has conseguido cruzar el caos nevado de ahí fuera para llegar aquí, ¿eh?

Patrik reaccionó instintivamente ante la falta de naturalidad de su tono jovial.

—Sí, por poco si necesito una moto de nieve para llegar entero.



La mujer tomó las gafas, que tenía colgadas de un cordón alrededor del cuello, y se las colocó en la punta de la nariz. A Siv le encantaban los colores vivos y hoy llevaba unas gafas rojas a juego con su vestimenta. No había cambiado de peinado desde que la conocía: un corte a lo paje a la altura de la mandíbula y un flequillo corto justo por encima de las cejas. También su cabello era de color rojo cobrizo, y

el conjunto de colores fuertes hizo que Patrik se animase sólo con mirarla.

—Querías mirar uno de mis antiguos casos, ¿no? El de Jan Norin.

Su tono de voz seguía siendo muy forzado. La mujer había preparado el material antes de que él llegase y lo tenía sobre la mesa en una gruesa carpeta.

—Bueno, pues, como ves, tenemos bastantes documentos sobre ese joven. Sus padres eran drogadictos

y, si no hubiesen muerto en el incendio, tendríamos que haber intervenido tarde o temprano. El chico andaba a su antojo y, prácticamente, tuvo que criarse solo. Llevaba la ropa sucia y descosida y sus compañeros del colegio se burlaban de él y le hacían el vacío, porque olía mal. Al parecer, tenía que dormir en el viejo establo y por eso iba al colegio con la misma ropa con la que se había acostado.

Siv lo miró por encima

de las gafas.

—Doy por supuesto que no piensas abusar de mi confianza, sino que traerás la autorización necesaria para obtener información sobre Jan, aunque sea después de haberla obtenido.

Patrik asintió sin decir nada. Sabía que era importante seguir las reglas, pero a veces las investigaciones exigían cierta eficacia y, en esos casos, los molinos de la burocracia debían moler *a*

*posteriori*. Siv y él tenían una fluida relación profesional desde hacía tiempo, pero sabía que la asistente social tenía el deber de hacerle aquella pregunta. Así que empezó a indagar:

—¿Por qué no intervinisteis antes? ¿Cómo se permitió que la cosa llegase tan lejos? Me da la impresión de que Jan estaba abandonado desde que nació y, cuando murieron sus padres, tenía ya diez años.

Siv lanzó un profundo suspiro.

—Sí, entiendo a qué te refieres y créeme, yo también lo he pensado mil veces. Pero cuando empecé a trabajar aquí, un mes o dos antes del incendio, eran otros tiempos. Tenían que pasar muchas cosas para que el Estado interviniese limitando el derecho de los padres a educar a sus hijos como quisieran. Además, por aquel entonces, no eran pocos los que abogaban por

la educación libre lo que, por desgracia, perjudicó a niños como Jan. Por otro lado, jamás hallamos indicios de maltrato físico. Aunque sea un tanto cruel, tal vez lo mejor hubiese sido que lo golpearan de modo que hubiese ido a parar al hospital. En esos casos, gracias a Dios, solíamos empezar a echarle un ojo a la situación familiar. Pero, o bien lo maltrataban procurando que nunca se notase, o «simplemente», lo

descuidaban. —Siv describió con los dedos el signo de las comillas al decir la palabra simplemente.

En contra de su voluntad, Patrik sintió compasión por el pequeño Jan. ¿Cómo demonios podía uno convertirse en una persona normal con una infancia así?

—Y aún no has oído lo peor. Jamás conseguimos probarlo, pero había numerosos indicios de que sus padres cobraban dinero o



drogas por permitir que hombres adultos abusaran de su hijo.

Patrik se quedó atónito, boquiabierto. Aquello era mucho peor de lo que jamás habría podido imaginar.

—Ya te digo, nunca pudimos probarlo, pero ahora vemos que Jan presentaba las características que hoy se asocian a los niños que son víctimas de abusos sexuales. Entre otras cosas, tenía serios problemas de disciplina en el colegio.

Los demás niños le hacían el vacío, sí, pero también le tenían miedo.

Siv abrió la carpeta y se puso a hojear los papeles hasta que dio con el documento que buscaba.

—Aquí lo tenemos. En segundo, se llevó un cuchillo a la escuela y amenazó con él a uno de los que más lo acosaban. Incluso le hizo un corte en la cara, pero la dirección del centro silenció el asunto y, por lo que veo, no sufrió castigo alguno. Se

produjeron varios altercados similares en los que Jan mostró gran agresividad contra sus compañeros de clase, pero el incidente del cuchillo fue el más grave. También lo denunciaron varias veces a la dirección por comportarse de forma indebida con las niñas de la clase. Para ser tan joven, protagonizaba insinuaciones y acosos sexuales muy avanzados. Tampoco esas denuncias condujeron a ningún correctivo.

Sencillamente, no se sabía cómo tratar a un niño que presentaba tales trastornos en sus relaciones con las personas de su entorno. Estoy segura de que hoy habríamos reaccionado a los signos externos y habríamos actuado de algún modo, pero debes recordar que todo esto sucedió a principios de los setenta. Aquéllos eran otros tiempos.

Patrik se sentía lleno de compasión y de rabia ante la idea de que alguien pudiese

tratar así a un niño.

—Después del incendio, ¿se produjeron más episodios de este tipo?

—No, y eso es lo extraño. Después del incendio, fue acogido muy pronto por la familia Lorentz y, a partir de ahí, no volvimos a oír jamás que Jan tuviese problemas. Yo misma fui a visitar a la familia un par de veces para hacer un seguimiento de la situación y te aseguro que aquél era un Jan totalmente

distinto. Allí estaba, sentado, enfundado en un traje de chaqueta y repeinado, mirándome fijamente, sin pestañear siquiera, mientras contestaba educadamente a todas mis preguntas. Bastante incomprensible, la verdad. Nadie puede cambiar tanto así, de la noche al día.

Aquello alertó a Patrik. Era la primera vez que oía a Siv insinuar siquiera algo negativo sobre alguno de sus casos. Y comprendió que

merecía la pena indagar más en ello. Siv quería decirle algo, pero él tendría que sonsacárselo.

—Y en cuanto al incendio...

Dejó la frase inconclusa un instante y observó que Siv se enderezaba en la silla, lo que interpretó como indicio de que iba por buen camino.

—He oído ciertos rumores al respecto.

—Yo no puedo responder de los rumores.

¿Qué es lo que has oído?

—Que fue provocado. Incluso en el informe de nuestra investigación aparece como «incendio probablemente provocado», pero nadie encontró jamás ni rastro de los autores. El incendio se originó en la planta baja de la casa. La familia Norin dormía en una habitación de la planta superior y no tuvieron la menor posibilidad de salvarse. ¿Tú sabes quién podría odiar a los Norin



hasta el punto de hacer algo así?

—Sí. —Su respuesta fue tan escueta y la pronunció en voz tan baja, que Patrik no estaba seguro de haber oído bien.

Entonces la mujer la repitió más alto:

—Sí, sabemos quién odiaba a los Norin lo suficiente como para quemarlos vivos.

Patrik guardó silencio, invitándola a que siguiese hablando a su ritmo.

—Yo acompañé a la policía hasta el interior de la casa. Los primeros en llegar fueron los bomberos y uno de ellos había ido a examinar el establo, para ver si las chispas de la casa habían llegado hasta allí, con el consiguiente riesgo de un nuevo incendio. El bombero encontró a Jan en el establo y, puesto que el niño se negaba a salir de allí, nos llamaron a nosotros. Yo era nueva en el trabajo de asistente social y he de

reconocer que, cuando todo pasó, pensé que había sido bastante emocionante. Jan estaba sentado al fondo del establo, con la espalda contra la pared, vigilado por un bombero que quedó muy aliviado al vernos llegar. Yo despaché a la policía y entré para, según creía yo, consolar a Jan y llevármelo de allí. El pequeño no dejaba de mover las manos, pero, como estaba oscuro, no se veía lo que estaba haciendo. Entonces me acerqué y vi

que trajinaba con algo que tenía en la rodilla. Era una caja de cerillas. Con sincero entusiasmo, clasificaba las cerillas en dos montones, las usadas, con la cabeza negra, en una mitad de la caja; y las nuevas, con la cabeza roja, en la otra mitad. Su rostro expresaba la más pura alegría. Todo él lucía como con una felicidad interior. Te aseguro, Patrik, que ha sido la experiencia más desagradable de toda mi vida. Todavía veo su rostro a

veces, antes de acostarme. Ya a su lado, le quité la caja de cerillas con cuidado. Entonces me miró y preguntó: «¿Están muertos ya?». Sólo eso. «¿Están muertos ya?». Después soltó una risita y se dejó conducir fuera del viejo establo. Lo último que vi antes de salir fue una manta, una linterna y un montón de ropa arrojada en un rincón. Entonces comprendí que éramos culpables de la muerte de sus padres.

Tendríamos que haber actuado muchos años antes.

—¿Se lo has contado a alguien?

—No, ¿qué iba a decir? ¿Que mató a sus padres mientras jugaba con las cerillas? No, jamás he dicho nada hasta hoy, y porque tú me has preguntado. Pero siempre sospeché que se las vería con la policía de un modo u otro. ¿En qué está metido ahora?

—No puedo decirte nada aún, pero te prometo que te

informaré en cuanto pueda. Te agradezco muchísimo que me hayas confiado todo esto y te aseguro que solicitaré la autorización enseguida, para que no tengas problemas.

Se despidió y se marchó enseguida.

Ya a solas, Siv Persson quedó sentada ante su escritorio, con las gafas rojas colgando del cordón, frotándose la base de la nariz con el pulgar y el índice y los ojos cerrados.

En el mismo momento en que Patrik se vio fuera, entre los torbellinos de nieve que se formaban en la acera, sonó su móvil. Ya se le habían congelado los dedos por el intenso frío y le costó abrir la pequeña tapa del teléfono. Deseaba que fuese Erica, pero se decepcionó al ver que era el número de la comisaría el que parpadeaba en la pantalla.

—Patrik                      Hedström.

¡Hola, Annika! No, ya estoy en camino. Bueno, espera un



poco, no tardo nada en llegar a la comisaría.

Cerró la tapa. Annika lo había conseguido una vez más. Había encontrado algo que no encajaba en el relato biográfico de Alex.

El hielo crujía bajo sus pies mientras corría en dirección a la comisaría. El quitanieves había pasado por allí mientras él estaba en Asuntos Sociales con Siv, por lo que no le costó tanto

volver. No eran muchos los valientes que andaban por la calle con aquellos fríos y la calle comercial estaba prácticamente desierta, a no ser por un par de personas que avanzaban con paso presuroso, el cuello del abrigo levantado y el gorro encajado hasta las cejas, para protegerse del frío.

Tras cruzar la puerta de la comisaría, zapateó varias veces con el fin de deshacerse de la nieve que se le había pegado a las

suelas. Se dijo que debía recordar para el futuro que los mocasines y la nieve no eran una buena combinación, pues la sensación de tener los calcetines mojados era muy desagradable. Claro que eso era algo que él debería haber previsto.

Fue derecho al despacho de Annika, que lo aguardaba con expresión de suma satisfacción, por lo que dedujo que había encontrado algo muy bueno.

—¿Tienes toda la ropa en la lavadora, o qué?

Patrik no comprendió la pregunta enseguida, pero, a juzgar por la sorna con que lo miraba, concluyó que Annika intentaba hacer un chiste a su costa. Un segundo más tarde, se le encendió la bombilla y miró su vestimenta. ¡Mierda!, no se había cambiado de ropa desde anteayer, cuando fue a casa de Erica. Recordó el ejercicio físico a que lo obligó la nieve acumulada a

la entrada de la casa y se preguntó si olía sólo mal o si olería *muy* mal.

Masculló una respuesta ininteligible mientras se esforzaba por mirar a Annika con tanto encono como pudo, a lo que la mujer sonrió con más gana aún.

—Sí, qué graciosa. En fin, vamos al grano. Dime lo que sabes, mujer.

Acompañó estas palabras con un puñetazo que, con fingida ira, dio

sobre la mesa. El jarrón de flores respondió de inmediato volcándose y derramando el agua sobre el escritorio.

—¡Vaya, lo siento! No era mi intención. ¡Qué torpe soy!

Rebuscó en sus bolsillos por ver si encontraba algo con lo que secar el agua, pero Annika se adelantó, como de costumbre y sacó de la chistera un rollo de papel de cocina de algún lugar de detrás del escritorio.

Empezó a secar el agua tranquilamente, mientras le daba a Patrik la consabida orden:

—¡Siéntate!

Él obedeció en el acto y pensó que era un tanto injusto que no le diesen una galletita como premio por ser tan bueno.

—¿Vamos a ello?

Annika no aguardó la respuesta de Patrik, sino que comenzó a leer la pantalla de su ordenador.

—Veamos. Empecé por

el momento de su muerte y fui retrocediendo. Todo parece encajar en cuanto a los años que vivió en Gotemburgo. Abrió la galería de arte con una amiga, en 1989. Antes, pasó cinco años en Francia, en la universidad, donde se especializó en Historia del Arte. Hoy he recibido sus calificaciones por fax y la verdad es que superó los exámenes en la primera convocatoria y con buenos resultados. Fue al instituto



Hvitfeldtska, en  
Gotemburgo. También ellos  
me han enviado sus  
calificaciones. No era una  
estudiante brillante, pero  
tampoco era mala y se  
mantuvo siempre en la  
media.

Annika hizo aquí una  
pausa para mirar a Patrik  
que, inclinado hacia delante,  
intentaba leer más aprisa lo  
que aparecía en la pantalla.  
Ella la giró ligeramente para  
impedirle que se hiciese con  
el descubrimiento antes de

tiempo.

—Antes del instituto pasó unos años en un internado suizo. Estuvo en una escuela internacional, L'École de Chevalier, que es carísima.

Annika subrayó especialmente la última palabra.

—Según los datos que me dieron cuando los llamé, cuesta así, redondeando, unas cien mil coronas por semestre, a lo que hay que añadir alojamiento, comida,

vestido y libros. Y lo he comprobado, los precios eran igual de elevados cuando Alexandra Wijkner se matriculó allí.

Sus palabras fueron llegando a la conciencia de Patrik, que pensó en voz alta:

—Es decir, que la cuestión es cómo la familia Carlgren pudo permitirse enviar a Alex allí. Por lo que yo sé, Birgit ha sido siempre ama de casa y no es posible que Karl-Erik ganase lo

suficiente para poder afrontar esos gastos. ¿Has comprobado...?

Annika lo interrumpió.

—Sí, pregunté quién pagaba las facturas de Alexandra, pero me dijeron que no podían divulgar esa información. La única manera sería presentar una orden de la policía suiza, pero con los trámites burocráticos, tardaríamos seis meses como mínimo en conseguirlo. Así que empecé por otro lado y me puse a

comprobar la historia económica de la familia Carlgren. Por si habían heredado de algún pariente, quién sabe. Aún espero que me avisen del banco, pero puede llevarles un par de días enviarnos la información. Sin embargo—Annika hizo aquí una nueva pausa dramática—, eso no es lo más interesante. Según los datos de la familia Carlgren, Alex empezó en el internado en la primavera de 1977. Pero según los

registros de la escuela, no lo hizo hasta la primavera de 1978.

—¿Estás segura?

Patrik apenas podía contener su excitación.

—Lo he mirado y remirado y vuelto a mirar, que lo sepas. El año transcurrido entre la primavera de 1977 y la de 1978 falta en la biografía de Alex. No tenemos ni idea de dónde estuvo. Los Carlgren se fueron de aquí en marzo de 1977 y, después, no hay

nada, ni un solo dato hasta que Alex empieza en el internado suizo al año siguiente y, al mismo tiempo, sus padres aparecen en Gotemburgo. Se compraron una casa y Karl-Erik empezó en su nuevo trabajo como jefe de una mediana empresa de mayoristas.

—Es decir, que tampoco sabemos dónde se encontraban ellos durante ese periodo.

—No, aún no. Pero sigo

buscando. Lo único que sabemos es que no hay datos que indiquen que estuviesen en Suecia durante ese año.

Patrik calculó con los dedos.

—Alex nació en 1965, es decir que en el 77 tenía..., a ver..., doce años.

Annika volvió a mirar la pantalla.

—Nació el 3 de enero, así que es correcto, cuando se mudaron, ella tenía doce años.

Patrik asintió reflexivo.



La información que Annika había conseguido era muy valiosa, pero por el momento sólo originaba más interrogantes. ¿Dónde estuvo la familia Carlgren entre 1977 y 1978? Una familia entera no podía desaparecer así como así. Seguro que habrían dejado algún rastro, sólo había que encontrarlo. Pero al mismo tiempo tenía que haber algo más. Aún le rondaba la cabeza el descubrimiento de que Alex había tenido hijos

con anterioridad.

—¿De verdad que no encontraste ninguna otra laguna en sus antecedentes? Tal vez alguien hiciese los exámenes por ella en la universidad y su socia de la galería pudo llevarla sola un tiempo. No es que no confíe en lo que has encontrado, pero ¿no podrías volver a mirarlo una vez más? Y consulta también en los hospitales, por si Alexandra Carlgren, o Wijkner, hubiese dado a luz en alguno.

Empieza por los de Gotemburgo y, si no hay nada, sigue buscando en el resto del país, partiendo de Gotemburgo. Debe de haber algún registro de ese episodio en alguna parte. Un bebé no puede esfumarse sin más.

—¿Y si tuvo el niño en el extranjero? Durante su estancia en el internado, por ejemplo, o en Francia.

—¡Sí, claro! ¿Cómo no lo he pensado antes? Prueba a conseguir la información a

través de los canales internacionales. E intenta dar con un modo de averiguar dónde se metieron los Carlgren. Pasaportes, visados, embajadas. En algún lugar debe de haber datos de adónde se fueron.

Annika tomó buena nota de todo.

—Por cierto, ¿alguna información interesante de los colegas?

—Ernst ha comprobado la coartada de Bengt Larsson y parece consistente, así que

a él podemos tacharlo. Martin ha estado hablando por teléfono con Henrik Wijkner pero no ha sacado en claro nada más sobre la relación entre Anders y Alex. Pensaba seguir indagando entre los compañeros de juerga de Anders, por si les dijo algo. Y Gösta... Gösta está en su despacho, compadeciéndose de sí mismo e intentando reunir las fuerzas necesarias para ir a Gotemburgo a interrogar a los Carlgren.

Apuesto lo que quieras a que no sale antes del lunes.

Patrik lanzó un suspiro. Si quería resolver aquel caso, más le valdría no confiar en la colaboración de sus colegas, sino hacer él mismo el trabajo de campo.

—¿No has pensado en preguntarles a los Carlgren directamente? Tal vez no haya nada sospechoso en el asunto. Puede que exista una explicación lógica —sugirió Annika.

—Fueron ellos los que

aportaron los datos sobre Alex. Por alguna razón, intentaron ocultar lo que hicieron entre el 77 y el 78. Hablaré con ellos, pero antes quiero saber más al respecto. No quiero que tengan la menor oportunidad de escabullirse.

Annika se retrepó en la silla con una sonrisa insidiosa.

—¿Cuándo tocarán a boda las campanas?

Patrik sabía que la mujer no estaba dispuesta a soltar

un bocado tan succulento por las buenas. Así que no le quedaba más que hacerse a la idea de ser la fuente de entretenimiento de la comisaría en los próximos meses.

—Bueeeeno, creo que sería un poco, un poquito precipitado aún. Tal vez debamos estar juntos una semana, por lo menos, antes de pasar por la iglesia.

—¿Aaaah, entonces estáis juntos?

Patrik había caído en la



trampa de cabeza.

—No, bueno, a ver, sí, tal vez sí... No lo sé, estamos bien juntos, por ahora. Pero es muy reciente y puede que ella se vuelva a Estocolmo dentro de poco, en fin, no sé. Tendrás que contentarte con esto, por el momento.

Patrik se retorció en la silla como un gusano.

—De acuerdo, pero quiero que me mantengas constantemente informada de cómo va la cosa, ¿me

oyes? —Annika subrayó sus palabras con un gesto aleccionador de su dedo índice.

Patrik asintió resignado.

—Vale, vale, te iré contando lo que suceda. Te lo prometo. ¿Satisfecha?

—Bueno, por ahora, me conformaré.

La mujer se levantó, rodeó el escritorio y, antes de que Patrik se diese cuenta siquiera, se vio atrapado en un tremendo abrazo, envuelto en el

asombrosamente generoso busto de Annika.

—Me alegro mucho por ti. No lo estropees, Patrik, prométemelo.

Dicho esto, le dio otro apretón que le hizo crujir las costillas. Puesto que se había quedado sin aire por el momento, no pudo responder, pero ella tomó su silencio por un sí y lo soltó, no sin antes haber culminado la operación con un buen pellizco en la mejilla.

—Oye, vete a casa y cámbiate de ropa. ¡Apestras!

Y con semejante comentario y con la mejilla y las costillas doloridas, se vio de nuevo en el pasillo. Se palpó el pecho con cautela. Adoraba a Annika, pero a veces deseaba que comprendiese que debía conducirse con más delicadeza con un pobre hombre de treinta y cinco años, cuya condición física iba cuesta abajo.

Badholmen aparecía desierto y abandonado. En verano solía estar abarrotado de alegres bañistas y del parloteo de los niños, pero ahora silbaba el viento solitario sobre la nieve que había caído formando una gruesa capa durante la noche. Erica fue subiendo con cuidado al pisar la nieve que cubría las rocas. De repente, había sentido una gran necesidad de respirar aire fresco y decidió subir a Badholmen, desde donde,

sin que nadie la molestase, podía otear las islas y el espejo de hielo que parecía infinito. Se oía el ruido de los coches en la distancia, pero, por lo demás, reinaba un dulce silencio, hasta el punto de que casi podía oír sus propios pensamientos. El trampolín se alzaba a su lado. No tan alto como se le antojaba cuando era pequeña, pues entonces le daba la impresión de que llegaba hasta el cielo, pero lo suficientemente alto para

no atreverse a saltar desde la última plataforma cualquier día de verano.

Pensó que podría quedarse allí eternamente. Iba bien abrigada, así que podía oponerse al frío que intentaba penetrar sus ropas y, mientras lo pensaba, sintió que se fundía el hielo de su interior. No se había dado cuenta de lo sola que estaba hasta que dejó de estarlo. Pero ¿qué sería de ella y Patrik si tenía que volver a Estocolmo?

Vivirían separados por muchos kilómetros y se sentía demasiado mayor para mantener una relación a distancia.

Si se veía obligada a aceptar la venta de la casa, ¿tendría alguna posibilidad de quedarse en Fjällbacka? No quería mudarse a casa de Patrik hasta que la solidez de su relación se hubiese sometido a la prueba del paso de bastante tiempo y, así las cosas, no le quedaba más alternativa que



encontrar otra vivienda en Fjällbacka.

El problema era que esa alternativa no le atraía lo más mínimo. La principal razón era que, si vendían la casa, ella preferiría cortar todos sus lazos con Fjällbacka a visitarla y ver a gente extraña disponiendo de su casa de toda la vida. Tampoco se hacía a la idea de alquilar un apartamento, pues se sentiría muy extraña. Notó que la alegría iba esfumándose a medida que

se amontonaban los puntos negativos. Seguro que tendría solución, pero no podía por menos de admitir que, aunque no era tanto como un vejestorio, los años que llevaba viviendo sola habían dejado su huella y ya no era tan flexible como antes. Tras seria consideración, había llegado a la conclusión de que estaba dispuesta a renunciar a su vida en Estocolmo, pero sólo si podía quedarse en el ambiente familiar de su casa

de toda la vida. De lo contrario, su universo tendría que experimentar demasiados cambios y, enamorada o no, no se veía con fuerzas para ello.

Cabía la posibilidad de que la muerte de sus padres la hubiese hecho menos proclive a aceptar grandes cambios. Ese cambio, su pérdida, sería más que suficiente por muchos años y ahora no aspiraba más que a sumirse en una existencia segura y predecible. De

tener miedo a las ataduras  
había pasado a no desear  
otra cosa que incluir a Patrik  
como una parte de esa vida  
segura y predecible. Quería  
poder planear su vida con  
todos los pasos habituales:  
convivir, prometerse,  
casarse, tener hijos y,  
después, una larga serie de  
días normales y corrientes,  
uno tras otro, hasta que  
llegase aquél en que se  
mirasen el uno al otro para  
descubrir que habían  
envejecido juntos. No le

parecía mucho pedir.

Por primera vez sintió una punzada de dolor al pensar en Alex. Como si no hubiese comprendido hasta ahora que la vida de Alex había terminado irremediablemente. Aunque sus caminos no se hubiesen cruzado en muchos años, Erica había pensado en ella de vez en cuando, siempre sabiendo que su vida seguía adelante, paralela a la suya propia. Ahora, en cambio, ella era la única de las dos

que tenía un futuro, que podría vivir el infortunio y la felicidad que los años le trajesen. Ahora y para el resto de su vida, cada vez que pensara en Alex lo haría recordando la imagen de su lívido cadáver en la bañera. La sangre en los azulejos y el cabello como un halo de santidad congelado. Tal vez ésa fuese la razón por la que había decidido empezar a escribir un libro sobre ella. Sería un modo de revivir los años en que fueron muy

amigas y, al mismo tiempo, de conocer a la Alex en la que se convirtió después de que se separasen.

Lo que más preocupada la tenía últimamente era que el material le parecía algo inconsistente. Era como si estuviese mirando una figura tridimensional, pero sólo desde un lado. Los otros, tan importantes como el lado visible para hacerse una idea de la forma de la figura, no había podido verlos aún. Y había llegado a la conclusión

de que debía observar más a las personas que había alrededor, no sólo a los protagonistas, sino a todos los que representaban papeles secundarios en torno a Alex. Pensó en primer lugar en algo que intuyó con la perspicacia de un niño pero que nunca llegó a entender.

El año antes de que Alex se mudase, se había producido un suceso que nadie le contó jamás. Tan pronto como ella se acercaba



a un grupo de mayores, callaban los cuchicheos. Tenía la sensación de que estuviesen protegiéndola de alguna información y ahora sentía que necesitaba desesperadamente averiguar de qué se trataba. El problema era que no tenía ni idea de por dónde empezar. Lo único que recordaba de las ocasiones en que intentó escuchar a hurtadillas las conversaciones que, entre susurros, mantenían los mayores, era la palabra

«escuela», que mencionaban a todas horas. No era gran cosa, pero no había más. Erica sabía que el profesor que ella y Alex habían tenido en primaria seguía viviendo en Fjällbacka, y tanto daba empezar por ahí como por cualquier otro lado.

El viento había arreciado y, pese a lo abrigado de su ropa, empezaba a notar el frío. Y pensó que era hora de empezar a moverse. Echó un último vistazo a Fjällbacka,

que yacía protegida por la gran montaña que se alzaba a su espalda. Aquel panorama, bañado en verano por una luz dorada, aparecía ahora yermo y gris, pero a Erica no le parecía menos hermoso. En verano hacía pensar en un hormiguero donde se desarrollaba una actividad constante. Ahora, en cambio, el pueblecito irradiaba una dulce paz, como si de una ciudad dormida se tratase. Sin embargo, ella sabía que la

impresión de calma era engañosa. Bajo la superficie latían también las distintas manifestaciones de la maldad humana representadas igual que en cualquier otro lugar del mundo habitado por el hombre. Había tenido la oportunidad de comprobarlo en parte en Estocolmo, pero Erica se temía que en Fjällbacka fuese aún más peligroso. El odio, la envidia, la codicia y la venganza, todo quedaba

oculto bajo una gran tapadera creada por el qué dirán. La maldad, la mezquindad y la inquina fermentaban tranquilamente bajo una superficie que siempre aparecía reluciente. Allí sentada sobre las rocas de Badholmen, al contemplar el pueblecito cubierto por la nieve, Erica se preguntó cuántos secretos no guardarían sus casas.

Se estremeció y, con las manos hundidas en los bolsillos, emprendió el

regreso al centro.

La vida se había ido convirtiendo en algo más amenazante cada año. Cada día descubría un nuevo peligro. Todo empezó el día en que tomó plena conciencia de todos los bacilos y bacterias que, en miríadas, circulaban a su alrededor. Para él, suponía un reto cada vez que tenía que tocar algo y si, al final, no le quedaba más remedio,

veía ejércitos enteros de bacterias abalanzándose sobre él y amenazando con contagiarle infinidad de enfermedades, conocidas o no, que seguramente terminarían por causarle una muerte larga y dolorosa. Por otro lado, el entorno en sí se había convertido en una amenaza. Las grandes superficies comportaban sus riesgos, al igual que las pequeñas conllevaban los suyos. Cuando estaba con un grupo de gente, notaba que

el sudor empezaba a manar enseguida de los poros de todos y la respiración se hacía más rápida y superficial. La solución a este problema era bien sencilla. El único entorno que podía controlar, al menos parcialmente, era su propia casa y se dio cuenta muy pronto de que, en realidad, podía vivir sin salir nunca más de ella.

Hacía ya ocho años desde la última vez que estuvo fuera y, desde



entonces, había inhibido con tal eficacia toda posible añoranza de poder ver el mundo exterior que ya dudaba de su existencia. Se sentía satisfecho con su vida y no veía razón alguna para modificarla en lo más mínimo.

Axel Wennerström dedicaba su tiempo a una serie de medidas rutinarias sólidamente implantadas. Todos los días seguía el mismo esquema, y aquél no iba a ser diferente. Se

levantó a las siete, desayunó y limpió toda la cocina con productos de gran poder desinfectante con el fin de eliminar las posibles bacterias que lo que había ingerido en el desayuno hubiese podido propagar en su camino desde el frigorífico hasta la mesa. Después, invertía las horas siguientes en quitar el polvo, fregar y ordenar el resto de la casa. A la una de la tarde, por fin, podía permitirse una pausa y sentarse a leer el

periódico en el porche. Había acordado con Signe, el cartero, que le entregaría el diario todas las mañanas en una bolsa de plástico, con objeto de, en la medida de lo posible, rehuir la imagen de todas las manos sucias de la gente que lo había tocado antes de que llegase a su buzón.

Unos golpecitos en la puerta dispararon sus niveles de adrenalina. No esperaba a nadie a aquellas horas. Solía recibir la compra los viernes

y a una hora muy temprana. En principio, ésa era la única visita que recibía. Con sumo esfuerzo, centímetro a centímetro, fue acercándose a la puerta. Los golpecitos se dejaron oír una vez más, con insistencia. Extendió su mano temblorosa hacia la cerradura superior y la abrió. Le habría gustado tener una mirilla en la puerta, pero en su casa, que era muy antigua, no había ni siquiera una ventana junto a ella desde la que controlar a los



seguridad.

—Sí, soy yo.

Intentó sonar tan arisco como le fue posible. Lo único que quería era que aquella mujer, quien quiera que fuese, se marchase enseguida y lo dejase en paz.

—Hola, Axel. No sé si te acuerdas de mí, pero fuiste profesor mío en el colegio. Erica Falck, ¿te suena?

Rebuscó en su memoria. Hacía tantos años y eran tantos niños... Poco a poco, la vaga imagen de una niña

rubia fue abriéndose paso en su memoria. Exacto, la hija de Tore.

—Quería saber si podía hablar contigo.

Erica lo miraba acuciante a través de la rendija de la puerta. Axel lanzó un hondo suspiro, quitó la cadenilla y la invitó a pasar. Intentó no pensar en la cantidad de organismos desconocidos que aquella mujer estaría introduciendo en su casa immaculada. Le señaló un zapatero en el que

debía dejar los zapatos. Erica obedeció y, después, colgó el abrigo en el perchero. Para evitar en la medida de lo posible que la suciedad entrase en el resto de la casa, le indicó que se sentase en el sofá de mimbre del porche, tomando nota de que debería lavar los cojines tan pronto como la mujer se hubiese marchado.

—¡Cuánto tiempo!

—Pues sí, tú debiste de estar en mi clase hace unos veinticinco años, si no



recuerdo mal.

—Así es. El tiempo pasa volando.

La charla insulsa producía en Axel una sensación de frustración, pero se obligó a resistir. Quería que Erica fuese al grano y le dijese por qué había ido a su casa, porque así se iría enseguida y lo dejaría en paz. Desde luego que no alcanzaba a comprender qué quería de él. Había tenido cientos de alumnos a lo largo de los

años y, hasta la fecha, se había visto libre de sus visitas. Y ahora resultaba que tenía frente a sí a Erica Falck y que él estaba ansioso por deshacerse de ella. Su mirada se dirigía sin cesar al cojín sobre el que estaba sentada Erica y, literalmente, veía todas las bacterias que traía consigo reptando y trepando por el sofá, por el suelo... Y pensó que no sería suficiente con lavar los cojines cuando se marchase, sino que tendría que limpiar

de nuevo toda la casa.

—Imagino que te preguntarás a qué he venido.

Él asintió sin decir nada.

—Habrás oído hablar del asesinato de Alexandra Wijkner.

Cierto que había oído hablar de ello. Y el suceso le había hecho recordar cosas que había dedicado gran parte de su vida a olvidar. Un motivo más para desear que Erica se levantase y saliese por la puerta. Pero no, la mujer seguía allí, con

lo que tuvo que reprimir el infantil impulso de taparse los oídos con las manos y empezar a tararear una cancioncilla para no oír lo que sabía que tendría que oír.

—Tengo motivos personales para investigar ciertos aspectos de la vida de Alex y de su muerte, por lo que me gustaría hacerte unas preguntas, si no te importa.

Axel cerró los ojos. Siempre supo que llegaría este día.

—Sí, por qué no.

No se molestó en preguntar cuáles eran los motivos que habían inducido a Erica a andar preguntando por Alex. Si no quería decírselos, a él le parecía bien. No le interesaban. Ella podía preguntar, pero él no tenía por qué responder. Aunque, al mismo tiempo y para su sorpresa, sentía una gran necesidad de contárselo todo a aquella mujer rubia. De deshacerse de toda la carga que había soportado

durante tantos años y pasársela a alguien, quien quiera que fuese. Aquello había envenenado su vida. Había crecido como una semilla en lo más hondo de su conciencia para después extenderse como un veneno por su cuerpo y su razón. En sus momentos de mayor clarividencia, sabía que aquello constituía el origen de su necesidad de limpieza y de su creciente miedo por cuanto supusiera una amenaza para su control del

entorno. Erica Falck podía preguntarle lo que gustase, pero él haría todo lo posible por reprimir su deseo de hablar. Sabía que, si empezaba a ceder, los diques se resquebrajarían, eliminando los muros de protección que él había levantado con tanto esmero. Era algo que no podía permitir.

—¿Recuerdas a Alexandra en aquellos años?

El hombre sonrió con amargura para sus adentros.

La mayoría de los alumnos no habían dejado más que un recuerdo vago e indefinido, pero Alexandra permanecía hoy en su memoria con la misma claridad que hacía veinticinco años. Aunque eso no pensaba decirlo.

—Sí, la recuerdo, pero como Alexandra Carlgren, no Wijkner, claro está.

—Claro, desde luego. ¿Cómo la recuerdas en la escuela?

—Callada, algo retraída, bastante madura para su



edad.

Vio que Erica se desanimaba ante su parquedad, pero él estaba haciendo un esfuerzo consciente por decir tan poco como fuese posible, como si las palabras pudiesen tomar el mando y empezar a fluir por sí mismas si eran muchas.

—¿Era buena estudiante?

—Bueno, del montón, diría yo. No se contaba entre los más ambiciosos del

grupo, por lo que yo recuerdo, pero era inteligente sin llamar la atención y se encontraba más o menos en la media de la clase.

Erica vaciló un instante y Axel comprendió que estaba a punto de acercarse a las preguntas que realmente quería hacerle. Las que había formulado hasta ahora no habían sido más que una introducción.

—Sabes que se mudaron a mitad de curso.

¿Recuerdas cuáles fueron los motivos que adujeron sus padres?

Axel fingió que pensaba, juntó las yemas de los dedos y apoyó sobre ellas la barbilla, en un impostado gesto de reflexión. Vio que Erica se adelantaba un poco en el sofá, mostrando así su expectación ante la respuesta. Pero no tenía más remedio que decepcionarla. La verdad era lo único que no podía ofrecerle.

—Pues, si no recuerdo

mal, su padre encontró trabajo en otra ciudad. Para ser sincero, no lo recuerdo bien, pero creo que fue algo así.

Erica no podía ocultar su desencanto. Él volvió a sentir el deseo de aliviar su pecho y desvelar lo que tantos años llevaba ocultando. Pero respiró hondo y reprimió todas las confesiones que luchaban por salir a la luz.

Ella continuó, sin darse por vencida.

—Pero ¿no fue un poco precipitado? ¿Tú habías oído algo al respecto antes de que se mudaran? No sé, quizá Alex había mencionado algo...

—Bueno, a mí no me pareció tan raro. Cierto que fue, como dices, un poco precipitado, si no recuerdo mal, pero son cosas que pueden suceder y tal vez a su padre le hiciesen la oferta con poco margen de tiempo, qué sé yo.

Abrió los brazos,

marcando más aún la arruga de su frente, en un gesto que indicaba que su suposición era tan válida como la de Erica. No era ésa la respuesta que ella esperaba, pero tuvo que contentarse con ello.

—Ya, bueno, hay otra cosa. Recuerdo vagamente que, las últimas semanas antes de que se marchasen, la gente hablaba de algo relacionado con Alex. También recuerdo que oí que los mayores

mencionaban la escuela. ¿Tienes idea de qué podía ser? Como te digo, mis recuerdos son muy vagos, pero sé que todos intentaban que los niños no nos enterásemos.

Axel notó que todas sus articulaciones se ponían rígidas. Tenía la esperanza de que su turbación no fuese tan evidente como él la sentía. Por supuesto que era consciente de que debían de correr rumores, siempre los había. Era imposible

mantener nada en secreto, pero creía que el daño habría quedado limitado. De hecho, él mismo había contribuido a que así fuese. Aquello aún lo devoraba por dentro. Erica seguía esperando su respuesta.

—No, no tengo la menor idea de qué pudo ser. Claro que la gente habla tanto... Ya sabes cómo son. Y por lo general, sus habladurías no tienen mucho de verdad. Yo en tu lugar no le daría importancia.



El rostro de Erica reflejaba una decepción mayúscula. Axel Wennerström comprendía que no había averiguado nada de lo que esperaba cuando llegó. Pero no tenía elección. Era como una olla a presión. Si levantaba un poco la tapa, cualquier cosa lo haría estallar todo. Al mismo tiempo, algo seguía removiéndose en su interior, como queriendo ser contado. Como si alguien se hubiese adueñado de su cuerpo,

sentía que la boca se abría y la lengua empezaba a dar forma a las palabras, unas palabras que no debían pronunciarse. Vio con alivio que Erica se ponía de pie y el momento de angustia pasó. La vio ponerse el abrigo y las botas y extender la mano para despedirse. Él miró la mano y tragó saliva un par de veces, antes de estrechársela. Tuvo que reprimir el impulso de retorcer la boca de asco. El contacto con la piel de otra

persona le producía una repugnancia que escapaba a toda posibilidad de descripción. Erica cruzó por fin la puerta, pero, justo cuando él iba a cerrarla, se dio la vuelta.

—Por cierto, ¿sabes si Nils Lorentz tenía alguna relación con Alex o con la escuela?

Axel vaciló un instante, pero finalmente, tomó una decisión. La mujer terminaría enterándose por alguna vía. Si no se lo decía

él, alguien acabaría diciéndoselo.

—¿No te acuerdas? Fue profesor de apoyo en primaria durante un semestre.

Después, cerró la puerta, echó las dos cerraduras y la cadena y apoyó la espalda en la puerta con los ojos cerrados.

Rápidamente, sacó los utensilios de limpieza y se puso a eliminar cualquier rastro de la inoportuna visita. Cuando terminó,

volvió a sentirse seguro en su mundo.

La noche no había empezado bien. Lucas estaba de mal humor cuando llegó a casa del trabajo y ella intentaba estar atenta para no darle más motivos de irritación. Aunque a aquellas alturas, ya sabía que cuando llegaba malhumorado, cualquier cosa le servía de excusa para desahogar su ira.

Puso especial cuidado al preparar la cena, que era la comida favorita de Lucas y puso la mesa a conciencia. Quitó de en medio a los niños: a Emma le puso la película de *El rey león* en su cuarto y a Adrian le dio un biberón para cenar, con el fin de que se durmiese pronto. Puso el disco favorito de Lucas, Chet Baker y, además, se vistió algo mejor que de costumbre y se esmeró más de lo habitual con el peinado y el

maquillaje. Sin embargo, no tardó en comprender que, aquella noche, daba igual lo que hiciese. Al parecer, Lucas había tenido un día nefasto en el trabajo y la rabia que había ido acumulando tenía que salir por algún lado. Anna vio el destello en sus ojos y supo que no había más que esperar a que estallase la bomba.

El primer golpe llegó sin avisar. Una bofetada con la derecha que le resonó en el

oído. Ella se llevó la mano a la mejilla y miró a Lucas, como confiando en que algo se ablandase en su interior al ver las marcas que le dejaba. Pero aquello surtió el efecto contrario y despertó en él el deseo de hacerle más daño aún. El hecho de que él disfrutase de verdad golpeándola era lo que más tiempo le había llevado comprender y aceptar. Durante muchos años, le había creído cuando él le aseguraba que los golpes le



dolían a él tanto como a ella. Pero eso había terminado. Había visto a la fiera que llevaba dentro otras veces, y ya le resultaba familiar.

Se acurrucó como por instinto para protegerse de los golpes que sabía se sucederían. Cuando empezaron a lloverle, intentó concentrarse en un punto de su interior al que sabía que Lucas no tenía acceso. Era un truco que había perfeccionado con los años y, aunque seguía siendo

consciente del dolor, podía distanciarse de él casi todo el tiempo. Era como si estuviese flotando por el techo de la habitación y, al mismo tiempo, viese a su propio yo encogido en el suelo mientras Lucas desataba su ira contra ella.

Un ruido la obligó a regresar rauda a la realidad y volver a entrar en su propio cuerpo. Emma estaba en la puerta, chupándose el pulgar y con su mantita en el brazo. Anna había conseguido que

dejase de chuparse el dedo hacía más de un año, y ahora volvía a hacerlo con ansiedad, buscando consuelo. Lucas no la había visto aún, pues estaba de espaldas a la habitación de Emma, pero se volvió al ver que Anna tenía la mirada fija en un punto detrás de él.

De un salto, antes de que Anna lograra detenerlo, llegó junto a su hija, la alzó con brusquedad en sus brazos y empezó a zarandearla con tal fuerza

que Anna pudo oír cómo le rechinaban los dientes. Anna empezó a levantarse del suelo, pero tenía la sensación de que todo sucedía a la velocidad de la luz. Sabía que la escena permanecería para siempre grabada en su mente. Lucas zarandeando a Emma, que miraba con los ojos desorbitados y sin comprender en absoluto a su querido padre que, de repente, se había convertido en un temible extraño.

Anna se lanzó contra Lucas con la idea de proteger a Emma pero no llegó a tiempo y, aterrada, vio cómo Lucas estrellaba el menudo cuerpo de su hija contra la pared. Se oyó un desagradable crujido y Anna supo que su vida acababa de cambiar para siempre en ese momento. Los ojos de Lucas, cubiertos por una membrana irisada, miraban extrañados a la pequeña que tenía en sus manos antes de dejarla en el suelo con sumo

cuidado, con ternura. Después volvió a tomarla en sus brazos, pero como si se tratase de un bebé esta vez, y miró a Anna con los ojos brillantes, como de autómata.

—Tenemos que llevarla al hospital. Se ha caído por la escalera y se ha hecho daño. Tenemos que explicárselo. Se ha caído por la escalera.

Hablaba en forma incoherente mientras se dirigía a la puerta, sin mirar

si Anna lo seguía o no. Ella estaba conmocionada y echó a andar tras él sin pensar. Era como si estuviese moviéndose en un sueño del que podía despertar en cualquier momento.

Lucas repetía una y otra vez:

—Se ha caído por la escalera. Tienen que creernos, con tal de que digamos los dos lo mismo, nos creerán. Porque los dos vamos a decir lo mismo, ¿verdad, Anna? Se ha caído

por la escalera, ¿verdad?

Lucas repetía aquella frase sin cesar pero Anna sólo era capaz de asentir. Quería arrancarle de los brazos a Emma, que ahora lloraba histérica, dolorida y asustada, pero no se atrevía. En el último instante, ya en el rellano de la escalera, despertó de su letargo y cayó en la cuenta de que Adrian se quedaba solo en el apartamento. Se apresuró a entrar a buscarlo y lo llevó meciéndolo en sus brazos



hasta que llegaron a urgencias, en tanto que el nudo que sentía en el estómago crecía más y más.

—¿Quieres almorzar conmigo hoy?

—Sí, gracias. ¿A qué hora te parece que vaya?

—Puedo tener algo listo para dentro de una hora, más o menos. ¿Te viene bien?

—Sí, perfecto. Así me da tiempo a rematar un par de cosas. Entonces, nos

vemos en una hora.

Se hizo una breve pausa. Después, se oyó la voz vacilante de Patrik:

—Un beso. Hasta luego.

Erica se sonrojó de alegría al oír la expresión de aquel avance en su relación, pequeño pero muy significativo. Respondió con la misma frase antes de colgar.

Mientras preparaba el almuerzo, se sintió algo avergonzada por su plan. Por otro lado, pensaba que no

podía hacer otra cosa y cuando, una hora después, sonó el timbre, respiró hondo antes de abrir la puerta. Era Patrik, al que acogió con un apasionado recibimiento, que se vio obligada a interrumpir cuando el reloj de la cocina le avisó de que los espaguetis estaban listos.

—¿Qué hay de comer?

Patrik se pasó la mano por el vientre, indicando que tenía hambre.

—Espaguetis a la

boloñesa.

—Mmmm, ¡qué rico!  
¿Sabías que eres la mujer perfecta?

Patrik se le acercó por detrás, la rodeó con sus brazos y empezó a besarle el cuello.

—Eres *sexy*, inteligente, fantástica en la cama y, sobre todo, lo más importante de todo, eres buena cocinera. ¿Qué más se puede pedir?

En ese momento, llamaron al timbre. Patrik

miró a Erica inquisitivo, pero ella bajó la vista y fue a abrir después de secarse las manos en un paño de cocina. Al otro lado de la puerta esperaba Dan. Tenía muy mal aspecto, la espalda vencida y la mirada sin vida. Erica se alarmó al verlo, pero se contuvo e intentó que no se le notase.

Cuando Dan entró en la cocina, Patrik miró a Erica intrigado. Ella se aclaró la garganta y los presentó:

—Patrik Hedström, éste

es Dan Karlsson. Dan tiene algo que contarte. Pero, bueno, vamos a sentarnos.

Erica se encaminó al comedor con la olla de la carne picada. Se sentaron a comer, aunque la situación era muy tensa. Se sentía agobiada, pero sabía que era necesario hacerlo así. Había llamado a Dan por la mañana para convencerlo de que debía revelarle a la policía su relación con Alex y le propuso que lo hiciese en su casa, con la esperanza

de que le resultase menos penoso.

No hizo caso de la insistente mirada inquisitiva de Patrik y tomó la palabra:

—Patrik, Dan ha venido porque tiene algo que contarte, como policía.

Le hizo una señal a Dan, animándolo a empezar. Dan bajó la vista hacia el plato, que no había tocado siquiera. Tras varios minutos de incómodo silencio, comenzó a hablar.

—Yo soy el hombre con

el que se veía Alex. Y el padre del niño que esperaba.

Se oyó un tintineo: a Patrik se le había caído el tenedor. Erica posó la mano sobre su brazo y le explicó:

—Patrik, Dan es uno de mis mejores amigos de toda la vida. Ayer averigüé que él era el hombre con el que Alex se veía en Fjällbacka. Os he invitado a almorzar a los dos porque pensé que sería más fácil hablar en este entorno que en la comisaría.

Vio que a Patrik no le



había gustado lo más mínimo que ella se hubiese entrometido de aquel modo, pero de eso ya se encargaría después. Dan era su amigo y pensaba hacer todo lo posible para que su situación no se agravase. Cuando habló con él por la mañana, le contó que Pernilla se había ido con las niñas a Munkedal, a casa de su hermana porque, según le dijo, necesitaba pensar, que no sabía cómo acabaría aquello y que no podía

prometerle nada. Dan veía que su vida se desmoronaba a su alrededor. El confesarlo todo ante la policía sería, en cierto modo, una liberación. Las últimas semanas habían sido muy duras. Se había visto obligado a lamentar la pérdida de Alex en secreto al tiempo que se sobresaltaba cada vez que sonaba el teléfono o que llamaban a la puerta, convencido de que la policía había descubierto su relación con ella. Ahora que Pernilla lo sabía, no temía

contárselo a la policía también. Nada podía ser peor que la situación que ya vivía. No le importaba qué iba a ser de él, con tal de no perder a su familia.

—Dan no tiene nada que ver con el asesinato, Patrik. Os contará cuanto queráis saber sobre él y Alex, pero jura que jamás le hizo ningún daño, y yo lo creo. Te ruego que intentes que esto quede dentro de la comisaría, en la medida de lo posible. Ya sabes lo

cotilla que es la gente y la familia de Dan ya ha sufrido bastante. Dan incluido, por cierto. Cometió un error y, créeme, sé que lo está pagando muy caro.

Patrik no parecía nada conforme, pero asintió dándole a entender que tenía en cuenta sus palabras.

—Erica, me gustaría hablar con Dan a solas.

Ella no opuso objeción alguna sino que se levantó enseguida y se fue a recoger la cocina. Desde allí oía sus

voces que subían y bajaban de tono. La voz profunda y grave de Dan, y la de Patrik, algo más clara. La discusión sonaba acalorada a veces pero cuando, algo más de media hora después, los dos aparecieron en la cocina, Dan parecía mucho más aliviado. Patrik, en cambio, parecía irritado aún. Dan abrazó a Erica antes de irse y le estrechó la mano a Patrik.

—Te llamaré si tenemos más preguntas que hacerte

—le advirtió Patrik—. Puede que tengas que venir a dejar tu testimonio por escrito.

Dan asintió sin abrir la boca y se marchó, tras despedirse de los dos con la mano.

La mirada de Patrik no presagiaba nada bueno.

—Nunca, nunca vuelvas a hacer algo así, Erica. Estamos investigando un asesinato y tenemos que hacerlo todo como es debido.

Cuando se enfadaba, se le arrugaba la frente y Erica tuvo que reprimir un impulso de besarlo hasta borrar esas arrugas.

—Lo sé, Patrik. Pero el primero en vuestra lista, de sospechosos era el padre de la criatura y yo sabía que si iba a la comisaría lo meteríais en una sala de interrogatorios y le apretaríais las clavijas. Dan no soportaría algo así en estos momentos. Su mujer se ha llevado a las niñas y lo ha

dejado y él no sabe si volverá algún día. Además, ha perdido a alguien que, lo mires como lo mires, significaba bastante para él: Alex. Y no ha podido mostrar su dolor ante nadie, no ha podido hablar con nadie de ello. Por eso pensé que podíais empezar por hablar aquí, en un ambiente neutro, sin policías de por medio. Comprendo que tendréis que volver a interrogarlo, pero ya ha pasado lo peor. De verdad



que siento mucho haberte engañado así. ¿Crees que podrías perdonarme?

Con el puchero más seductor que supo componer, se le acercó despacio. Tomó los brazos de Patrik y los colocó alrededor de su cintura y, después, se puso de puntillas para alcanzar su boca. Fue probando a meter la punta de la lengua y, pocos segundos después, él respondió adecuadamente. Tras un instante, él la apartó y la

miró tranquilo a los ojos.

—Estás perdonada, por esta vez. Pero no vuelvas a hacerlo, ¿me oyes? Y ahora, creo que debemos meter el resto de la comida en el microondas para que yo pueda acallar los rugidos de mi estómago.

Erica asintió y, abrazados, volvieron al comedor, donde el almuerzo seguía casi intacto en los platos.

Cuando llegó la hora de volver a la comisaría y

Patrik estaba a punto de salir, Erica se acordó de pronto de algo más que había pensado contarle.

—¡Ah! Recuerdas que te dije que tenía un vago recuerdo de que, justo antes de que se mudase Alex, circuló algún rumor sobre ella; algo que tenía que ver con la escuela. Intenté comprobarlo, pero no conseguí averiguar nada. Lo que sí me recordaron fue que, de hecho, existe otra conexión entre Alex y Nils,

aparte de que Karl-Erik trabajaba en la fábrica de conservas. Nils fue profesor de apoyo en primaria durante un semestre. Yo nunca lo tuve como profesor, pero sé que trabajó con la clase de Alex de vez en cuando. No sé si será importante, pero pensé que debías saberlo.

—¡Vaya! Así que Alex tuvo a Nils de profesor.

Patrik quedó pensativo en la escalinata.

—Tal y como tú has

dicho, puede que no tenga la menor importancia, pero en estos momentos, cualquier relación entre Alex y Nils puede ser de interés. No tenemos muchas otras pistas en las que basarnos.

La miró muy serio.

—No puedo dejar de pensar en algo que me ha dicho Dan. Según él, últimamente Alex no dejaba de hablar de que había que aclarar el pasado, que había que enfrentarse a antiguos problemas difíciles para

poder seguir adelante... No sé, ¿crees que puede guardar relación con lo que acabas de contarme?

Patrik calló de nuevo, pero enseguida volvió a poner los pies en la tierra:

—No puedo descartar a Dan como sospechoso, espero que lo comprendas.

—Sí, Patrik, lo comprendo. Pero no seáis duros con él, te lo ruego. ¿Vendrás esta noche?

—Sí, tengo que pasar por casa a coger algo de

ropa y esas cosas. Pero llegaré sobre las siete.

Se dieron un beso de despedida. Patrik cambió el coche de Erica por el suyo. Ella se quedó en la escalinata hasta que lo perdió de vista.

**P**atrik no volvió a su casa directamente. Sin saber muy bien por qué, se había llevado las llaves del apartamento de Anders en el último momento, antes de

salir de la comisaría. Y decidió pasar por allí y echar un vistazo tranquilamente. Necesitaba algo, cualquier cosa, que abriera una grieta en el muro de la investigación. Tenía la sensación de ir topándose con callejones sin salida por todas partes, como si nunca fuesen a dar con el asesino, o los asesinos, si eran varios. El amante secreto de Alex era, tal y como había dicho Erica, el primero de la lista de sospechosos, pero ahora



ya no estaba tan seguro de que así fuese. No estaba dispuesto a descartar por completo a Dan, pero no tenía más remedio que admitir que esa pista ya no le parecía tan sólida como antes.

En el apartamento de Anders reinaba un ambiente fantasmal. Patrik podía evocar la imagen de Anders balanceándose de un lado a otro colgado de la cuerda, pese a que ya la habían cortado cuando él llegó.

Aunque no sabía lo que había ido a buscar, se puso un par de guantes para no eliminar ninguna posible huella. Se colocó justamente debajo del gancho del techo al que habían atado la cuerda e intentó hacerse una idea de cómo habrían colgado a Anders. Simplemente, no había manera. El techo era alto y la atadura del cuello estaba justo bajo el gancho. Para levantar el cuerpo de Anders a esa altura, se precisaba mucha fuerza

física. Cierto que estaba bastante delgado, pero, teniendo en cuenta su altura, debía de pesar demasiado. Patrik se dijo que debía mirar el peso de Anders cuando recibiesen el informe de la autopsia. La única explicación plausible era que lo hubiesen izado entre varias personas. Pero ¿cómo es que no habían dejado marcas en su cuerpo? Aunque lo hubiesen sedado, debería haber quedado algún moretón. Aquello no tenía

sentido.

Continuó revisando el apartamento mirando un poco aquí y allá, sin ningún objetivo concreto. Puesto que no había muchos muebles, a excepción del colchón de la sala de estar y la mesa de la cocina, con dos sillas, no había tanto que examinar. Patrik tomó nota de que el único lugar de almacenaje eran los cajones de la cocina, así que los revisó sistemáticamente, uno tras otro. Ya los habían

inspeccionado antes, pero quería asegurarse de que no habían pasado por alto ningún detalle.

En el cuarto cajón encontró un bloc que sacó y abrió sobre la mesa de la cocina, para verlo con más detenimiento. Lo sostuvo ante la ventana para, a la fuerte luz del día, comprobar si habían quedado huellas en la hoja. En efecto, vio que lo que habían escrito en la primera hoja se había grabado en la de debajo y,

para intentar leer al menos parte del texto, empleó un viejo truco infalible. Con un lápiz que encontró en el mismo cajón, fue coloreando el papel sin apretar mucho y pasó la mano para retirar los restos de grafito. Sólo se distinguían algunas partes del texto, pero lo suficiente para hacerse una idea de qué trataba. Patrik lanzó un leve silbido. Aquello era interesante, muy interesante. Y tuvo la virtud de poner en movimiento su máquina de

pensar. Con sumo cuidado, metió el bloc en una de las bolsas de plástico que había cogido del coche.

Prosiguió con su examen de los cajones. La mayor parte de lo que en ellos había era basura, pero en el último encontró algo que llamó su atención. Se quedó mirando el trozo de piel que tenía entre los dedos. Era exactamente igual que el que Erica y él habían visto en la casa de Alex. Recordó que estaba en su mesilla de

noche y que leyeron en él la misma inscripción que ahora leía en éste: «L. T. M. 1976».

Al darle la vuelta, vio que, al igual que en el de Alex, también en éste había unas manchas de sangre borrosas en el reverso. Que entre Anders y Alex había un lazo que ellos no habían descubierto aún no era ninguna novedad. No obstante, lo desconcertaba la extraña sensación que experimentaba al mirar



aquel trozo de piel.

Había algo en su subconsciente que reclamaba su atención y que intentaba advertirle de que aquella pequeña marca debía revelar un dato esencial. Estaba pasando por alto algo que era evidente pero que se negaba a hacerse patente. De lo que sí estaba convencido era de que aquella marca situaba la relación de Anders y Alex en un punto lejano del pasado. Como mínimo, en 1976. Un año antes de

que Alex y su familia se fuesen de Fjällbacka para desaparecer sin dejar rastro durante todo un año. Un año antes de que Nils Lorentz desapareciese para siempre. El mismo Nils que, según Erica, había sido profesor de apoyo en la escuela a la que asistían tanto ella como Alex.

Patrik decidió que tenía que hablar con los padres de Alex. Si las sospechas que empezaban a fraguarse en su mente eran ciertas, ellos

tenían las respuestas decisivas, las que le permitirían unir las piezas que él ya creía entrever.

Tomó el bloc y el trozo de piel en sendas bolsas de plástico y echó un último vistazo a la sala de estar antes de salir. De nuevo vio ante sí la imagen del cuerpo pálido y escuálido de Anders balanceándose de un lado a otro y se prometió a sí mismo que llegaría hasta el fondo de lo que llevó a Anders a terminar sus tristes

días colgado de una cuerda. Si el cuadro que empezaba a recrear en su mente se correspondía con la verdad, se trataba de una tragedia que escapaba a la razón. Y, desde lo más hondo de su alma, esperaba estar equivocado.

**P**atrik buscó el nombre de Gösta en la agenda y marcó el número de su extensión en la comisaría. Lo más probable era que su llamada

interrumpiese una ronda de solitario.

—Hola, soy Patrik.

—Hola, Patrik.

La voz de Gösta denotaba el cansancio habitual en él. El hastío y el abatimiento habían terminado por conferirle un aspecto de permanente cansancio interior y exterior.

—Oye, ¿has concertado ya la visita a Gotemburgo, a la casa de los Carlgren?

—No, no me ha dado tiempo. He tenido muchas

otras cosas de las que encargarme.

Gösta estaba en guardia, como a la defensiva ante la pregunta de Patrik, preocupado ante la idea de que lo criticasen por no haberse encargado aún de su cometido. Simplemente, no había tenido fuerzas para ponerse a pensarlo siquiera. Se le antojaba un imposible tomar el auricular y marcar el número; sentarse en el coche y ponerse en marcha rumbo a Gotemburgo, una

tarea inabordable.

—¿Te importaría que me encargase yo?

Patrik tenía el convencimiento de que se trataba de una pregunta retórica. Era consciente de que Gösta se sentiría inmensamente feliz al verse liberado del encargo. Y, en efecto, Gösta le respondió con renovada energía en la voz:

—¡No, por supuesto que no! Si tú quieres hacerlo, por mí no hay inconveniente. Yo

tengo tantas cosas que hacer que no creo que me dé tiempo de todos modos.

Ambos eran conscientes de que estaban representando una escena, pero bien consolidada desde hacía años, por lo que funcionaba perfectamente entre ellos. Patrik podía hacer lo que quisiera y Gösta, a su vez, podía volver a su juego de ordenador, con la tranquilidad de que él haría su trabajo.

—¿Podrías darme su



número de teléfono y así los llamo ahora mismo?

—Claro que sí, aquí lo tengo. A ver...

Gösta le leyó el número.

Patrik lo anotó en el bloc que siempre llevaba sobre el salpicadero del coche. Le dio las gracias a Gösta y colgó antes de marcar el número de los Carlgren. Rogó por que estuviesen en casa y tuvo suerte. Karl-Erik respondió al tercer tono. Cuando Patrik le explicó el motivo de su llamada lo oyó

vacilar, pero después le dijo que podía ir a hacerles las preguntas que necesitara. Karl-Erik intentó averiguar de qué tipo de preguntas se trataba, pero Patrik evitó responder y le dijo simplemente que había ciertos interrogantes que esperaba que ellos pudiesen aclarar.

Salió marcha atrás del aparcamiento de la urbanización y tomó primero a la derecha y luego a la izquierda en el siguiente

cruce para salir a la carretera que lo conduciría a Gotemburgo. El primer tramo era bastante pesado, una serpenteante carretera comarcal que discurría bosque a través. Pero, tan pronto como salió a la autopista, todo fue más rápido. Dejó atrás Dingle, luego Munkedal y, cuando llegó a Uddevalla lo tranquilizó pensar que ya había recorrido la mitad del camino. Como siempre que conducía, llevaba la música

a todo volumen. Conducir lo relajaba. Se detuvo ante la gran casa de color azul claro de Kålltorp, para recobrar fuerzas. Si sus sospechas eran ciertas, destrozaría el idilio familiar. Pero en eso consistía, a veces, su trabajo.

Un coche se había detenido ante su casa. No lo veía, pero oyó el ruido de las ruedas en la gravilla. Erica abrió la puerta y echó una ojeada. Al ver quién era, se

quedó boquiabierta. Anna la saludó con gesto cansado, antes de abrir las puertas traseras para sacar a los niños de sus sillitas. Erica se puso un par de zuecos y salió a ayudarle. Anna no le había avisado de que iba a visitarla y se preguntaba qué habría ocurrido.

El abrigo negro de su hermana realzaba su palidez. Bajó a Emma mientras Erica le quitaba el cinturón a Adrian antes de tomarlo en brazos. Adrian le agradeció

su ayuda con una enorme sonrisa desdentada a la que ella correspondió con la misma moneda. Después miró inquisitiva a su hermana, pero Anna negó con un leve gesto para indicarle que no preguntase. Erica conocía a su hermana lo suficiente para saber que ella misma se lo diría todo en el momento oportuno: no conseguiría sacarle nada antes.

—¡Vaya, qué visita más agradable! Así que se os ha

ocurrido venir a visitar a vuestra tía, ¿eh?

Erica parloteaba sonriéndole al bebé que tenía en brazos y miró a su alrededor buscando a Emma para saludarla también. Emma siempre había tenido predilección por ella, pero en esta ocasión la pequeña no respondió a su sonrisa sino que, mirando a Erica con suspicacia, se aferró al abrigo de su madre.

Erica entró en la casa con Adrian y Anna la siguió

con Emma de una mano y una pequeña maleta en la otra. Erica vio con sorpresa que el maletero estaba repleto, pero hizo un esfuerzo por no preguntar.

Con mano torpe e inexperta, fue quitándole a Adrian la ropa de abrigo, en tanto que Anna, haciendo gala de mayor soltura, hacía lo propio con Emma. Y entonces se dio cuenta Erica de que Emma tenía un brazo escayolado hasta el codo. Alarmada, miró a Anna que,



una vez más y de modo casi imperceptible, negó con un gesto para evitar que preguntase. Emma seguía mirándola con grandes ojos tristes sin despegarse de Anna ni un instante. Además, la pequeña se chupaba el pulgar, lo que venía a confirmarle a Erica que había sucedido algo grave, pues, en efecto, hacía ya un año que Anna le había contado que habían conseguido que Emma abandonase esa costumbre.

Con el cálido cuerpecito de Adrian bien sujeto a su regazo, Erica entró en la sala de estar y se sentó en el sofá con el pequeño sobre sus rodillas. Adrian la miraba encantado, sonriendo entrecortadamente, como incapaz de resolver si romper a reír o no. Era tan lindo que a Erica le entraban ganas de comérselo como si fuese un pastelillo.

—¿Qué tal el viaje?

Erica no sabía exactamente qué decir y

pensó que las preguntas convencionales funcionarían bien hasta que Anna decidiese contarle qué estaba pasando.

—Bueno, el camino es bastante malo. Vinimos por Dalsland. Emma se mareó en los tramos con más curvas, así que tuvimos que parar dos veces por el camino hasta que se le pasó.

—¡Vaya, pobre Emma!

Dijo Erica en un intento de acercamiento a la pequeña. Emma corroboró

su comentario con un gesto, pero su mirada seguía sombría y no se apartaba de su madre.

—Creo que deberíais dormir un rato, Emma. ¿Qué te parece? No habéis echado una sola cabezada durante el viaje, así que debéis de estar muy cansados.

Emma aceptó la propuesta con otro gesto y, para corroborarla, empezó a frotarse los ojos con la mano sana.

—Erica, ¿puedo

acostarlos arriba?

—Por supuesto. Que se acuesten en el dormitorio de papá y mamá. Yo estoy durmiendo allí, así que la cama está hecha.

Anna tomó a Adrian de los brazos de Erica que, con gran satisfacción, vio cómo el pequeño empezaba a protestar al verse apartado de una señora tan simpática.

—Mamá, mi manta — recordó Emma cuando ya estaban a medio camino escaleras arriba. Anna bajó

por la pequeña bolsa de viaje que había dejado en el vestíbulo.

—¿Te ayudo?

—Qué va, estoy acostumbrada.

Anna acompañó sus palabras de una media sonrisa que denotaba amargura y que a Erica le costó interpretar.

Mientras Anna acostaba a los niños, ella puso otra cafetera. Se preguntó cuántas jarras se había bebido últimamente. Su

estómago no tardaría en empezar a protestar. De repente, se quedó paralizada con la mano sujetando la cucharilla del café sobre el filtro. Mierda. La ropa de Patrik estaba esparcida por toda la habitación y, o Anna era una tonta, o sacaría la conclusión inevitable. La sonrisa burlona que Anna lucía al bajar la escalera poco después lo confirmaba.

—Bueeeno, hermanita.

¿Qué es lo que tienes que contarme? ¿Quién es ese

hombre al que tanto le cuesta doblar su ropa como es debido?

Erica no pudo evitar sonrojarse.

—Pues bueno, verás, todo ha ido tan rápido, ¿sabes?

Se oyó a sí misma balbucir mientras Anna parecía estar disfrutando de lo lindo. Por un instante, las arrugas de cansancio de su rostro se atenuaron ligeramente y Erica volvió a ver a su hermana como la



que siempre había sido, antes de que conociese a Lucas.

—A ver, dime quién es. Deja de tartamudear y dale a tu hermana pequeña todo tipo de succulentos detalles. Puedes empezar por decirme su nombre, por ejemplo. ¿Lo conozco?

—Pues sí, lo conoces. No sé si te acordarás de Patrik Hedström...

Anna lanzó un silbido y se dio una palmada en la frente.

—¡Patrik! ¡Claro que me acuerdo de él! Siempre andaba pegado a ti como un perrillo faldero con la lengua fuera. O sea, que por fin lo ha conseguido...

—Ya, bueno, yo sabía que le gustaba, pero no sabía cuánto...

—¡Por Dios! ¡Debías de estar ciega! Estaba enamorado de ti hasta los huesos. ¡Dios, qué romántico! Es decir, que lleva años suspirando por ti y ahora, por fin, tú lo has

mirado a los ojos y has encontrado el gran amor de tu vida.

Anna se llevó la mano al corazón en gesto dramático y Erica no pudo por menos de echarse a reír. Aquélla era su hermana, tal y como la había conocido, tal y como la quería.

—En fin, no es exactamente así como lo pintas. En realidad, ha estado casado entre tanto, pero su esposa lo dejó hace un año más o menos y ahora

está separado y vive en Tanumshede.

—¿A qué se dedica? No me digas que es obrero, que entonces me muero de envidia. Yo que siempre he soñado con tener sexo con un obrero de verdad.

Con un gesto infantil, Erica le sacó la lengua a Anna, que respondió enseñando la suya.

—No, no es un obrero. Es policía, por si te interesa.

—Vaya, policía. Un hombre con pistola, en otras

palabras. Bueno, eso tampoco está nada mal...

Erica casi había olvidado lo chinchosa que podía llegar a ser su hermana y movió la cabeza con resignación mientras servía dos tazas de café. Anna se sentía en casa, fue al frigorífico, sacó el cartón de leche y puso un chorrito en su taza y otro en la de Erica. La sonrisa burlona había desaparecido ya de su rostro y Erica comprendió que había llegado el momento de

explicar el porqué de su repentina visita a Fjällbacka.

—Bueno, mi cuento de hadas ha terminado. Definitivamente. Claro que ya estaba acabado hacía muchos años, pero no lo he comprendido hasta ahora.

En este punto, guardó silencio mirando con tristeza el fondo de su taza.

—Sé que nunca te gustó Lucas, pero yo lo amaba de verdad. No sé cómo, logré racionalizar el hecho de que me pegase; siempre me

pedía perdón después y me demostraba que me quería. Al menos antes lo hacía. No sé cómo logré convencerme a mí misma de que era culpa mía, de que si conseguía ser mejor esposa, mejor amante, mejor madre, no tendría que pegarme más.

Anna respondía a las preguntas mudas de Erica.

—Sí, ya sé que suena absurdo, pero era una experta en engañarme a mí misma. Y luego, claro, era buen padre con Emma y

Adrian y, a mis ojos, eso constituía una buena excusa. No podía dejar a los niños sin su padre.

—Pero ha pasado algo, ¿no?

Erica intentó animar a Anna a seguir adelante, consciente de lo difícil que parecía resultarle continuar. De hecho, se veía herida en su orgullo. Anna había sido siempre una persona extremadamente orgullosa y le costaba admitir sus errores.



—Sí, ha pasado algo. Ayer noche empezó a pegarme, como suele hacer. A decir verdad, cada vez con más frecuencia últimamente. Pero ayer...

Su voz se quebró y Anna tragó saliva un par de veces para contener el llanto.

—Ayer atacó a Emma. Estaba fuera de sí y Emma apareció de pronto, en medio de la pelea, y él no pudo contenerse.

Anna volvió a reprimir las lágrimas.

—Fuimos a urgencias, donde comprobaron que tenía una fisura en el brazo.

—Y Lucas fue denunciado a la policía, supongo.

Erica sintió cómo la rabia le hacía un nudo en el estómago, un nudo que no paraba de crecer.

—No —respondió Anna con un hilo de voz apenas audible, mientras las lágrimas empezaban a rodar por sus pálidas mejillas—. No, dijimos que se había

caído por la escalera.

—¡Por Dios, Anna! ¿Y de verdad os creyeron?

Anna sonrió con amargura.

—Bueno, ya sabes lo encantador que puede ser Lucas. Se ganó al médico y a la enfermera de un plumazo. Al final, casi les daba tanta pena de él como de Emma.

—Pero Anna, tienes que denunciarlo. No puedes permitir que quede impune.

Erica miraba a su

hermana, que no dejaba de llorar. La compasión y la rabia se debatían con la misma pujanza. Anna se derrumbaba a sus ojos, totalmente amilanada.

—Yo misma me encargaré de que no vuelva a ocurrir. Fingí que escuchaba sus disculpas y, después, preparé el equipaje y lo metí en el coche para salir en cuanto se marchó al trabajo. Y no pienso volver. Lucas no volverá a hacerles daño a los niños. Si lo hubiera

denunciado, habrían llamado a Asuntos Sociales y nos habrían quitado a los niños a los dos.

—Pero Lucas no va a conformarse sin protestar con que tú te quedes con los niños, Anna. Sin una denuncia y una investigación, ¿cómo conseguirás la custodia y la patria potestad exclusivas?

—No lo sé, Erica, no lo sé. Y no tengo fuerzas para pensar en ello ahora mismo. Tenía que marcharme lejos

de él. El resto ya se solucionará. No me culpes, por favor.

Erica dejó la taza sobre la mesa, se levantó y fue a abrazar a su hermana. Le acarició el cabello mientras la calmaba. La dejó llorar a sus anchas sobre su hombro, hasta que sintió que se le mojaba el jersey. Entretanto, su odio hacia Lucas crecía sin cesar. Nada le gustaría más que arrearle un buen puñetazo.

**B**irgit oteaba la calle oculta tras la cortina. Karl-Erik comprendió lo nerviosa que estaba, a juzgar por la postura tensa de sus hombros. Desde la llamada del agente de policía, no había dejado de dar vueltas de un lado a otro de la casa. Él, en cambio, se sintió tranquilo por primera vez en mucho tiempo. Karl-Erik pensaba darle al policía todas las respuestas, si él formulaba las preguntas adecuadas.

Los secretos lo habían calcinado por dentro durante tantos años... Para Birgit había sido más fácil, en cierto modo. Su forma de enfrentarse a la situación había consistido en negar que aquello hubiese ocurrido en realidad. Se negaba a hablar de ello y seguía mariposeando por la vida como si nada hubiese sucedido. Pero todo había sucedido. Y no había pasado un solo día sin que él pensase en ello, y cada vez



sentía la carga más pesada de llevar. Sabía que, aparentemente, Birgit era la más fuerte de los dos. En todos los eventos sociales, ella lucía como una estrella mientras él era el personaje gris, un ser invisible a su lado. Ella, con sus hermosos vestidos y sus magníficas joyas y su maquillaje como escudo.

Luego, cuando llegaban a casa tras otra animada noche de *glamour* y ella se quitaba su armadura, era

como si se hundiese de repente quedándose en nada. Lo único que persistía entonces era una niña temblorosa e insegura que se aferraba a él buscando apoyo. Durante todos sus años de matrimonio, él se había debatido entre los diversos sentimientos que le inspiraba su esposa. Su belleza y su fragilidad despertaban en él sentimientos de ternura y un claro instinto protector, lo hacían sentirse como un

hombre; pero su rechazo a enfrentarse cara a cara a los aspectos más difíciles de la vida lo irritaban a veces hasta sacarlo de quicio. Lo que más lo indignaba era la certeza de que, en el fondo, Birgit no era una necia, pero le habían inculcado que, cueste lo que cueste, la mujer debe ocultar su inteligencia y emplear toda su energía en aparecer hermosa y necesitada. En complacer. De recién casados, no le llamó la

atención, pues era lo normal en aquella época. Pero los tiempos habían cambiado e imponían exigencias muy distintas tanto a hombres como a mujeres. Él había sabido adaptarse, pero no su esposa. Por ese motivo, aquél sería un día terrible para ella. Karl-Erik sospechaba que, en el fondo, ella sabía lo que pensaba hacer. De ahí que se hubiese pasado casi dos horas deambulando nerviosa por la casa. Pero Karl-Erik tenía la

certeza de que Birgit no le permitiría ventilar los secretos familiares sin oponer resistencia.

—¿Por qué ha tenido que venir Henrik?

Birgit le preguntó angustiada, mirándolo sin dejar de retorcerse las manos.

—El policía quería hablar con la familia. Y Henrik pertenece a la familia, ¿no?

—Sí, bueno, es que me parece innecesario mezclarlo

a él en esto. Ese agente no querrá más que hacernos algunas preguntas generales, y obligarlo a venir aquí por algo así... En fin, que me parece innecesario, simplemente.

El tono de su voz subía y bajaba para ocultar las preguntas no formuladas. La conocía tan bien...

—Ya está aquí.

Birgit se apartó rauda de la ventana. Al cabo de un rato, llamaron a la puerta. Karl-Erik respiró hondo

antes de ir a abrir, mientras Birgit se retiraba rápidamente a la sala de estar, donde Henrik aguardaba sentado en el sofá, sumido en sus pensamientos.

—Hola, soy Patrik Hedström.

—Karl-Erik Carlgren.

Se estrecharon la mano y Karl-Erik calculó que el policía tendría más o menos la edad de Alex. Últimamente lo hacía a menudo. Consideraba a las

personas en relación con Alex.

—Pasa. Podemos sentarnos a hablar en la sala de estar.

Patrik se sorprendió al ver a Henrik, pero se recobró enseguida y fue a saludar a Birgit y también al yerno. Una vez se hubieron sentado todos en torno a la mesa, siguieron unos minutos de tenso silencio, hasta que Patrik tomó la palabra.

—Bueno, esto ha sido un



tanto precipitado, así que os agradezco que hayáis aceptado recibirme con tan poco margen.

—Pues nos preguntábamos si habría pasado algo, si habría habido alguna novedad. Llevamos ya tiempo sin recibir noticias y...

Birgit dejó la frase inconclusa y miró a Patrik esperanzada.

—Vamos lentos, pero seguros. Eso es lo único que puedo decir por ahora. El

asesinato de Anders Nilsson le ha dado otro giro al asunto.

—Sí, claro. ¿Sabéis ya si se trata de la misma persona que asesinó a nuestra hija?

El ritmo frenético y nervioso del parloteo de Birgit hizo que Karl-Erik contuviese el impulso de tomarle la mano para calmarla. Hoy tenía que resistir la tentación de adoptar ese papel protector que tan bien desempeñaba.

Por un instante, se

permitió incluso dejarse llevar con el pensamiento, lejos del presente, a un tiempo que ahora se le antojaba muy lejano. Miró a su alrededor y vio la sala de estar con cierta aversión. Con qué facilidad habían caído en la tentación; casi se percibía el aroma a un dinero manchado de sangre. La casa de Kålltorp era mucho más de lo que jamás se habían atrevido a soñar siquiera cuando las niñas eran pequeñas. Era grande,

amplia, conservaba los detalles de los años treinta, y se habían podido permitir todo tipo de comodidades. Con el salario del trabajo en Gotemburgo, lo habían conseguido todo.

La habitación en la que se encontraban era la más grande de la casa. Demasiado abigarrada de muebles y adornos para su gusto, pero Birgit tenía una incontenible predilección por los objetos brillantes y luminosos y todo era

prácticamente nuevo. Cada tres años, más o menos, solía empezar a quejarse de que todo estaba ya estropeado y de lo harta que estaba de lo que tenían en casa y, tras varias semanas de miradas suplicantes, él solía ceder y terminaba abriendo la cartera. Era como si, al tenerlo todo siempre nuevo, Birgit pudiese reinventarse a sí misma y su propia existencia constantemente. Ahora se encontraba en su periodo Laura Ashley, por lo

que la habitación estaba repleta de flores y lazos de una feminidad sofocante. Aunque bien sabía él que sólo tendría que aguantarlo un par de años más; si tenía suerte, Birgit se inclinaría por los sillones Chesterfield y los motivos de cetrería ingleses. Claro que, de lo contrario, el próximo cambio le llenaría la casa de motivos de fieras salvajes.

Patrik se aclaró la garganta.

—El caso es que tengo

algunos interrogantes que quisiera me ayudasen a aclarar.

Nadie hizo el menor comentario, así que Patrik prosiguió.

—¿Saben cómo se conocieron Alex y Anders Nilsson?

Henrik quedó desconcertado y Karl-Erik comprendió que él no sabía nada. Le dolía por él, pero no podía hacer nada por ayudarle.

—Estaban en la misma

clase, pero de eso hace ya muchos años.

Birgit se retorció nerviosamente las manos, sentada en el sofá, junto a su yerno, que intervino entonces:

—Su nombre me resulta familiar. ¿No tenía Alex unos cuadros suyos en la galería?

Patrik asintió y Henrik prosiguió:

—No lo entiendo, ¿insinúa que había entre ellos otro tipo de relación?



¿Qué razón tendría nadie para querer asesinar a mi esposa y a uno de sus artistas?

—Eso es precisamente lo que intentamos averiguar.

Patrik vaciló antes de proseguir.

—Por desgracia, también hemos podido constatar que mantenían una relación amorosa.

En medio del silencio que se hizo entonces, Karl-Erik detectó la avalancha de sentimientos

que reflejaban los rostros que tenía frente a sí, el de Birgit, el de Henrik. Él no experimentó más que cierto asombro, que remitió enseguida en beneficio de la certeza de que lo que el policía acababa de decirles era verdad. Teniendo en cuenta las circunstancias, era lógico.

Birgit se tapó la boca con la mano, horrorizada ante la noticia, mientras el rostro de Henrik perdía paulatinamente el color.

Karl-Erik observó que Patrik Hedström no disfrutaba lo más mínimo en su papel de mensajero de malas noticias.

—No puede ser verdad.

Birgit miró indecisa a su alrededor buscando la connivencia de su esposo y su yerno, pero fue en vano.

—¿Por qué razón iba a liarse nuestra Alex con un tipo como ése?

Miraba suplicante a Karl-Erik, pero éste se negaba a corresponder y mantenía la cabeza baja.

Henrik no dijo nada, pero daba la impresión de haber quedado hundido.

—¿No saben si siguieron manteniendo el contacto después del traslado?

—No, no creo. Alex cortó de raíz todos los lazos cuando nos fuimos de Fjällbacka.

Una vez más fue Birgit quien respondió. Henrik y Karl-Erik, en cambio, seguían sin pronunciar palabra.

—Tengo otra pregunta

que hacerles. Ustedes se mudaron en mitad del semestre, cuando Alex estaba en sexto. ¿Por qué? Además, prácticamente sin avisar.

—Yo no veo que sea tan extraño. A Karl-Erik le hicieron una oferta laboral magnífica que no podía rechazar. Tuvo que decidirse rápido porque necesitaban cubrir el puesto de inmediato. Por eso fue todo tan precipitado.

Birgit no dejaba de

frotarse las manos  
nerviosamente mientras  
hablaba.

—Pero no matricularon a Alex en ninguna escuela de Gotemburgo, ¿no? Sino que empezó a estudiar en un internado en Suiza. ¿Por qué?

—Con el nuevo trabajo de Karl-Erik, nuestra situación económica cambió por completo y quisimos darle a Alex las mejores posibilidades a nuestro alcance —explicó Birgit.

—Ya, ¿y no había buenos colegios en Gotemburgo?

Patrik martilleaba implacable con sus preguntas y Karl-Erik no pudo por menos de admirar su interés y dedicación. También él fue joven y entusiasta un día. Ahora era simplemente un hombre cansado.

Birgit volvió a tomar la iniciativa:

—Claro que los había, pero se puede usted

imaginar la red de contactos que podía adquirir en un internado como aquél. Incluso había un par de príncipes y, claro, figúrese, lanzarse a la vida adulta con semejantes conocidos.

—¿Ustedes fueron con ella a Suiza?

—Sí, claro, nosotros la matriculamos y esas cosas, si es a eso a lo que se refiere. Por supuesto que sí.

—Bueno, no me refería exactamente a eso.

Patrik ojeó su bloc de



notas para refrescarse la memoria.

—Alexandra dejó la escuela de Fjällbacka a mediados del segundo semestre del 77. Y se matriculó en el internado en el segundo semestre del 78, que fue también cuando Karl-Erik empezó a trabajar aquí en Gotemburgo. Así que mi pregunta es, ¿dónde estuvieron durante ese año?

Con el entrecejo fruncido, Henrik miraba extrañado, ya a Birgit, ya a

Karl-Erik. Ambos lo evitaron, no obstante, aunque Karl-Erik sintió un sordo y creciente dolor en el corazón.

—No entiendo adónde quiere ir a parar con estas preguntas. ¿Qué tiene que ver si nos mudamos en el 77 o en 78? Nuestra hija está muerta y viene a interrogarnos como si nosotros fuésemos los culpables. Simplemente debe de haberse producido algún error en alguna parte.

Alguien que anotó mal en un registro, eso debe de ser. Nos vinimos aquí la primavera del 77, cuando Alexandra empezó en el internado en Suiza.

Patrik miraba consternado a Birgit, que parecía cada vez más alterada.

—Lo siento, señora Carlgren, siento causarles tantas molestias. Sé que están pasando por momentos muy difíciles, pero es mi deber hacerles estas

preguntas. Y la información que tengo es correcta. Ustedes no se mudaron aquí hasta la primavera de 1978 y, de todo el año anterior, no hay un solo dato que certifique que vivían en Suecia. De modo que tengo que preguntar de nuevo: ¿dónde estuvieron ustedes entre la primavera del 77 y la primavera del 78?

Con la desesperación en el rostro, Birgit buscó apoyo en Karl-Erik, pero él sabía que ya no podía prestarle la

ayuda que ella necesitaba. Tenía el convencimiento de que lo que iba a hacer sería, a la larga, lo mejor para la familia. Pero también sabía que, a corto plazo, podría destrozar a Birgit. Pese a todo, no había elección. Miró apesadumbrado a su esposa y se aclaró la garganta.

—Estuvimos en Suiza, mi esposa, Alex y yo.

—¡Calla, Karl-Erik! ¡No digas más!

Pero él no la escuchó.

—Estuvimos en Suiza porque nuestra hija de doce años estaba embarazada.

Sin sorprenderse lo más mínimo, vio cómo Patrik Hedström, estupefacto ante su respuesta, dejaba caer el lápiz de entre los dedos. Por mucho que el agente se lo hubiese imaginado, por mucho que hubiese sospechado, no era lo mismo oírlo decir en voz alta. ¿Cómo iba nadie a imaginar tal crueldad?

—Abusaron de mi hija,

la violaron. Y era sólo una niña.

Sintió que se le quebraba la voz y se apretó el puño contra los labios para infundirse valor. Tras un instante, pudo continuar. Birgit se negaba a mirarlo siquiera, pero ya no había vuelta atrás.

—Notamos que algo no andaba bien, pero no sabíamos qué. Era una niña que siempre andaba feliz, se sentía segura. Pero en algún momento, a principios del

sexto curso, empezó a cambiar. Se volvió taciturna e introvertida. Sus amigas dejaron de venir a casa y podía estar fuera durante horas sin que nosotros supiéramos dónde. No nos lo tomamos demasiado en serio, creímos que serían cosas de la edad, que estaba atravesando un estadio preadolescente, tal vez, yo qué sé.

Tuvo que pararse para aclararse la garganta de nuevo. El dolor del pecho



crecía sin cesar.

—Y hasta que no estuvo de cuatro meses, no nos dimos cuenta de que estaba embarazada. Tendríamos que haber detectado antes algún indicio, pero quién iba a creer... Ni siquiera podíamos imaginar tal cosa...

—Karl-Erik, por favor.

El rostro de Birgit parecía una máscara cenicienta. Henrik parecía anestesiado, como si no pudiese dar crédito a lo que

estaba oyendo. Y seguro que no podía. Incluso a Karl-Erik le sonaba increíble al oírse a sí mismo decirlo en voz alta. Aquellas palabras habían estado corroyendo sus entrañas durante veinticinco años. Por Birgit había contenido su necesidad de dejarlas salir de su boca; pero ahora, las palabras brotaban solas, sin freno.

—Para nosotros el aborto era impensable. Ni siquiera en tales

circunstancias. Tampoco le dimos a Alex la posibilidad de elegir. Nunca le preguntamos cómo se sentía ni lo que quería. Erradicamos el suceso con silencio, la sacamos del colegio, nos fuimos al extranjero y nos quedamos allí hasta que tuvo el bebé. Nadie debía enterarse. Porque, ¿qué iba a decir la gente?

Oyó la amargura que rezumaban sus últimas palabras. Eso era lo más

importante. Más incluso que la felicidad y el bienestar de su hija. Ni siquiera podía culpar totalmente a Birgit de aquella elección. Ciertamente ella era la que más se preocupaba de cómo los veía la gente, pero, tras años de examen de conciencia, se vio obligado a reconocer que él le permitió actuar así a causa de su propio deseo de mantener limpia la fachada. Sintió ardor de estómago, volvió a tragar saliva y reanudó su relato:

—Cuando nació el bebé, la matriculamos en el internado, regresamos a Gotemburgo y continuamos con nuestras vidas.

Cada palabra estaba impregnada en amargura y desprecio de sí mismo. Los ojos de Birgit irradiaban ira, incluso odio, tal vez, mientras lo miraba fijamente, como para hacerlo callar con su sola voluntad. Pero él sabía que aquel proceso había comenzado en el mismo

instante en que hallaron a Alex muerta en la bañera. Sabía que empezarían a indagar, a comprobar cada detalle y a desvelar todos los secretos. Y era mejor que contasen la verdad ellos mismos. O él solo, según se había visto. Tal vez deberían haberlo hecho antes, pero necesitaban armarse de valor gradualmente. Y la llamada de Patrik Hedström fue el empujón definitivo.

Era consciente de que había omitido muchos

detalles, pero un cansancio enorme le había sobrevenido de repente posándose sobre él como una manta, así que dejó que Patrik fuese haciendo las preguntas precisas para llenar las lagunas. Se retrepó en el sillón que ocupaba y se aferró convulsamente a los brazos de madera. Henrik se adelantó a preguntar, con la voz trémula.

—¿Por qué no dijisteis nada? ¿Por qué Alex no me dijo nunca nada? Sabía que

me ocultaba algo pero..., ¿esto?

Karl-Erik hizo un gesto de resignación: no tenía ninguna explicación que ofrecerle al esposo de Alex.

Patrik había librado una dura batalla por conservar su profesionalidad, pero era evidente que estaba conmocionado. Tomó el lápiz, que seguía en el suelo e intentó centrarse en el bloc que tenía ante sí.

—¿Quién fue el agresor de Alex? ¿Alguien de la



escuela?

Karl-Erik asintió sin abrir la boca.

—¿Fue...? —Patrik vaciló un segundo—. ¿Fue Nils Lorentz?

—¿Quién es Nils Lorentz? —quiso saber Henrik.

Birgit respondió, con un retintín acerado en la voz.

—Un profesor de apoyo de la escuela. Hijo de Nelly Lorentz.

—Pero ¿dónde está? Supongo que acabó en la

cárcel por lo que le hizo a Alex.

Henrik se debatía duramente por comprender lo que Karl-Erik acababa de contar.

—Desapareció hace veinticinco años. Y nadie lo ha visto desde entonces. Pero yo quisiera saber por qué no lo denunciaron a la policía. He estado mirando en nuestros archivos y jamás se presentó ninguna denuncia contra él.

Karl-Erik cerró los ojos.

Patrik no formuló la pregunta como un reproche, pero así fue como sonó. Cada una de las palabras que la componían lo hería como un cuchillo, recordándole el terrible error que habían cometido hacía veinticinco años.

—No, nunca presentamos ninguna denuncia. Cuando nos dimos cuenta de que Alex estaba embarazada y nos contó lo que había pasado, subí a ver a Nelly hecho una fiera y le

expliqué lo que había hecho su hijo. Tenía intención de denunciarlo a la policía, y así se lo hice saber a Nelly pero...

—Pero Nelly vino a hablar conmigo —intervino Birgit, sentada como una estaca en el sofá—. Y me propuso que lo resolviéramos sin mezclar a la policía. Dijo que no había ningún motivo para humillar a Alex más aún, como sucedería si toda Fjällbacka empezaba a chismorrear

sobre lo sucedido. No pudimos por menos de admitir que tenía razón y decidimos que a nuestra hija le sería más provechoso que lo solucionáramos todo en el seno familiar. Nelly nos prometió que se encargaría de Nils del modo más adecuado.

—Fue ella quien me procuró un puesto muy bien pagado en Gotemburgo. Supongo que no éramos tan buenos para no rendirnos a sus promesas del oro y el

moro.

La sinceridad de Karl-Erik para consigo mismo era implacable. Ya era hora de empezar a admitir la verdad.

—No tuvo nada que ver con eso, Karl-Erik. ¿Cómo puedes decir tal cosa? Nosotros sólo pensábamos en el bien de Alex. ¿De qué le habría valido el que todos se enterasen de lo ocurrido? Le dimos la oportunidad de seguir adelante y abrirse camino en la vida.

—No, Birgit. La

oportunidad era para nosotros. Alex la perdió en el momento en que optamos por ocultarlo todo.

Se miraron a los ojos. Karl-Erik sabía que había cosas imposibles de cambiar, que ella jamás lo comprendería del todo.

—¿Y el bebé? ¿Qué fue del bebé? ¿Lo dieron en adopción?

Se hizo un silencio, que vino a romper una voz procedente de la puerta de la sala de estar.

—No, no lo dieron en adopción. Decidieron quedárselo y mentirle acerca de su identidad.

—¡Julia! ¡Creí que estabas en tu habitación!

Karl-Erik se volvió a mirar a Julia. La joven debió de haber bajado la escalera de puntillas, pues nadie la había oído llegar. Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí escuchando.

Julia se apoyó en el marco de la puerta, cruzada de brazos. Todo su cuerpo



expresaba rebeldía. Pese a que eran las cuatro de la tarde, aún no se había quitado el pijama. Y además, parecía que llevara una semana sin ducharse. Karl-Erik sintió en su pecho una mezcla de compasión y dolor. ¡Pobre, pobre patito feo!

—De no haber sido por Nelly, ¿o debería decir, «mi abuela paterna»? no me habríais dicho nunca nada, ¿verdad? No se os habría ocurrido nunca contarme

que mi madre no es, en realidad, mi madre, sino mi abuela materna y que mi padre es mi abuelo materno y, sobre todo, que mi hermana no es mi hermana, sino mi madre. ¿Te has enterado o lo repito una vez más? Ya sé que es algo complicado.

La mordaz pregunta iba dirigida a Patrik y Julia parecía disfrutar al ver cómo la miraba horrorizado.

—Una perversión, ¿no te parece?

Bajó la voz, con el índice en los labios, y susurró teatral:

—Pero shhh..., no se lo cuentes a nadie porque, ¿qué diría la gente entonces? Figúrate que empezasen a rumorear sobre los Carlgren, tan buena familia como son.

Después, volvió al tono de voz normal.

—Pero, gracias a Dios, Nelly me lo contó todo el verano pasado, cuando estuve trabajando en la fábrica. Me reveló lo que yo

tenía derecho a saber. Quién soy en realidad. Toda mi vida me he sentido marginada. He tenido la sensación de que no pertenecía a la familia. Y tener una hermana mayor como Alex tampoco era tarea fácil. Pero yo la adoraba. Ella era todo lo que yo quería ser, todo lo que yo no era. Yo veía cómo la mirabais a ella y cómo me mirabais a mí. Y Alex, que no parecía interesarse por mí lo más mínimo, lo cual hacía

que yo la idolatrase más aún. Ahora comprendo por qué. Supongo que apenas si soportaba verme, yo era la bastarda que nació fruto de una violación y vosotros la obligasteis a tenerlo siempre presente, cada vez que me veía. ¿De verdad que no comprendéis lo cruel que fue vuestro comportamiento?

Karl-Erik se estremeció al oír sus palabras, como si le hubiesen dado una bofetada. Sabía que la joven tenía razón. Había sido

terriblemente cruel quedarse con Julia y, de este modo, obligar a Alex a, una y otra vez, revivir el horror que había puesto fin a su infancia. Y tampoco había sido justo para con Julia. Él y Birgit no podían evitar tener presente el modo en que había sido engendrada. Y, con toda probabilidad, la joven lo había sentido desde el principio: vino al mundo entre gritos y, desde entonces, no había dejado de gritar y de enfrentarse al

mundo entero durante toda su vida. Julia jamás perdía ocasión de mostrarse insoportable y él y Birgit eran demasiado mayores para encargarse de una niña pequeña y, menos aún, de una niña tan complicada como Julia.

En cierto modo, sintieron un gran alivio el día del verano anterior en que llegó a casa y se enfrentó a ellos con la verdad. No les sorprendía que Nelly, por iniciativa

propia, le hubiese contado la verdad. Nelly era una vieja bruja que sólo se preocupaba por sus intereses, así que, si ella sacaba algún beneficio del hecho de contárselo a Julia, sabían que lo haría. De ahí que hubiesen intentado convencer a Julia de que no aceptase la oferta de trabajo en la fábrica; pero Julia no cedió, como siempre.

Cuando Nelly le reveló la verdad, se abrió ante ella un nuevo mundo de posibilidades. Por primera



vez en su vida, había alguien que la quería, que quería tener relación con ella. Pese a que Nelly tenía a Jan, para ella sólo contaban los lazos de sangre y así, le había contado a Julia que, llegado el momento, pensaba dejarle a ella toda su fortuna en herencia.

Karl-Erik comprendía perfectamente hasta qué punto todo aquello influía sobre la actitud de Julia. La joven estaba furiosa contra los que hasta ahora había creído sus

padres y adoraba a Nelly con la misma intensidad con que había idolatrado a Alex. En todo aquello pensaba el hombre mientras la veía en el umbral de la puerta, a la tenue luz de la cocina. Lo más triste era, sin duda, que Julia no comprendiese que, si bien era cierto que muchas veces al verla recordaban el terrible suceso del pasado, no era menos cierto que ellos la amaban de verdad. Pero siempre se había comportado en casa como

ave en nido ajeno y no habían sabido qué hacer con ella. Aun hoy seguían sintiendo lo mismo y, ahora, se verían obligados a aceptar que la habían perdido para siempre. Desde el punto de vista físico, Julia seguía entre ellos, pero en su mente ya los había abandonado.

A Henrik parecía costarle respirar, acurrucado con la cabeza entre las rodillas y los ojos cerrados. Por un instante, Karl-Erik se preguntó si habría hecho

bien llamándolo para que estuviese presente en el interrogatorio. Pero se dijo que, en su opinión, Henrik merecía saber la verdad, pues él también amaba a Alex.

—Pero Julia...

Birgit extendió los brazos hacia Julia con un gesto torpe y suplicante, pero la muchacha le dio la espalda con desprecio y, al instante, la oyeron subir la escalera.

—Créanme que lo

siento. Sabía que algo no encajaba, pero jamás me habría imaginado algo así. No sé qué decir.

—No, en realidad, nosotros tampoco sabemos qué decir. Sobre todo, no sabemos qué decirnos el uno al otro.

Karl-Erik miró a su esposa intentando ver qué pensaba.

—¿Saben cuánto tiempo duraron los abusos?

—No exactamente. Alex nunca quiso hablar de ello.

Probablemente un par de meses, tal vez incluso un año. Y ahí tiene también la respuesta a su anterior pregunta —dijo tras una breve vacilación.

—¿Qué pregunta? — quiso saber Patrik.

—La de la relación entre Anders y Alex. Anders también fue una víctima. El día antes de la mudanza, encontramos una nota que Alex le había escrito. Y de ella dedujimos que Nils también había abusado de

Anders. Al parecer, comprendieron o se enteraron, no sé cómo, de que los dos estaban en la misma situación y buscaron consuelo el uno en el otro. Yo me llevé la nota y fui a ver a Vera Nilsson. Le conté lo que le había pasado a Alex y lo que parecía haberle ocurrido a Anders. Jamás en mi vida me he visto en una situación tan difícil. Anders es, o era —se corrigió enseguida— lo único que tenía Vera. Y

supongo que yo tenía la esperanza de que Vera hiciese lo que nosotros no tuvimos el valor de hacer: denunciar a Nils y hacer que cargase con las consecuencias de sus actos. Pero no pasó nada e imaginé que Vera era tan débil como nosotros.

Inconscientemente, Karl-Erik había empezado a masajearse el pecho con el puño. El dolor crecía en intensidad y ya empezaba a irradiarse hacia los dedos.



—¿Y no tenéis ni idea de adónde pudo ir Nils?

—No, ni remota. Pero, donde quiera que esté, espero que el muy sinvergüenza esté sufriendo.

El dolor era ya insoportable. Se le estaban durmiendo los dedos y comprendió que algo iba mal. Muy mal. Tanto le dolía que empezó a perder visibilidad y, aunque veía que las bocas de los demás seguían moviéndose, era como si las imágenes y los

sonidos pasasen a velocidad ultrarrápida. Por un instante, se alegró al ver que había desaparecido la expresión de ira de los ojos de Birgit, pero, cuando observó que había sido reemplazada por una clara preocupación, comprendió que estaba pasando algo grave. Después, todo quedó a oscuras.

**T**ras el precipitado trayecto en ambulancia hasta el

hospital Sahlgrenska, Patrik se sentó en el coche e intentó recobrar el ánimo. Había seguido a la ambulancia en su coche y se había quedado con Birgit y Henrik hasta que les dijeron que había sido un infarto grave, pero que Karl-Erik estaba ya fuera de peligro, pues había superado la fase crítica.

Aquel día había sido uno de los más terribles de su vida. Había visto muchos horrores durante sus años

como policía, pero nunca había oído una historia tan desgarradora como la que había contado Karl-Erik aquella tarde.

Pese a que Patrik iba intuyendo la verdad a medida que la iba oyendo, le resultó duro escucharla. ¿Cómo podía seguir viviendo una persona después de pasar por lo que había pasado Alex? No sólo habían abusado de ella arrebatándole su infancia sino que, además, se había

visto obligada a vivir el resto de sus días con el recuerdo constante de ello. Por más que lo intentaba, no atinaba a comprender la conducta de sus padres. Él jamás habría dejado escapar a un agresor que abusase de su propio hijo, y de ningún modo lo habría mantenido en silencio. ¿Cómo podían importar más las apariencias que la vida y la salud de un hijo? Era algo que le costaba mucho comprender.

Se quedó, pues, sentado

en el coche, con los ojos cerrados y echado sobre el respaldo. Había empezado a atardecer y pensó que debería irse a casa, pero se sentía agotado y apático. Ni siquiera el que Erica estuviese esperándolo le infundía el ánimo suficiente para arrancar el coche y ponerse en marcha. Su sólida actitud positiva ante la vida había sufrido un golpe en sus cimientos, y por primera vez, dudaba de que la bondad humana

superase verdaderamente a la maldad.

Por otro lado, se sentía un tanto culpable, puesto que, si bien aquella tremenda historia lo había conmovido hasta lo más hondo de su ser, también lo había hecho sentir la satisfacción profesional de comprobar que las piezas iban encajando. ¡Cuántas dudas no se habían despejado aquella tarde...! Y, aun así, su frustración era ahora mayor. En efecto,

aunque había conseguido aclarar bastantes incógnitas, aún seguía sin tener ni idea de quién o quiénes habían asesinado a Alex y a Anders. Tal vez el móvil tuviese su origen en el pasado, o tal vez no tuviese nada que ver con él, aunque le parecía inverosímil. A pesar de todo, en el pasado se hallaba la única conexión clara entre Alex y Anders.

Pero ¿por qué querría nadie matarlos por unos abusos sexuales cometidos



hacía más de veinticinco años? Y, en todo caso, ¿por qué ahora y no antes? ¿Qué podía poner en movimiento algo que había estado latente durante tantos años, haciendo que acabase en dos asesinatos cometidos con un par de semanas de diferencia? Lo más frustrante era que no tenía la menor idea de en qué dirección seguir.

La información obtenida aquella tarde había supuesto un gran giro en la

investigación, pero al mismo tiempo había conducido a un callejón sin salida. Patrik revisó mentalmente lo que había hecho y oído durante el día y cayó en la cuenta de que, pese a todo, llevaba en el coche una pista muy concreta. Era algo que había olvidado por lo delicado del tema tratado en casa de los Carlgren y el tumulto a consecuencia del ataque sufrido por Karl-Erik. Sintió renacer el entusiasmo de aquella mañana, pues

comprendió que tenía la posibilidad de investigar esa pista más de cerca. Lo único que necesitaba era un poco de suerte.

Encendió el móvil, ignoró el aviso de que tenía tres mensajes en el buzón de voz y llamó al servicio de información telefónica para que le diesen el número del hospital Sahlgrenska. Le dieron la posibilidad, que aceptó, de pasarle la llamada directamente.

—Hospital Sahlgrenska,

¿dígame?

—Hola, me llamo Patrik Hedström. Quisiera saber si Robert Ek trabaja en su unidad de medicina legal.

—Un momento, voy a comprobarlo.

Patrik contuvo la respiración. Robert era un viejo compañero de la Escuela Superior de Policía que, después, siguió estudiando para pertenecer a la policía científica forense. Fueron muy amigos mientras estudiaban, pero

después habían perdido el contacto. Patrik había oído decir que ahora trabajaba en el Sahlgrenska y rogó por que así fuese.

—Bueno, veamos. Sí, en efecto, Robert Ek trabaja aquí. ¿Quieres que te pase con él?

Patrik daba saltos de alegría.

—Sí, por favor.

Oyó un par de tonos de llamada y, después, la voz familiar de Robert.

—Medicina legal, le

habla Robert Ek, ¿dígame?

—Hola, Robban, ¿sabes quién soy?

Se hizo un silencio y Patrik pensó que Robert no caería en la cuenta. Pero, cuando ya estaba a punto de echarle una mano, oyó un silbido en el auricular.

—¡Patrik Hedström, viejo granuja! ¡Qué demonios! Si hace un siglo... ¿Cómo es que tengo el placer de oírte? Quiero decir que no es tu estilo.

Aquello sonó a reproche

y Patrik se sintió algo avergonzado. Sabía que era malísimo a la hora de llamar a la gente y mantener el contacto con los amigos. Robert se portaba mucho mejor, pero había terminado por cansarse de ser siempre él quien llamaba. Se avergonzó más aún al pensar que, cuando por fin lo hacía, era para pedirle un favor, pero ahora ya no tenía remedio.

—Sí, ya lo sé, soy un desastre. Pero ahora resulta

que estoy en el aparcamiento del Sahlgrenska y me acordé de que alguien me dijo que tú trabajabas aquí... Así que se me ocurrió comprobar si estabas en el trabajo por si podía hacerte una visita y saludarte.

—Joder, claro que sí. Vente, me encantará verte.

—¿Dónde estás exactamente?

—Estamos en la planta sótano. Cruza la entrada principal y toma el ascensor, cuando salgas, gira a la



derecha hasta el final del pasillo. Al fondo hay una puerta. Ahí estamos. Llama al timbre y te abriré. ¡Vaya sorpresa!

—Sí, pues nada, nos vemos en un par de minutos.

Patrik volvió a sentirse avergonzado, pues estaba a punto de utilizar a un viejo amigo, pero, por otro lado, tenía una larga lista de favores que cobrarle a Robert. Cuando eran estudiantes, Robert vivía con su prometida, que se llamaba

Susanne, pero al mismo tiempo mantenía una excitante historia con una de sus compañeras de clase, Marie, que también estaba comprometida con otro chico. Aquello duró casi dos años y Patrik no recordaba ya cuántas veces tuvo que salvarle el pellejo a Robert. En muchas, muchísimas ocasiones, Patrik le había servido de coartada y se había visto obligado a dar muestras de una imaginación inagotable cuando Susanne

llamaba para preguntarle si sabía dónde estaba Robert.

Bien mirado y al cabo de tantos años, le parecía que tal vez no fuese muy honrado ni por su parte ni por la de Robert, pero en aquel entonces eran los dos tan jóvenes e inmaduros..., y en honor a la verdad, a él le parecía una pasada y llegó a sentir algo de envidia de Robert, que hacía malabares con dos tías a la vez. Claro que aquello estaba condenado a irse al traste y

Robert se encontró un día sin casa y sin ninguna de las dos tías. Aunque, como el seductor empedernido que era, no tuvo que pasar muchas semanas durmiendo en el sofá de Patrik, pues enseguida encontró a otra chica a cuya casa mudarse.

Cuando le contaron que Robert trabajaba en el hospital, mencionaron también que estaba casado y que tenía hijos, pero a él le costaba creerlo. Ahora podría comprobar si era

cierto.

Recorrió los interminables pasillos del hospital y, pese a que la descripción de Robert le había sonado bien sencilla, llegó a perderse dos veces hasta que por fin se encontró ante la puerta que su viejo amigo le había indicado. Llamó al timbre y esperó. De pronto, la puerta se abrió.  
—¡Hooola!

Se abrazaron con entusiasmo antes de dar un paso atrás para ver los

efectos que el paso del tiempo había causado en el otro. Patrik constató que el tiempo se había portado bien con Robert, y esperaba que Robert pensase lo mismo de él, pero, por si acaso, metió el estómago y sacó el pecho un poco más.

—Pasa, pasa.

Robert lo condujo hasta su despacho, que resultó ser una habitación minúscula en la que apenas si cabía una persona, y menos aún dos. Patrik escrutó a Robert con

más detenimiento después de sentarse frente a él, en la silla que había detrás del escritorio. Tenía el rubio cabello tan repeinado como cuando eran más jóvenes y la ropa igual de bien planchada bajo la bata blanca. Patrik siempre creyó que la necesidad de orden y pulcritud externas de Robert funcionaba como una compensación al caos que tendía a crear en su vida privada. Su mirada se fijó en la fotografía de la estantería

que había detrás del escritorio.

—¿La familia?

Formuló la pregunta sin poder ocultar del todo su asombro.

Robert sonrió con orgullo y tomó la instantánea.

—Exacto, mi mujer, Carina, y mis dos hijos, Oscar y Maja.

—¿Cuántos años tienen?

—Oscar tiene dos y Maja seis meses.

—Son preciosos.



¿Cuánto tiempo llevas casado?

—Ya ha hecho tres años. Te cuesta creer que me haya convertido en padre de familia, ¿verdad?

Patrik rio de buena gana.

—Sí, he de reconocerlo; eras un auténtico ligón.

—Bueno, ya sabes, cuando el diablo se hace viejo, se vuelve religioso. ¿Y tú, qué ha sido de ti? Seguro que tienes una buena prole a estas alturas.

—Pues no, la verdad. Lo

cierto es que estoy separado. Sin hijos, lo que, dadas las circunstancias, puede considerarse una suerte.

—Vaya, lo siento.

—Bueno, no está tan mal. Tengo entre manos una historia que parece muy prometedora, así que ya veremos.

—Cuéntame, ¿cómo es que te presentas aquí como por arte de magia, después de tantos años?

Patrik se movió nerviosamente en la silla,

otra vez con el punto de remordimiento que le producía el no haber llamado en tanto tiempo y ahora presentarse para pedir un favor.

—He venido a la ciudad por un asunto policial y, de pronto, me acordé de que tú trabajabas aquí, en medicina legal. Necesito resolver un escollo y, sencillamente, no puedo esperar a que pase el trámite administrativo habitual. Me llevaría semanas obtener una

respuesta y no tengo ni el tiempo ni la paciencia necesarios.

Aquello parecía haber despertado la curiosidad de Robert. Juntó las yemas de los dedos a la espera de que Patrik continuase.

Éste se inclinó, sacó de su maletín un papel protegido por un plástico y se lo entregó a Robert, que lo expuso a la fuerte luz de su flexo para ver mejor de qué se trataba.

—Lo saqué de un bloc

que hallé en la casa de la víctima de un asesinato. Vi las huellas de algo que habían escrito en la hoja que falta, pero son demasiado tenues y no se ve más que parte de lo que dice. Vosotros tenéis aquí el equipamiento técnico necesario para averiguarlo, ¿verdad?

—Sí, bueno, claro que lo tenemos.

Robert respondió algo reticente sin dejar de estudiar el folio a la luz.

—Pero, como tú bien dices, existen reglas, muy estrictas, sobre cómo y en qué orden tramitar la solicitud. Tenemos una larga cola de documentos así.

—Sí, sí, ya lo sé. Pero yo pensaba que esto debe de ser muy fácil y rápido de mirar y que si te lo pedía como un favor, que mirases así, rapidito, por ver si puede sacarse algo en claro, pues...

Robert frunció el entrecejo mientras reflexionaba sobre las

palabras de Patrik. Después, esbozó una de esas sonrisas tuyas de niño travieso y se levantó.

—En fin, no hay que ser tan burocrático. Y es verdad que no me llevará más que unos minutos. Ven conmigo.

Echó a andar por el estrecho pasillo y entró en una sala que había enfrente de su despacho. Era una habitación amplia y luminosa, llena de todo tipo de aparatos muy raros. Todo estaba reluciente y

presentaba un aspecto de limpieza clínica que le otorgaban las blanquísimas paredes y el cromado de las mesas de estudio y los armarios. El aparato que necesitaba utilizar Robert estaba al fondo de la sala. Con sumo cuidado, sacó el papel de la funda de plástico y lo colocó sobre una bandeja. Pulsó el botón de «ON», que estaba en un lateral del aparato y se encendió una luz azulada. Las palabras aparecieron



enseguida sobre el papel,  
con toda la claridad  
deseable.

—¿Lo ves? ¿Es lo que  
esperabas encontrar?

Patrik ojeó rápidamente  
el texto.

—Exacto. Esto era  
exactamente lo que  
esperaba. ¿Te importa  
dejarlo ahí un momento,  
mientras lo copio?

Robert sonrió.

—Puedo hacer algo  
mucho mejor. Con este  
equipo, puedo hasta sacar

una fotografía del texto. Te haré una.

Patrik sonrió satisfecho.

—¡Fantástico! Sería perfecto, gracias.

Media hora más tarde salía de allí con una fotocopia del folio que faltaba en el bloc de Anders. Le prometió a Robert que lo llamaría más a menudo y esperaba poder mantener su palabra. Aunque, por desgracia, se conocía demasiado bien.

Se pasó el trayecto de

regreso a casa reflexionando. Le encantaba conducir en la oscuridad. La paz con que lo envolvía la aterciopelada negrura de la noche, tan sólo interrumpida por las luces de algún que otro vehículo con el que se cruzaba, le permitía pensar con más claridad. Pieza a pieza, fue recomponiendo lo que él ya sospechaba y que ahora veía confirmado sobre el papel y, cuando ya entraba en el carril de acceso a su casa de Tanumshede,

estaba bastante seguro de haber resuelto al menos uno de los dos misterios que tanto lo torturaban.

Se le hacía raro irse a la cama sin Erica. Qué curioso, con qué rapidez se acostumbra uno a las cosas, sobre todo si son agradables, y se encontró con que le costaba conciliar el sueño estando solo. Le sorprendió lo decepcionado que se había sentido cuando, mientras iba de camino a casa, Erica lo llamó al móvil

para decirle que su hermana había venido inesperadamente y que era mejor que se quedase en su casa aquella noche. Le habría gustado indagar más sobre la visita, pero por el tono de Erica entendió que no podía hablar, de modo que se contentó con despedirse diciendo que ya se llamarían al día siguiente y que la echaba de menos.

Y ahora estaba en vela, no sólo por el recuerdo de Erica sino también porque

no podía evitar pensar en lo que tendría que hacer al día siguiente, de modo que fue una noche muy larga para él.

Con los niños ya dormidos, tuvieron por fin tiempo para hablar. Erica había dispuesto algo de comida preparada que tenía en el congelador, pues parecía que Anna necesitaba echarle algo al estómago. Además, ella misma se había olvidado de comer y también su

estómago empezaba ya a protestar.

Anna no hacía más que remover la comida con el tenedor mientras Erica empezaba a experimentar la conocida sensación de preocupación por su hermana pequeña que solía alojársele en el cuerpo. Exactamente igual que cuando eran pequeñas, sentía deseos de tomar a Anna en su regazo, mecerla y tranquilizarla asegurándole que todo iría bien, besarle la

zona magullada y hacer desaparecer el dolor. Sin embargo, ahora eran adultas y los problemas de Anna superaban con mucho el dolor de una rodilla lastimada. Erica se sentía impotente ante aquello. Por primera vez en su vida, veía a su hermana como a una extraña y a sí misma torpe e insegura a la hora de hablar con ella. De ahí que guardase silencio, a la espera de que Anna le mostrase el camino. Cosa que no hizo



hasta después de pasado un buen rato.

—No sé qué hacer, Erica. ¿Qué va a ser de mí y de los niños? ¿Adónde vamos a ir? ¿De qué voy a vivir? Llevo tantos años de ama de casa, que no sé hacer nada.

Erica vio la tensión en los nudillos de Anna, que se aferraba a la mesa como en un intento de controlar físicamente la situación.

—Shhh..., no pienses en eso ahora. Todo se arreglará.

Tómalo con calma, puedes quedarte aquí con los niños el tiempo que quieras. La casa también es tuya, ¿no?

Se permitió esbozar media sonrisa y vio con satisfacción que Anna le correspondía. Su hermana se secó la nariz con el reverso de la mano y, pensativa, se puso a toquetear el mantel.

—Lo que, simplemente, no puedo perdonarme es haberlo dejado ir tan lejos. Le hizo daño a Emma, ¿cómo fui capaz de

permitirlo?

De nuevo empezó a moquearle la nariz y, en esta ocasión, se limpió con el pañuelo en lugar de con la mano.

—¿Por qué permití que le hiciese daño a Emma? ¿No sabría yo en el fondo que llegaría a ocurrir y decidí cerrar los ojos a esa realidad sólo porque era más cómodo para mí?

—Anna, si hay algo de lo que estoy totalmente segura es de que tú jamás

permitirías conscientemente que les hiciesen daño a los niños.

Erica se inclinó sobre la mesa y le tomó la mano a Anna. Una mano de una delgadez alarmante. Los huesos parecían los de un pajarillo y daban la sensación de ir a quebrarse si presionaba demasiado fuerte.

—Lo que no puedo comprender de mí misma es que, pese a haber hecho lo que hizo, una parte de mí

aún lo siga queriendo. Llevo tanto tiempo amando a Lucas que ese amor se ha convertido en una parte de mí, en una parte de lo que soy, y por más que lo intento, no consigo deshacerme de ella. Quisiera poder amputármela con un cuchillo, físicamente. Me siento sucia y despreciable.

Se pasó la mano temblorosa por el pecho, como para mostrar dónde le dolía.

—Eso es normal, Anna.

No tienes por qué avergonzarte. Lo único que tienes que hacer es concentrarte en ponerte bien.

Hizo aquí una pausa, antes de añadir:

—Pero algo que sí tienes que hacer es denunciar a Lucas.

—No, Erica, no puedo.

Las lágrimas empezaron a rodar copiosamente por sus mejillas y unas gotas se le quedaron suspendidas en la barbilla, antes de caer mojando el mantel.

—Sí, Anna, tienes que hacerlo. No puedes permitir que quede impune. No me digas que puedes seguir viviendo tranquila sabiendo que has permitido que casi le rompa el brazo a tu hija sin hacer lo posible por que se enfrente a las consecuencias.

—No..., sí..., no sé, Erica. Ahora no puedo pensar, es como si tuviese la cabeza llena de algodón. No tengo fuerzas para pensar en eso ahora. Quizá más adelante.

—No, Anna. Más adelante no. Ahora. Luego será demasiado tarde. Tienes que hacerlo ahora. Yo te acompañaré mañana a la comisaría, pero tienes que hacerlo, no sólo por los niños, sino por ti misma.

—Ya, es sólo que no estoy segura de tener fuerzas para ello.

—Yo sé que sí. A diferencia de lo que nos pasó a ti y a mí, Emma y Adrian tienen una madre que los quiere y que está dispuesta a



hacer cualquier cosa por ellos.

Erica no pudo evitar que la amargura se filtrase por sus palabras.

Anna lanzó un suspiro.

—Tienes que superar eso, Erica. Yo ya acepté hace mucho tiempo que en realidad sólo teníamos a papá. Y también he dejado de cavilar en por qué fue así. ¿Qué sé yo? Tal vez mamá no quisiera tener hijos. O puede que nosotras no fuésemos como ella quería.

Jamás lo sabremos y de nada sirve seguir dándole vueltas. Aunque claro, yo fui la más afortunada, porque te tenía a ti. Puede que nunca te lo haya dicho, pero sé lo que hiciste por mí y lo que significaste cuando éramos niñas. Tú no tenías a nadie que se ocupase de ti en lugar de mamá, pero no te amargues con eso, prométeme que no lo harás. ¿Crees que no me he dado cuenta de que te retiras en cuanto encuentras a alguien

con quien podrías llegar a algo serio? Te retiras antes de arriesgarte a quedar herida de verdad. Tienes que aprender a dejar atrás el pasado, Erica. Ahora parece que tienes algo serio y bueno entre manos y no puedes dejarlo pasar también esta vez. ¡Yo también quiero ser tía algún día!

Ambas rieron entre lágrimas ante el comentario y ahora le tocó a Erica sonarse con el pañuelo. El aire se hizo tan denso como

la concentración de sentimientos, pero al mismo tiempo fue como una limpieza general del alma. Había tantas cosas que nunca se habían dicho, tanto polvo en los rincones..., y las dos tenían la sensación de que había llegado el momento de sacar el cepillo.

Estuvieron hablando toda la noche hasta que la oscuridad del invierno empezó a ceder ante la neblinosa alborada gris. Los niños durmieron más de lo

habitual y cuando por fin Adrian dio señales de estar despierto gritando a pleno pulmón, Erica se ofreció a hacerse cargo de los niños por la mañana para que Anna pudiese dormir un par de horas.

Se sentía tan en paz consigo misma como no recordaba haberse sentido nunca. Desde luego que aún estaba apesadumbrada por lo que le había sucedido a Emma, pero Anna y ella habían aclarado muchas

cosas durante la noche, cosas que debían haberse dicho hacía muchos años. Algunas verdades resultaron desagradables, pero necesarias, y le sorprendió comprobar hasta qué punto su hermana menor la conocía bien. Erica tuvo que admitir para sí misma que había subestimado a Anna; incluso, en alguna ocasión, la había menospreciado, al verla como una niña grande e irresponsable. Pero su hermana era mucho más que

eso y se alegró de, por fin, ser capaz de ver a la verdadera Anna.

También hablaron bastante sobre Patrik y, con Adrian en brazos, Erica marcó el número de su casa. Pero nadie respondía, de modo que lo intentó en el móvil. Llamar por teléfono resultó ser un reto mucho mayor de lo que ella había imaginado, pues Adrian estaba entusiasmado con el fantástico juguete que ella tenía en la mano e intentaba

por todos los medios hacerlo suyo. Cuando Patrik, al primer tono, respondió a la llamada, todo el cansancio de la noche desapareció como por encanto.

—¡Hola cariño!

—Mmmm, me gusta que me llames «cariño».

—¿Qué tal va todo?

—Bueno, verás, tenemos una pequeña crisis familiar. Ya te contaré cuando nos veamos. Han pasado muchas cosas y Anna y yo nos hemos pasado la noche





Patrik se decidió en un segundo.

—Bueno, hay otro modo de resolverlo.

—¿Ah sí? ¿Cuál? ¿Quieres que los deje un par de horas atados a la barandilla de la escalera?

Erica soltó una carcajada.

—No, pero yo puedo ir a cuidar de ellos.

Erica resopló incrédula.

—¿Tú? ¿Tú vas a cuidar de los niños?

Patrik fingió el tono más

dolido de que fue capaz.

—¿Estás insinuando que me falta hombría para ese cometido? Si yo solito, he sido capaz de reducir a dos ladrones, creo que me las arreglaré muy bien con dos personas de tan escasa estatura, ¿no? ¿O acaso no tienes la menor confianza en mí?

Hizo aquí una pausa para ver el efecto que causaban sus palabras y oyó que Erica lanzaba un teatral suspiro al otro lado del hilo telefónico.

—Bueno, puede que lo consigas. Pero te lo advierto, son unos cachorros salvajes. ¿Estás seguro de que aguantarás su ritmo? Quiero decir, teniendo en cuenta tu edad...

—Lo intentaré. Por si acaso, me llevaré las pastillas para el corazón.

—Bien, en ese caso, acepto tu oferta. ¿Cuándo llegarás?

—Pues ya. Iba de camino a Fjällbacka para otro asunto y acabo de pasar

la pista de minigolf. Así que nos vemos en cinco minutos.

Cuando Patrik salió del coche, Erica estaba esperándolo en la puerta. Llevaba en brazos a un niño pequeño de mejillas regordetas que agitaba los brazos sin cesar. Detrás, sin apenas dejarse ver, había una niña que se chupaba el pulgar y que tenía una mano escayolada y en cabestrillo. Seguía sin saber lo que había causado la repentina visita de la hermana de Erica,

pero, por lo que ella le había contado de su cuñado y a la vista del brazo escayolado de la pequeña, empezó a concebir las peores sospechas. No preguntó, pues supuso que Erica le contaría lo sucedido en el momento apropiado.

Saludó a los tres, uno tras otro: a Erica con un beso en los labios, a Adrian con una palmadita en la mejilla y después se puso en cuclillas para saludar a Emma, que estaba muy

seria. Le tomó la mano sana mientras le decía:

—Hola, me llamo Patrik.

¿Y tú?

La respuesta tardó en oírse.

—Emma.

Después, la pequeña volvió a meterse el pulgar en la boca.

—Ya se ablandará, no te preocupes.

Erica dejó a Adrian en brazos de Patrik y se dirigió a Emma.

—Mamá y tía Erica

necesitan dormir un poco, así que Patrik se quedará con vosotros un ratito. ¿De acuerdo? Es amigo mío y es muy, muy bueno. Y si tú también eres muy, muy buena, puede que Patrik te dé un helado de los que hay en el congelador.

Emma miró suspicaz a Erica, pero la posibilidad de comerse un helado ejerció una atracción irresistible y terminó por asentir, aunque con cierta reserva.

—Bien, pues aquí te los



dejo. Nos vemos dentro de un rato. Procura que sigan vivos cuando me despierte, por favor.

Erica se marchó escaleras arriba y él se dirigió a Emma, que continuaba mirándolo con suspicacia.

—Bueno, ¿qué te parece si jugamos una partida de ajedrez? ¿No? ¿Y qué me dices de un helado para desayunar? ¡Ah, eso sí te parece bien! Vale. El último en llegar al frigorífico se

lleva una zanahoria en vez de un helado.

**A**нна fue emergiendo a la superficie de la conciencia poco a poco. Era como si llevase cien años durmiendo, como la Bella Durmiente. Cuando abrió los ojos, le costó orientarse al principio. Después, reconoció el papel de las paredes de su habitación de soltera y la realidad se le vino encima como un bloque de

hormigón. Se sentó sobresaltada. ¡Los niños! Pero enseguida oyó los alegres gritos de Emma procedentes del piso de abajo y recordó que Erica le había prometido acompañarlos mientras ella dormía. Volvió a tumbarse y decidió quedarse un rato más disfrutando del calor de la cama. Tendría que enfrentarse a las tareas del día tan pronto como se levantase, así que no le vendría mal permitirse unos

minutos para huir de la realidad.

Poco a poco fue tomando conciencia de que no era la voz de Erica la que se oía desde la planta baja mezclada con las risas de Emma y Adrian. Por un instante pensó aterrada que Lucas estaba en la casa, pero comprendió enseguida que Erica le habría pegado un tiro antes que dejarlo entrar. Tuvo un presentimiento y empezó a sospechar quién podría ser el visitante así

que, llena de curiosidad, se dirigió sigilosamente al descansillo y miró por entre los barrotes de la barandilla de madera. Abajo, en la sala de estar, parecía que había caído una bomba. En combinación con cuatro sillas del comedor y una manta, los cojines se habían convertido en una cabaña y los bloques del juego de construcción de Adrian estaban esparcidos por el suelo. En la mesa de la sala de estar había una cantidad

alarmante de envoltorios de helado y Anna deseó que Patrik se hubiese comido buena parte de ellos. Con un suspiro, intuyó que resultaría muy difícil hacer que su hija comiese nada ni en el almuerzo ni en la cena. Su hija, la misma que en aquel momento cabalgaba a hombros de un hombre de cabello oscuro, aspecto agradable y ojos castaños de mirada cálida. La pequeña reía a carcajadas y Adrian parecía compartir su alegría

tumbado sobre una mantita que había extendida en el suelo y con un pañal por toda vestimenta. Sin embargo, quien mejor parecía estar pasándolo era Patrik, motivo por el que, a partir de ese momento, el joven se había ganado un lugar en el corazón de Anna.

Se levantó y tosió discretamente para llamar la atención de los tres compañeros de juegos.

—¡Mamá, mira, tengo un caballo!

Emma hacía una demostración de su poder absoluto sobre «el caballo» tirándole del pelo, pero las protestas de Patrik eran poco convincentes como para que la pequeña dictadora tomase nota de ellas.

—Emma, deberías tener cuidado con el caballo. De lo contrario, puede que no vuelva a dejarte que lo cabalgues nunca más.

Aquella observación incitó a la amazona a cierta reflexión y, por si acaso,



acarició al caballo con la mano sana, como para asegurarse de que no perdía sus privilegios.

—¡Hola, Anna! ¡Cuánto tiempo!

—Sí, mucho. Espero que no te hayan dejado exhausto.

—No, qué va, lo hemos pasado estupendamente.

De pronto pareció preocupado.

—Pero he tenido mucho cuidado con el brazo.

—No me cabe la menor duda. Se ve que está

perfectamente. Y Erica, ¿está durmiendo?

—Sí, sonaba tan cansada cuando hablamos por teléfono esta mañana que me ofrecí a intervenir.

—Y, por lo que se ve, con un éxito total.

—Sí, aunque lo hemos desordenado todo. Espero que Erica no se enfade cuando despierte y vea que he destrozado su sala de estar.

A Anna le pareció muy divertida la expresión de

ansiedad de su rostro. Al parecer, Erica ya lo tenía dominado.

—Venga, vamos a recoger entre los dos. Pero antes, creo que necesito tomarme un café. ¿Quieres uno?

Se tomaron el café mientras charlaban como viejos amigos. El mejor modo de ganarse a Anna era ganarse a sus hijos y, desde luego, era imposible no ver la adoración con que Emma tironeaba de Patrik, que

rechazaba los intentos de Anna de obligar a su hija a dejarlo en paz un rato. Cuando Erica bajó por fin con cara somnolienta, algo más de una hora más tarde, Anna había interrogado a Patrik sobre todo lo habido y por haber, desde el número que calzaba hasta por qué se había separado. Cuando Patrik, por fin, dijo que tenía que marcharse, todas las chicas protestaron, e incluso Adrian lo habría hecho de no haber caído exhausto en un

sueñecito de mediodía.

Tan pronto como oyeron partir su coche, Anna se volvió hacia Erica con los ojos muy abiertos:

—¡Diossss! ¡Se ha convertido en el sueño de cualquier suegra! No tendrá un hermano menor, ¿verdad?

Erica le respondió con una sonrisa que irradiaba felicidad.

**P**atrik había podido retrasar

en un par de horas una misión que sabía no podía eludir pero que lo había mantenido dando vueltas en la cama toda la noche. Pocas veces le había infundido tanto horror abordar algo que formaba parte inevitable de la profesión que había elegido. Conocía la solución de uno de los asesinatos, pero no por ello se sentía feliz.

Así, conducía despacio desde Sälvik hacia el centro, pues deseaba posponerlo lo

más posible. El trayecto era, no obstante, demasiado corto y llegó a su destino mucho antes de lo que habría querido. Dejó el coche en el aparcamiento del supermercado de Evas Livs y recorrió a pie los últimos metros. La casa estaba al final de una calle que descendía en abrupta pendiente hasta las cabañas de pescadores que salpicaban la orilla. Era una casa antigua muy bonita, aunque presentaba un

aspecto de años de abandono. Respiró hondo antes de llamar a la puerta, pero tan pronto como sus nudillos chocaron contra la madera, se sobrepuso el profesional que llevaba dentro. Los sentimientos personales no debían intervenir. Era un agente de policía y, como tal, estaba obligado a hacer su trabajo, con independencia de cómo se sintiese ante el cometido.

Vera le abrió casi de inmediato. Lo miró



inquisitiva, pero se hizo a un lado enseguida y lo invitó a entrar. Después lo guio hasta la cocina, donde ambos tomaron asiento. A Patrik le extrañó que la mujer no preguntase el motivo de su visita y, por un instante, sospechó que tal vez ya lo supiese. En cualquier caso, no tuvo más remedio que encontrar el modo de exponer lo que quería decir, con la mayor suavidad posible.

Ella lo miraba sin

nerviosismo, aunque lucía unas profundas ojeras que él interpretó como la manifestación externa del dolor por la muerte de su hijo. Había sobre la mesa un viejo álbum de fotos que Patrik adivinó contendría instantáneas de la niñez de Anders. Le resultaba duro presentarse ante una madre cuyo hijo no llevaba muerto más de dos días, pero una vez más tuvo que dejar a un lado su natural instinto protector y concentrarse en

la misión que lo había llevado hasta allí: averiguar la verdad sobre la muerte de Anders.

—Vera, la última vez que nos vimos lo hicimos en circunstancias muy dolorosas y quiero que sepas que lamento profundamente la muerte de tu hijo.

Ella no hizo más que asentir en silencio, esperando que Patrik continuase.

—Pero, por más que comprenda la difícil

situación por la que estás pasando, es mi deber investigar lo que le sucedió a Anders. Espero que lo comprendas.

Patrik articulaba como si estuviese hablando con un niño. No sabía muy bien por qué, pero era importante para él que la mujer comprendiese su mensaje a la perfección.

—Hemos estado investigando la muerte de Anders como un asesinato e incluso hemos estado

buscando alguna conexión con el de Alexandra Wijkner, una mujer con la que sabemos que mantuvo una relación. No hemos encontrado pista alguna sobre el posible asesino, ni tampoco hemos podido aclarar cómo se produjo el crimen. Para ser sincero, te diré que nos ha puesto a cavilar a todos y, pese a ello, ninguno ha dado con una explicación plausible de cómo pudieron desarrollarse los acontecimientos. Hasta

que encontré esto en casa de Anders.

Patrik puso ante Vera, sobre la mesa de la cocina, la fotocopia de la hoja con el texto para que ella pudiera leerlo. Una expresión de asombro se reflejó entonces en su rostro y la mujer miraba perpleja ya a Patrik, ya el papel. Luego tomó el papel y le dio la vuelta. Pasó los dedos por el texto y volvió a dejarlo sobre la mesa, con la extrañeza aún pintada en el rostro.

—¿Dónde lo encontraste?

Preguntó con la voz ronca de dolor.

—En casa de Anders. Te sorprende tanto porque tú creías que te habías llevado el único ejemplar existente de esta carta, ¿no es así?

Vera asintió y Patrik continuó explicándole:

—Y así fue, en realidad. Pero yo encontré el bloc en el que Anders había escrito la carta y, al apretar el bolígrafo contra el papel,

dejó las huellas de lo que escribía en la hoja de debajo. Y de ahí hemos sacado esta copia.

Vera esbozó una sonrisa irónica.

—¡Vaya! Eso no se me había ocurrido, claro. Has sido muy listo.

—Ahora creo que sé más o menos lo que sucedió, pero me gustaría que me lo contaras tú misma.

Vera jugueteó un instante con la carta entre sus dedos, tocando las



palabras una a una, como si estuviese leyendo un texto en Braille. Lanzó un hondo suspiro antes de satisfacer la petición de Patrik, no por amable menos terminante.

—Fui a casa de Anders para llevarle algo de comida. La puerta no estaba cerrada con llave, pero así solía tenerla, de modo que no hice más que llamarlo y entrar sin más. Todo estaba en calma y en silencio. Lo vi de inmediato y, en el mismo instante, sentí que se me

paraba el corazón. Eso fue ni más ni menos lo que sentí. Como si mi corazón hubiese dejado de latir y todo hubiese quedado estático en mi pecho. Su cuerpo se mecía ligeramente. De un lado a otro. Como si la brisa estuviese soplando en la habitación, lo cual, claro está, era imposible.

—¿Por qué no llamaste a la policía? ¿O a una ambulancia?

Vera se encogió de hombros.

—No lo sé. Mi primer impulso fue el de correr hacia él y bajar su cuerpo como fuera, pero una vez en la sala de estar, comprendí que era demasiado tarde. Mi niño estaba muerto.

Por primera vez desde que empezó a relatar lo sucedido, se oyó un temblor en su voz; pero Vera tragó saliva y se obligó a seguir con una tranquilidad aterradora.

—Encontré la carta en la cocina. Ya la has leído, así

que sabes lo que dice. Que no tenía fuerzas para vivir. Que la vida no había sido para él más que un sufrimiento interminable y que ya no tenía fuerzas para seguir resistiendo. Ya no le quedaban razones para vivir. Estuve sentada en la cocina una hora, tal vez dos, no lo sé con certeza. No tardé ni un minuto en guardarme la carta en el bolso y, después, sólo tuve que retirar la silla que él había colocado debajo de la cuerda y devolverla a

su lugar en la cocina.

—Pero ¿por qué, Vera?  
¿Por qué? ¿De qué iba a servir?

Tenía la mirada serena, pero Patrik observó que le temblaban las manos, que la calma era sólo aparente. No podía ni siquiera imaginar el horror que debía de suponer para una madre el ver a su hijo colgado del techo, con la lengua hinchada y violácea y los ojos desorbitados. A él mismo le había resultado terrible la

visión de Anders; su madre tendría que vivir el resto de sus días con esa imagen en la retina.

—Quería ahorrarle más humillaciones. Durante muchos años, la gente lo miró con desprecio. Lo señalaban y se reían de él. Al pasar a su lado, lo miraban con gesto altanero porque se sentían superiores. ¿Qué iban a decir cuando supiesen que se había colgado? Quería evitarle esa vergüenza, y lo hice del

único modo que se me ocurrió.

—Pero sigo sin comprender. ¿Por qué iba a ser peor el suicidio que el asesinato?

—Tú eres demasiado joven para comprenderlo. El desprecio por los suicidas aún sigue vivo en la conciencia de las gentes de los pueblos costeros. No quería que nadie hablase así de mi niño. Ya lo habían criticado bastante a lo largo de su vida.

La voz de Vera resonaba como el acero. Durante toda su vida, había dedicado su energía a proteger y ayudar a su hijo y, por más que él siguiese sin comprender sus motivos, pensó que tal vez fuese lógico que la mujer quisiera protegerlo aun después de muerto.

Vera extendió la mano en busca del álbum de fotos y lo abrió para que también Patrik pudiese verlo. Por la vestimenta y por el tono amarillento de los colores,



calculó que eran instantáneas de los setenta y en todas ellas el rostro de Anders le sonreía franco, despreocupado.

—¿No era guapo mi Anders?

Preguntó con expresión soñadora, al tiempo que pasaba el índice por las fotos.

—Siempre fue un niño tan bueno... Jamás dio ningún problema.

Patrik observaba las fotos con interés. Le parecía

increíble que representasen a la misma persona que él sólo había conocido como un despojo. Era una suerte que el joven de las instantáneas no supiera el destino que lo aguardaba. Una de las imágenes llamó especialmente su atención. Una niña rubia muy delgada aparecía junto a Anders, que estaba sentado en una bicicleta con sillín anatómico y manillar de ciclista. La chica mostraba sólo una leve sonrisa y

miraba tímidamente medio oculta tras un flequillo.

—¿No es ésta Alex?

—Sí —replicó Vera parcamente.

—¿Solían jugar mucho juntos de niños?

—No mucho. Pero sí a veces. Después de todo, estaban en el mismo curso.

Con suma precaución, Patrik empezó a adentrarse en un terreno delicado. Mentalmente, procedía como de puntillas.

—Sí, creo que ambos

tuvieron de maestro a Nils Lorentz durante un tiempo, ¿no?

Vera lo miró con curiosidad.

—Sí, es posible. Hace tanto tiempo de eso...

—Por lo que he oído, se habló bastante de Nils Lorentz. Sobre todo, porque luego desapareció sin más.

—Bueno, la gente habla de cualquier cosa aquí en Fjällbacka. Así que seguro que también hablaron de Nils Lorentz.

Era evidente que estaba metiendo el dedo en la llaga, pero no tenía más remedio que seguir ahondando.

—He estado hablando con los padres de Alex. Me dijeron unas cuantas cosas sobre Nils Lorentz. Cosas que también afectaban a Anders.

—¿Ah, sí?

Vera no pensaba ponérselo fácil, eso estaba claro.

—Según ellos, Nils Lorentz abusó de Alex y

también de Anders.

Vera estaba rígida como una estaca, sentada en el borde de la silla, pero no respondió a la afirmación con la que Patrik más bien pretendía preguntar. Resolvió esperar hasta que ella se decidiese y, tras un instante de lucha interna, la mujer cerró el álbum despacio y se puso de pie.

—No quiero hablar de historias pasadas. Quiero que te marches ahora mismo. Si pensáis tomar

medidas por lo que hice cuando encontré a Anders, ya sabéis dónde estoy; pero no pienso ayudaros a remover cosas que es mejor dejar enterradas.

—Ya, bueno. Sólo una pregunta más: ¿hablasteis alguna vez del tema con Alexandra? Por lo que tengo entendido, ella había decidido zanjar ese asunto de una vez por todas y lo lógico habría sido que hablara contigo también.

—Sí, claro, habló

conmigo. Estuve en su casa una semana antes de que apareciese muerta, escuchando sus ingenuas ideas sobre hacer borrón y cuenta nueva con el pasado, sacar a la luz los viejos fantasmas, etcétera, etcétera. Enredos de la modernidad, si quieres que te diga mi opinión. Hoy todo el mundo parece obsesionado por lavar sus trapos sucios en público y por lo saludable que, según dicen, es desvelar los secretos y los pecados de



uno. Pero hay cosas que deben seguir siendo privadas. Y eso fue lo que le dije. No sé si me hizo caso, pero espero que así fuese. De lo contrario, lo único que conseguí fue la infección de vejiga que me llevé de su casa helada.

Con estas palabras dio Vera a entender que ponía punto final a la discusión y se encaminó hacia la puerta. Le abrió a Patrik y se despidió de él con un adiós más que reticente.

Ya fuera de la casa, muerto de frío, con la gorra y los guantes bien encajados, no sabía, literalmente, por dónde empezar. Empezó a saltar para entrar en calor y se apresuró en dirección al coche.

Vera era una mujer complicada, de eso no le cabía la menor duda después de la conversación que acababa de mantener con ella. Simplemente, pertenecía a otra generación, pero en muchos sentidos

estaba en conflicto con sus valores. Había trabajado para mantenerse a sí misma y a su hijo e incluso después de que Anders alcanzase la edad adulta y, por consiguiente, hubiese debido arreglárselas solo, ella siguió siendo su sostén. Así que, en cierto modo, era una mujer liberada que había salido adelante sin marido, pero al mismo tiempo estaba atada por las normas que su generación tenía establecidas para las

mujeres, y por cierto, también para los hombres. Patrik no podía por menos que sentir cierta admiración por ella, aunque le pesase. Vera era una mujer fuerte. Una mujer compleja que había sufrido más de lo que ningún ser humano debería verse obligado a sufrir en su vida.

No sabía cuáles serían las consecuencias de que Vera hubiese retirado las pruebas del suicidio de Anders para que pareciese

un asesinato. Desde luego, él tendría que revelar en la comisaría esa información, pero no tenía la menor idea de lo que sucedería después. Si lo dejasen decidir a él, harían la vista gorda; pero no estaba seguro. Desde el punto de vista legal, podrían acusarla de obstaculizar la investigación, por ejemplo, pero tenía la esperanza de que eso no ocurriese. Le gustaba Vera, eso era indiscutible. Era una luchadora auténtica, y no

había muchas como ella.

Cuando se sentó en el coche y encendió el móvil, descubrió que tenía un mensaje. Era de Erica, que le comunicaba que tres damas y un caballero muy pequeño esperaban que pudiese cenar con ellos aquella noche. Patrik miró el reloj. Ya eran las cinco y, sin pensárselo dos veces, se dijo que ya era demasiado tarde para ir a la comisaría y, además, ¿qué iba a hacer allí? Antes de arrancar el coche, llamó a

Annika, que seguía en su puesto para, brevemente, darle cuenta de lo que había hecho aquel día, pero omitió los detalles, pues quería explicárselo todo a Mellberg cara a cara. Quería evitar por todos los medios que se malinterpretase la situación y que Mellberg pusiese en marcha una operación gigantesca sólo por darse una satisfacción a sí mismo.

Mientras regresaba a casa de Erica, volvió a pensar en el asesinato de

Alex. Lo desesperaba el hecho de haber dado con otra pista infructuosa. Dos asesinatos suponían el doble de posibilidades de que el asesino hubiese cometido algún error. Ahora volvía a encontrarse en la casilla número uno y, por primera vez, se le ocurrió la idea de que tal vez nunca diesen con el asesino de Alex. Aquello le producía una extraña tristeza. En cierto modo, tenía la sensación de que conocía a Alex mejor que



nadie. Y la información que había obtenido sobre su niñez y sobre su vida después de los abusos lo había conmovido profundamente. Deseaba encontrar a su asesino más de lo que había deseado nada en la vida.

Pero tenía que admitirlo. Había llegado a un callejón sin salida y no sabía adónde ir ni dónde buscar. Patrik se obligó a dejar de lado el tema por aquel día. Ahora iba a ver a Erica y a su

hermana y, cómo no, a los niños; y sintió que eso era, precisamente, lo que necesitaba aquella noche. Toda aquella tragedia lo hacía sentirse roto por dentro.

Mellberg tamborileaba impaciente con los dedos sobre la mesa. ¿Dónde se había metido aquel niño? ¿Acaso se había creído que aquello era una guardería de la que podía ir y venir a su

gusto? Ciertamente que era sábado, pero quien creyese que podía tomarse el día libre antes de haber resuelto el caso estaba muy equivocado. Pero bueno, él no tardaría en sacarlo de tal error. En su comisaría había reglas muy estrictas y una dura disciplina. Un liderazgo indiscutible. Era la frase de moda y si había alguien con cualidades de liderazgo congénitas ése era él. Su madre siempre le había dicho que llegaría a ser algo

grande y, aunque tenía que reconocer que el ansiado momento tardaba en llegar más de lo que ambos habían calculado, jamás había dudado de que sus excelentes cualidades darían su fruto tarde o temprano.

De ahí que le resultase tan frustrante comprobar que parecían haberse atascado en la investigación. Sentía tan cercana su gran oportunidad que casi podía olerla, pero si sus pésimos colaboradores no empezaban a traerle

resultados, tendría que olvidarse del ascenso y el traslado. Eran unos vagos, eso es lo que eran. Policías rurales incapaces de encontrar su propio trasero ni con las dos manos y una linterna. Él había abrigado alguna esperanza con el joven Hedström, pero ahora parecía que también iba a decepcionarlo. Por lo menos, todavía no le había presentado ningún resultado del viaje a Gotemburgo, así que seguro que al final no

terminaría más que en otro gasto.

—¡Annika!

Gritó en dirección a la puerta abierta y se irritó más de lo que ya estaba al ver que a la mujer le llevaba hasta un minuto tener a bien levantarse y responder a su llamada.

—¿Sí, qué querías?

—¿Sabes algo de Hedström? ¿Es que está remoloneando en la cama, calentito?

—No creo. Llamó hace

un rato y me dijo que había tenido problemas para arrancar el coche, pero que ya venía de camino.

Annika miró el reloj.

—Estará aquí en un cuarto de hora, más o menos.

—Pero ¡qué coño! ¿No puede venir andando desde su casa?

La respuesta se hizo esperar y, ante su sorpresa, vio que Annika esbozaba una leve sonrisa.

—Verás, no creo que

estuviera en su casa.

—¿Y dónde narices ha estado?

—Eso tendrás que preguntárselo a Patrik —dijo Annika antes de darle la espalda y regresar a su despacho.

El hecho de que Patrik pareciese tener una razón justificada para llegar tarde irritó a Mellberg más aún. ¿No podía ser más precavido y salir con más margen de tiempo por las mañanas, por si el coche se resistía a



arrancar?

Un cuarto de hora más tarde, Patrik cruzaba su puerta después de haber dado unos golpecitos discretos. Llegaba sin resuello y con las mejillas sonrosadas, y parecía descaradamente contento y despierto, pese a haber hecho esperar a su jefe durante casi media hora.

—¿Acaso crees que aquí trabajamos media jornada? Y, por cierto, ¿dónde estuviste ayer? ¿No fue

anteayer cuando viajaste a Gotemburgo?

Patrik se sentó en la silla que había frente al escritorio y respondió con calma a los ataques de Mellberg.

—Siento llegar tarde. El coche se negaba a arrancar esta mañana y me llevó más de media hora ponerlo en marcha. Y sí, estuve en Gotemburgo anteayer y pensaba comentarte lo que saqué en claro antes de contarte lo que hice ayer.

Mellberg

gruñó

asintiendo a regañadientes. Patrik le explicó lo que había averiguado sobre la niñez de Alex. Omitió los detalles más desagradables y, al oír la noticia de que Julia era hija de Alex, Mellberg sintió que se le abría la boca de asombro. Jamás había escuchado nada parecido en su vida. Patrik terminó contándole la precipitada partida de Karl-Erik al hospital y cómo consiguió que analizaran la hoja del bloc que se había

llevado de casa de Anders. Asimismo, le explicó que la hoja resultó contener una carta de despedida y, consiguientemente, procedió a explicar lo que había estado haciendo el día anterior, y por qué. Finalmente, le hizo una síntesis a un Mellberg insólitamente mudo:

—De modo que uno de nuestros asesinatos ha resultado ser un suicidio y, con respecto al otro, seguimos sin tener ni idea de

quién ni por qué. Tengo la sensación de que está relacionado con lo que me contaron los padres de Alex, pero no tengo ninguna prueba ni hechos en que apoyar esa hipótesis. Así que, ya sabes todo lo que yo sé. ¿Tienes idea de cómo debemos proceder en adelante?

Tras un instante de silencio, Mellberg logró recuperar la compostura.

—Bueno, pues vaya historia más increíble. Yo

creo que apostaría por el tipo con el que tenía una aventura, más que por rebuscar en un montón de viejos chismorreos de hace veinticinco años. Propongo que hables con el amante de Alex y que, esta vez, le aprietes bien las tuercas. Creo que resultará una explotación mucho más fructífera de nuestros recursos.

Inmediatamente después de que Patrik lo informase de quién era el padre del

bebé, Mellberg colocó a Dan el primero en la lista de sospechosos.

Patrik asintió, en opinión de Mellberg, a disgusto, y se levantó dispuesto a marcharse.

—Eh, mmm, buen trabajo, Hedström —dijo Mellberg a su pesar—. Entonces, ¿te encargas tú de eso?

—Por supuesto, jefe, puedes darlo por hecho.

¿No le oyó Mellberg un retintín irónico al decir

aquello? Pero Patrik lo miró con expresión inocente y Mellberg desechó la sospecha. El chico tenía sesera suficiente como para reconocer la voz de la experiencia cuando la oía.

El objetivo del bostezo era el de suministrar más oxígeno al cerebro. Patrik tenía serias dudas de que, en su caso, tuviese el menor efecto. El cansancio de la noche anterior, que había



pasado dando vueltas en la cama, se le vino encima de golpe y, como de costumbre, habían decidido por mayoría no dormir en casa de Erica. Agotado, miró las montañas de papeles, ya habituales, y tuvo que contener el impulso de tirarlos todos a la papelera. Estaba tan tremendamente harto de aquella investigación... Tenía la sensación de que habían pasado meses, aunque, en realidad, no serían más de cuatro

semanas, como máximo. Habían ocurrido tantas cosas y, pese a todo, no se llegaba a ninguna parte. Annika, que pasó ante su puerta y lo vio frotarse los ojos, apareció con una taza de café que le vino de maravilla y la colocó sobre la mesa.

—¿Se te hace cuesta arriba?

—Sí, tengo que admitir que es difícil. Pero no queda otra solución que empezar de nuevo desde el principio. En algún lugar, entre estos

montones de papeles, está la respuesta. Lo sé. Lo único que necesito es una pista pequeña, muy pequeña, que se me ha pasado por alto hasta ahora.

Arrojó el lápiz sobre los papeles con gesto de resignación.

—Y ¿por lo demás?

—¿Qué?

—Pues eso, ¿qué tal te va la vida, sin contar el trabajo? Ya sabes a qué me refiero...

—Sí, Annika. Sé

perfectamente a qué te refieres. ¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Estáis aún en la etapa del bingo?

—¿Qué es la etapa del bingo?

—Sí hombre, ya sabes, cinco seguidos...

La mujer cerró la puerta con una sonrisa socarrona.

Patrik rio para sí. Sí, bien podría llamarse así, etapa del bingo.

Se obligó a volver a pensar en el trabajo y

empezó a rascarse la cabeza con un lápiz mientras cavilaba. Había algo que no encajaba. Algo de lo que Vera le había dicho era falso, sencillamente. Sacó el bloc en el que había ido tomando apuntes durante la conversación con ella y revisó lo anotado palabra por palabra. Una idea empezó a forjarse en su mente. No era más que un simple detalle, pero podía resultar importante. Sacó un papel de entre uno de los

montones que tenía en el escritorio. La impresión de desorden era falsa, pues él sabía perfectamente dónde estaba cada cosa.

Patrik leyó el documento con suma atención y cuidado y, cuando terminó, descolgó el auricular.

—Hola, buenos días, soy Patrik Hedström, de la policía de Tanumshede. Quería saber si vas a estar en casa dentro de un rato, porque tengo unas preguntas que hacerte. ¿Sí? Estupendo,

pues estaré ahí dentro de veinte minutos. ¿Dónde vivís exactamente? Justo a la entrada de Fjällbacka. A la derecha después de la pendiente, la tercera casa de la izquierda. Una casa roja con las ventanas pintadas de blanco. De acuerdo, no creo que sea difícil encontrarla. De lo contrario, os llamaré. Bien, nos vemos dentro de un rato.

Apenas veinte minutos después, Patrik se encontraba ante la puerta.

No tuvo el menor problema para encontrar la casa en la que adivinaba que Eilert había vivido con su familia muchos años. Llamó a la puerta con los nudillos y ésta se abrió casi de inmediato dejando ver a una mujer de cara afilada y expresión amargada. Se presentó pomposamente como Svea Berg, la mujer de Eilert, y lo acompañó hasta una pequeña sala de estar. Patrik comprendió que su llamada había desencadenado una



actividad febril. En efecto, la mesa estaba puesta con la porcelana fina y, sobre una bandeja, aparecían amontonadas en tres pisos siete clases distintas de dulces. Antes de acabar con este caso, se habría hecho con un buen michelín, suspiró Patrik para sus adentros.

De la misma forma instintiva en que le desagradó Svea Berg, le agradó su esposo, que lo recibió con un par de ojos

claros y despiertos y un firme apretón de manos. Notó los callos de sus palmas y comprendió que aquel hombre había trabajado duro toda su vida.

La funda del sofá quedó arrugada cuando Eilert se levantó para saludarlo y, con el ceño fruncido, Svea acudió presta a alisarla, no sin lanzar una mirada de reproche a su esposo. Toda la casa relucía de limpia y ordenada, tanto que costaba creer que estuviese habitada.

Patrik se compadeció de Eilert. Parecía perdido en su propio hogar.

El efecto del cambio inmediato en el rostro de Svea, de una sonrisa solícita cuando miraba a Patrik a un mohín recriminatorio al dirigirse a su marido, resultaba casi cómico. Patrik se preguntaba qué habría hecho el hombre para provocar tal irritación, pero sospechaba que la simple presencia de Eilert era fuente de disgusto para

Svea.

—Veamos, agente, siéntese, que voy a ponerle un café y unos dulces.

Patrik se sentó obediente en la silla que daba a la ventana y Eilert hizo amago de ir a sentarse en la silla que había al lado.

—Pero Eilert, hombre, ahí no. Siéntate allí.

La mujer señaló con gesto imperativo una silla que había en un extremo de la mesa y Eilert la obedeció atento. Patrik miraba a su

alrededor mientras que Svea iba y venía como una posesa y servía el café al tiempo que alisaba arrugas invisibles en el mantel y las cortinas. Era evidente que la decoración había sido elegida por alguien que quería dar la impresión de una bonanza económica que, en realidad, no existía. Todo eran malas copias de originales, todo, desde las cortinas, que debían parecer de seda, con cantidad de volantes y de lazos

dispuestos de forma muy compleja, hasta los múltiples objetos decorativos de alpaca e imitaciones de oro. Eilert parecía un pájaro extraviado entre tanta magnificencia de pacotilla.

Para desesperación de Patrik, tardó en poder abordar el tema que lo había llevado allí. Svea hablaba sin cesar al tiempo que se tomaba el café a sorbos sonoros.

—Verá usted, esta vajilla me la envió mi hermana, la

que está en América. Se casó allí con un hombre rico y siempre me manda buenos regalos. Esta vajilla, por ejemplo, es muy costosa.

Hizo una pausa que aprovechó para alzar la taza, ricamente decorada. Patrik dudaba mucho de lo costoso de la vajilla, pero su buen juicio lo previno de hacer ningún comentario.

—Pues sí, y yo también me habría ido a América, de no haber tenido tan mala salud. De no ser por eso,

seguro que también yo estaría allí casada con un hombre rico, en lugar de vivir en esta cueva durante cincuenta años.

Svea le lanzó a Eilert una mirada de reprobación que el hombre dejó pasar tranquilamente. Con total probabilidad, no sería la primera vez que escuchaba la misma cantinela.

—Es la gota, ¿sabe usted? Tengo las articulaciones arruinadas y me duele todo de la mañana



a la noche. Suerte que yo no soy de las que se quejan. Y con las jaquecas que me dan, tendría mucho de qué lamentarme, pero no es ése mi natural, sabe usted, andar quejándome. No, uno debe soportar el dolor con serenidad. No sé cuántas veces he oído a la gente decir: ¡qué fuerte eres, Svea!, ¡tantos dolores como soportas día tras día! Pero yo soy así.

Cerró los párpados con timidez al tiempo que, para

evidenciar su enfermedad, se retorció unas manos que, a los ojos de un profano como Patrik, parecían cualquier cosa menos afectadas por la gota. ¡Menuda arpía!, pensó Patrik. Pintada y equipada con demasiadas joyas baratas y una gruesa capa de maquillaje. Lo único positivo que podía decirse de su aspecto era que, al menos, iba bien con la decoración. ¿Cómo era posible que una pareja tan desigual como Eilert y Svea

llevasen cincuenta años de matrimonio? Suponía que era una cuestión generacional. La separación era una salida a la que recurría la gente de esa generación sólo en caso de circunstancias mucho peores que las desigualdades de carácter. Aunque era una pena. Eilert no debía de haberlo pasado muy bien en su vida.

Patrik se aclaró la garganta para interrumpir el incesante flujo verbal de

Svea, que calló sumisa y fijó la vista en sus labios, a la espera de las emocionantes nuevas que pudiera traer. En tal caso, seguro que el telégrafo invisible del pueblo empezaría a funcionar tan pronto como él cerrase la puerta tras de sí.

—Verás, Eilert, tengo algunas preguntas que hacerte sobre los días previos al hallazgo del cadáver de Alexandra Wijkner. Cuando estuviste allí para comprobar que todo

estaba en orden en la casa, antes de que ella llegase.

Patrik guardó silencio y miró a Eilert esperando su respuesta. Pero Svea se le adelantó.

—Bueno, bueno, es lo que yo digo. Pensar que algo así fuese a suceder aquí. Y que mi Eilert encontrase su cadáver. En las últimas semanas, no se ha hablado de otra cosa.

Tenía las mejillas encendidas por la excitación y Patrik tuvo que contenerse

para no responder con un comentario cortante. En cambio, sonrió paciente y le dijo:

—Si me disculpa, me pregunto si existe la posibilidad de que su marido y yo hablemos a solas un rato. Es una norma policial el tomar declaración siempre sin la presencia de personas ajenas a la misma.

Aquello era una vil mentira, pero, para su satisfacción, comprobó que la mujer, pese a la gran

indignación que sintió al verse despachada del centro de la emoción, aceptaba su autoridad en la materia y, en contra de su voluntad, se levantaba para marcharse. Eilert, que no podía reprimir su alegría al ver que Svea se quedaba decepcionada sin tomar parte en el festín, premió a Patrik con una risueña mirada de gratitud. Cuando su esposa salió hacia la cocina arrastrando los pies, Patrik retomó la conversación:

—Bueno, ¿dónde estábamos? ¡Ah, sí! Podrías empezar por hablarme de cuando estuviste en casa de Alexandra la semana anterior.

—¿Qué importancia puede tener eso?

—Bueno, no puedo decírtelo aún con exactitud. Pero puede ser importante. Así que intenta recordar tantos detalles como sea posible.

Eilert reflexionó un instante en silencio, mientras



aprovechaba para cargar cuidadosamente su pipa con tabaco que iba sacando de un paquete que llevaba grabadas tres anclas. Y no comenzó a hablar hasta que, con la pipa encendida, dio un par de hondas caladas:

—Veamos. La encontré el viernes. Y yo siempre iba allí los viernes para comprobar que todo estaba en orden antes de que ella llegase por la noche. Así que la última vez que estuve allí antes de su muerte fue el

viernes anterior. No, un momento, el viernes de esa semana fuimos al cumpleaños del menor de mis hijos, que cumplía cuarenta, así que acudí a su casa el jueves por la noche.

—¿Cómo viste la casa?

¿Notaste algo en particular?

Patrik apenas podía contener su ansiedad.

—¿Algo en particular?

Eilert chupaba despacio de su pipa mientras hacía memoria.

—No, todo estaba en

orden. Me di una vuelta por la casa y por el sótano, pero todo estaba bien. Y cerré con llave antes de marcharme. Ella me había dejado una llave.

Patrik se vio obligado a preguntar directamente aquello a lo que no paraba de darle vueltas.

—¿Y la caldera? ¿Funcionaba bien? ¿Había calefacción en la casa?

—Desde luego que sí. La caldera funcionaba entonces de maravilla. Debió de

estropearse después de que yo estuviese allí. Pero la verdad es que no comprendo qué puede importar cuándo se estropeó la caldera.

Eilert se sacó la pipa de la boca un momento.

—Si he de ser sincero, yo tampoco sé si tiene o no importancia. Pero te agradezco tu ayuda. Puede ser significativo para la investigación.

—Dime, por pura curiosidad, ¿por qué no me lo preguntaste por teléfono?

Patrik sonrió.

—Supongo que soy algo anticuado. Me parece que no le saco el mismo partido a la información por teléfono que hablando cara a cara con la gente. A veces me pregunto si no debería haber nacido hace cien años, antes de que llegasen todos los inventos modernos.

—Tonterías, muchacho. No te creas esa monserga de que antes todo era mejor. Frío, pobreza y trabajo del alba al anochecer no es un

sueño, precisamente. Qué va. Yo, de lo moderno, utilizo todo lo que puedo. Incluso tengo un ordenador con conexión a Internet. ¿A que no te lo esperabas de un viejo como yo, eh? —dijo señalando a Patrik con la pipa.

—Bueno, tampoco puedo decir que me haya sorprendido del todo. En fin, tengo que irme.

—Espero que te sea de utilidad y que no hayas venido hasta aquí para nada.

—No, en absoluto. Me he enterado de lo que quería. Y, además, he tenido la oportunidad de probar los dulces de su esposa.

Eilert sonrió a regañadientes.

—Sí, eso sí que es verdad, buena repostera sí que es.

Se sumió luego en un silencio que parecía contener cincuenta años de privaciones. Svea que, con toda seguridad, había estado escuchando detrás de la

puerta, no pudo aguantarse más y entró en la sala de estar.

—Bien, ¿habéis podido aclarar lo que necesitabais aclarar?

—Sí, gracias. Su marido se ha mostrado muy colaborador. Gracias por el café y los bollos, que estaban riquísimos.

—No hay de qué. Me alegro de que le hayan gustado. Venga, Eilert, empieza a quitar la mesa mientras yo acompaño al



agente hasta la puerta.

Eilert comenzó a recoger las tazas y los platos mientras que Svea, sin parar de hablar incansablemente, acompañaba a Patrik a la salida.

—Cierre bien la puerta al salir. Es que no soporto las corrientes, ¿sabe?

Patrik lanzó un suspiro de alivio cuando la puerta se cerró y perdió de vista a la mujer. ¡Qué maruja tan horrible! Pero había conseguido la confirmación

que buscaba. Ahora estaba prácticamente seguro de saber quién era el asesino de Alex Wijkner.

En el funeral de Anders no hizo tan buen tiempo como en el de Alex. El viento castigaba las partes del cuerpo que no estaban protegidas por prendas de abrigo y sonrojaba las mejillas de los asistentes. Patrik se había puesto tanta ropa como pudo, pero no fue

suficiente contra el implacable frío, así que, mientras bajaban el ataúd, temblaba aterido junto a la tumba. El entierro en sí fue breve y desolador. Tan sólo habían acudido a la iglesia unas cuantas personas y Patrik se sentó discretamente algo apartado en el último banco. Vera estaba en el primero.

Incluso había dudado de si debía o no acudir al entierro, pero se decidió en el último minuto, pues pensó

que era lo menos que podía hacer por Anders. Vera no había parpadeado durante todo el tiempo que él la estuvo observando, pero no por ello pensó que su dolor fuese menos intenso. Simplemente, se trataba de una mujer a la que no le gustaba mostrar públicamente sus sentimientos. Patrik la comprendía e incluso compartía su postura. En cierto modo, la admiraba. Era una mujer fuerte.

Después de finalizado el entierro, los pocos asistentes se dispersaron y se fueron cada uno en una dirección. Vera empezó a caminar despacio, con la cabeza gacha, sobre el paseo de gravilla que conducía hasta la iglesia. El gélido viento la azotaba sin piedad y la mujer se había anudado la bufanda como un pañuelo sobre la cabeza. Patrik vaciló un instante. Después de una breve lucha interna durante la que se incrementó

la distancia entre los dos, tomó una decisión y se apresuró a alcanzar a Vera.

—Bonita ceremonia.

Ella sonrió con amargura.

—Sabes tan bien como yo que el entierro de Anders ha sido tan patético como la mayor parte de su vida. Pero gracias de todos modos. Has sido muy amable.

La voz de Vera desvelaba años de cansancio.

—Tal vez incluso deba

estar agradecida. No hace tantos años, ni siquiera habría podido recibir sepultura en el cementerio. Le habrían asignado una porción de tierra fuera del camposanto, un lugar especial para los suicidas. Aún hay mucha gente mayor que cree que los que se quitan la vida no van al cielo.

Vera calló unos minutos y Patrik esperó a que siguiese hablando.

—Lo que hice con el

suicidio de Anders, ¿tendrá consecuencias legales?

—No, creo poder garantizarte que no será así. Lo que hiciste fue lamentable y, desde luego, que hay leyes para castigarlo, pero no, no creo que te acarree consecuencias.

Dejaron atrás la casa de los feligreses y continuaron caminando despacio en dirección a la de Vera, que estaba a unos doscientos metros de la iglesia. Patrik



había estado cavilando toda la noche sobre cómo proceder, hasta que se le ocurrió una solución algo cruel, aunque esperaba que diese buen resultado. Así que, en tono negligente, comentó:

—Bueno, lo más trágico de toda la historia de las muertes de Anders y de Alex es, en mi opinión, que el bebé tuviese que morir.

—¿Qué bebé? ¿De qué hablas?

Patrik se alegraba de,

contra todo pronóstico, haber podido mantener aquella información en secreto.

—El hijo de Alexandra. Estaba embarazada de tres meses cuando la asesinaron.

—Su marido...

Vera balbucía, pero Patrik prosiguió, con forzada frialdad.

—Su marido no tenía nada que ver. Al parecer, hacía ya varios años que no mantenían ningún tipo de relación íntima. No, parece

ser que el padre era alguien con quien ella se veía aquí, en Fjällbacka.

Vera se aferró con tal fuerza a la manga de su abrigo, que los nudillos se le quedaron blancos.

—¡Dios bendito! ¡Por Dios bendito!

—Sí, claro, algo terrible. Matar a un bebé que estaba por nacer. Según el protocolo de la autopsia, era un varón.

Se reprochaba interiormente su frialdad,

pero se obligó a no decir una palabra más por el momento, sino aguardar la reacción que había calculado que se produciría.

Estaban bajo el gran castaño, a cincuenta metros de la casa de Vera. Cuando, de repente, la mujer empezó a moverse, lo pilló totalmente desprevenido. Echó a correr con una rapidez sorprendente para su edad y a Patrik le llevó varios minutos reaccionar y salir corriendo tras ella. Una

vez ante su casa, encontró la puerta abierta de par en par, así que entró con sumo cuidado. Desde el vestíbulo se oían sollozos procedentes del baño y, al cabo de un rato, la oyó vomitar.

Le resultaba violento esperar en el vestíbulo con la gorra en la mano, mientras ella vomitaba, así que se quitó los zapatos mojados y el abrigo y se fue a la cocina. Cuando, después de un rato, Vera salió del baño y entró en la cocina, el café

empezaba a salir y había dos tazas en la mesa. Estaba pálida y por primera vez, se veían lágrimas en su rostro. Tan sólo un amago de llanto, como un brillo más intenso en la comisura de los ojos, pero era suficiente. Vera se sentó muy tensa en una de las sillas.

En escasos minutos, parecía haber envejecido varios años y se movía muy despacio, como si tuviese mucha más edad. Patrik le concedió unos minutos más

de respiro, mientras servía el café para los dos, pero en cuanto se sentó le dio a entender con una mirada imperiosa que había llegado el momento de la verdad. Vera sabía que él lo sabía y que no había vuelta atrás.

—Es decir, que maté a mi nieto.

Patrik lo interpretó como una pregunta retórica y no se molestó en contestar. Si lo hacía, se vería obligado a mentir, por el momento. Y no podía echarse atrás, ahora

que había llegado tan lejos. Vera sabría la verdad en su momento. Pero ahora era su turno.

—Supe que tú habías matado a Alex cuando me mentiste diciendo que habías estado en su casa la semana anterior. Dijiste que habías pasado frío el rato que estuviste sentada en la cocina. Pero la caldera no se estropeó hasta la semana siguiente, la semana en que murió.

Vera tenía la mirada



perdida y ausente y ni siquiera parecía oír a Patrik.

—Es curioso. Hasta ahora no me había dado cuenta de que, de hecho, le he quitado la vida a otro ser humano. La muerte de Alexandra nunca me pareció algo real, pero el hijo de Anders... Casi puedo verlo ante mí...

—¿Por qué tenía que morir Alex?

Vera alzó una mano para detenerlo. Se lo contaría, pero a su ritmo.

—Se habría desatado el escándalo. Todo el mundo lo habría señalado con el dedo y lo habrían ido criticando. Hice lo que creí que era correcto. No sabía que iba a convertirse en el blanco de las burlas del pueblo de todos modos. Que mi silencio iba a devorarlo por dentro y que le arrebataría todo lo que tenía valor en su vida. Era tan sencillo. Karl-Erik vino y me contó lo ocurrido, pero, antes, había estado hablando con Nelly, y

los dos estaban de acuerdo. Ningún bien nos reportaría el que se enterase todo el pueblo. Sería nuestro secreto y, si yo sabía qué era lo mejor para Anders, mantendría la boca cerrada. Así que callé. Callé durante años. Y cada año que pasaba, Anders se hundía más y más. Con cada año se consumía en su propio infierno y yo opté por no ver mi parte de culpa. Limpiaba lo que él ensuciaba y lo mantenía en pie como podía,

pero me era imposible deshacer lo ya hecho. El daño del silencio no se puede reparar.

Apuró el café de varios tragos ansiosos y alzó su taza ante Patrik con gesto inquisitivo. Él se levantó, fue a buscar la cafetera y sirvió un poco más. Le dio la sensación de que lo cotidiano del hecho de tomar café le ayudaba a atenerse a la realidad.

—A veces creo que el silencio fue peor que los

abusos. Jamás hablamos de ello, ni siquiera entre estas cuatro paredes. Y ahora comprendo las consecuencias que ese silencio debieron de acarrearle a él. Tal vez interpretó mi silencio como un reproche. Y eso es lo único que no puedo soportar. Que él creyese que lo culpaba de lo ocurrido. Jamás se me pasó por la cabeza, ni por un segundo, pero ahora nunca sabré si él lo sabía.

Por un instante, la fachada dio la impresión de ir a quebrarse, pero Vera se enderezó en su asiento y se obligó a proseguir. Patrik apenas podía imaginarse el enorme esfuerzo que estaba haciendo.

—Con los años, encontramos una especie de equilibrio. Aunque los dos llevábamos una vida miserable, ambos sabíamos con qué y con quién contábamos. Claro que yo sabía que, de vez en cuando,

aún se veía con Alex y que los dos sentían una especie de extraña atracción. Pero creía que podríamos continuar como siempre. Hasta que un día Anders me dijo que Alex quería contar lo que les había sucedido. Que quería sacar los trapos sucios del armario, creo que fue lo que dijo. Él parecía indiferente cuando lo comentó, pero para mí fue como una descarga eléctrica. Eso lo cambiaría todo. Nada seguiría igual si Alex

desvelaba los viejos secretos después de tantos años. ¿Y de qué iba a servir? ¿Y qué iba a decir la gente? Además, aunque Anders intentaba darme a entender que no le afectaba lo más mínimo, yo lo conocía bien y creo que a él le gustaba la idea tan poco como a mí. Yo conozco, o conocía, a mi hijo.

—Así que fuiste a visitarla.

—Sí. Fui a su casa aquel viernes por la tarde para ver



si podía hacerla entrar en razón. Hacerle comprender que no podía tomar ella sola una decisión que nos afectaba a todos.

—Pero ella no lo comprendió.

Vera sonrió amargamente.

—No, no lo comprendió. La mujer se había tomado ya el segundo café cuando Patrik aún no iba por la mitad del suyo, pero ahora apartó la taza, cruzó las manos y las apoyó sobre la

mesa.

—Le supliqué que no lo hiciera. Le expliqué hasta qué punto le complicaría la vida a Anders que contase lo ocurrido, pero ella me miró a los ojos y aseguró que yo sólo pensaba en mí misma, no en Anders. Que para él sería un alivio que todo se supiese por fin. Que él nunca había pedido nuestro silencio y, además, me dijo que yo, Nelly, Karl-Erik y Birgit no habíamos pensado en ellos dos, cuando

decidimos mantenerlo en secreto, sino que sólo nos interesaba mantener nuestra imagen inmaculada. ¡Puedes imaginar mayor desfachatez!

La cólera que encendió la mirada de Vera por un instante se extinguió con la misma rapidez con que había surgido, y dio paso a una expresión indiferente, casi cadavérica. Luego, continuó con voz monótona:

—Algo se quebró en mi interior ante aquella afirmación suya tan insólita.

Que yo no hubiese hecho todo aquello por el bien de Anders. Casi pude oír el clic en mi corazón y empecé a actuar sin pensar. Llevaba en el bolso mis somníferos y, cuando Alex fue a la cocina, deshice un par de pastillas en su bebida. Me había ofrecido una copa de vino a mi llegada y, cuando volvió de la cocina, fingí que aceptaba lo que acababa de decirme y le pregunté si no podíamos apurar nuestras copas como amigas antes de

que me marchase. Alex pareció alegrarse de ello y bebió conmigo. Tras unos minutos, se durmió en el sofá. En realidad, no había planeado el siguiente paso, lo de los somníferos fue una inspiración repentina, pero se me ocurrió hacer que pareciese un suicidio. No tenía pastillas suficientes como para administrarle una dosis mortal, lo único que se me ocurrió fue cortarle las venas. Sabía que la gente solía hacerlo en la bañera,

así que se me antojó una idea buena y viable.

Su voz sonaba monótona, como si estuviese contando una historia normal y corriente, no un asesinato.

—Le quité toda la ropa. Creía que iba a poder con ella, tengo mucha fuerza en los brazos, después de tantos años trabajando, pero comprobé que era imposible. Así que tuve que arrastrarla hasta el cuarto de baño y meterla como pude en la

bañera. Luego le corté las venas de las dos muñecas con una cuchilla que había en el armario del baño. Después de haberle limpiado la casa una vez a la semana durante varios años, sabía dónde encontrar lo que necesitaba. Fregué la copa de la que había bebido, apagué la luz y cerré la puerta con la llave, que luego dejé en el lugar de siempre.

Patrik estaba conmocionado, pero se

obligó a hablar con calma.

—Comprenderás que tienes que venir conmigo. No creo que tenga que llamar a la comisaría para pedir refuerzos, ¿verdad?

—No, no es necesario. ¿Puedo recoger unas cosas que quiero llevarme?

Patrik asintió.

—Sí, claro.

La mujer se levantó. En el umbral de la puerta, se volvió hacia él.

—¿Cómo iba yo a saber que estaba embarazada?



Cierto que no bebió alcohol, la verdad es que no caí en ese detalle, pero no tenía ni idea de que fuera por eso. Tal vez no fuese muy dada a la bebida, o pensaba conducir después. ¿Cómo iba yo a saberlo? Era imposible, ¿verdad?

Su voz tenía ahora un timbre suplicante y Patrik no pudo por menos de asentir sin pronunciar palabra. Llegado el momento, le contaría que el niño no era de Anders, pero por ahora

no quería arruinar el equilibrio logrado con su confesión. Vera tendría que contarles su historia a más personas, antes de que ellos pudieran cerrar definitivamente el caso del asesinato de Alexandra Wijkner. Pero había algo que lo inquietaba. Su intuición le decía que Vera no se lo había contado todo aún.

Cuando se sentó en el coche, tomó la copia de la carta de despedida que había

dejado Anders como su último mensaje destinado al mundo. Muy despacio, Patrik fue leyendo lo que Anders había escrito y, una vez más, sintió el dolor que emanaban aquellas palabras plasmadas en un trozo de papel.

# 6

*A menudo me llamó la atención la ironía de mi vida. Cómo soy capaz de crear belleza con mis dedos y mis ojos al tiempo que, en todo lo demás, sólo soy capaz de generar fealdad y destrucción. De ahí que mi última acción consista en destruir mis cuadros. Con el fin de darle a mi vida un poco de coherencia. Es mejor ser coherente y sólo*

*dejar tras de mí suciedad, que dar la impresión de ser una persona más compleja de lo que en realidad merezco.*

*En el fondo, soy bastante simple. Lo único que siempre deseé de verdad era borrar unos meses y sucesos de mi vida. No creo que fuera mucho pedir. Pero tal vez me merecía lo que me pasó. Tal vez me había hecho culpable de algo terrible en otra vida anterior, algo por lo que*

*debía pagar en esta vida. Y no es que tenga la menor importancia, en realidad. Pero, de ser así, habría sido un alivio saber qué estaba pagando.*

*Os preguntaréis por qué elijo precisamente este momento para dejar una vida que lleva tanto tiempo siendo absurda. Sí, es una buena pregunta. Pero ¿por qué hace uno las cosas en un momento determinado y no en otro? ¿Acaso amaba a Alex hasta tal punto, que la*

*vida perdió su único sentido? Ésa será, sin duda, una de las explicaciones a las que recurriréis. Pero, si he de ser sincero, no lo sé. La idea de la muerte ha sido una compañera con la que he convivido mucho tiempo, aunque hasta ahora no me había sentido preparado. Tal vez la muerte de Alex haya hecho posible mi liberación. Ella siempre fue un ser inalcanzable, un ser en cuya superficie resultaba imposible provocar el menor*

*rasguño. El hecho de que ella pudiese ser víctima de la muerte me abrió de pronto la posibilidad de optar por la misma vía. Llevaba ya mucho tiempo listo para partir; sólo tenía que subirme al tren.*

*Mamá, perdóname.*

*Anders*



**J**amás había logrado deshacerse de la costumbre



de levantarse temprano, o a medianoche, como dirían algunos. Lo que, en este caso, le resultó muy útil. Svea no reaccionaba cuando él se levantaba a las cuatro de la mañana, pero, por si acaso, bajó la escalera sin hacer ruido, con la ropa en la mano. Eilert se vistió en silencio en la sala de estar antes de sacar la maleta que había escondido cuidadosamente en el fondo de la despensa. Llevaba meses planeando aquello y

no había dejado nada al azar. Hoy era el primer día del resto de su vida.

El coche arrancó al primer intento, pese al frío, y a las cuatro y veinte de la mañana dejó la casa en la que había vivido los últimos cincuenta años. Atravesó una Fjällbacka dormida, pero no pisó el acelerador hasta que no hubo dejado atrás el viejo molino, antes de girar en dirección a Dingle. Poco más de doscientos kilómetros lo

separaban de Gotemburgo y del aeropuerto de Landvetter, así que podía tomárselo con calma. El avión rumbo a España no salía hasta las ocho de la mañana.

Por fin podría vivir su vida como gustase.

Llevaba planeándolo mucho tiempo, varios años. Cada año que pasaba, le pesaban más los achaques y la frustración que le producía la vida con Svea. Eilert pensaba que merecía

algo mejor. A través de Internet había encontrado una pequeña pensión en un pueblecito de la Costa del Sol española. A cierta distancia de las playas y la zona turística, así que el precio era asequible. Se había comunicado con ellos por correo electrónico para cerciorarse de que podía vivir allí todo el año; de este modo, la propietaria le haría un precio aún mejor. Le había llevado mucho tiempo reunir el dinero bajo la

estrecha vigilancia que Svea ejercía sobre lo que hacía o dejaba de hacer, pero lo había conseguido. Contaba con que podría arreglárselas con sus ahorros durante dos años aproximadamente, si vivía sin excesos, y después no le quedaría más remedio que encontrar una solución. En aquellos momentos, nada podía poner freno a su entusiasmo.

Por primera vez en cincuenta años, se sentía libre e incluso se sorprendió

a sí mismo pisando el acelerador del viejo Volvo más de la cuenta, de pura alegría. Dejaría el coche en el aparcamiento de larga estancia del aeropuerto; Svea se enteraría en su momento de dónde estaba. No es que eso tuviese la menor importancia. Ella jamás se había molestado en sacarse el permiso de conducir, sino que lo usaba a él de chófer gratuito cada vez que necesitaba ir a algún sitio. Lo único que le daba

un poco de cargo de conciencia eran los hijos. Por otro lado, siempre habían sido más hijos de Svea y, a su pesar, se habían vuelto tan mezquinos y cerrados como ella, lo cual era en parte, a buen seguro, responsabilidad suya, pues él había estado siempre trabajando de sol a sol y había hecho lo posible por encontrar excusas para estar fuera a todas horas. De todos modos, tenía pensado enviarles una postal desde

Landvetter para explicarles que se iba por voluntad propia y que no tenían que preocuparse por él. Tampoco quería que pusiesen en marcha ninguna investigación policial para encontrarlo, claro.

Las carreteras estaban desiertas a aquellas horas de la noche y ni siquiera puso la radio para poder disfrutar del silencio. A partir de ahora, empezaba la verdadera vida.



—**S**implemente me cuesta comprender que Vera matase a Alex para evitar que ésta hablase acerca de los abusos de que tanto ella como Anders fueron víctimas hace veinticinco años.

Erica reflexionaba mientras hacía girar la copa de vino entre sus manos.

—No debes menospreciar la necesidad de no destacarse en un pueblo tan pequeño como éste. Si la vieja historia de

los abusos hubiese salido a la luz, la gente tendría una razón más para señalar con el dedo a los implicados. En cambio, no la creí cuando me dijo que lo hizo por el bien de Anders. Tal vez tiene razón y Anders tampoco quería que se supiese lo que les había ocurrido, pero creo que era más bien ella misma la que no podía soportar la idea de que la gente murmurase a sus espaldas si llegaba a saberse no sólo que Anders

sufrió abusos sexuales de niño, sino que ella no hizo nada al respecto, e incluso ayudó a acallar lo ocurrido. Creo que no podía soportar esa vergüenza. Mató a Alex en un arrebato, cuando comprendió que no podría convencerla. Tuvo un impulso y lo siguió de forma fría y programática.

—¿Y cómo se lo ha tomado ahora que ha sido descubierta?

—Con una calma sorprendente. Creo que para

ella fue un alivio increíble saber que Anders no era el padre del niño; es decir, que ella no había asesinado a su nieto. Después de eso, da la sensación de que no le importa lo que le suceda. Y, en realidad, ¿por qué habría de preocuparse? Su hijo está muerto, no tiene amigos ni parientes, no tiene una vida por la que luchar. Todo se ha descubierto y no tiene nada que perder. Tan sólo su libertad, que no parece tener gran importancia para ella

en estos momentos.

Estaban en casa de Patrik y compartían una botella de vino después de la cena. Erica disfrutaba de la tranquilidad y el silencio. Le encantaba tener a Anna y a los niños en casa, pero había días, como aquél, en que el barullo le resultaba insoportable. Patrik se había pasado el día en la sala de interrogatorios, pero, cuando terminó, fue a recogerla. Ella lo esperaba con una pequeña maleta y ahora

estaban los dos acurrucados en el sofá como un par de ancianos.

Erica cerró los ojos. Aquel instante se le antojaba maravilloso y terrible a la vez. Todo era tan perfecto...; pero ella no podía evitar pensar que precisamente por eso, lo que estaba por venir sólo podía resultar peor. No quería ni imaginarse lo que sucedería si volvía a marcharse a Estocolmo. Anna y ella habían tocado el tema de la

casa muy por encima durante varios días, pero, como por un acuerdo tácito, habían decidido no abordar de lleno el asunto por ahora. Erica tampoco creía que Anna estuviese en condiciones de adoptar ninguna decisión, así que resolvió dejarlo para más adelante. Era mucho mejor no pensar en el día de mañana en absoluto e intentar disfrutar del instante tanto como fuese posible. Se obligó a relegar tan

sombríos pensamientos.

—Hoy estuve hablando con la editorial. Sobre el libro de Alex.

—¡No me digas! ¿Y qué dicen?

La expectación que reflejaban los ojos de Patrik la llenó de satisfacción.

—Les pareció una idea brillante y querían que les enviase cuanto antes el material de que ya dispongo. Aún tengo que terminar el libro sobre Selma Lagerlöf, pero me concedieron otro



mes, así que me he comprometido a tenerlo listo para septiembre. Y creo que podré simultanearlos. Al menos, hasta ahora, ha funcionado más o menos.

—¿Qué opina la editorial sobre el aspecto jurídico, si la familia de Alex te denunciase?

—La ley de libertad de publicación es bastante explícita. Tengo derecho a escribir sobre ello, incluso sin su consentimiento, aunque ni que decir tiene

que espero que me presten su apoyo en cuanto sepan en qué consiste el proyecto y cómo he pensado configurar el libro. Desde luego, no quiero escribir un libro sensacionalista sin sustancia alguna: mi deseo es escribir sobre lo que sucedió y sobre quién fue Alex en realidad.

—¿Y qué hay del mercado? ¿Te dijeron si, en su opinión, un libro de ese tipo despertará el interés del público?

Los ojos de Patrik

brillaban de entusiasmo y Erica se alegraba de que se interesase así por ella. Él sabía cuánto significaba aquel libro para Erica y por eso le concedía al tema tanta importancia.

—Tanto ellos como yo pensamos que así debería ser. En Estados Unidos, el interés por los libros de «*true crime*» es enorme. La principal escritora de este género, Ann Rule, vende millones de ejemplares. Además, aquí es un

fenómeno relativamente reciente. Hay algunos libros que se acercan un poco a esta línea, por ejemplo el que se escribió hace un par de años sobre el caso del médico y el forense, pero no es genuino. Yo, en cambio, quisiera, al modo de Ann Rule, darle más importancia a la investigación de los hechos. Comprobar los datos, hablar con los implicados y, después, escribir un libro tan verídico como fuese posible.

—¿Crees que la familia de Alex se prestará a que los interrogues?

—No lo sé.

Erica se retorció un mechón de pelo entre los dedos.

—De verdad que no lo sé. Pero pienso preguntarles y, si no lo hacen, intentaré prescindir de ellos. Ya tengo una gran ventaja, pues sé mucho sobre el asunto. La verdad es que me angustia un poco la idea de tener que andar haciendo preguntas,

pero creo que no me queda más remedio. Si el libro vende bien, no me importaría dedicarme a escribir sobre más casos interesantes y, de ser así, tendría que acostumbrarme a molestar a los familiares y demás. Es inevitable. Además, creo que la gente necesita hablar, contar su historia. Tanto desde el punto de vista de la víctima como del asesino.

—En otras palabras, intentarás hablar también

con Vera, ¿no es así?

—Desde luego. No tengo ni idea de si ella querrá o no, pero pienso intentarlo. Puede que desee hablar, puede que no. Lo cierto es que no puedo obligarla.

Erica se encogió de hombros en señal de indiferencia, aunque, por supuesto, el libro nunca resultaría tan bueno si Vera no colaboraba. Lo que hasta el momento llevaba escrito era un esqueleto; en

adelante, tendría que trabajar duro para recubrirlo de carne.

—¿Y tú, qué me cuentas?

Se removió un poco en el sofá y puso las piernas sobre la rodilla de Patrik, que pilló la indirecta y empezó a masajearle los pies enseguida.

—¿Qué tal te ha ido el día? Serás el héroe de la comisaría, ¿no?

El hondo suspiro de Patrik daba a entender que



no era ése el caso.

—Pues no. No creerás que Mellberg permita que el mérito sea para quien ha de ser, ¿verdad? Se ha pasado el día yendo y viniendo como un rayo, de la sala de interrogatorios a las entrevistas con la prensa. «Yo» ha sido el pronombre más frecuente en sus conversaciones con los periodistas. Me sorprendería que hubiese mencionado mi nombre siquiera. Pero qué coño, ¿a quién le interesa

ver su nombre en los papeles? Yo arresté ayer a una asesina y eso es más que suficiente para mí.

—Vaya, vaya, ¡qué noble puedes llegar a ser!

Erica le dio unos puñetazos juguetones en el hombro.

—Reconoce que te habría gustado verte ante el micrófono en una gran conferencia de prensa, sacando pecho mientras contabas el genial razonamiento que te llevó a

deducir quién era culpable.

—Bueno, sí, no habría estado mal que me hubiesen mencionado en la prensa local, por lo menos. Pero las cosas son como son. Mellberg se llevará toda la gloria y no hay nada que yo pueda hacer por evitarlo.

—¿Crees que le darán el traslado que tanto desea?

—Ojalá fuera así... Pero no, sospecho que los jefes de Gotemburgo están más que satisfechos con tenerlo aquí, de modo que no nos quedará

más remedio que aguantarlo hasta que se jubile, me temo. Y créeme, ese día se me hace muy lejano.

—¡Pobre Patrik!

Erica le acarició el cabello y él interpretó el gesto como una invitación a que se lanzase sobre ella para inmovilizarla bajo su cuerpo en el sofá.

El vino empezaba a surtir efecto en sus articulaciones y el calor de su cuerpo fue contagiándose despacio al de ella. Su

respiración cambió de ritmo y se hizo más pesada, pero ella tenía aún unas preguntas que hacerle, de modo que se obligó a sentarse de nuevo y apartó suavemente a Patrik al otro rincón del sofá.

—Pero dime, ¿tú estás satisfecho con la resolución del caso? La desaparición de Nils, por ejemplo. ¿No te contó Vera nada más?

—No. Ella sostiene que no sabe nada al respecto. Pero yo no la creo. En mi opinión, no quería proteger a

Anders sólo de que la gente llegase a saber que Nils había abusado de él. Lo que yo creo es que ella sabe perfectamente lo que le ocurrió a Nils y ése es un secreto que ha de guardarse a cualquier precio. Aunque he de admitir que me molesta no tener más que suposiciones. La gente no se esfuma así como así. Nils está en algún lugar y hay una o varias personas que saben cuál es ese lugar. Pero yo tengo una teoría.

Expuso paso a paso el supuesto curso de los acontecimientos, dando cuenta de las circunstancias en las que apoyaba su tesis. Erica se estremeció, pese a que hacía calor en la habitación. Sonaba increíble y, al mismo tiempo, verosímil. Asimismo, comprendió que Patrik jamás lograría demostrar nada de lo que decía. Y tal vez no fuese de utilidad para nadie. Habían pasado tantos años. Y se habían destrozado

ya tantas vidas, que nadie saldría ganando con destruir una más.

—Sé que esto nunca llegará a comprobarse. Sin embargo, me gustaría saberlo, sólo por satisfacer mi propia curiosidad. He convivido con el caso durante varias semanas y siento que necesito darle un final.

—Pero ¿cómo lo vas a hacer? Es más, ¿qué puedes hacer?

Patrik suspiró.



—Simplemente pediré respuestas. Si no preguntas, nunca obtienes respuestas, ¿no crees?

Erica lo observó intrigada.

—Bueno, no sé si será una buena idea, pero tú sabrás lo que haces.

—Sí, eso espero. Pero ¿crees que podemos dejar a un lado la muerte y las desgracias para dedicarnos un poco el uno al otro?

—Sí, me parece una idea genial.

Patrik volvió a recostarse sobre ella y, en esta ocasión, nadie lo apartó.

Cuando se fue de allí, Erica seguía en la cama. No tuvo valor para despertarla y, sin hacer ruido, se levantó, se vistió y se puso en marcha.

Intuyó cierta sorpresa, pero también cierta reticencia cuando concertó la cita. La única condición impuesta fue que el encuentro se produjese en un

lugar discreto y Patrik no tuvo el menor inconveniente en aceptarla. De ahí que estuviese al volante ya a las siete de la mañana de aquel lunes, por la solitaria y oscura carretera hacia Fjällbacka por la que no se cruzó más que con algún que otro vehículo. Giró a la altura del indicador de Vaddö y fue el primero en estacionar en el aparcamiento que quedaba algo apartado de la carretera, dispuesto a esperar. Diez

minutos más tarde entró en el aparcamiento otro coche que se detuvo junto al suyo. El conductor salió, abrió la puerta del coche de Patrik y se sentó en el lugar del acompañante. Patrik dejó el motor en marcha para poder tener la calefacción encendida; de lo contrario, se habrían helado los dos.

—Resulta un tanto emocionante esto de verse a escondidas y en la oscuridad. La cuestión es por qué.

Jan daba una impresión totalmente relajada aunque expectante.

—Creía que había terminado la investigación, ya que tenéis al asesino de Alex, ¿no?

—Sí, así es. Pero aún hay piezas que no terminan de encajar. Y eso me irrita bastante.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

La expresión de Jan no desvelaba ningún tipo de sentimiento. Patrik se

preguntaba si no se habría dado el madrugón para nada. Pero ya que estaba allí, más le valía terminar lo que había comenzado.

—Como habrás oído, tu hermanastro Nils abusó tanto de Alexandra como de Anders.

—Sí, algo he oído. Terrible. Sobre todo para mi madre.

—Aunque para ella no fue una novedad. Ella ya lo sabía.

—Claro que sí. Y se

enfrentó a la situación como mejor supo. Con la mayor discreción posible. Ni que decir tiene que había que proteger el nombre de la familia. Todo lo demás era secundario.

—¿Y a ti qué te parece eso? ¿El que tu hermano fuese un pederasta, que tu madre lo supiese y lo protegiese?

Jan no se dejó alterar por la pregunta. Retiró unas invisibles motas de polvo del abrigo y alzó una sola

ceja mientras, tras unos segundos de reflexión, le contestaba a Patrik:

—Naturalmente, yo comprendo a mi madre. Actuó del único modo posible y el daño ya estaba hecho, ¿no es cierto?

—Sí, claro, también podemos verlo así. La cuestión es adónde se fue Nils después. ¿Nadie de la familia ha sabido de él?

—En tal caso, habríamos informado a la policía, por supuesto, como buenos



ciudadanos.

La ironía estaba tan bien emboscada en su tono de voz que apenas si podía registrarse.

—Pero yo comprendo que decidiese desaparecer para siempre. ¿Qué le quedaba aquí? Mi madre se había enterado de qué clase de persona era y ya no podía seguir trabajando en la escuela; al menos mi madre estaba dispuesta a impedirselo. Así que se marchó. Lo más probable es

que viva en un país cálido en el que le resulte fácil el acceso a los niños.

—No lo creo.

—¿Ah, no? ¿Y por qué? ¿Acaso has encontrado sus huesos en algún lugar del armario?

Patrik ignoró su tono burlón.

—No, no lo hemos encontrado. Pero ¿sabes?, tengo una teoría...

—Interesante, muy interesante.

—Yo creo que no fueron

sólo Alex y Anders quienes sufrieron los abusos de Nils. Sino que su principal víctima era precisamente el niño que más cerca tenía. El más asequible. Yo creo, en otras palabras, que también abusaba de ti.

Por primera vez creyó ver una grieta en la reluciente y limpia fachada de Jan, pero un segundo más tarde había recuperado el control, al menos en apariencia.

—Una teoría interesante.

Y, ¿en qué te basas para sostenerla?

—No tengo mucho en lo que basarme, lo reconozco. Pero encontré un eslabón común entre vosotros tres. De vuestra niñez. Vi un trozo de piel en tu despacho, cuando te visité. ¿No es cierto que, para ti, tiene un gran significado? Es un símbolo. Una asociación, una hermandad, un lazo de sangre. Lo has guardado durante más de veinticinco años. También Anders y

Alex conservaban los suyos. En el reverso de los tres había una borrosa huella impresa con sangre, por eso creo que, a la manera dramática de los niños que erais, creasteis un lazo de sangre. Además, están las iniciales grabadas en el anverso: «L. T. M.». Eso no he conseguido descifrarlo. Quizá tú puedas ayudarme, ¿no?

Patrik literalmente vio cómo, en el interior de Jan, dos voluntades

contradictorias pugnaban por ganar la victoria. Por un lado, el sentido común le decía que no dijese nada en absoluto; por otro, su deseo de hablar, de confiarse a alguien, no era fácil de ignorar. Patrik confiaba en que vencería el ego de Jan y apostó su fortuna a que le resultaría irresistible la idea de poder desahogarse con alguien que le prestase atención. Y optó por ayudarle a tomar la decisión.

—Todo lo que digamos

aquí quedará entre nosotros. No tengo ya ni fuerzas ni recursos para hacer el seguimiento de un suceso que aconteció hace veinticinco años y tampoco creo que encontrase pruebas, por más que lo intentara. Esto es personal. Tengo que saberlo.

Era una tentación demasiado irresistible para Jan.

—Los Tres Mosqueteros. Eso es lo que significa L. T. M. Ridículo y

absurdamente romántico,  
pero así nos veíamos a  
nosotros mismos. Éramos  
nosotros contra el mundo.  
Cuando estábamos juntos,  
olvidábamos lo que nos  
había pasado. Nunca  
hablábamos de ello, y  
tampoco nos hacía falta.  
Cerramos un pacto según el  
cual siempre estaríamos  
cuando los otros lo  
necesitasen. Con un trozo de  
cristal que encontramos nos  
hicimos un corte en el dedo,  
mezclamos la sangre de los



tres y estampamos con ella nuestro emblema.

»Yo era el más fuerte de los tres. No tenía más remedio que ser el más fuerte. Los otros dos podían sentirse seguros en casa, pero yo siempre miraba a mis espaldas y, por las noches, me acostaba con la manta hasta la barbilla y aguzaba el oído por si detectaba los pasos que sabía se dejarían oír, primero en el descansillo y, después, cada vez más cerca.

Era como si hubiesen cedido los muros de una presa. Jan hablaba sin cesar a un ritmo vertiginoso, mientras Patrik guardaba silencio para no interrumpir su discurso. Jan encendió un cigarrillo, bajó la ventanilla un poco para que saliese el humo y prosiguió:

—Vivíamos en nuestro mundo. Nos reuníamos cuando nadie nos veía y buscábamos consuelo y seguridad en esa compañía. Lo más extraño era que,

pese a que cada uno debería haber funcionado como una especie de recordatorio de la desgracia para los otros dos, sólo cuando estábamos juntos podíamos evadirnos un rato. Ni siquiera sé cómo lo supimos. Cómo llegamos a buscar refugio entre nosotros. Yo fui quien tuvo la idea de resolverlo a nuestra manera. Alex y Anders lo vieron al principio como un juego, pero yo sabía que teníamos que hacerlo en serio. No había

otra salida. Un día de invierno, frío y despejado, mi hermanastro y yo salimos a pasear sobre las aguas heladas. No me fue difícil engañarlo. De hecho, le entusiasmó la idea de que fuese yo quien tomara la iniciativa y estaba encantado con la idea de nuestra pequeña excursión. Yo me había pasado muchas horas en el hielo aquel invierno y sabía exactamente adónde llevarlo. Anders y Alex nos esperaban allí. Nils se

asombró al verlos, pero era tan soberbio que en ningún momento se le ocurrió que constituyesen una amenaza. Después de todo, no éramos más que unos niños. El resto fue bastante fácil. Un agujero en el hielo, un empujón, y Nils desapareció. Al principio sentimos un alivio enorme. Los primeros días fueron maravillosos. Nelly no cabía en sí de preocupación por saber adónde se habría metido Nils, pero yo me acostaba

por las noches y no podía por menos de sonreír acurrucado en la cama, mientras escuchaba la ausencia de pasos. Después, se armó un gran lío. Los padres de Alex se enteraron de algo, aunque ignoro cómo lo averiguaron, y fueron a visitar a Nelly. Supongo que Alex no tuvo fuerzas para resistir la avalancha de preguntas y de presiones y lo contó todo y también habló de mí y de Anders. No lo que hicimos con Nils, sino

todo lo que nos había estado sucediendo con anterioridad. Si alguna vez creí que mi madre adoptiva me comprendería, aprendí bien la lección aquel día. Nelly no volvió a mirarme a los ojos nunca más. Tampoco me interrogaba sobre dónde estaría Nils. A veces me pregunto si no se lo figura.

—Vera también se enteró de las violaciones y los abusos.

—Sí, pero mi madre fue muy habilidosa. Se

aprovechó de su necesidad de proteger a Anders y de guardar las apariencias, y ni siquiera tuvo que pagarle o que sobornarla con un buen trabajo para conseguir que guardase silencio.

—¿Crees que Vera llegó a enterarse de lo que le había ocurrido a Nils?

—Estoy totalmente seguro de ello. No creo que Anders lograra guardar con su madre ese secreto todos esos años.

Patrik pensó en voz alta:



—De modo que, probablemente, Vera mató a Alex no sólo para que no se conociesen los abusos sexuales, sino también porque tenía miedo de que Anders fuese acusado de asesinato.

Jan esbozó una sonrisa casi malévola.

—Lo cual resulta bastante cómico, si tenemos en cuenta por un lado que ese asesinato ha prescrito, y por otro, que no es probable que nadie se molestase en

denunciarnos ahora, tantos años después, dadas las circunstancias y puesto que entonces éramos unos niños.

Patrik le dio la razón, aunque a disgusto. Si Alex se hubiese presentado en la comisaría para contarlo todo, no habría pasado absolutamente nada. Pero al parecer Vera no lo comprendió, sino que creyó que existía un riesgo real de que Anders fuese a parar a la cárcel.

—¿Mantuvisteis el

contacto después de aquello?  
Me refiero a ti, Alex y  
Anders.

—No. Alex se mudó casi  
de inmediato y Anders se  
retiró a su pequeño mundo  
particular. Claro que a veces  
nos veíamos por la calle,  
pero en veinticinco años no  
volvimos a hablar, hasta  
después de la muerte de  
Alex, cuando Anders  
empezó a llamarme gritando  
y acusándome de haberla  
matado. Yo lo negaba, claro  
está, pues no tenía nada que

ver con su muerte, pero él insistía.

—¿Sabías tú que ella había planeado hablarle a la policía de la muerte de Nils?

—No antes de su muerte. Anders me lo contó después.

Jan fumaba negligente, formando anillos de humo en el interior del coche.

—¿Qué habrías hecho, de haberlo sabido?

—Eso siempre será un misterio, ¿no crees?

Se volvió observando a Patrik, con esos ojos suyos

tan azules y tan fríos. Patrik se estremeció: en efecto, siempre sería un misterio.

—Pero, como te decía, no creo que nadie se hubiese molestado en enviarnos a la cárcel por eso. Aunque he de reconocer que habría complicado ligeramente la relación entre mi madre y yo.

De pronto, Jan cambió de tema.

—Según parece, ellos dos estaban liados, me refiero a Anders y Alex.

Para que luego hablen de la bella y la bestia. Se me ocurre que yo también debería haber aprovechado la ocasión, por nuestra vieja amistad...

Patrik no sentía la menor compasión por el hombre que tenía a su lado. Ciertamente que había vivido un infierno en su infancia, pero había algo más en Jan. Algo maligno y podrido que manaba por todos sus poros. En un impulso, le preguntó:

—Tus padres murieron

en circunstancias trágicas. ¿Sabes algo más sobre ese asunto, aparte de lo que se averiguó con motivo de la investigación?

Una sonrisa asomó a sus labios. Bajó un poco más la ventanilla para arrojar la colilla.

—Los accidentes ocurren con tanta facilidad, ¿no crees? Una lámpara de aceite se vuelca, una cortina que aletea movida por la brisa... Pequeños sucesos cuyo conjunto se convierte

en una gran casualidad. Claro que uno puede pensar que ha mediado la intervención divina, cuando las desgracias les sobrevienen a aquellos que se las merecen.

—¿Por qué accediste a que nos viéramos? ¿Por qué me has contado todo esto?

—Sí, yo mismo estoy asombrado. En realidad, había pensado no venir, pero supongo que la curiosidad pudo conmigo. Me preguntaba cuánto sabías de



hecho y cuánto eran figuraciones tuyas. Por otro lado, todos nosotros tenemos la necesidad de contarle a alguien nuestras locuras y nuestras acciones. En especial cuando ese alguien no puede modificarlas. La muerte de Nils es agua pasada, sería mi palabra contra la tuya y me temo que nadie te creería a ti.

Jan salió del coche, pero se dio la vuelta y se agachó para verle la cara a Patrik.

—Supongo que hay

personas a las que les compensa el crimen. Un día, yo heredaré una fortuna considerable. Si Nils estuviese vivo, dudo mucho de que mi situación fuese la misma.

Se despidió con un saludo burlón, llevándose dos dedos a la frente, cerró la puerta del coche y se encaminó hacia el suyo. Patrik sintió que a su cara asomaba una expresión malévola. Era evidente que Jan ignoraba tanto el lazo

que unía a Julia y Nelly como el contenido del testamento que se leería en su día.

Los caminos del Señor eran, sin duda, inescrutables.

La cálida brisa acariciaba sus mejillas surcadas de arrugas mientras él disfrutaba sentado en su pequeño balcón. El calor del sol aliviaba el dolor de sus articulaciones y cada día que pasaba aumentaba su

movilidad y mejoraba su salud. Todas las mañanas acudía a su lugar de trabajo en el mercado, donde ayudaba a vender el pescado que los pescadores llevaban muy temprano.

Allí nadie intentaba arrebatárles a los mayores su derecho a ser útiles. Antes al contrario, se sentía más respetado y apreciado que en toda su vida y, lento pero seguro, se había ido agenciando amistades en el pueblo. Cierto que tenía

alguna dificultad con el idioma, pero se dio cuenta de que se las arreglaba bien con los gestos y la buena voluntad y su vocabulario iba creciendo con el tiempo. Después de cada jornada de trabajo se tomaba una o dos copas que le ayudaban a soltar las ataduras de su timidez y, ante su asombro, comprobó que no tardaría en convertirse en un auténtico parlanchín.

Sentado en su balcón con vistas a una verde

fronda que daba paso a las aguas más azules que jamás había visto, Eilert se decía que aquello era lo más próximo que podía hallarse del Paraíso.

El coqueteo diario con Rosa, la exuberante propietaria de la pensión, constituía un aliciente más de su existencia y, de vez en cuando, se permitía acariciar la idea de que, con el tiempo, aquello podía dejar de ser un flirteo juguetón para convertirse en algo más

serio. Era evidente que se sentían atraídos el uno por el otro, de eso no cabía duda, y el ser humano no ha sido creado para vivir solo.

Por un instante pensó en Svea. Después desechó aquel desagradable recuerdo y cerró los ojos, dispuesto a disfrutar de una merecida siesta.



CAMILLA LÄCKBERG.  
Con sólo 33 años, Camilla Läckberg se ha convertido en la nueva reina del suspense en Escandinavia. Casada y madre de un hijo, estudió ciencias económicas y trabajó durante un tiempo



en una empresa antes de dedicarse en exclusiva a la literatura.

*La princesa de hielo* fue su primera novela y, gracias al éxito que consiguió con la misma, ya ha escrito cuatro libros más con los mismos protagonistas. Sus novelas transcurren en el pequeño pueblo donde nació la autora, en Fjällbacka.

Camilla Läckberg es considerada todo un fenómeno en Escandinavia, y de sus novelas se han

vendido ya más de dos millones de ejemplares y todas han estado en las listas de *bestsellers*. Fue nominada al premio a la mejor novela negra de la Academia Sueca tanto en 2004 como en 2005. Sus novelas también están siendo publicadas en muchos países europeos.